5498

JAQUE Á LA REINA

OBRAS PUBLICADAS.

Los primeros acordes.....	2	pesetas.
La casa y la calle (crónicas contemporáneas).....	3	»
La ilustre figuranta.....	4	»
Un rincón del Paraíso.....	2,50	»
Un santo varón (1).....	1	»
Jaque á la reina (dos tomos)....	5	»

EN PREPARACIÓN.

Figuras en escena (proverbios y monólogos).
El profesor Merlín.

(1) Publicada por los Sres. E. Gutiérrez y Compañía en la *Colección contemporánea de novelas cortas.*

JAQUE

Á LA REINA

POR

JOSÉ M. MATHEU

TOMO SEGUNDO

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Don Evaristo, 8
1889

X.

DECLARACIÓN DE GUERRA.

Quince días después de aquel rompimiento, Boronat recibió por intermedio de la doméstica de su protegida una carta admirablemente escrita, modelo de delicadeza, de habilidad, de aguda y finísima ironía, al cual no le faltaba para ser completo y acabado en todo más que la corrección de la forma, el sentido gramatical y corriente de las palabras, que en algunos pasajes resultaba obscuro. Pero se hallaba tan dispuesto á observar lo prescrito como norma de su futura conducta, que la carta fué condenada sin remisión al cesto de los papeles rotos. La acción y el pensamiento llegaron á tener por remate, en el momento de arrojarla en pedazos, esta feliz reflexión: «¡Que se ven muy solas! ¡bah! bonitas son ellas para sentirlo. No

les faltará quien se encargue de gestionar el cobro de sus pensiones.»

Aquella misma semana, estando en el despacho, se presentó ante su vista la persona que menos podía imaginar ver en su casa: al Director general de administración don Emilio Yáñez de la Mata. Saludóle Boronat afectuosamente y lo pasó á su segundo despacho, un gabinete contiguo algo mejor dispuesto que había á la derecha. Este don Emilio, á quien conocimos entre los clientes y relacionados que acudieron á la casa del doctor Astudillo en su última enfermedad, representaba unos cuarenta años y era hombre de mucho empaque, grueso, moreno, patilludo, de buena talla, y célebre entre los altos empleados por la amplitud y número de sus chalecos blancos de piqué, que, según decían, pasaban de trescientos sesenta y cinco: tantos como días tiene el año; pero había que contar con los bisiestos. Desde su encuentro con Boronat, en la consulta del doctor, siempre que tropezaba con aquél en la calle, se apresuraba á saludarle, lo detenía, le hablaba de sus grandes miras políticas, convidábalo á entrar en este camino, y, en resumidas cuentas, guardaba con él consideraciones que no guardaría seguramente con otras personas de mayor categoría. En cuanto el banquero le rogó que se sentara y le tu-

vo de frente, pudo advertir que su distinguido amigo no venía con el empaque acostumbrado. Cosa grave debía ser para que se trastornara de tal modo el aspecto de corrección y de ostentación con que se mantenía á la altura de los más orondos y estirados funcionarios del Gobierno. Por lo demás, su rostro, algo abultado y de fuertes relieves, expresaba en este momento una gravedad triste y como sospechosa, parecida á la del conspirador que se presenta disfrazado, sereno, altivo, pero siempre con el recelo y la suspicacia en el fondo. Miró dos ó tres veces hacia la puerta, y después de acomodarse en el asiento muy despacio, se dirigió por fin al banquero:

—No querría distraerle de sus ocupaciones, amigo Boronat, porque el asunto que aquí me trae es para tratado con alguna reserva y... usted recibirá gentes: tal vez no sea ésta la hora más á propósito; pero si usted me indicase otra mejor... yo volvería.

—Estoy á la disposición de usted, señor don Emilio. Para mí las horas de despacho son las mejores. Es verdad que suele venir alguna que otra persona, á veces hasta importunos como ese señor Cremades, que no hay semana que no deje de entrar á proponerme algún negocio. Por esto mismo, y para más seguridad, si á usted le parece, podemos pasar á la sala.

—Sí, mejor será,—repuso el empleado resueltamente, volviendo á levantarse como en decisiva señal de asentimiento.

Salió Boronat al despacho, habló dos segundos con el cajero, y corrió en seguida á acompañar á don Emilio á la habitación designada, donde, acomodados de nuevo, pudo éste reanudar la interrumpida conversación:

—Le dije á usted que era cosa reservada... porque usted, que vive con familia, comprenderá que ciertos asuntos no deben tratarse más que á puerta cerrada. Como yo, además del hombre de negocios, veo en usted un caballero, por esta sola consideración me decido á visitarle, á robarle su tiempo, á suplicarle que me escuche usted una hora, ó dos, ó las que necesite. Hablamos, pues, de caballero á caballero. Por excesiva y hasta por importuna que usted estime mi pretensión, no creo yo que esta pretensión transcienda á los extraños. Sería inferirle á usted una ofensa el recomendarle á usted la más absoluta reserva en este asunto. Sí, amigo Boronat: cuando un hombre de mis condiciones, de mi representación social se sienta en esta butaca para hablarle de intimidades de familia que no debían salir de las cuatro paredes de su casa... considere usted si será grande y poderoso el motivo que le obliga; considere usted, en fin, por qué perso-

na daría yo este paso si no se tratara de un hijo. Únicamente por un hijo... se expone un hombre, que peina barbas, á recibir un sofión. Ahora, para que usted se ponga al tanto de esta terrible calamidad que pesa sobre nosotros, pase usted la vista por esa carta que me llegó anoche mismo por el correo de Valencia.

Cogió el banquero la carta que le alargó el respetable Director; y como la luz de la sala era bastante escasa á causa de estar un poco vueltas las maderas de los balcones, levantóse con presteza y se acercó al más próximo de éstos. La lectura duró unos cuantos minutos, ya porque la letra no resultaba clara y legible en el primer momento, ya también porque venía á formar tres pliegos escritos con la minuciosidad, la insistencia y la premura del que se encuentra metido en un mal negocio y solicita la urgente y poderosa influencia de su protector. Mientras Boronat leía, don Emilio continuó sentado, volviendo de vez en cuando la cabeza hacia el balcón para observar el efecto producido por el conocimiento de lo que él llamaba una calamidad. Parecióle, pues, que á la conclusión del segundo pliego se había quedado el lector como estupefacto, trémulo, con los ojos clavados en el papel, en esa actitud de completa inmovilidad que manifiesta una impresión mayor de la que se esperaba. En cier-

to modo lo tuvo esto por buen agüero, imaginando que cuanto más grande conceptuara el banquero su calamidad, mayor interés tomaría por ella, y, por consiguiente, con más ahinco podría invocar su eficacísima ayuda. Pero no fué precisamente la calidad del hecho lo que dejó parado á Boronat, sino la enormidad de la cifra que allí había estampada como consecuencia del hecho: aquellos diez y seis mil duros fueron para él la peor impresión de la carta.

—¿Se ha enterado usted?—le preguntó don Emilio yendo á su encuentro y recogiendo la carta, que volvió á meter cuidadosamente en una carterita de piel.—¿Ve usted, amigo Boronat, lo que son los hijos? ¿Comprende usted el rubor, ó mejor dicho, la vergüenza que habré sentido al cruzar el umbral de esa puerta?

—Yo he leído de prisa algunos trozos; pero creo haber entendido que el principal causante de ese acaloramiento de su hijo de usted fué el coronel del regimiento...

—Justamente: eso bien claro está. El coronel, por vía de anticipo de su sueldo, había retirado de la caja algunas cantidades. Mi hijo, como oficial habilitado, no podía ignorarlo; pero le debía consideraciones particulares que un caballero, y mucho más un subordinado, no ha de olvidar en manera alguna, cua-

lesquiera que sean las circunstancias. Al cabo de nueve ó diez meses, aquellas cantidades pasaban de cinco mil duros. ¿Qué hacer en tal situación? Creyendo que la suerte le acompañaría como de costumbre, mi hijo subió al Casino varias noches. Mi hijo no es jugador, ni lo ha sido nunca; pero en cuantas ocasiones tomó una baraja en sus manos, fué siempre para ganar. Tenía una suerte loca, una suerte deshecha, como vulgarmente se dice. Pues bien, amigo mío: unas veces perdiendo y otras ganando, arrastrado por el deseo de reparar el descubierto de la caja... mi pobre hijo se encuentra hoy mismo con un déficit de diez y seis mil duros. Esto es un secreto para el coronel, para los oficiales, para sus compañeros, para todo el mundo. Pero mañana, cualquier día, de un momento á otro, al tener que efectuar un pago... ese secreto se divulga, deja de ser secreto, y entonces, ¡y entonces!...—Al decir esto el respetable Director, se llevó la mano á la frente para oprimírsela, y luego la separó con violencia, repitiendo por dos y tres veces este movimiento de muda y terrible desesperación.—Ya ha leído usted su carta, amigo Boronat; ya sabe usted lo que es una falta de ese género en el ejército; ya puede usted sospecharse lo que se arriesga en un lance como éste. Ahora considere usted la amargura y la

pena de su padre al tener que cruzarse de brazos por estar convencido de su pobreza, de su impotencia, de su nulidad.

Boronat, en efecto, observó que se colocaba delante de él, cruzado de brazos, algo pálido, con la cabeza inclinada, esperando, sin duda, que se condoliera de tamaña desdicha y le ofreciera de buena voluntad el consuelo, el único consuelo que buscaba. Comprendiéndolo así, quiso salir del paso de un modo ó de otro, pues al banquero no le faltaban recursos, á pesar de que en la ocasión presente el amigo y su calamidad le habían cogido tan de improviso como nos coge en la calle, sin paraguas, un inesperado chaparrón, que en cinco ó seis minutos nos deja punto menos que calados.—¿De su impotencia?—preguntó con algún asombro.—Una persona como usted, de su posición, de tantas y tan valiosas relaciones, no puede declararse impotente, señor don Emilio. Permítame usted que se lo diga.

—¿Lo duda usted? Pues no lo dude, porque no se trata de inventar, sino de declarar la verdad lisa y llana. Sí, amigo mío: si esto hubiera ocurrido en cualquier otra oficina, en una de las dependencias del Estado, crea usted que esas relaciones me habrían servido de poderosísima palanca. El asunto se hubiera zanjado sin ninguna dificultad con el Director ó el Jefe del

negociado de esa dependencia, quedando reducido en pocos días á las proporciones de un incidente insignificante. Pero esto es muy distinto... en la milicia anda todo con extremado rigor; la Ordenanza no transige con ninguno, ni con los recomendados ni con los superiores. Por esta razón no hay que traer á cuento las influencias que me convendría poner en juego; no se necesita influencia, sino dinero. Sí, amigo Boronat: considere usted la situación crítica, la horrible situación en que nos vemos colocados... y ¡cuánto deberíamos al hombre que nos tendiese una mano!

—Por mi parte...—repuso el banquero, resuelto á parar esta primera estocada y atento, más que á las buenas razones, á la enorme cifra de los diez y seis mil duros y á los antecedentes del señor Director, hombre muy gastoso y muy amigo del fausto;—por mi parte, yo también desearía hallarme con el desahogo bastante para atender á lo de mi casa y á lo de mis amigos. Pero nuestra fortuna se parece al palacio encantado de los cuentos de niños: oye usted hablar mucho de ella, ponderarla como fabulosa, tenerla por incalculable, y á lo mejor... sabe usted que ha desaparecido, que no era ni la quinta parte de lo que se decía. En algunas ocasiones, aunque pocas, un hombre de negocios puede disponer de veinte mil duros; en

otras muchas ni de veinte mil reales. Somos, pues, pobres ó ricos según las circunstancias, porque nuestra fortuna se halla repartida en cincuenta bolsillos y todo depende del crédito, grande ó pequeño, que hayamos adquirido.

—Usted se dirá, y dirá con razón: ¿qué títulos trae este caballero para presentarse en mi casa con semejante embajada?—indicó don Emilio, haciendo caso omiso de la argumentación de su amigo, por comprender que éste acababa de ejecutar ese hábil movimiento de defensa que los duelistas denominan segunda parada.—Yo, señor de Boronat, harto lo siento y lo deploro: no puedo invocar ningún título, esa es la verdad. Nuestras relaciones, por muy cordiales que hayan sido, nunca fueron reproductivas ó provechosas para usted ni para mí. Hablando en términos comerciales y de su profesión, yo diría que entre nosotros no hay cuentas corrientes. Pero usted es un hombre de nobles sentimientos, un caballero, un padre de familia... Pues bien, sin ningún merecimiento para su amistad, yo me dirijo al caballero, al padre de familia, al hombre de corazón, y le digo: ¡Señor don Juan José, usted solo puede salvarnos!

Tales palabras vinieron á ser como una estocada en tercera, dirigida con tal destreza, que el banquero se quedó titubeando sin saber

cómo llegar al quite y colocarse de nuevo en guardia. Por otra parte, el rostro del Director, que aparecía más grueso y respetable que de ordinario, expresaba una pena grande, sincera, conmovedora, verdadero dolor de padre, y esto le conturbó también. Con la cabeza inclinada y algo sombrío, dió unos cuantos pasos por la sala, y al volver al lado de su amigo le tocó á éste á su vez cruzarse de brazos y preguntarle en un tono semidoliente, que correspondía á la sentida exclamación de aquél:—Y ¿qué voy á hacer yo, amigo don Emilio? ¿Me lo quiere usted decir? Si yo le pusiera á usted á la vista el estado de mis negocios, se negaría usted á creerlo. Pues bien: sea por los temores de sublevaciones militares, por las consecuencias de la guerra ó por los desaciertos de nuestros gobiernos, no puede usted figurarse la paralización que se nota en todo género de empresas de cuatro años á esta parte. Antes, ¡oh! antes era otra cosa: arriesgaba usted un capital en cualquier negocio en la seguridad de doblarlo y aun de triplicarlo en poco tiempo. Y créalo usted, no es cuestión del más ó menos: es que me sería imposible reunir en un momento dado una cantidad de importancia, por las razones que le dí á usted anteriormente. Sólo por eso.

—¡Don Juan José! Amigo Boronat, se lo pi-

do á usted en nombre de sus hijos. ¡Cómo se acordaría usted de mí, de este desdichado padre, el día en que uno de sus hijos se hallara amenazado con una desdicha semejante! Amenazado con perder su carrera, su reputación, su honor, con ir con un grillete al pie para toda su vida...

—Si lo toma usted por ese lado... no podemos continuar, amigo don Emilio. Demasiado comprendo su situación penosa, difícil... Yo me pongo en su lugar de usted, y ya sufro con sólo pensarlo. Yo no sé qué haría, créalo usted: me volvería loco, me moriría de pena... pero no por eso dejaría de buscar el remedio en todas partes donde me sospechara que había de hallarlo. Si una puerta se cierra... no faltará otra que se abra. Usted no va á tener sólo una puerta abierta.

—Una sola tengo, se lo juro á usted: la suya.

—¿Quién no cuenta con dos, tres ó cuatro amigos leales y cariñosos?

—Esos amigos viven lo mismo que yo, con el decoro correspondiente á la posición oficial ó política que ocupan, es decir, gastando cuanto tienen y aun mucho más de lo que tienen. Esta es la verdad.

—Sin embargo, una persona de su influencia y de sus relaciones habría de encontrar se-

guramente, por mediación de esos amigos, un tercero que le facilitara lo que necesita...

—Pero ese tercero no sería como usted, un hombre de honor, un caballero, un honradísimo padre de familia, y abusaría, abusaría indefectiblemente. ¡Señor de Boronat, nuestra salvación la esperamos de usted!

—No puedo, no puedo, con harto sentimiento mío, amigo don Emilio.

—¡Señor de Boronat!—repitió el respetable Director cayendo de rodillas y abrazándose á las piernas del banquero, como muda demostración de su dolor, de su humillación, de su agradecimiento.—¡Señor de Boronat, sea usted generoso con la desgracia que se postra á los pies de usted, y que no ha de levantarse sino para ir á sus brazos!

—¡Por Dios! ¿Qué está usted haciendo? Eso yo no lo consiento.

—¡Señor de Boronat, se lo pedimos en nombre de sus hijos!

—No lo consentiré, no lo consentiré. Levántese usted, vamos,—insistió el banquero al ver que don Emilio continuaba abrazado á sus piernas y repetía la súplica con lágrimas en los ojos, transfigurado por el sonrojo, por la inmensa humillación, tanto ó más que por el inmenso dolor. En uno de estos movimientos, al asirle los brazos para que se levantara, re-

paró que sobre su gruesa cabeza, cubierta de recio y entrecano pelo, lucía una calva pequeña, amarillenta y redonda, muy semejante á la corona de un eclesiástico. Tal detalle y en parecida persona casi le hizo reir, ó por lo menos le tentó la risa, en medio de la profunda pena que expresaba su postura, su voz, la hinchazón de su rostro y el contenido llanto.

—¡Señor de Boronat, en nombre de sus hijos!

Luchando y esforzándose para que el respetable Director abandonara aquella postura y se pusiera de pie, Boronat se sintió desarmado, rendido, como el tirador á quien la habilidad y sangre fría de su contendiente logró formarle una *conclusión*. Esto no obstante, aún hizo un esfuerzo, un supremo esfuerzo de doliente protesta en favor de sus intereses, el último grito del egoísmo vencido y acorralado:

—Si eso estuviera en mis manos; si dependiera únicamente de mi voluntad... créalo usted, amigo don Emilio, no habría dudado ni un solo instante. Pero en un caso apurado como éste... Vamos, no se dispone así como así de cantidades tan grandes.

—Es que no necesitamos los diez y seis mil duros cabales—repuso el empleado, cuyos nublados ojos adquirieron de pronto una dulce serenidad.—Hemos vendido algunas alhajas

de valor, la vajilla de plata, el aderezo de mi mujer, unos collares, unas pulseras con brillantes; hemos empeñado un título de la Deuda que era de mis hijas; en fin, hemos arañado por todos los rincones de donde se podía sacar algo para reunir siquiera unos tres mil duros. No llegará á eso, señor de Boronat; pero confiamos en su generosidad de usted, en su bondad sin límites... De este modo el sacrificio es más pequeño; pero no será por eso menos agradecido. ¡Oh, nunca, nunca sabremos nosotros pagarlo y agradecerlo en lo muchísimo que vale! Mi hijo, sobre todo, mi hijo Gustavo tendría que besar por donde usted pisa. ¡Ah, señor de Boronat, si los hombres se midieran por lo que son y no por lo que aparentan!... Un hombre como usted, un buen amigo, cuánto no...

Tras estas palabras, el respetable Director, que estaba ya de pie, se acercó al banquero y le dió un apretadísimo abrazo, separándose luego de él en silencio, con los ojos nublados otra vez por las lágrimas. Por su parte Boronat, que veía cernerse sobre su cabeza la enorme cifra como la punta de una espada, no pudo reprimir cierto movimiento de sorpresa al saber repentinamente que no se trataba de adelantar los diez y seis mil duros cabales, sino bastante menos. Como á hombre de talento,

experimentado y ladino, no se le escapó á don Emilio aquel ligerísimo cambio de expresión, y redobló furiosamente el ataque hasta ver al amigo dispuesto por completo al sacrificio.

—Tanto dirá usted, amigo don Emilio, tanto dirá usted, que á no ser uno de piedra... Ya sé que hago mucho más de lo que puedo, que ignoro todavía la manera de realizar ese anticipo, que me hallo en circunstancias difíciles...

—Sí, señor, sí, lo comprendo. Mire usted, señor de Boronat, entre caballeros, ya sabemos cómo se ventilan estos asuntos... pero nadie dispone de la vida por un plazo determinado, y en este concepto todas cuantas formalidades juzgue usted indispensables para su seguridad, delas usted por hechas y aceptadas. Ya conoce usted también el sueldo que disfruto como empleado, y que responde, como una de las garantías que he de presentar, á las eventualidades de la devolución. ¿Cree usted conveniente que nos veamos mañana temprano, aquí mismo, entre nueve y diez?

—Mañana... ó cuando usted guste: ya sabe usted las horas que tenemos de despacho. Pero... ¡si viera usted en qué circunstancias tan especiales me coge este compromiso!

—Vaya, amigo Boronat, no se hable más de eso... Considere usted la buena obra que lleva

á cabo, y las santas bendiciones que usted va á recibir de parte de mi familia, de una familia que no olvidará jamás beneficio tan grande y tan desinteresado.—Diciendo esto volvió á abrazar afectuosísimamente al banquero, y añadió con voz algún tanto alterada:—Amigo Boronat, le debemos á usted más que la vida: le debemos el honor y el porvenir de nuestro hijo. ¡Adiós, adiós! Voy corriendo á escribirle. Hasta mañana.

Estrechó la diestra de Boronat, y salió, en efecto, á buen paso de la sala, acompañado de aquél, á pesar de que con la mano izquierda, ligeramente tendida, le hacía repetidas señas para que se retirara. Poco después, cuando el banquero entró en el despacho, ya se encontró con don Agustín Cremades y uno de los nuevos gerentes del *Banco de crédito mobiliario*, que le estaban esperando con alguna impaciencia. Era este don Agustín el tipo del hombre de negocios, incansable, activo, emprendedor, al que nunca le faltan ideas y recursos y planes; que es el primer iniciador de cualquier empresa, pero que tiene la fatalidad de no tropezar con el capital suficiente ni con dignos cooperadores que comprendan la bondad y la magnitud de sus proposiciones. Cada quince días, y á veces todos los sábados, venía á ver á Boronat, y sin sentarse, con el puro en la

boca, limpiándose el sudor y escupiendo á dos por tres, le hablaba de un negocio seguro, evidente, fácil, de grandes y positivos resultados. Las tales facilidades le hacían reir al banquero; pero en ocasiones le escuchaba con cuidadosa atención, porque lo que Cremades acababa de proponerle sorprendía al más experto en negocios, por lo admirable y lo original de la inventiva.—¡Carambis con el valencianito! —exclamaba en cuanto Cremades le había vuelto la espalda,—lo que no se le ocurra á este hombre, no se le ocurre al demonio.

Aquella mañana le traía reservadamente el plan de una empresa grandiosa: la formación de una gran sociedad que se titularía *La Ibérica*, y había de contar con sucursales en todas las capitales de provincia. Los primeros fondos se destinarían á la compra de solares, en buenas condiciones, para construir casas modestas, arregladas, baratitas, las cuales se repartirían en varios lotes, teniendo opción á estos lotes los socios fundadores que hubieran contribuído con un capitalillo determinado. Desde luego las proporciones y número de lotes habían de crecer con arreglo al capital impuesto. Si lograban vencerse las primeras dificultades de la empresa, puesto que en este desdichado país la administración no tiene más objeto que poner dificultades á todo lo que sea

iniciativa y obra particular, aquello crecería portentosa, fabulosamente. ¡Oh! sí, no consentiría que Boronat lo pusiese en duda. Negocio más seguro, más colosal, de mayores ganancias, no lo hallaría en el mundo. Contaba para su gran florecimiento con los incautos de las provincias, con esas buenas gentes que se contentan con un quince por ciento, que buscan el terno seco de la lotería, y guardan un buen fondo de reserva. Se olía él que en provincias había mucho dinero escondido, y lo que convenía era usar de grandes y sorprendentes artimañas para que estos bolsillos bien repletos salieran á luz en busca del interés, del azar, de lo imprevisto y fortuito. Á Boronat no le parecía la idea descabellada, y le escuchaba hasta con admiración; pero la escena tan reciente con don Emilio lo había dejado mal impresionado, por lo cual, moviendo lentamente la cabeza, le interrumpió diciendo:

—No veo claro, amigo Cremades, no veo claro. Puede ser que otro día me encuentre usted con las entendederas más despejadas, porque lo que es hoy...

Nuestro valenciano le miró con fijeza, y poniéndole una mano sobre el hombro repuso:—¿No ve usted claro? Pues yo diré aquí como Olózaga: ¡Dios salve á don Juan José Boronat! ¡Dios salve mi negocio!—Dió media vuel-

ta, y anduvo dos ó tres pasos en dirección de la puerta, como si fuera á marcharse. Era un hombrecillo de mediana talla, suelto de movimientos, ágil y vivo, á pesar de la redondez de su vientre, con la cabeza gorda y los brazos cortos, simpático por el rostro, persuasivo por la palabra, que aún conservaba el acento algo gutural de su dialecto. Á los tres pasos volvió á la mesa, desde donde el banquero le escuchaba, y añadió en voz baja:—Pero ¿es la verdad que usted no ve claro un negocio tan positivo y tan magnífico?... ¡Por vida de mi casaquilla! Mire usted, amigo Juan José, que se lo voy á proponer á Javaloyes... que es muy bruto, pero que tiene mucho dinero.

—Haga usted el favor de tratar mejor á mi paisano, ¡carambis! ó reñimos nosotros,—afirmó Boronat, desmintiendo con la expresión risueña y algo burlona de su rostro la formal amenaza.

Dió el activo negociante dos chupetones al puro, escupió á derecha y á izquierda, y apoyando el puño sobre la mesa lanzó su *ultimatum* en atropelladas frases: —Lo que es como él no lo vea claro, se lo digo en su cara, sí, señor, aunque luego no suelte ni un ochavo. Porque usted es otra cosa: usted es muy cuco, señor don Juan José; usted se reserva; usted ve el negocio lo mismo que yo, mejor que yo.

¿Eh?... ¡Vaya si usted lo ve! Conque... de cualquier manera que sea yo vuelvo por aquí; tenemos que hablar.

Y sin más saludos ni palabras salió bonitamente del despacho. Boronat, desde su sitio, pudo distinguir por un instante los vuelos de su levitín de alpaca, de un color parecido al de la nutria; sus pantalones holgadísimos, con una existencia de cuatro largos veranos, y la forma estrambótica de su sombrero de paja de grandes alas, todo lo cual le daba el aspecto de uno de esos impertérritos pescadores de caña que se ven subir del río, después de la puesta del sol. Con las nuevas proposiciones de Cremades y la conferencia con el gerente del *Banco de crédito mobiliario*, á quien había despachado momentos antes, se pasó prontamente la mañana. Al llegar la hora de comer, observó la familia, y en especial la señorita Manuela, que Boronat hablaba poco. Reflexionando sobre el compromiso adquirido con don Emilio, recordó las diferentes ocasiones que lo había encontrado en la calle, sorprendiéndole no poco la delicada cortesía con que el respetable Director se apresuraba siempre á saludarle. Diríase que el hombre presentía la terrible calamidad que le amenazaba; diríase que aquellas calurosas demostraciones de afecto venían preparadas y calculadas para que aprovecha-

sen el día del quebranto. La imaginación del banquero se sació y llenó de este mal pensamiento, acabando por condensarlo en dos palabras:—Un farsante.

Y, sin embargo, hasta que los hechos, aun los más temidos y esperados, no se realizan, nuestros sentimientos no han debido llegar al mayor grado de exasperación y de intensidad. Cuando así los expresaba Boronat en el amago de la víspera, ¿qué sería al día siguiente, en que habría de consumarse el doloroso sacrificio? Cabe suponerlo lógicamente, al pensar que entre nueve y diez de la mañana ya estaba sentado en el despacho don Emilio Yáñez, que por lo visto no era de los perezosos. Trasladáronse luego á la sala, y allí mismo, una vez firmados y entregados los documentos junto con el dinero, que no había de girarse por no suscitar sospechas, nuestro banquero recibió un apretadísimo abrazo del amigo y la solemne promesa de contribuir con todas sus fuerzas al crédito y florecimiento de la casa. Por un buen rato, volviendo sus miradas á los planes de aquel futuro engrandecimiento que había entrevisto, Boronat pudo saborear la miel de estos halagos, de estas vivas demostraciones de afecto, que aparecían más dulces y eficaces considerando el prestigio que disfrutaba el respetable Director entre los personajes de su par-

tido. Pero dos horas después, por esas constantes y misteriosas variaciones que sufre nuestro espíritu, aquellas ardientes imágenes se congelaron, vino la reflexión, y Boronat pensó con entera frialdad que todo el negocio se reducía á un favor arrancado por sorpresa, sin consecuencia real ni beneficiosa. Lo que no pensó con la debida detención fué la pueril venganza que le sugirió irreflexivamente el escozorcillo de lo que consideraba como una derrota.

Las noches que no iba á casa de don Eloy Pastor y se hallaba con gente en el gabinete, antiguas relaciones de su madre, solía quedarse en casa para animar esta tertulia, que algún día pudiera convertirse en una de las notables y distinguidas reuniones de la corte. Aún no habrían pasado, pues, cuatro días desde la consabida derrota, cuando despedidas las visitas y quedándose solo con la familia, una de estas noches, comenzó Boronat por lamentarse de lo que son ciertas amistades en un Madrid; siguió luego burlándose de algunos personajes conocidos que por vana ostentación aparentan lo que no existe, y estiran el brazo mucho más de lo que la manga permite; y como final refirió en tono de zumba la escena de la sala con todos sus pormenores y circunstancias. Su única intención, guiada por el encono, no era otra que poner en ridículo á don

Emilio, á quien por compasión le había tendido una mano y obligado á levantarse del suelo. ¡Pobre don Emilio! Como el banquero en su relato les ocultó, ó mejor dicho, les disfrazó el motivo por el cual recurría á sus generosos sentimientos, de aquí el que su figura, arrodillada, llorosa y compungida, resultase para ellas, madre y prima, tan cómica como la del bisoño colegialillo al que se le hace temblar con una simple amenaza:—¡Eh, niño, y cuidadito con que eso se repita!

Doña Balbina, á causa de su incipiente sordera, no entendió bien algunos pormenores; pero la señorita Manuela no perdió una sílaba ni se le escapó un perfil. Creyó Boronat que no mentando la vergüenza del hijo que juega con el dinero de la caja, podía reirse impunemente de la humillación del padre, sin faltar á su palabra de caballero. Los hechos nos dirán más adelante si esta satisfacción irreflexiva de su resentimiento, si este desahogo en la intimidad de la familia, fué ó no fué una censurable ligereza. Por lo demás, Boronat ignoraba que este género de satisfacciones calma y distrae nuestros dolores, pero es impotente para curarlos. Transcurrida una semana aún le duraba el recuerdo de aquel dinero ausente de su caja, que volvería muy tarde, cuando volviese, al hondo seno de donde había sa-

lido. Creeríase, al verle tan contrariado y pensativo, que para ciertos hombres que desde niños han respirado esta atmósfera del tanto por ciento, del interés y del descuento, debía ser el dinero algo esencial para su vida, como el oxígeno, ó parte integrante de su organismo, como la sangre. Sí, se comprende muy bien que en un verdadero avaro estas pasiones obscuras, sostenidas por un hábito de veinte ó treinta años, conviertan los objetos de su codicia en seres adorados vivos y sensibles.

En esta disposición de ánimo salía Boronat una tarde, al obscurecer, de casa de los de Hidalgo Hermanos, y al cruzar de la calle del Desengaño á la de Jacometrezo, se encontró, casi de frente, con una señora joven, vestida de negro, que venía á buen paso por la acera de la derecha. Los dos se miraron á un mismo tiempo; pero ella continuó su camino y él se detuvo unos instantes indeciso, siguiendo con la vista la marcha apresurada de la mujer. Por fin echó á andar detrás, determinado á salir de la duda, algún tanto angustiosa, que le hubo de suscitar su indiferencia. ¿Sería posible que ella pasara por su lado sin fijarse apenas en él? Antes de llegar al final de la calle de la Luna, Boronat se puso á tres pasos de distancia y la llamó por su nombre. Como ella no oyó bien, ó fingió no haber oído, se

adelantó él con rapidez, picado vivamente en su amor propio, hasta colocarse á su izquierda y poder decirle en voz natural:—¿No se digna usted siquiera contestar á las personas? ¿Tan grande es el resentimiento que usted me guarda?

—Dispense usted... no me encuentro bien y voy de prisa á mi casa. Por eso ni veo, ni oigo, ni...—respondió la señora, cuyo rostro, pálido y algo demacrado, parecía atestiguar de un modo indirecto la verdad de estas palabras, pronunciadas en un tono de profunda seriedad.

—Pero ¿eso es cierto, Eugenia? Usted me ha visto, me ha mirado y... no ha querido conocerme... Entonces me ha ocurrido seguirla á usted, pensando si esto sería un error, una presunción mía y nada más.

Sin contestar ni aun con la mirada, Eugenia continuó andando, más despacio que antes, porque el cansancio empezaba á amortiguar los primeros impulsos que determinaron su precipitación. Luego, á las preguntas que de nuevo le dirigía Boronat, limitábase á afirmar ó negar con un simple monosílabo. Al poco rato, cuando avistaron desde cierta distancia el portal de su antigua casa en la calle de la Estrella, le manifestó ella que no le parecía conveniente que le acompañase más camino. Él insistió, sin embargo, con tal tenacidad,

que hablando y porfiando llegaron hasta la misma portería. Una vez dentro, Boronat se empeñó en subir á su cuarto; pero Eugenia se lo prohibió en absoluto. Si la actitud, el rostro y la mirada de ésta no hubieran expresado de consuno una decisión inquebrantable, aún se habría atrevido á saltar por encima de tales prohibiciones. Volvió, pues, á salir á la calle en el momento en que la señora Bernardina acababa de pasar de la portería de enfrente y le dirigía el más cómico y reverente de los saludos. Alguna novedad creyó olfatear ella con la presencia de Boronat en aquellos barrios, picándole de tal modo la curiosidad, que estuvo á punto de preguntarle por la familia para entrar en conversación y ver si algo percibía, gracias á su fina nariz de sabueso. Tal vez por respeto no se determinó á tanto; pero asomando el hocico á escape, observó que el banquero se detenía en la misma esquina de la calle, frente á la de la Justa, y miraba hacia todos los lados como hombre que busca un rincón ó portal á propósito para guarecerse. Y en efecto, agitado por contrarios sentimientos, movido á lástima por el aspecto enfermizo de Eugenia, herido de pronto por los recuerdos que despertaba la mujer querida, sin voluntad ni energía para luchar contra lo imprevisto, Boronat permanecía indeciso, pen-

sativo, á dos palmos de la pared y como clavado en tierra. Un vivo y pertinaz deseo le tenía en espectativa: hubiera querido que ella apareciese de nuevo en la calle para pedirle explicación de una multitud de cosas que en aquel preciso instante sentía indecibles ansias de saber. Miró á uno y otro lado; luego al portal de su antigua amiga; pero como hombre de poca flema, recobrando repentinamente su decisión, echó á andar de prisa hacia la calle de Silva para salir á la de la Luna. Caía la noche, encendíanse las luces de las tiendas, disfrutábase esa constante y dulce temperatura de los primeros días de octubre, agolpándose á los puntos céntricos numerosos pelotones de ociosos, de señoras, de niñeras, de estudiantes, de empleados, de gente callejera inclasificable que acudía de los mil rincones de la villa como enjambre de abejas que van en busca de una nueva colmena... y por ser ya esta hora, Boronat se retiró á su casa.

Entre los diversos pensamientos que al igual de invisibles rizópodos se agitaban en este instante en su imaginación, flotaba siempre uno que parecía invencible y mucho más voraz que sus compañeros, porque concluyó por ser de los dominantes. Representósele, pues, la escena de la calle, el paso apresurado de Eugenia, su seriedad al hablarle y hasta la

impresión producida por el aspecto particular de su persona, todo lo cual se condensó, como en análogas ocasiones, en una frase que salió á sus labios al poner el pie en el primer descansillo de la escalera: «¡Y qué remedio! esto tenía que suceder; tenía que suceder tarde ó temprano.» Recordando á seguida el plan de conducta que se había trazado tiempo atrás, la última determinación sugerida por las malas mañas de Trinidad, no pudo menos de sonreirse. ¿Qué son nuestros mejores propósitos en medio de esta complicadísima red de contrariedades, de obstáculos, de cosas imprevistas, de pasiones que renacen, de nuevos deseos y de viejas inclinaciones? Si por casualidad nos libramos de alguno de sus hilos, es para enredarnos en otros más espesos y apretados, de tal manera, que entre el recuerdo de la pasada falta y las seducciones y halagos con que nos sale al paso la presente, apenas cabe el canto de un sincero arrepentimiento.

Durante la cena observó la familia que Boronat comía poco, á pesar de que su envidiable apetito no solía ceder de sus derechos sino en muy contados casos. Doña Balbina reparaba algunas veces en esto y lo animaba á repetir del plato que más le agradaba; pero la que había llevado siempre el alza y baja con mayor exactitud era la señorita Manuela. Como la tal

falta de gana hubo de coincidir por lo general con determinadas distracciones de su primo, de aquí el que se alarmara extraordinariamente al iniciarse cualquiera de estos singulares períodos de inapetencia. Aquella noche, sin embargo, comía poco, maquinalmente, por distracción, por ese dominio absoluto que adquiere una idea malograda, un capricho frustrado sobre el cual tenemos intención de insistir una y otra vez hasta conseguirlo. Acabada la cena, y antes que la conversación tocara alguno de esos obligados temas de sobremesa que son inagotables, Boronat dió un beso en la mejilla á cada uno de los niños y se retiró á su gabinete. Puso algo más de esmero que de ordinario al vestirse, porque según las circunstancias el hombre se preocupa de cosas tan nimias como una pechera de camisa ó una cinta en el ojal de la levita; pero á las nueve y media cruzaba ya la calle de Silva, en cuya esquina se detuvo unos instantes reflexionando sobre el paso arriesgadísimo que iba á dar. ¿Subiría á casa de Eugenia? ¿Le abandonaría de nuevo á su suerte? En aquel momento se afeaba el proceder que tuvo con ella y sentíase inclinado á repararlo de un modo ó de otro. Cruzó, pues, el portal con paso mesurado, subió al cuarto piso, reconoció la puerta pintada de verde, llamó y esperó no sin alguna inquietud, porque no se oían pisa-

das ni rumor de persona viva. Volvió á tirar de la campanilla. Alguien se acercó al ventanillo, observó y se retiró sin abrir. Boronat ya se impacientaba. Á los cinco minutos poco más ó menos se oyeron pasos, se iluminó el suelo y apareció Eugenia en la misma puerta:

—¿Qué significa esta visita? La chica me ha dicho que era usted, y no quería creerlo si no lo veía con mis ojos... Después de lo de esta tarde, no comprendo el motivo que pueda á usted traerle á mi casa, y menos á esta hora.

—Pues verla á usted, saber de su salud y dirigirle una, ó mejor dicho, varias preguntas interesantes.

—Á esta hora no puedo recibirle. Permítame usted, vamos á descansar...

—Lo dice usted así, tan seria... No me gusta esa seriedad; preferiría que cogiera usted el palo de la escoba y me echara usted á palos de su casa, porque lo merezco. Sí, señor, merezco eso y mucho más; pero lo que me hace daño es esa indiferencia glacial con que usted me condena á no pasar de este sitio. Vamos, Eugenia, no sea usted así; déjeme usted entrar... con cinco minutos de audiencia me basta.

Intentó ella cerrar la puerta empujando suavemente; pero con la misma suavidad echóse Boronat á un lado y dejó que, en efecto, la puerta se cerrase quedándose él dentro. Vién-

dose de esta manera burlada, se dirigió Eugenia á la salita, y se puso á coser al lado de Remigia, como si nada hubiera sucedido. Cuando él entró, vió á las dos mujeres afanadas en concluir unas camisas de tela gruesa, como de cáñamo, y de puños y cuellos muy cortos. A la derecha tenían un costurero antiguo de un solo pie, cubierto de patrones usados, ovillos de hilo, botones, pedazos y tiras sueltas de los refuerzos, amén de una porción de cosillas menudas como alfileteros, dedales, tijeras grandes y chicas, y unas bolitas de cera para dar fuerza á los hilos. Sobre el costurero estaba el quinqué, con pantalla de cartulina transparente, iluminando en parte esta escena de heróica y sublime lucha, digna, por la expresión de los semblantes, del pincel maravilloso de Rembrandt. La criada fué la primera en levantar la cabeza y echar al banquero una rápida mirada de desconfianza, de curiosidad y de rencor, que pintaba á maravilla su fidelidad de perro campesino.

Eugenia, por su parte, continuó dando largas puntadas, hasta que, aproximándose Boronat, le pidió permiso para sentarse á su lado. Clavó entonces la vista en él, sin poder disimular cierta turbación producida por la presencia de aquel hombre á quien había creído sincero, honrado, generoso y valiente, las cua-

lidades que más exaltaban sus sentimientos de mujer. Para un observador perspicaz no podía ser un enigma la expresión de estas facciones pálidas y un poco demacradas. El resentimiento y la pasión, el odio y la esperanza animaban sus rasgos y chispeaban en sus ojos, como si una nueva ola de vida y de luz hubiera subido á su rostro desde el fondo impenetrable del alma. ¿Qué buscaría Boronat en su casa?... Hacía ya rato que Eugenia se había hecho esta pregunta, detrás de la cual se agitaban confusamente dudas y presentimientos monstruosos que removían sus entrañas. Y como ella seguía cosiendo en silencio, tuvo el banquero que encabezar la conversación con cualquier formulilla y contar, en un tono de festiva familiaridad, los dos encuentros que había tenido tiempo atrás con dos señoras particulares. A las dos las hubo de confundir con Eugenia: una vez en la calle de San Bernardo y otra en la de Carretas. ¡Se parecían tanto!... Nada, que en la calle de Carretas echó á correr lo mismo que un mozalbete para tomarle la filiación á la consabida, es decir, para examinarla detenidamente desde los pies á la cabeza. ¿No era esto chistoso? Y además del chiste le traía como homenaje la significación del recuerdo: aun sin verla no la había olvidado. De este modo conseguía Boronat unir lo agradable á lo lisonje-

ro, *utile et dulci*. Eugenia, en efecto, acabó por sonreirse, y la criada tornó á echar al narrador dos buenos vistazos.

En tal momento sacó este último el reloj, y se admiró de ver cómo pasaba el tiempo, pues eran nada menos que las once y media de la noche. Continuó, no obstante, la conversación; pero de vez en cuando lanzaba á la criada miradas significativas que venían á decir claramente: «Si tuvieras á bien el largarte á la cocina... ¿No comprendes, pedazo de no sé qué, lo mucho que nos estorbas?» A pesar de tales insinuaciones, Remigia bajaba más y más la cabeza, daba un estirón á la costura y seguía cosiendo con ese aire ceñudo del mastín que defiende su hueso. Boronat entonces dirigió la puntería á su antigua amiga, y un rato con los ojos y otro con los recursos de su imaginación, dióle á entender lo mucho que agradecería el que interpusiese su mediación... Si ella le concediera cinco minutos de audiencia... pero sin testigos de vista. Ya era hora de que su señoría (la criada) se retirase á sus habitaciones particulares.

Después de estos justos razonamientos, Boronat volvió á echar mano al reloj, y... ¡Cristo crucificado! las doce y cuarto. Pensando luego en esta desdichada situación en que se hallaba, recordó que aún no hacía siete meses,

otra noche muy semejante, su dulce amiga, tan fría y desconsiderada al presente, había sufrido por él las angustias de una tremenda y desesperada lucha. Este recuerdo le amargó la boca. ¿Sería una venganza esta manera de conducirse con él? Empeñado Boronat en aclarar sus dudas, no se daba por vencido, y le faltaba poquísimo para expresar con toda claridad su pensamiento. Por último, después de tocar como de pasada el tema de aquella labor, por la que ambas mujeres se afanaban tanto, se acercó á Eugenia y le dijo al oído:—Necesitaba hablar con usted á solas unas palabras... No ha querido usted comprenderlo.

—Bien, eso cualquier día... cualquier día que usted vuelva por aquí, porque esta noche es ya tan tarde...—respondió ella en voz natural, levantándose de la silla como si esta nueva dilación fuese la señal de despedida. Para mayor confirmación, Remigia comenzó á recoger del suelo las hilachas y recortaduras, y metió en la canastilla que había al pie del costurero las camisas cortadas, junto con las que dejaban á medio concluir. Boronat, malhumorado y con distinto semblante del que había subido, estrechó la mano de su enemiga y se despidió hasta el día siguiente. Era ya la una y media. En cuanto aquél salió del cuarto, Eugenia entró con el quinqué en su alcoba y

se recostó en una silla, quedándose por algunos instantes pensativa, sin valor y sin fuerzas para tomar la menor resolución. Y aun cuando al poco rato insensiblemente se le cerraban los ojos, como cargados de sueño, aquella noche contó desvelada y nerviosa las primeras horas de la madrugada.

Boronat no cumplió su promesa hasta el tercer día, ó mejor dicho, hasta la tercera noche, que subió á hacer á su enemiga una nueva visita. Con escasas interrupciones, estas visitas se convirtieron en periódicas. Quiso saber el género de vida que Eugenia había llevado en aquellos meses de completa soledad, quedando admirado y complacido de su heroísmo, inspirado en la necesidad de luchar y en la amargura de mujer ofendida. Merced á la recomendación de las señoras de Javaloyes, habían conseguido que en un comercio del centro les dieran el cosido de aquella ropa blanca del ejército que tenían en contrata. Tarea bastante fácil para ellas, porque no había que perder el tiempo en los pespuntes, dobladillos y filigranas de aguja; pero pesada y fastidiosa por el sinnúmero de prendas que les entraban, á veces por docenas. Estas docenas de camisas representaban catorce horas de trabajo, y podía valerles seis ó siete, y á lo sumo ocho reales diarios. Así habían luchado contra la

miseria. Por supuesto que, reduciendo los gastos á lo estrictamente necesario para subsistir, pasaron semanas enteras en que su existencia tocaba en los límites de lo miserable. Condolido Boronat de aquella triste etapa que se presentaba á la imaginación como una peregrinación de seis meses por un vasto desierto, procuraba indemnizarle de lo sufrido con repetidas muestras de afecto. Pero es lo cierto que él volvía á sus brazos por esa doble necesidad fisiológica y social, que impulsa al hombre á buscar en la mujer el tipo que más se asemeje al ideal que ha concebido, en consonancia con su educación, su carácter y su temperamento. Para Boronat, Eugenia resumía este tipo de belleza física y moral que se adaptaba perfectamente á su manera de ser.

Al cabo de unos quince ó veinte días, Eugenia, que en realidad no conservaba tan persistentes como otras las heridas recibidas, se apresuró á perdonar, ya que olvidar no podía, cediendo á las caricias del amigo en quien creyó y esperó. Renacieron, pues, las esperanzas desvanecidas; vino el desahogo, y la alicantina no tuvo ya que sostener contra la miseria aquella horrible y desigual lucha, cuyas huellas se veían escritas en su semblante. Fueron estos primeros días de la reconciliación de los dos amantes como esas hermosas

tardes de otoño, que se igualarían á las de la primavera si no estuvieran veladas por una ligera neblina que entristece algún tanto los verdores del campo y las refulgencias del cielo. Era una felicidad triste, silenciosa, sin grandes regocijos ni sobresaltos, que entraba en su corazón á la manera de una muchacha extraviada que vuelve al seno de la familia.

Concluía el octubre. Una de aquellas noches que salían de casa después de obscurecer, quiso Eugenia entrar en una iglesia donde se celebraba una novena ó estaba expuesto el Señor. Es el caso que con la función estaba la nave central rebosando de gente; brillaban en el altar multitud de luces, y una escogida orquesta acompañaba con sus armonías á los sonoros acordes del órgano. Como toda persona que ha recibido cierta educación religiosa, sentía Eugenia, en determinadas circunstancias de la vida, un gran reverdecimiento de su antigua devoción. Acababa entonces de pasar por él durante esta época de continuas privaciones en que solía oir misa y acercarse con alguna frecuencia al confesonario. Fué, pues, natural que, hallándose en las postrimerías de su fervor, le ocurriese entrar en el Carmen. Una vez dentro, se colocaron en última fila, hacia la derecha, y por ese deslumbramiento momentáneo que producen las luces, no repararon al pronto

en las personas que oraban á cierta distancia en el costado de la izquierda y también en última fila. Era un grupo de tres señoras vestidas de negro y una, algo más joven, con traje de color, que por casualidad volvió la cabeza al escuchar los pasos de Boronat y Eugenia. Esta devota joven no era otra que la señorita Manuela. En cuanto Boronat sospechó, por su aspecto y por el perfil de las caras, quiénes pudieran ser, avisó á su amiga, y antes de terminar la función salieron bonitamente de la iglesia.

Al día siguiente la señorita Manuela, que no pecaba de corta, conversando con su doncella, en quien tenía completa confianza, probada por tres años de servicio, le preguntó con estudiada indiferencia:—¿Cuánto tiempo hace que no ha visto usted á la señora Bernardina, aquella portera tan preguntona?...

—Pues, mire usted, hará unos quince días que nos encontramos en la plazuela de San Miguel en un puesto de verduras.

—No dejaría de contarle á usted algo nuevo... Esa buena mujer es de las que lo saben todo, y cuando no lo saben, lo inventan.

Á Nemesia no le dejó de chocar un poco la pregunta; y como no era tonta, dedujo en seguida que no le disgustaría á su señorita el estar al tanto de las novedades que había en

aquel asunto de faldas:—No hablamos nada de particular... Del pueblo únicamente me dió algunas noticias; luego me preguntó por ustedes, y me dijo que le parecía haber visto en la portería al señorito Juan José.

—¿Que le parecía?... Vaya, ya veo que anda algo atrasada de noticias. Á mí me ha contado una cierta persona que hace veintitantos días que lo ve pasar por allí.

—Bueno, sí, señora, veinticuatro días dijo la mujer que hacía que lo había visto subir á las nueve de la noche. Pero ahora de noche, como empieza el frío, se queda dentro de la portería, y la mujer no se fija tanto en los que entran y salen.

—Subiría al cuarto de esa señora viuda, que es paisana suya, y que la conocen también las señoras de Javaloyes...

—Doña Eugenia, justo. Á la portera le debía el mes pasado unos treinta y cinco reales; pero ya se los han pagado. Me decía que no parecían mala gente, y que ahora la señorita y la criada cosían camisas para la tropa.

Nuestra exploradora no pudo reprimir cierto movimiento de sorpresa, que se tradujo al instante en un expresivo mohín de duda: «¡Quién sabe! no todo lo que se cuenta como verdadero, resulta verdad. Pero, en fin... en algo se ha de entretener esa señora.»

Dos semanas después, con la riqueza de pormenores en que abundan estas conversaciones ligeras, fáciles, repetidas, supo reconstruir la novela de la señora del piso cuarto y darse por bien enterada de todo cuanto había sucedido desde su comienzo. Luego, al llegar la noche, en el retiro de su gabinete, con la mano puesta en la mejilla, quedábase sentada largo rato pensando en estas cosas. Otras veces se levantaba de repente, como la que trata de sacudirse un bicho que saltó sobre su falda, y no podía encontrar reposo ni sosiego ni aun después de metida en la cama. Aquella dulce y acariciada esperanza que tantas noches le había servido como de blanda almohada donde recostar su cabeza, se disipaba de improviso en los mismos momentos en que se creía más realizable. Fatigábase en vano su imaginación de soltera despechada buscando una explicación racional al desenlace de aquella singular comedia. No acababa de comprender por qué su amable primo, después de lo ocurrido... Pero ¡Dios mío! ¿sería posible?... Necesariamente, á la pobre señorita le faltaban datos, desconocía como mujer el proceso psicológico de una pasión, la influencia de los temperamentos, el atractivo de la belleza moral, por cuya razón llegó á creer, como cree siempre el vulgo, en la existencia de mujeres ladinas, pér-

fidas, fascinadoras como las serpientes, que entontecen á los hombres y los hacen suyos. Entre las del pueblo, sobre todo en provincias, corre como verdad irrebatible que algunas mujeres dan á sus amantes ciertos brebajes, por medio de los cuales se ciegan ellos de tal modo que no pueden ya separarse de éstas. Nuestra señorita no descendió á tanto; pero no alcanzando á explicarse satisfactoriamente el milagro, lo atribuyó á las malas artes de la alicantina:—Como si lo viera, esa mujer ha debido asediarle con cartas, con recados y con embustes... Le habrá seguido en la calle, le habrá hablado en la iglesia... ¡Qué mujeres! Dios mío, ¡y que no pueda una decir la verdad! ¡que no vea él claro! Pero ¿cómo? cuando no se quiere... ¡Qué no habrá hecho esa bribona para conquistarlo!...

Al empezar noviembre, la doncella había tomado algunas más alas y trataba á su compañera Rita con cierto despego, prevaliéndose de aquellas confianzas y distinciones que tenía la señorita con ella. Hay que advertir que la cocinera, aunque callada y servicial, era mujer de malas pulgas, y tras algunos altercados pasajeros llegó una mañana en que la cogió de mal aire y armó un escándalo mayúsculo. A las primeras palabras le sacudió á la Nemesia un par de soberanas bofetadas; en

seguida se embistieron las dos como rabiosos canes, y á no estar en casa Boronat ocurre una desgracia. Después de señalarse mutuamente con algunos arañazos, la Rita había empuñado un cuchillo de la cocina sin decir una palabra, lo cual prueba que pensaba aprovecharlo en el pellejo de la otra. Fué un tremendo disgusto para todos. Más sorprendido y desazonado que nadie Boronat, quería echar á las dos contendientes de su casa; pero mediaron doña Balbina y su prima en favor de Nemesia, y consiguieron que fuese la cocinera la única despedida. Desde este incidente cabe asegurar que no conocieron una tan completa y excelente como la Rita, á pesar del numeroso rebaño de criadas que pasaron por aquella cocina. La mejor de todas estuvo en la casa mes y medio; pero la mayoría de ellas no duraban más allá de diez, doce ó quince días. Boronat se desesperaba, como hombre de buen paladar á quien gustaba la pitanza sabrosa y bien condimentada, viendo que la caprichosa fortuna no le deparaba más que legas. Su prima Manuela, en cambio, dejaba que las cosas rodaran tranquilamente á la izquierda ó á la derecha ó como les diera la gana. De un modo ó de otro tenía ella que lanzar su declaración de guerra.

XI.

CONTINÚA LA LUCHA.

Como de ordinario acontece, todos los hechos que venimos apuntando dieron sus frutos. Aquel mes de noviembre fué fecundo en acontecimientos. Eugenia entró en el octavo de su embarazo, mostrando, ante esta nueva fase de su vida, una triste resignación, un gran apocamiento de espíritu que la obligaba á no hacer referencia alguna á su estado. Ya desde el primer momento procuró ocultar hasta los menores síntomas, echando mano de cuantos recursos puede disponer una mujer. Tanto fué así, que Boronat se había separado de su protegida sin comprender la significación de ciertas rarezas y de algunas repentinas explosiones de cariño, que obedecían indudablemente á una perturbación del sistema nervioso. Pero amaneció un día en que se hizo imposible el misterio. Remigia,

las vecinas, la portera, el mismo Boronat, sospecharon la verdad del caso; y aunque ella no lo confesó sino en un extremo, impulsada por la necesidad, ya hacía tiempo que unos á otros se lo decían en voz baja. Pasada esta primer sorpresa, conservó nuestro banquero por algunos días una impresión desagradable. Aquella mujer enferma, triste, vestida de negro, que parecía, por su aspecto, esperar resignadamente la muerte ó el más doloroso de los sacrificios, mejor que la plenitud de una obra realizada por la naturaleza; aquel fruto, no esperado, que representaba las fatales consecuencias de una irregularidad; la situación excepcional que surge de estas circunstancias... en fin, Boronat sentía, á ratos, cierto malestar; á ratos, la amargura del resentimiento, como si se diera por vilmente engañado. Una de las últimas noches de noviembre subió á casa de Eugenia mucho más temprano que de costumbre, y la sorprendió en su alcoba enjugándose á toda prisa las lágrimas.

—¿Qué tienes?... ¿ha ocurrido alguna cosa?...—preguntó Boronat en cuanto le vió la cara.

Recobrando en apariencia su serenidad, Eugenia, negó que hubiese llorado ni que tuviera motivo para semejante aflicción. Insistió él de nuevo, porque en la situación presente no

debía ignorar nada de cuanto pudiera afectar á su salud. Pero ella, con una obstinación impropia de su carácter, volvió á negar por dos ó tres veces lo que, según decía, no pasaba de ser una figuración; en vista de lo cual, Boronat cogió el sombrero y se dispuso á marchar para evitarse un acaloramiento. Sin saber por qué hallábase excitado, de mal humor y en la mejor disposición de ánimo para reñir hasta con su sombra. Así, pues, lo más acertado era huir. Al verlo levantarse, comprendió Eugenia en seguida que no se trataba de una simple broma, como en otras ocasiones, y saliendo detrás de él le asió del brazo y le obligó á sentarse á su lado.

—No quería disgustarte; pero tú eres así... Después de cenar me ha dado una congoja, un poco de opresión al pecho, y luego me entraron ganas de llorar. Eso es todo lo que tuve. Pero ahora, que ya pasó, ¿para qué acordarse?

—Mientes. Te conozco en la cara que no dices la verdad,—repuso Boronat mirando fijamente y con hosca seriedad el semblante de la alicantina.

—Hoy vienes de mal humor, ya está visto.

—¿Qué has tenido esta noche?—insistió él por segunda vez.

—Vas á enojarte si te lo cuento... Y, bien

mirado, es una tontería que no conduce á nada.

—Sea lo que fuere.

—Hace unos cuantos meses, la noche aquélla del 12 de junio, ¿te acuerdas? aquella noche que viniste á despedirte... ¿No ves? ya pones mala cara... No quiero seguir.

—¿A dónde irás tú á parar?... Pero cuenta, cuenta; no importa.

—Pues aquella noche me acudió á la imaginación una idea que me heló la sangre. No quisiera recordártelo... Sería una aprensión mía, una extravagancia, una locura manifiesta; pero se me puso entre ceja y ceja que habías tú sospechado el estado particular en que empezaba á entrar, y que por esta sola razón te separabas de mí.

—¡Qué disparate! ¡Pero, Señor!...—exclamó Boronat revolviéndose en el asiento como un cura de manga estrecha en el confesonario, algún tanto alarmado ante la enormidad de las faltas cometidas.—¡Pero, Señor! ¿de dónde demonios sacaréis las mujeres unas ideas tan extravagantes, tan necias y tan fuera de propósito? Yo no me vendo por santo ni mucho menos; yo no soy impecable ni perfecto; pero tampoco soy un bandido. De modo que... ¡valiente favor hacías tú al señor don Juan José! ¡Carambis con las mujeres, y que no se andan con chiquitas!...

—¿No te dije que era una locura manifiesta el imaginarlo sólo?...

—Bueno; y ahora... ¿te acordabas de eso para arrepentirte ó porque te ha vuelto la?...

Con lágrimas en los ojos lanzóse Eugenia á los brazos de Boronat al escuchar tal pregunta, y le suplicó que la tuviera en aquellos instantes por una infeliz demente que acaba de recobrar la razón, aunque conservando todavía el recuerdo de su inmensa desventura.

Para todo aquél que se halla en la situación anómala de Boronat, ¿no viene á ser esta confesión un nuevo lazo? Aun el hombre más flemático siente removerse sus sentimientos hasta lo más hondo, al choque de estas revelaciones, de estas confianzas, de estas sospechas que le arrancan una enérgica protesta de su lealtad. Con esta protesta aquel hombre se ha engrandecido á los ojos de la mujer que ama; pero ha sido uniéndose á ella en un mayor grado, haciendo concesiones que le obligan á una sinceridad más perfecta. Hay que advertir, sin embargo, que, aun llegado este caso, Eugenia no abusaba tratando de saber algo más de lo que el banquero le confiaba en lo tocante á los secretos de su familia. La docilidad y la discreción de este carácter femenino, era una de las cosas que más cautivaban á Boronat, muy amigo de las obediencias ciegas y respetuosas.

Una mañana de diciembre, entre ocho y nueve, recibió una tarjeta de Eugenia, por mano de la portera; y como sabía lo que esto significaba, se vistió de prisa y se echó á la calle. Cuando se presentó en el cuarto, ya había pasado aquélla por el más doloroso de los trances. Su fisonomía parecía transfigurada; sus labios descoloridos se abrían de vez en cuando para sonreir, y al acercarse Boronat á la cama volvió ella el rostro y le indicó con una mirada de profunda ternura la cabecita del niño, que reposaba en brazos de una mujer morena y gruesa, que tenía traza de lavandera. Se hallaba tan fatigada, que apenas tuvo aliento para declararle la hora del suceso y la postración en que había caído. La portera, como la principal interventora, fué la que le enteró de lo ocurrido, y la que había traído la mujer morena, antigua vecina suya. La noche toda la pasó la enferma con los dolores. De tres á cuatro de la madrugada arreciaron de tal modo, que creyó deber avisar á un médico; pero afortunadamente al poco rato, á las cuatro y cuarto próximamente, dió á luz un niño robustísimo, en las más felices y seguras condiciones. Con esto la señora Bernardina, que era inteligente partera, renunció á dar aviso alguno, y entre ella y la Remigia dispusieron lo necesario para que fuese completa su asistencia.

Entre asombrado y confuso oyó Boronat que, como remate de cuento, la mujer repetía estas frases:—Y mire usté, ahí donde la ve usté con sus poquitas carnes, la señorita es valiente. No, lo que es como valiente... Vaya, vaya, que yo he visto á muchas mujeres apurarse y soltar cada lagrimón... porque el caso no es para menos, y le digo á usté que la señorita es valiente.

Lanzando luego una mirada irónica á aquel pequeño mundo que le rodeaba, pensó Boronat que la cosa no era ningún milagro, y que, después de todo, más valía que Eugenia poseyera este admirable valor, no supuesto en ella, que no que se rindiera desmayadamente ante aquel acto de la naturaleza como una pobre mujer sin espíritu ni reflexión. Mandó desde luego venir un médico para que rectificara y completara la faena de la señora Bernardina, porque conocía por la experiencia de sus primeros hijos que, bajo un aparente descanso de todas sus fuerzas, existen para la madre grandes y terribles peligros. Pero desde el primer momento respondió la naturaleza á esta constante solicitud. Eugenia se vió á los quince días fuera del lecho, ágil y fuerte, sintiendo en todas sus venas los latidos de una sangre nueva, rica y abundante, que acudía á su corazón con el callado empuje de la savia prima-

veral que llena el almendro joven de yemas, de hojas, de flores, de verde y pomposo follaje. Sus ojos adquirieron de nuevo el brillo y la alegría de la juventud; coloreáronse sus labios, y hasta su rostro, generalmente pálido, se matizó por algunos puntos de leves tonos de rosa, como si esta nueva fase de la maternidad no tuviera otro objeto que embellecerla. Después, en cuanto transcurrieron unos días, Boronat le presentó de nuevo la escritura de compra de la casa situada en la calle de Mesón de Paredes.

—Aquí te la dejo. La firmas cuando te venga bien: no corre prisa,—le dijo con extremada dulzura, observando que ella miraba los pliegos medio abiertos con ese legendario temor con que suelen mirar los campesinos todo lo que procede de la curia.

—¿Volvemos otra vez á lo mismo?... ¡Qué empeño de hombre en que he de ser yo propietaria!... ¡Si necesitamos tan poco para poder vivir!... ya lo sabes. Así es que recoges esos papeles y te los llevas á tu casa. Otras cosas me satisfacen más hoy por hoy que el cobrar una buena renta. ¡Dios mío, si la felicidad consistiera en el dinero, qué pocas personas felices habría en este mundo!

Echóse á reir Boronat, oyendo este dulce razonar de la alicantina; y comprendiendo

desde luego el motivo que la impulsaba á rechazar aquel magnífico regalo de la casa, le contestó:—Cá, no, señor: á buena parte vienes á hablar mal del dinero... ¡Si tú supieras lo que vale ese caballero!... En fin, te cansarías inútilmente en querer convencerme. Tengo muy bien pensado lo que te conviene, y, por lo tanto, ahí se te queda la escritura para que reflexiones y la firmes.

Después, al marcharse Boronat, aun cuando éste no le hubiera aconsejado que reflexionara, las reflexiones hubieran venido por sí mismas. Era madre; se había visto ya sola: ¿con qué seguridades contaba para lo porvenir? Recordando luego la pasada estrechez, el afán del trabajo diario, sus inolvidables tristezas, no pudo menos de convenir en que, si la felicidad no dependía del dinero, por lo menos era uno de los pocos medios de arribar hasta ella. Había que vivir prevenida, porque el día menos pensado podía cambiar su situación presente y volver la soledad con todas sus terribles consecuencias. ¡Oh, sí, todo menos las amarguras pasadas! Firmaría, pues, el contrato, sería dueña de la finca, lo aceptaría todo de la generosidad del banquero. ¿No estaba consagrada por el cariño esta gran generosidad? ¿Cómo dudarlo?... No era ella una mujer que se vendía; una mujer egoísta, fría, calculadora

ó viciosa. Era una mujer que amaba, y podía aceptarlo todo de su amante, hasta su nombre. Al llegar á este punto de sus reflexiones, y por si algo le faltara para decidirse, la voz del niño que lloraba en la cuna la confirmó repentinamente en su idea. ¡Ya no estaría sola de allí en adelante, pensó Eugenia al cogerlo en sus brazos para amamantarlo; pero cuántas cosas no necesitaría para que aquel pobre niño fuese feliz!

Desde primeros de febrero empezó, pues, á percibir parte de los doce mil reales que le redituaba la modesta casita de la calle de Mesón de Paredes. Boronat, además de mostrarle el mismo afecto, la consideraba en extremo, mucho más que antes. Y en vista de tales atenciones, Eugenia alimentaba una secreta esperanza, que, á semejanza de un pájaro que hubiese enmudecido por largo tiempo, recobraba ahora de nuevo la voz para expresar su momentánea alegría en dulces y melodiosos trinos. Puede, pues, asegurarse que estos seis ó siete meses fueron de los más felices de su vida. ¿Qué mujer, joven y amada como lo era Eugenia, no ha saboreado por algún tiempo esa inefable música cantada por la esperanza; ese profundo y variadísimo sentimiento inspirado por el afecto, por la estimación, por la generosidad del hombre de quien lo espera

todo? Pero una circunstancia insignificante basta para deshacer el encanto. La primera tristeza que se dibujó en su semblante, después de haber oprimido dolorosamente su corazón, fué al observar una mañana los síntomas inequívocos de un segundo embarazo. ¿Sería recibido este nuevo sér con las mismas sonrisas y en iguales condiciones que el primogénito, que se había desprendido de su seno como un fruto maduro de la rama? En estas dudas, ni aun se atrevía á confiar á Boronat el secreto de su estado, á pesar de que alguna vez, mirándola fijamente á la cara, le había preguntado:—Estás un poco pálida... ¿te sientes mal?—Y sucedió lo mismo, idénticamente, que un año antes: que mientras ella consiguió disimularlo, á nadie le dió parte ni pidió consejo sobre el estado general de su salud, algún tanto quebrantada. Pero llegado á un cierto límite, Boronat lo comprendió al momento, y ella se lo confesó ruborizada, con mayor vergüenza que si fuera la primera vez, con la vergüenza de una colegiala que ha tenido un desliz. Nacía todo ello de su carácter, del temor de desagradar á Boronat y de que cualquier accidente de su vida se convirtiera en obstáculo para la realización de aquella ardiente esperanza, que constituía el oculto resorte de su fortaleza.

Por fin, á su debido término Eugenia dió á luz una niña á quien pusieron el nombre de Pepita, así como al niño le habían llamado Eugenio. Boronat, por su parte, aceptó con risueña resignación el hecho consumado; pero si este linaje de hechos se consultara precisamente con el autor, desde luego habría respondido que para prueba le bastaba con la primera.

Después de una sublevación militar sin importancia, disfrutábase por el momento en la nación de una venturosa paz en medio de la cual prosperaban los negocios, y los banqueros de crédito como Boronat podían cosechar una abundante mies al fin de cada balance. Fija constantemente su atención en este continuo girar de los negocios, en la marcha de la familia, en la conveniencia de las nuevas relaciones, apenas le quedaba tiempo para pensar con alguna detención en el peligroso camino que recorría. Un hombre del temple de Boronat cree contar siempre con una gran libertad de acción: es rico, inteligente, experimentado, y está seguro de la victoria en el caso de entablarse la lucha... Así, pues, lo primero que le ocurrió para tener cubierta la retirada, fué el comprar, en nombre de Eugenia, la casita vecina de la que había comprado el año anterior, una casa de dos pisos que venía á valer de ocho á diez mil duros. Alguna resistencia

opuso al principio la alicantina; pero el recuerdo de lo pasado le había hecho algo interesada, y cedió fácilmente al segundo ataque. No obstante, al quedarse sola sentía alguna vez de improviso como si el rubor encendiera sus mejillas, y se preguntaba cómo podía haber admitido aquellos valiosos obsequios de un hombre que no era marido, ni pariente, ni allegado, ni cosa que se le pareciese.—¡Qué vergüenza! no debía, no debía consentirlo de ninguna manera,—exclamaba después de unos instantes de reflexión. Este movimiento de instintiva repulsión estaba inspirado, en efecto, en cierto buen sentido que rara vez le faltaba, y en un sentimiento de delicadeza, natural en ella. A pesar de eso, el interés le vencía. El afán de guardar dinero, de recoger algo de valor le enardecía la sangre, produciéndole un placer intenso á modo de dulcísima fiebre. Ya desde niña recordaba haber padecido de esta monomanía de esconder en el rincón de un armario todos los trapos, galones, hebillas, broches y botones viejos que encontraba en la casa ó cambiaba con sus compañeras de colegio. Á aquel montoncillo ordenado de chucherías le llamaba su madre el *arca de Noé;* y siempre que se le perdía alguna cosa llamaba á Eugenia y le preguntaba de mal humor, con su habitual ceño de vieja gruñona:—Ya habrás tú cogido

ese arete de oro que no parece por ningún lado. Vamos, vamos á ver esa arca de Noé... Y como me lo hayas cogido... ¡Pícara! eso no se hace.

Era, por lo tanto, una inclinación antigua en ella, que estaba en germen en su infancia, y que ahora con la edad, con las contrariedades, en medio de los desengaños, alcanzaba temible desarrollo. Misteriosa incubación de la raza, hay algo de inexplicable en estas secretas inclinaciones, á veces devastadoras pasiones, que pueden ir unidas á cualidades eminentes de carácter, á una gran potencia intelectual y, lo que es más raro, á tiernos y profundos afectos. Para explicar lógicamente la influencia de un carácter sobre otro, convenía conocer algo de la contextura moral de la alicantina. La influencia no tardará en manifestarse por los hechos; y en cuanto á la misma Eugenia, nadie extrañará que con esta diversidad de elementos que luchaban en su conciencia tuviera momentos de angustia y horas de tristeza, considerando la situación anómala en que se hallaba. Había, sin embargo, una persona al lado de Boronat que le envidiaba aquella felicidad inmerecida que parecía disfrutar según sus cálculos. Las cosas pasan siempre en el mundo de este modo. Ya se comprenderá que nos referimos á la señorita Manuela.

Aunque en pequeñas dosis, y por noticias sueltas, la señorita Manuela había llegado á saber todo lo ocurrido en estos dos años en el cuarto de la calle de la Estrella. La señorita estaba indignada y, más que todo, asombrada. Lo hicimos notar en una de las anteriores páginas: no comprendía aquel desenlace de la comedia tan inesperado y tan absurdo. A doña Balbina, paulatinamente, le había ido iniciando en el secreto, y era de la misma opinión que la sobrina. Disentían, sin embargo, en el modo de juzgar el resultado. Para la señorita, aquella continuada amistad de Boronat no podía tener buen fin; veía la cosa muy obscura y muy embrollada. Según doña Balbina, aquello debía ser pasajero; su hijo se cansaría de la individua en cuestión, y el día menos pensado la dejaría plantada. ¿No era eso lo que sucedía todos los días?...

Hizo la casualidad que una de aquellas noches subiera á visitarlas don Rosendo Benavides, interesado de buena fe y por simpatía en la felicidad de la señorita Manuela. Esta le correspondía con igual aprecio, confiándole algunas de sus más secretas cuitas, como sucedió cuando Boronat quiso entrar en relaciones con la heredera de aquellos ricos propietarios de la Mancha, los señores de Pérez-Hita. Después de las generales, don Rosendo se volvió hacia

la señorita y le dirigió en voz baja la consabida pregunta:—¿Cómo van esos negocios?—Ya se sabía lo que esto significaba, y nunca en peor ocasión que aquélla podía haberle recordado este doloroso poema de sus esperanzas. La cólera que dormía en su pecho rechispeó en sus ojos, y á duras penas consiguió nuestra señorita dominar la explosión de súbito enojo que asomaba á sus labios. Disimuló, pues, la mala impresión, el deseo de hacer sangre que le aguijoneaba, porque en presencia de la familia y de algún extraño que allí había, no era cosa de descorrer ciertos velos. Se contentó con mirar fijamente á don Rosendo, morderse los labios, y repetir suspirando esta doliente queja:—¡Ah! muy mal, rematadamente mal. Si usted supiera, señor don Rosendo... Ya le contaré á usted.

Otra noche que subió el amigo á la casa, dos ó tres semanas después, pudieron reanudar su conversación á última hora, en presencia de doña Balbina, que empezaba á dar en aquel momento sus cabezadas de costumbre. En esta conversación, ella le puso al corriente de lo sucedido y de algo más: contó, se quejó, acusó y exageró. Dejóse llevar de una desatinada malevolencia, y entre confianzas y quejas, sospechas y ponderaciones, refirió la historia de los diez y seis mil duros prestados al señor Yáñez

de la Mata, con todos sus pelos y señales. Por supuesto que ello se hacía contando con la natural reserva del amigo, y con que este delicioso cuento no saliese de entre los dos. Pero el amigo, como viejo y como hombre político que se sentaba á muchas mesas, sabía una infinidad de cuentos de este género. Eran tantos, que en ocasiones no se acordaba de que aquél que venía como anillo al dedo, en la animada discusión de sobremesa, pertenecía casualmente al número de los reservados. Y hablando, hablando, se había ido al diablo la recomendada reserva, por no ser ya tan firme su memoria. Luego procuraba subsanar el *lapsus* con una franca y formal confesión de la falta, acompañada de un vivísimo deseo de que ciertos pormenores del cuento no saliesen del círculo de los comensales.—Señores, esto no pertenece á la historia; pertenece á la vida privada, y sentiría en el alma que transcendiese lo más mínimo... Comprendo que no debí meter la hoz en ese campo; pero... en fin, yo... *(Varias voces:)* ¡No, hombre, por Dios!...—Eso sería ya...—Justamente.—Por mi parte, cuente usted...—Y por la mía.—¡Oh! eso desde luego.—Reserva absoluta.—¡Completa!—¡Incondicional!

No es de sabios sólo el mudar de consejo, como afirma el adagio latino, sino de todos los

que en la vida se sienten con aspiraciones á una esfera superior, á una posición más elevada que la suya. Así se explica que por aquella época mirara Boronat con buenos ojos á los amigos políticos, á pesar de su antiguo y declarado aborrecimiento á todo cuanto oliese á política. Influían también en este inconsciente cambio de sentimientos los consejos de su compañero Javaloyes, de don Eloy Pastor y hasta del negociante Cremades, que se había afiliado á los de la Unión liberal, creyendo encontrar algún personaje pródigo que se enamorase de sus proyectos. En estos dos años, repleto de dinero, con una suerte loca, don Martín Javaloyes había traspasado el almacén, y vivía en casa propia, en la calle de Atocha, como uno de los grandes accionistas del Banco, siendo además muy probable que en las primeras elecciones municipales saliera nombrado concejal. Boronat, que lo conocía á fondo, se hacía cruces, siempre que hablaban de éste, y decía para sí: «Pero ¿será posible que lo elijan? Cá, no lo creo: si es el hombre tan bruto...» A pesar del juicio tan poco lisonjero que le merecía su paisano, en el fuero interno de su conciencia le quedaban sus dudas, le espantaba su envidiable suerte, y sentía las primeras mordeduras de la envidia. A ratos pasaban por su imaginación ciertos confusos

proyectos... había que ser algo, contando con la base sólida y poderosa que él contaba. Comparábase desde luego con el propio Javaloyes... y se sentía halagado, decidido, orgulloso, en mejores condiciones, á una mayor altura. De aquí su deseo de alternar con unos y con otros, de admitir relaciones nuevas y de entrar como socio en el Casino de Madrid, donde podría estrechar con más frecuencia la mano de don Eloy Pastor y de otros personajes políticos. Para atender á tan múltiples ocupaciones, Boronat confió la dirección práctica y personal de los negocios al empleado que tenía hacía ya años al frente de la caja, persona de su completa confianza. Era éste un catalán inteligente, laborioso, incansable; pero durillo como el cordobán, y más enigmático de rostro que la famosa Esfinge. Firmábase Víctor Torrella y Casademunt, sin que nunca se diera el caso de que al extender un simple recibo, una carta, cualquier insignificante documento, dejara de poner nombre y apellidos orlados de una espantosa rúbrica, que parecía, por su tamaño y forma, la de una escritura pública.

Contando, pues, con la fidelidad y la inteligencia de nuestro catalán, podía Boronat dedicar mayor suma de tiempo á una multitud de tareas que son reproductivas, pero á largo plazo. Algunas tardes, después de salir de Bol-

sa, las pasaba en el Casino al lado de las mesas de tresillo ó sobre los divanes del salón principal. Otras veces subía de noche, y á estas horas todavía encontraba más animado el círculo de los amigos y conocidos con quienes solía reunirse. Entre los concurrentes también se veía, aunque de tarde en tarde, á don Emilio Yáñez de la Mata. No gozaba allí de grandes simpatías, porque el excesivo aprecio de sí mismo le hinchaba de tal modo, que no había socio que no se fijara en él. Llegó el caso de salir uno detrás de don Emilio y preguntarle al portero:—Hombre, por curiosidad, ¿me querría usted decir quién es ese caballero que acaba de?... Uno grueso, moreno, con grandes patillas.

—El señor Yáñez, el Director general de administración y fomento.

—¡Ah! el Director, sí, vamos... ya, el Director. Yo creí que era el Ministro.

Una de estas tardes de invierno estaban sentados cinco ó seis amigos en un ángulo del salón, muy cerca de la puerta, tan entretenidos en su conversación, que no pudieron reparar en que el citado don Emilio había cruzado dos veces por delante de la puerta. Agotado ya el tema ó cansados ellos, se disolvió el grupo al poco rato, y cada uno tomó por donde mejor le pareció. El más joven de los cinco ó seis

amigos entró en lo que llamaban el saloncillo, y acercándose al momento don Emilio, le dijo:

—Señor Fernández, quisiera que usted me concediese un momento de atención, si no es molestia.

—¡Oh! con muchísimo gusto.

—Hace cosa de media hora, pasando por cerca de donde estaban ustedes reunidos, oí una frase que me picó la curiosidad. Volví á pasar luego para ver si recogía algún nuevo dato, y, en efecto, he sido tan afortunado que no me queda ningún género de duda. Se trataba de mi persona. Como yo vengo poco por aquí, no es extraño que se me creyera á cien leguas. Por lo demás, crea usted que no me molestan lo más mínimo los que se ocupan de mis actos. Pero yo le conozco á usted, le tengo por un caballero, y desearía saber la verdad...

—Se hablaba en general de los empleados, y uno de los que estábamos, creo que el señor Vega, le citó á usted como de los más antiguos.

—Dispense usted, no era ese el tema.

—Aproximémonos un poco más al balcón, si á usted le parece—indicó el socio interpelado.—Aquí estamos seguros de que nadie nos oiga. Pues bien, no dude usted de que se discutía la cuestión de los empleados; pero en general, sin alusiones...

—¿No he de dudar, señor Fernández?...

¡Por todos los santos! no me haga usted tan delicado de epidermis que por una simple frase fuese yo á creer... No, señor, no; me consta que se trataba de mi persona, y aún más: que se refería á un asunto particular, privado, de amigo á amigo. Ya ve usted si cabe dudar. Pero repito que no me molesta: que hablen lo que quieran. Si fuese una calumnia, una injuria, un falso testimonio, se comprende que no me sirviera de gusto. Me dolería, como es natural.

—Siempre es mortificante—expresó el interpelado batiéndose en retirada, es decir, casi convencido de la indiferencia con que solía mirar el señor Yáñez estas habladurías de los ociosos;—por lo menos para mí.

—Para mí no lo es, créalo usted. Y si no, á la prueba: tiene usted carta blanca para repetirme con aumentativos todo lo que contaron y criticaron de mí esos señores socios. Si observa usted el menor gesto de desagrado en mi fisonomía, puede usted cortar por donde guste. No me ofenderé por eso.

—Si fuera médico le tomaría á usted el pulso para ver si se le alteraba... He oído decir que estas impresiones morales se reflejan hasta en las pulsaciones...

—Sin inconveniente ninguno; conque bien puede usted...

Bajando algo la voz, y procurando quitar

parte de su colorido al relato, no tuvo más remedio el señor Fernández que contar en resumen la conversación de sus compañeros. Referíase á la historia completa y detallada de los diez y seis mil duros prestados sin interés ninguno por Boronat. Nada habían olvidado los narradores, ni siquiera la humilde postura que hubo de tomar á última hora el postulante para mover á piedad á un empedernido pecho. Suponían desde luego que debían ser duros de corazón los hombres de mucho dinero. De todos modos, la historia era la consabida sin la menor variante, quedándoles al fin y al cabo muy agradecido de que esta segunda edición no apareciese con algún nuevo pormenor ó circunstancia á guisa de adorno poético, debido á la fecunda imaginación del cuentista. Mas apenas acabó de hablar el llamado Fernández, le tendió la mano don Emilio y le dijo:

—Muchísimas gracias, amigo Fernández, por su amabilidad primero, y después por su franqueza. La vida es cruel y trabajosa; el hombre pasa á veces por situaciones excepcionales. ¿No es verdad que estas situaciones, miradas friamente desde los mullidos de un diván, parecen ridículas? Sí, lo parecen; pero comprenda usted también que el primero que las hace públicas es un mal caballero. O en otros términos: es un canalla.

—Vamos, vamos, señor Yáñez, que esa calificación...—repuso el socio algo sorprendido al observar el gesto y la mirada del hinchado Director. — Existe entre ustedes indudablemente algún antiguo resentimiento, y no debía... ¿Habré hecho mal en contarle á usted lo que no pasaba de una sospecha?... Ya no estaré tranquilo.

—Nada de eso: al contrario. Me ha hecho usted tanto bien, un bien tan grande, que nunca se lo agradeceré bastante. Y esto sin consecuencias, porque de aquí en adelante ya viviré más prevenido. Es lástima que pueda salir cualquier pelagatos de una sastrería hecho un caballero, sin tener siquiera ni la hechura de tal.

Y dicho esto con inusitada energía, volvió don Emilio á estrechar por segunda vez la diestra del amigo Fernández, se despidió y salió del Casino, sin que ninguno de los socios lo viera por los salones lo menos en quince días. Parecía haberse olvidado ya del incidente. Sin embargo, una noche, al portero le extrañó no poco verlo pasar de nuevo habiendo estado ya por la tarde. Daba la casualidad que aquella noche se notaba bastante animación, á causa sin duda de la caída del Ministerio. Boronat llegó al poco rato y se dirigió, como de costumbre, al salón de la derecha, donde se reunían los amigos Javaloyes, don Eloy Pastor,

Natalio Hidalgo, el señor Fernández y algún otro compañero. Al cruzar el pasillo oyó que alguien le llamaba. Volvió la cara y se encontró con don Emilio Yáñez de la Mata, vestido muy correctamente, de levita cerrada con grandes solapas, como era entonces la moda, y una cintita encarnada en el ojal en significación de no sé qué mérito. Un rico pantalón azul y un flamante sombrero de copa de finísima seda y ancho de alas, completaban su aspecto de personaje importante. Hay que confesar que á su lado Boronat desmerecía algún tanto, envuelto en su gabán peludo de color ceniza y con sombrero de copa algo más usado. Por parte de don Emilio había, pues, más decoración, una presentación en escena con más aparato y mejor estudiada. Al tenerlo á dos pasos de distancia, miróle este último de alto á bajo y le roció el rostro con este inesperado chorro de insolencias:

—Hace quince días, delante del señor Fernández, tuve el gusto de decir que el hombre que falta á su palabra de caballero es indigno de alternar con personas decentes. Si usted tiene buena memoria, ya recordará usted lo que me prometió cumplir, como caballero, en su propia casa. ¿Lo ha cumplido usted? Pues si usted no lo ha cumplido, aplíquese usted el calificativo.

—Pero ¿qué está usted diciendo? ¿qué salida de tono es esa? ¿á qué viene ahora hablar de caballeros ni de palabras?... Yo no comprendo, —repuso Boronat en voz alta, palideciendo un poco.

—¿No lo comprende usted? Se lo diré más claro. El hombre que se conduce como usted, es un solemnísimo indecente, y á los indecentes hay que tratarlos...—y sin concluir la frase levantó rápidamente la mano y la llevó á la mejilla del banquero con tal ligereza, que éste no pudo evitar el golpe; pero se abalanzó con el puño cerrado sobre su enemigo, tratando á su vez de herirle en el rostro. Al ruido de las voces, y aún más al de la bofetada, acudieron á interponerse algunos caballeros que salían del salón; pero en el mismo instante se oyó la voz de don Eloy Pastor, una voz formidable de coronel, que les gritaba:

—¡Déjenles ustedes, no los separen! ¡que se peguen, que se peguen! No importa, eso vale más: así quedarán iguales.

Y, en efecto, el puño de Boronat encontró por fin, después de luchar cinco segundos, un tercio de frente de don Emilio, donde quedó señalada con un leve rasguño la impresión de la sortija que aquél llevaba. Rodaron por el suelo los sombreros de uno y otro á las primeras de cambio, pues se habían enredado

de tal modo, que, á no mediar los amigos en el momento, acaban zurrándose con la furia y el desenfado de dos aguadores. Una vez separados, aún con el sobrealiento de la lucha, y en medio del grupo de socios que rodeaba á don Emilio, esforzaba éste la voz, gesticulaba, movía ambos puños y afirmaba que aquello no podía quedar así, sin una inmediata reparación. Como siempre se encuentran personas de mala sangre dispuestas á servir á estos enconos, ofreciéronsele en seguida como testigos dos caballeros que se acercaron á los del grupo de Boronat para manifestarles la determinación de su ofendido. Por andar algunos años entre militares, nuestro Director manejaba un poco las armas, muy poca cosa; pero, en fin, llevaba esta ventaja á Boronat, que nunca se las vió más gordas. Así es que lo mismo don Natalio Hidalgo, que don Martín Javaloyes y los demás que habían presenciado el incidente, banqueros ó comerciantes, ahogaron con voces de protesta semejantes proposiciones. ¡Cómo! ¿un lance por un par de achuchones? ¿Merecía aquello tomarse tan en serio?... ¿y tomarlo hasta el punto de tener que darse una buena estocada? De ninguna manera. Mediarían explicaciones, eso sí, como cumple que medien entre caballeros que son antiguos amigos, y estaban seguros de que las diferencias

de criterio que hubiese se armonizarían pacíficamente. No suponían ellos que hubiese la menor ofensa por una ni por otra parte. Todo lo más que concedían era eso: diferencia de criterio. Acalorado, excitado, con los ojos brillantes, los labios secos y el cabello descompuesto, se revolvía Boronat á gritos contra la sinrazón de la acometida. Sería una equivocación, un error, una mala interpretación, lo que se quisiera; pero él no lo comprendía, no sabía á qué atribuir aquel desatinado y brutal ataque. Ello es que, á pesar de las voces, de los murmullos, del runrún que llenaba el pasillo, llegaron á oídos de don Emilio aquellas repetidas quejas, y, separándose del grupo que se agitaba á su alrededor, se acercó al de los comerciantes y conocidos de Boronat.

—¡Cómo que no sabe usted lo que ha pasado!...—exclamó poseído de nueva cólera, mirando á todos los lados y encarándose particularmente con este último.—Aquí mismo, en el salón, hace unos quince días, se me ha puesto en ridículo. Se ha comentado con chistes y donaires una desdicha doméstica, que debía ser un secreto para todos. Sí, señor, y para usted más que para nadie. Para usted debía ser tan respetable y tan sagrado como el honor de sus hijos. Sí, señor, un caballero no hace jamás un favor de ese género para

arrojarlo á la primera ocasión al rostro de su favorecido. ¡Eso es indigno, eso es bajo, eso es miserable!

—Pero, señor mío, ¿he venido yo aquí con ese cuento?... ¿Quién puede asegurar que lo ha oído de mis labios?—preguntó á su vez Boronat con toda la airada convicción de un inocente.—¡Que lo digan! Señores, ¿me lo ha oído referir alguno de ustedes? Si hay alguno, yo me atrevo desde ahora á desmentirlo. Lo desmiento, lo niego terminantemente. Y podrá ser cierto lo que el señor afirma, pero no me lo explico...

—Bien, bien. Basta. Estas cuestiones no se ventilan á gritos ni con bravatas en los pasillos de un Casino. Se ventilan en otra parte.

Pronunciadas estas palabras, renováronse con más fuerza los murmullos, que no habían cesado de oirse durante la polémica, de todos los concurrentes que hormigueaban en el ancho pasillo comentando á su modo y manera el curioso incidente.

—¿No ven ustedes cómo yo tenía razón?—repetía don Eloy Pastor dirigiéndose á los que acompañaban á Boronat.—Que dos amigos tropiezan, que se acaloran, que disputan, que uno de ellos levanta la mano... No importa, dejen ustedes que el otro le devuelva lo que ha recibido en la misma moneda. Donde las

dan las toman. El caso es que los dos queden iguales. Quedando iguales, será más fácil que el asunto no pase adelante. Es el procedimiento que usaba mi general González-Queipo cuando veía agarrarse á dos diputados en el salón de Conferencias: «Deje usted que se peguen; evitemos un lance tonto.»

—Y lance, ¿por qué?—interrogó de nuevo el señor don Juan José, no comprendiendo el tanto de culpa que podía caberle en aquella gravísima ofensa de la que el otro se mostraba tan quejoso.—Estoy seguro, pero muy seguro, de no haber hablado, fuera de la familia, de ese delicado asunto. Lo juraría. Además, ¿era yo solo el poseedor de su secreto? ¿No pudo él contarlo á algún amigo indiscreto?

A este punto, y cuando empezaban á dispersarse la mayoría de los socios por los salones, se le acercaron dos respetables caballeros para suplicarle, en nombre de don Emilio, que diese su representación á dos personas de su confianza. Reunidos los cuatro medirían, según su leal saber y entender, el alcance de la ofensa, excogitando al propio tiempo los medios para que la cuestión se zanjase honrosamente como es uso y costumbre entre caballeros. Boronat, sin comprender al pronto, ó acaso por el estado de irritación en que se hallaba, no recordando lo que acababa de decir momentos

antes, contestó que sí, que estaba dispuesto á todo, que nombraría dos amigos, que haría cuanto fuese necesario. Sin embargo, don Eloy se puso de su parte: habló de la inoportunidad de aquel paso, puesto que Boronat se consideraba exento de culpa, y dispuesto como tal á dar las explicaciones que le exigiesen en buena forma. Javaloyes también intervino. Intervino para decir que bastaba con un par de amigos. Un par de buenos amigos darían á cada uno su razón, arreglarían el asunto y todo se acabaría sin lances ni apaleamientos. Luego se agarró al brazo de Boronat, gruñendo y de mal humor, decidido á llevárselo fuera del Casino.—Vamos, vamos, ¿qué hacemos aquí? Perder el tiempo. Estaría gracioso que empezáramos ahora á charlar de lo mismo y nos dieran aquí, puestos de pie, las dos de la mañana. Á casa, á casa.

De idéntico parecer era el otro comerciante, don Natalio Hidalgo, y entre los dos arrastraban hacia la puerta á nuestro banquero, que apenas oponía resistencia. Pero uno de los caballeros comisionados se encaró resueltamente con Javaloyes, y le habló muy alto:

—Pero, señor mío, ¿usted se cree que esto es cosa de broma?... Venimos como testigos de don Emilio Yáñez de la Mata, con el solo y exclusivo objeto de entendernos con los que

designe el ofensor. ¿Habremos hablado en griego? porque más claro... Y en estos casos se pierde el tiempo que se ha de perder, ¿está usted? Con el necesario basta.

Algo sofocado por aquella lección de buena crianza, y aun mucho más por el tono, Javaloyes masculló sus excusas. Él no quiso ofender á nadie: eso estaba claro. Se hablaría del incidente acaecido: eso era muy justo. Pero ¿tanta prisa corría? ¿No podían pasar sin ocuparse de él veinticuatro horas siquiera?

Mientras Javaloyes gruñía y se defendía á su manera, Boronat se dirigió á los comisionados:—Yo creí, señores, que no era tan de reglamento eso de nombrar los testigos á escape, á los cinco minutos de verificarse el hecho. ¿Que ustedes opinan de distinto modo?... no importa, me conformo. No quiero que piensen ustedes que lo hacía por huir el bulto. Estoy á su disposición.

—Perfectamente. Esa es la única manera de entenderse entre caballeros. Ahora designa usted sus testigos, ¿está usted? nos ponemos en relación con ellos, y quedamos citados para mañana.

—Sí, señor, ahora mismo—repuso Boronat volviéndose á don Natalio Hidalgo, que seguía con otros conocidos á su lado, y buscando con la vista á otra persona, que sin duda no estaba

ya entre éstos.—El primero es el señor don Natalio Hidalgo ...migo mío... El otro, don Martín Javaloy... pero no le veo por aquí... Dispensen ustedes un momento: habrá entrado en el salón.

Después de haber dado una vuelta por los diversos cuartos y departamentos del Casino, se presentó Boronat de nuevo, algo más pálido, afirmando que don Martín no debía estar ya cuando por ninguna parte se le encontraba. Pero era lo mismo: daría las señas de su casa, y esperaba que su amigo admitiese desde luego aquella delicada comisión. El portero, á quien habían preguntado, se acercó en este instante á los testigos y les dijo respetuosamente:—No lo busquen ustedes. Don Martín: ¡pues si hace un cuarto de hora que se marchó!...

Esta desaparición fué muy comentada por los concurrentes de última hora, que suelen ser los que buscan pasto más sabroso y entretenido á su m...dacidad. Uno de ellos condensó la opinión general del grupo á que pertenecía en esta frase:—Yo no lo extraño; ¡es tan bruto el pobre... que no lo p... disimular!—Otros, por el contrario, riéndose de la ocurrencia, opinaron que Javaloyes era muy tuno, que tenía muchas marrullerías y que ninguno como él para salir de cualquier compromiso.

Á la mañana siguiente subió Boronat á casa

de su paisano; y como tenía suficiente confianza, llegó hasta su cuarto y lo sorprendió rasurándose delante de un espejillo redondo de estudiante, con la caraza enjabonada y la brocha en la mano. Según dijo, á su mujer y á las niñas no les gustaba aquello; pero la costumbre y su poca paciencia podían más que los nuevos usos sociales. Sin sentarse, pues, nuestro banquero le expuso el estado del incidente tal y conforme había quedado la noche anterior, y le pidió su parecer en vista de lo que se venía encima.—¡Cómo! ¿aún estamos en eso? Mándelos usted á escardar cebollinos, y cuento acabado —expresó Javaloyes con repentino enfado.— Y ¿dice usted que van á venir aquí, á mi casa, para hablar de lo mismo? No, no, que no se molesten, porque yo no recibo visitas de esa clase.

—Pero ¿y las explicaciones? Á mí como ofensor me toca darlas, según parece. Digo mal: no á mí, sino á mis representantes, que son usted y el señor Hidalgo.

—Pues no debía ser así, porque en toda tierra de garbanzos las explicaciones se las dan mutuamente los mismos interesados. Además, ¿qué explicaciones ni qué ocho cuartos? ¿no se han arrimado ustedes un par de mojicones?... pues basta con eso. ¿Qué mejor saldo de cuentas?

—De modo que... ¿no cree usted que haya motivo para un lance?

—Vaya, vaya, déjese usted de lances. Eso para los militares, que por un quítame allá esas pajas han de sacar á relucir el pincho.

Sin embargo, puesto ya en el caso Boronat no había de retroceder. Así se lo indicó á su amigo, que lo miró con cierto asombro y luego con disimulado enojo, porque no le gustaba andar mezclado en nada que oliera á lances y contiendas. Explorado ya el ánimo de uno de sus representantes, nuestro banquero se marchó contentísimo. Por esta parte los de don Emilio habían de encontrar fuerte y razonada oposición. La maniobra á que se había entregado no dejaba de ser feliz si conseguía realizarla: sus amigos Hidalgo y Javaloyes debían dar en su nombre todo género de explicaciones, pero rechazando en absoluto la idea del lance como inoportuna y falta de fundamento. ¿Qué grandes motivos tenían uno y otro para llegar á ese extremo? De esta manera, sin exponerse á ser tachado de cobarde, se evitaba el lance, que es lo que Boronat deseaba, de seguir las cosas su curso natural y ordinario, pues no habían de imponerles á la fuerza su opinión. Fué, pues, á avistarse desde allí mismo con su segundo representante don Natalio Hidalgo. El gran comercio de paños y lanas

que éste poseía se hallaba en un piso principal de la calle del Desengaño; y cuando Boronat pasó al despacho ya lo vió sentado, con la pluma en ristre, el gorrito calado y una disforme petaca de jipijapa á su derecha, regalo de un fabricante extranjero. Echando mano de ella, nuestro comerciante ofreció un cigarrillo al banquero:

—¿Sabe usted? Á las once quedamos citados para ir á casa de don Martín. Yo no entiendo nada de estas formalidades, ni como aprendiz siquiera, porque es la primera vez que tercio en ello... Y únicamente por usted, señor don Juan José...

—Pero vamos á cuentas: ¿usted cree, amigo Hidalgo, que sea la ofensa tan grave y tan imperdonable que debamos ir al terreno, como dicen ellos? Todo lo que ha ocurrido hasta la fecha lo conoce usted lo mismo ó mejor que yo; de modo que sería inútil repetir lo de... En cuanto á la intención de ponerle en ridículo, me sostengo en lo dicho: no tuve ni he tenido nunca intención de semejante cosa. Es más: el cuento ha podido salir de mi familia, aunque lo dudo mucho, ó de algún amigo de don Emilio, como es lo probable; pero ¿de mis labios? ¡jamás! y creo que baste mi palabra para aquéllos que me conocen á fondo.

—Descuide usted—repuso Hidalgo con cier-

ta seriedad no exenta de ironía; —descuide usted, que no llegará la sangre al río. No faltaba más sino que esos espadachines vinieran á imponernos la ley sólo porque á ellos les pase por la cabeza. Se hablará, se discutirá, se atenderá á la razón, y que la razón decida. ¿No hay razón para tanto, según yo creo en conciencia?... Pues no la hay y se acabó.

Dióle Boronat un fuerte apretón de manos, y se separó de su segundo representante ó testigo no menos satisfecho que del primero. Mas luego, recordando la manera con que pronunció ciertas frases y la sonrisa apenas perceptible que asomó á sus labios, iba pensando para sí al llegar á la calle: «A éste no se le ha pasado... éste me ha visto el juego... éste es un tuno de siete suelas que se reirá de su sombra y nadie se lo conocerá en la cara.» Y, sin embargo, en realidad conservaba una ciega confianza en el amigo; tenía la seguridad de que rechazaría con todas sus fuerzas la idea del lance; que encontraría, para combatirlo, razones más sólidas y contundentes que Javaloyes. En fin, cuando dieron las once, que era la hora señalada para reunirse los testigos, la impaciencia lo sacó diez veces del despacho y lo empujó al lado de su familia, para llevarlo de nuevo á la agitación ordenada del trabajo. Puede decirse que aquel día no comió ó no

supo á qué sabía la comida, no disfrutando de verdadera calma hasta las dos y cuarto en que se presentaron Hidalgo y Javaloyes.

Con sólo verles los rostros se comprendía que acababan de sostener una tremenda lucha, de entregarse á una labor excepcional, muy diferente de aquéllas á que estaban acostumbrados. Javaloyes traía el semblante rojo, inflamado, casi purpúreo, y su hermosa cabeza de oso chorreaba agua por todas las guedejas que circundaban sus sienes. A Hidalgo se le había secado la boca, le castañeteaban los dientes y presentaba el aspecto del hombre decidido que aguarda á su enemigo detrás de una esquina con la santa intención de apalearlo. Al fin, el enemigo no pasa: mi hombre se queda chasqueado, pero con la intención en el cuerpo. Según dijo él mismo, estuvo tentado en más de una ocasión, durante la conferencia, de zanjar la cuestión á bastonazos. No lo había hecho por prudencia y por la palabra dada á Boronat; pero la intención... Vamos, que los testigos de don Emilio, en cuanto vieron su negativa, se manifestaron tan imprudentes, tan descorteses, tan groseros, que allí no cabía otra solución que el palo. Gracias á la serenidad y á la sangre fría de Hidalgo, que á los argumentos razonados contestaba con razones de peso, y á las frases amenazadoras

con palabras de conciliación inspiradas en un espíritu de soberano desprecio por todo lo que representase la fuerza bruta. El resultado de la sesión fué el siguiente: ellos respetaban desde luego el parecer de Hidalgo y de Javaloyes; pero, en nombre de su representado, les anunciaban que donde quiera que aquél encontrase á Boronat, le abofetearía á su sabor, hasta conseguir, á fuerza de bofetadas, una justa reparación, ó decidirlo á que se la diese con las armas. Al escuchar tan extraña amenaza, nuestro banquero se encogió de hombros como diciendo: «Ahí me las den todas.» Pero Hidalgo se apresuró á advertirle que se anduviera con cuidado, porque el tal don Emilio era la personificación del orgullo, además de echárselas de espadachín. De todos modos, Boronat les agradecía lo indecible aquella ímproba tarea de convencer á unos locos, y el resultado felicísimo con que la habían coronado.

Para dar tiempo al olvido, dejó pasar unos cuantos días sin subir al Casino, y hasta él mismo se forjó la ilusión de que, transcurridas dos semanas, no habría ya ni un solo socio que recordase lo sucedido. Transcurridas las dos y aun las tres semanas, entró una tarde en casa de Berenguer, que era el sastre que le vestía, y que por aquella época tenía el estable-

cimiento en un entresuelo de la Carrera de San Jerónimo. Empezaba á estar de moda, como estuvo Caracuel años después: Boronat le trataba con alguna familiaridad por conocerle hacía tiempo y como semi-paisano, pues procedía de Albaida, en el límite de la provincia de Valencia. Había en la tienda algunos antiguos parroquianos, con quienes entabló conversación; luego le pidió á Berenguer, por pura curiosidad, unos figurines para trajes de niños, tal vez pensando en sus hijos; hablaron un rato de los negocios, otro de política, y, por fin, se despidió de su semi-paisano en tono de broma, como de costumbre. Al salir... parece que lo hizo el diablo, al salir tropezó de manos á boca con don Emilio Yáñez que entraba. Fué aquello tan imprevisto, que ni Boronat tuvo tiempo de retroceder, ni el otro de explicar su acometida, sino que, alzando la mano como por un resorte, la dejó caer sobre la cara del ofensor: —¡He jurado... he jurado tratarle á usted... como se trata á los cobardes!—Y esto fué dicho á borbotones, con gran violencia, después de aquel recio saludo de la bofetada.

Boronat no contestó; pero trató de corresponder con lo mismo, repartiendo puñadas á diestro y siniestro, hasta el instante en que ofensor y ofendido vinieron á las manos como furiosos jayanes, con no pequeño escándalo de

los porteros, oficiales de la sastrería y la demás gente que presenció la contienda. El mismo Berenguer y los dos parroquianos que estaban con él, tuvieron que salir apresuradamente y meterse por medio para separarlos. —¡Por Dios, señores! en mi establecimiento, unos caballeros tan... y yo, que soy enemigo de... ¡Señores, señores, por todos los santos! ¿Qué van á decir las?...—El pobre hombre no encontraba manera de convencerlos y apaciguarlos, sin exponerse á herir su susceptibilidad. Una vez separados, pudieron observar los más curiosos que Boronat se retiraba con un tremendo desgarrón en el bolsillo del gabán peludo, cuyo forro le quedó colgando por fuera como la punta de un pañuelo sucio. Por su parte, don Emilio, en cuanto se caló el sombrero de copa, recogido del suelo, se vió que también había sacado una enorme abolladura, de esas que parecen un mordisco, y hay que declararlas incurables. Tras los insultos y palabrotas consiguientes en tales lances, Boronat se echó á la calle y don Emilio se quedó en la sastrería hablando de su enemigo como es de suponer, y declarando que cuantas veces le tropezase en su camino lo había de tratar con la misma consideración, con la consideración que le merecían los cobardes.

Mientras tanto, Boronat se dirigía á su casa

entregado á otro género de reflexiones: había que vivir prevenido, siguiendo los prudentes consejos de Hidalgo, que conocía sin duda el paño algo mejor que él. De allí en adelante llevaría siempre consigo un bastón recio y duro, un bastón de castigo á manera de palo, un argumento de los más persuasivos y contundentes contra cualquiera acometida. ¡Cuidado con la de aquella tarde!... Sólo al recordarlo sentía hervir su sangre, exacerbarse su bilis, henchirse de cólera, y en aquel momento, delante de su adversario, á solas ó con testigos, teniendo un arma en la mano, estaba seguro de meterle un palmo de acero en el cuerpo. ¿Se decidiría á llevar la contienda á este terreno? Reflexionando sobre ello, conocía Boronat cuán difícil es sostener por espacio de algunas horas este valor inmenso, esta impavidez rabiosa que nos lanzaría en ese primer impulso á un desproporcionado combate. Cuando llegó á la puerta de su casa, aún iba preocupado con estos crueles pensamientos que son hijos naturales de esas mismas situaciones difíciles en que se ven colocados á veces aun los más inofensivos.

La Nemesia, que abrió la puerta, fué la primera en reparar en el desgarrón que adornaba de tan pícaro modo el gabán peludo del señorito. Por eso precisamente volvía á casa. Que-

dó, pues, ella encargada de una compostura rápida, porque era la prenda que más á gusto llevaba, no siendo en los días de nieves ó de grandes fríos. El trabajo, como de algún empeño, había de hacerse bajo la dirección de la señorita Manuela, que pasaba por maestra en esto de arreglos, repasos y labores finas. Boronat no lo ignoraba, y sea por esta razón ó por desahogarse de aquel grave disgusto comunicándolo á su familia, entró en el gabinete donde estaban las señoras y les puso al corriente de lo sucedido. Aquello había provenido de una malditísima coincidencia: la de tropezarse en un pasillo dos honradas personas que pasaban semanas enteras sin verse por ninguna parte. Quiten ustedes de en medio esta coincidencia, y ya no hay choque, ni escándalo, ni don Emilío se hubiera acordado de que existía tal ofensor en el mundo. Así lo explicaba Boronat, con mucha gravedad y profundamente convencido de sus razonamientos. Doña Balbina lo escuchaba con creciente interés mezclado con algún asombro, clavando la vista en la fisonomía de su hijo, como suelen mirar las personas á quienes se les escapan algunas de las inflexiones y matices de la voz. Á la señorita Manuela, por el contrario, le retozaba la risa en el cuerpo, y tenía que hacer grandes esfuerzos para ocultar la menor señal

de aquel inexplicable regocijo. La misma seriedad, la visible cólera que agrandaba los ojos de su primo, provocaba en ella una especie de dulce excitación de los nervios, á modo de cosquilleo, que la obligaba á bajar de vez en cuando la cabeza, á morderse los labios, á cambiar de postura, y, por último, en cuanto acabó la relación, á buscar un pretexto para marcharse del gabinete.

Si dura unos minutos más... sin poderlo remediar suelta la carcajada. ¡Era tan dulce para ella la venganza! Exquisito manjar de los dioses, bienhadado lenitivo y bálsamo eficaz de sus amarguras, no existía cosa que le superase. Por fin, después de tanto tiempo, la casualidad le vengaba; y es lo cierto que de un modo ó de otro nuestra señorita lo había presentido... poniendo los medios para que el presentimiento se realizase. ¡Cuánto hubiera dado ella por ver rodar por los suelos al olvidadizo primo, desde cualquier rinconcito de la sastrería! Con sólo figurárselo, le había entrado tal tentación de risa... conque si llega á estar cerca...

XII.

LA CAMPANADA.

Terminó aquel año sin novedad particular para los principales personajes de nuestra historia; no así para los políticos de fino oído, que debieron sentir las primeras ráfagas de aquella tremenda tempestad que empezaba á dibujarse en el horizonte: la tempestad del 68. Había una gran oscilación en los valores públicos, por cuya razón Boronat solía entrar en Bolsa con alguna frecuencia. Una de estas tardes estaba apoyado en la barandilla frente á las puertas hablando con el señor Laplana, uno de los agentes más conocidos, cuando vió presentarse entre los grupos un caballero de regular estatura, de mucho empaque, moreno, patilludo... Al pronto, con el humo de los cigarros y el movimiento incesante de unos y otros, no alcanzó á distinguirlo; pero en cuanto aquél

avanzó unos pasos, ya no pudo caberle la menor duda. Por su parte, el susodicho caballero se acercó resueltamente á Boronat y le escupió estas palabras:—He jurado ir á saludarle á usted donde quiera que se encuentre...

Ya su presencia en aquel sitio fué para nuestro banquero como una aparición que debió perturbar algún tanto su espíritu, puesto que no se le ocurrió desde el primer momento ponerse á la defensiva. Cuando quiso recordar, ya había sentido el golpazo de la manotada en el rostro, ya le zumbaban los oídos espantosamente, ya le había cegado la ira, tratando de arremeter contra su enemigo... Pero no logró su intento porque se interpusieron de repente quince brazos, se vió agarrado por un sinnúmero de manos y en medio de un bullicioso grupo de bolsistas que le aconsejaban la reflexión, la calma, el respeto á los compañeros, imaginándose sin duda que era nacido y ocasionado todo ello por inevitable arrebato. Allí no se practicaba el consejo de don Eloy Pastor, y una vez separados los contendientes, no permitieron que ni se vieran siquiera, por más que Boronat forcejeaba por salir del barullo, afirmándoles que era una cuestión personal antigua y de larga fecha. Estando en esto, se acercó al grupo un caballero moreno, flaco, mal encarado y de tan buena talla, que sobre-

salía sobre todos en más de un palmo, y con recia y sonora voz, en consonancia con la estatura, anunció á nuestro banquero que el señor Yáñez de la Mata le esperaba en la calle para saldar definitivamente su cuenta. Al oir tal amenaza, tuvo un movimiento de cólera y se determinó á salir al punto; pero los amigos y compañeros que le rodeaban se opusieron á tan irreflexiva determinación. Hubo hasta un alma caritativa que, comprendiendo la verdadera situación de Boronat, le ofreció su coche: —Mire usted, primero salgo yo, llamo al lacayo, acerca el coche á la puerta, vuelvo por usted, montamos juntos y á escape á donde usted guste.—Dióle éste las gracias por su generoso ofrecimiento, comprendiendo la intención que le guiaba; pero que desde luego debía renunciar por la significación desfavorable que podían dar á aquel paso aun los mismos compañeros.

Al poco rato se oyó la campana que da la señal de salida: disolviéronse algunos grupos, otros avanzaron hacia la puerta, los perezosos se apiñaron en un lado del salón, y Boronat se dirigió como los primeros á la calle, seguido de un pelotón de amigos y curiosos que no le abandonaron hasta la entrada de la Concepción Jerónima. Después de separarse de éstos, aún volvió dos veces la cabeza por imaginar si

alguien correría tras él ó le seguiría los pasos. En el fondo de su espíritu, debajo del rencor, de la cólera sorda que aún sobrenadaba, se descubría una cierta inquietud que empezaba á hacerse visible, á semejanza de un pólipo verdoso en la profundidad de un estanque. Porque es lo cierto que en aquel momento se sentía sobrecogido, asombrado de la audacia de don Emilio, que no respetaba lugares ni personas. ¿Hasta qué punto llevaría su enemiga? Por otra parte, de nada servía la previsión de ir armado, cuando por las circunstancias del sitio en que podía uno hallarse, no cabía más defensa ni más armas que los puños. En una palabra, que Boronat empezaba á cogerle miedo á aquel hombre implacable, tan implacable como rencoroso. Sin darse, pues, cuenta, influído por este naciente sentimiento, dejó de subir al Casino, de entrar en Bolsa con la frecuencia de antes, y á cualquier parte donde fuese, sobre todo de noche, llevaba un bastón, fuerte y macizo, á propósito para responder con muy sólidas razones á la menor interpelación. Algunos socios y compañeros paraban en la calle á Javaloyes y le preguntaban:—¿Y el amigo Boronat... dónde se mete? No se le ve por ninguna parte. ¿Trae algo entre manos?... ¿algún buen negocio, eh?... ¿ó es que no quiere trato con la gente?...

Este retraimiento involuntario, instintivo, si puede llamarse de este modo lo que uno hace sin una seria y detenida reflexión, le impelía á pasar algunas noches y aun algunas tardes en casa de Eugenia. Allí encontraba, cuando menos, un profundo respeto hermoseado por el cariño de una mujer discreta, sencilla, laboriosa, que le estimaba por simpatía y por la superioridad de sus dotes intelectuales. No había conocido ella muchos hombres; pero comparado Boronat con estos pocos y con el mismo don Máximo, resultaba una enorme diferencia á favor del primero. Mucho influía el afecto y hasta las circunstancias; pero de todos modos, con el trato continuo, fijo siempre su pensamiento en aquella ardiente esperanza, cifra de lo porvenir, lentamente Eugenia se había ido transformando en una mujer modelo. El único defecto que podía afear su carácter, permanecía invisible ó aparecía desnaturalizado á los ojos del banquero: aquella disimulada avaricia, que achacamos en otras páginas á un vicio ingénito de la raza, podía muy bien pasar por un exagerado afán de ahorro. No conocía, pues, el fondo de esta pasión, sino lo exterior, las pequeñeces, ciertas exageraciones que son generales en todas las señoras á quienes les da por la economía. —¿Cuántos años hace que llevas ese vestido?... sobre

poco más ó menos—le preguntaba algunas veces Boronat.—¿Dos años solamente?... Vamos, hija mía, que si lo pudieras vender por lo que costó... hacías un buen negocio.

En realidad Eugenia no disfrutaba una vida regalada ni envidiable; porque entregada en cuerpo y alma al cuidado de sus hijos, haciendo unas veces de ama, otras de niñera y no pocas de criada, se le pasaban las semanas enteras sin ver más calles ni más paseos que los tejados de enfrente. Compartía con ella esta diversidad de labores la joven Remigia, que le servía con la fidelidad de un perro; pero que, al igual de éste, le enseñaba los dientes siempre que se le disputaba un hueso, es decir, siempre que se le contradecía. El gobierno de Eugenia era, pues, constitucional, sin Senado, con una cámara popular, algo insensata en ocasiones, abierta todos los días del año. Este cúmulo de obligaciones, este régimen que pecaba de antihigiénico, debía influir, tarde ó temprano, en la salud de la alicantina. Añádase á esto los sufrimientos morales, las grandes tristezas que solían apoderarse de su espíritu, y se comprenderá aquel paulatino desmejoramiento que se observaba en su semblante. Transcurrían los días, los meses, los años, sin que Boronat diese señal de decidirse en uno ó en otro sentido. Reflexionando sobre esta con-

tinua indiferencia, y comprendiendo su verdadera situación á los ojos del mundo, sentía una tristeza inmensa que, á semejanza de esas tenaces nieblas del Norte, parecía caer, envolverla y aislarla para una eternidad de días.

La presencia de Boronat en aquella casa por largas horas, debida á su alejamiento del Casino y de otros sitios públicos, le permitió estudiar atentamente lo que no hubiera observado más que de pasada: una mujer que contaba las horas del día en una continua faena. Si dejaba de amamantar á la niña, era para coger la aguja; si interrumpía la costura, debía ser para lavar algún pañuelo blanco, algo de ropa fina que habría salido destrozada de las pecadoras manos de Remigia. No paraba un solo momento; y á pesar de esta constante y ordenada actividad, ella sufría, lo que tampoco se le escapó á Boronat, echando de ver en más de una ocasión aquella especie de nube que solía dejar sobre sus ojos la tristeza. Un sábado que se había agitado algo más que de ordinario, tuvo un ligero desvanecimiento. Quedóse pálida, casi blanca, sin color en los labios y con un pulso tan débil, que alarmó extremadamente á su amigo. Al instante acudió Remigia con una jícara de vinagre para frotarle las sienes, y entonces es cuando supo aquél que no era ésta la primera ni la segunda

vez que la señorita se quedaba privada en una silla, ó más bien en sus brazos. Como el accidente no pasaba de aquí, Eugenia no le había dado importancia ni le había ocurrido el hablarle de esto. Boronat, sin embargo, lo consideró de alguna gravedad, y al día siguiente avisó á Cortázar para que la examinase. En cuanto vino el médico, la pulsó y le vió la cara, se volvió al banquero y le dijo:

—Prohibición absoluta de dar el pecho á la niña. Esta señora se está suicidando, materialmente suicidando; de modo que ya pueden ustedes echarse á buscar ama á toda prisa. Se necesita como el comer, lo mismo. Y en cuanto á lo que usted ha de tomar...—añadió dirigiéndose de nuevo á la enferma,—de eso hablaremos más despacio. Por de pronto oxígeno, mucho oxígeno... estas habitaciones son pequeñas, bajas de techo, y conviene que los aires se renueven con alguna frecuencia... Después, cuando usted se haya repuesto un poco por medio de una alimentación reparadora, de unas preparaciones de quina, etc., etc., después tendrá usted que salir todos los días á paseo.

—¿Todos los días?—preguntó ella con no poco asombro.

—¿Cuántas veces ha salido usted á corretear por esas calles esta semana?

—Ni esta semana ni la otra... Con dos niños,

y el quehacer que no falta, y tantas obligaciones, ¿cómo quiere usted que?...

—¿No ve usted, señora, no ve usted?...—repuso Cortázar mirando á uno y á otro con aquellos ojos negros tan vivaces y tan expresivos, que eran como una luz que iluminaba de extraño modo su rostro seriote y algo chupado de castellano viejo:—es usted una corretona de primera clase, bien lo decía yo. De consiguiente, hay que cambiar de método: vivir recogidita en la calle y volver á casa á las horas de comer únicamente. ¿Qué le parece á usted? Pues es uno de los pocos medios que existen para combatir su dolencia, rebelde y complicada como pocas. Si me preguntara usted cuál era, á mi juicio, la primera condición para ser feliz en lo que cabe, le contestaría con un remedo de la respuesta de Rossini á los cantantes: «La primera la salud, la segunda la salud y siempre la salud.» El empobrecimiento de la sangre trae como consecuencia la extenuación del espíritu. ¿Se puede pensar sin cabeza? Pues es lo mismo: á un cuerpo flaco, empobrecido, anémico y miserable, no le pida usted pensamientos grandes, ni ánimo varonil, ni sano regocijo. Y no digo más, porque el señor don Juan José me está echando unos ojos... Ya, ya adivino lo que usted pensará de mí, amigo Boronat: éste es un materialista empe-

dernido, uno de la cáscara amarga, poco menos que ateo... Pues no, señor, porque yo también madrugo, como su señora madre, y oigo mi misita correspondiente. Sino que á veces hago yo de capellán. Por supuesto, que hay por ese Madrid muchos capellanes que no saben tanto latín como yo: eso llévelo usted por delante.

Oyendo esta palabra fácil, ocurrente, entremezclada de ideas, de contrastes, de gracia y de viveza naturales, Boronat se sonreía, así como Eugenia, que no se saciaba de mirarle, y le hallaba extraño, singular, muy distinto de los otros médicos que había conocido, pero extremadamente simpático. A pesar de su estatura, algo menos que mediana; de su poco garbo; de su delgadez y de su color moreno, de un tinte indefinible que no hablaba gran cosa en favor del que iba á proporcionar la salud á los demás; á pesar de todo esto, la simpatía era el rasgo culminante en el discípulo predilecto de Astudillo. También Astudillo poseía el don de atraer, de cautivar; pero era de otro género, de un género que podríamos llamar clásico, tradicional, adquirido en la profesión, en el continuo trato de personas cultas y distinguidas. Un viejo amable, fino, elocuente, cortesano, que conocía los hombres mucho mejor que los secretos de la terapéu-

tica: tal era, en resumen, el difunto maestro. El discípulo valía mucho más. Cierto que tenía el defecto de la pereza, debido, en gran parte, á haber disfrutado pocas veces de una salud perfecta, achacándosele además el ser muy desigual, muy desordenado, muy poco constante en el trabajo. En cambio, su inteligencia, dúctil y flexible, se asimilaba con pasmosa facilidad cualquier género de conocimientos. Si se hubiera empeñado en rivalizar con el famoso Toca como operador, lo habría conseguido sin gran dificultad, de igual manera que hubiese brillado como un excelente fisiólogo teniendo constancia y tesón para llegar á la meta. Decían sus amigos que manejaba los pinceles con la misma habilidad que el bisturí ó que la pluma. Pasaba, pues, por tener algo de artista, algo de filósofo, algo de literato y mucho de tumbón y de perezoso.

Después de despedirse de la enferma y de tender la mano á Boronat, le preguntó:—¿Se viene usted conmigo?—En el tono de la pregunta comprendió este último que era á manera de invitación, y salieron juntos. En cuanto estuvieron fuera del portal, Federico Cortázar reanudó la conversación:—Supongo que usted tendrá un verdadero interés por esta señora, ¿no es así? Le confesaré á usted sinceramente que lo merece... tal vez me equivoque;

pero por lo poco que hablé con ella y por su aspecto, me ha parecido de un inmejorable carácter; una mujer sencilla, agradable, dotada de una gran sensibilidad; en fin... señor don Juan José, le voy á hablar á usted como médico y como amigo: ¿usted me lo permite?

—Bien sabe usted que puede hacerlo desde ahora, y que á usted no se le niega fácilmente lo que pide.

—Muchas gracias: no esperaba menos de su buena amistad. Pues... ya recordará usted que al preguntarle á esta señora si había perdido el apetito, si se fatigaba al andar, si sentía opresión en el corazón ó en el pecho, soltó éstas ó parecidas frases: «No sé lo que eso significará... Es verdad que no me encuentro bien hace tiempo; pero crea usted que todo eso valdría muy poco si no fuera por las penas que cada uno pasa en su casa, como Dios le da á entender.» Ó yo me engaño, ó estas palabras indican que sufre moralmente mucho la persona que se queja de ese modo. Usted conoce á esa señora; usted, según veo, la trata con alguna intimidad; usted puede saber algo que esté relacionado con ese sufrimiento, con esas penas, como ella dice, que son muy malas y muy traidoras cuando se sienten de veras; no le quepa á usted duda.

Quedóse Boronat perplejo ante la inespera-

da salida del médico, y fué deteniendo el paso conforme reflexionaba acerca de la conveniencia de confesar franca y resueltamente la verdad:—Sí, señor, estoy en algunos pormenores que pueden servir á usted de guía. Esta señora, antigua relación de mi familia de Alicante, se encuentra en una situación anómala. Vive en relaciones íntimas con un paisano suyo que en la actualidad está fuera de Madrid.

—¿Y ella es soltera, ó viuda, ó?...—preguntó de nuevo Cortázar.—Casada no me atrevo á pensar que sea, viviendo...

Entonces el interrogado le puso en la mayoría de los antecedentes de Eugenia, aunque ocultando, como antes, que fuese él mismo el principal actor de esta verídica historia. Después de escucharle atentamente, acomodándose á su paso, Cortázar repuso con alguna viveza:

—¿No es honrada esa señora? ¿no es digna de su estimación? ¿no vive con ella maritalmente ó poco menos? Entonces... no me explico cómo ese caballero no regulariza su situación. Veo las ventajas de regularizarla; pero los inconvenientes no los veo.

Sintió Boronat picado algún tanto su amor propio por la lógica y el desenfado con que le expuso su amigo el dilema, y deteniéndose por segunda vez, se volvió hacia él y le dijo:

—Puesto que usted ha llevado la cuestión á ese terreno, le voy á hablar como cliente y como amigo: ¿usted me lo permite?

—¡Toma! pues claro está. Franqueza por franqueza.

—Perfectamente. Y no se ofenda usted por lo que voy á decir, porque no es esa mi intención... Una tarde, en el Casino, se hablaba de los buenos médicos, y un compañero suyo por cierto sacó á relucir su nombre: don Federico Cortázar. «Es una persona de talento, un joven que vale mucho,» dijo éste. «Lástima que tenga esas ideas tan avanzadas y tan exóticas. Creo que es libre-pensador,» añadió otro de los que allí estábamos. Libre-pensador, es decir, un hombre que carece de religión, que no cree en la Providencia.

—Poco á poco, amigo Boronat, poco á poco, y no confundamos los términos. Un libre-pensador puede ser muy bien, y lo es con frecuencia, un hombre religioso, austero, ejemplar, de intachable conducta y elevadísimos sentimientos, que lleva la ley moral impresa de tal modo en su conciencia, que suele prescindir de ciertos símbolos necesarios para el vulgo. Llamarlo por esto ateo es cometer una falta de sentido filosófico. Sin embargo, no crea usted que yo haré alarde de una ni de otra cosa. Me guardaría muy bien. Conozco el país

donde vivo, y veo que aquí las preocupaciones son endémicas. ¿Sabe usted que el hombre, este Dios caído, como le llamó no sé quién, se halla á merced de doce clases de parásitos que viven en su cuerpo? Pues eso son las preocupaciones: parásitos de doce mil diversas especies que engordan á costa de nuestra salud nacional.

—Perfectamente. Sea lo que fuere, yo lo que vengo observando es que las personas que opinan como usted, son por lo común tolerantes con las ideas lo mismo que con las costumbres. Por lo común viven con una mayor libertad que los demás fieles y guardadores de la tradición católica. De modo que lo que aquí me extraña es una cosa: que no sea yo precisamente el que critique al paisano de esa señora, sino don Federico Cortázar, persona de manga muy ancha; persona que debe ser muy tolerante con las flaquezas del prójimo.

—Eso es: diga usted que todos los de mis ideas son unos libertinos, unos viciosos, unos bribones de marca, y habrá usted acertado.

—No tanto, señor don Federico.

—No, no, sí por mí bien puede usted decirlo. Ya sé que esa es la opinión general, lo que me prueba la indestructibilidad de ciertas preocupaciones. A estas preocupaciones tan extendidas las llama un compañero mío, natu-

ralista de mucho ingenio, rocas de formación ígnea, que constituyen la base del terreno granítico. Pues bien, amigo Boronat, en la misma ofuscación y error están los que se creen que un criterio científico da derecho á prescindir de ciertos deberes, como los otros, como ustedes, por ejemplo.

—Como los que estamos firmemente persuadidos de que todos los que se separan del común sentir es para extraviarse,—afirmó nuestro banquero con algún énfasis.

—Eso mismo. Y ahora, pásmese usted. Por desgracia no puedo hallarme, no ya en el pellejo, sino en la situación del caballero paisano de esta señora que hemos visitado. Si me hallara, le juro á usted que cumpliría al pie de la letra lo que sostengo como opinión particular.

—Vamos, doctor, que si usted pudiera... no lo tomaría con tanto calor.

—Entonces no me conoce usted. Además, estoy convencido, pero muy convencido, de que en estos problemas de la vida privada querer es poder. Si mediaran intereses de otra índole, algún punto que se relacionara con las consideraciones oficiales, con la carrera militar ó con la vida política, ya sería distinto. Y no digo más por ahora... conque, amigo Boronat, á la disposición de usted.

Habían llegado á la esquina de la calle de

Carretas, donde cada uno de ellos debía tomar distinta dirección: Cortázar continuaba su camino hacia la Carrera, y nuestro banquero se dirigía, por ser la hora de comer, á la Concepción Jerónima. Y al poco rato, al encerrarse en su cuarto, es cuando empezó á notar la profunda impresión causada por la terrible lógica del médico. La impresión fué semejante á la que nos deja el forzoso paso por las alturas escabrosas de una montaña, á cuyas faldas se divisan abismos, precipicios, escarpaduras inaccesibles, que la imaginación sobrexcitada reproduce luego después, durante el sueño, en formas descomunales y atormentadoras. Sentía un malestar indecible, desusado; la atracción irresistible del abismo, de la vorágine inmensa contemplada desde el declive de las rocas. No quería aproximarse á la solución propuesta por Cortázar; pero un sentimiento extraño, inexplicable y poderoso le iba arrastrando hacia ella, como si se viese impelido por la fuerza de invisible corriente.

En los supremos trances de la vida, una inteligencia superior se determina á obrar después de un detenido examen de las circunstancias. La energía de la voluntad corresponde á la claridad de su percepción, á la grandeza de su entendimiento. Mas para una inteligencia media, cualquiera viva impresión, cualquiera

idea fija, un detalle imprevisto, la influencia magnética de otra voluntad, son motivos sobrados y suficientes. Aún no habían transcurrido veinticinco días desde la primera visita de Cortázar, cuando un domingo por la noche reunió Boronat á la familia, y les dijo que, hallándose en relaciones con la señora viuda de don Máximo Gali, pensaba llevar este asunto á sus naturales términos. La noticia, lo mismo para doña Balbina que para la señorita Manuela, fué como una bomba que estallara á cinco pasos de distancia. Quedóse la primera estupefacta, muda, con la cabeza caída, en la misma postura que solía tomar para dar sus correspondientes cabezadas al terminar la tertulia. Tampoco la segunda contestó una palabra; pero se levantó de la silla con el propósito deliberado de marcharse y dejar solos á la madre y al hijo. Boronat la alcanzó cerca de la puerta y la obligó á volver:

—¿Qué es esto?... ¿no dicen ustedes nada? ¿ó es que lo desaprueban ustedes antes de conocer á la persona de que se trata?...

—¿Pero es cosa decidida, ó lo preguntas por saber el parecer de tu madre? porque del mío no te debe importar mucho,—interrogó la prima con tal desenfado y tan visible enojo, que desconcertó algún tanto al autor de la anterior proposición.

—Cosa decidida... comprende que son negocios éstos para muy pensados, para muy...

—¿Sí ó no? Claro, claro.

—Á decir verdad... cuando os lo anuncio de este modo, más bien estaremos por la afirmativa que no por la negativa. Ahora, tales dificultades podían surgir el día de mañana, que...

—Bien, bien. No te canses en buscar paliativos. Eso es lo que yo quería saber;—y volviendo la espalda á su primo, la señorita Manuela salió del gabinete con desusada majestad.

Boronat entonces se acogió á doña Balbina, sentándose á su lado y criticando la conducta irreflexiva de la prima, aun á riesgo de que sus palabras llegasen á oídos de ésta:—¿La ve usted, madre?... ¿no merecía que yo la llamase al orden, que le sacase los colores á la cara?... Porque, en último resultado, no creo que haya motivo para ofenderse de ese modo. Es un individuo de la familia, y se le indica naturalmente lo que debe tener algún interés para todos ustedes. ¿Que le parece mal?... pues que dé sus razones...

Por su parte, doña Balbina tampoco daba razones, sino unos hondos y prolongados suspiros, que concluyeron por llamar la atención de su señor hijo.

—¿Le pasa á usted algo? ¿Se siente usted mala?...

—Nada, hijo, nada.

Tranquilizado Boronat, pasó á exponerle los motivos fundamentales que le impulsaban á dar el espantable paso, después de tres años de relaciones. Conocía á la familia, había conocido al marido y á ella la conocía muy á fondo para saber apreciar lo que valía como mujer inteligente y laboriosa, á pesar de lo cual no era lo que llaman en la jerga social un matrimonio de conveniencia, sino de conciencia. Lo que había que lamentar en todo caso era su debilidad, pues si la fruta no hubiera estado en el cercado ajeno, tal vez no la apeteciera con tal ahinco; pero en cuanto á las consecuencias, ¿qué remedio tenían? ¿No era caso de grave responsabilidad el no aceptarlas, el omitirlas por completo? ¿Qué habría hecho en su lugar cualquier otro hombre de criterio sano, de antecedentes honrados, de nobles y elevados sentimientos?

Doña Balbina no lo sabía, puesto que nada respondía y continuaba mirando á su hijo con cara de *mater dolorosa*, donde ora se pintaba la pena, ora la compasión y á veces el asombro. Pudiera creerse que se daba por convencida, aunque con harto dolor de su corazón, cuando, interrumpiendo de pronto al razonador, le sorprendió con esta serie de originales reflexiones:

—Sí, hijo, sí, si lo comprendo todo, de todo me hago cargo... pero tú también sabías que me disgusta mucho, muchísimo, conocer caras nuevas. Ya ves, á mi edad, con los achaques consiguientes, con mi sordera, ¿qué humor va á tener una para meterse en todos esos belenes de visitas, de relaciones, de tratar con éstos y con los otros... en fin, de conocer caras nuevas?... Vamos, lo que es yo no sirvo, no sirvo para estas cosas. ¡Cómo ha de ser! La verdad es que podías haberlo pensado antes y consultarlo con nosotras, conmigo especialmente. Tu madre no te hubiera aconsejado ningún disparate, sino lo que más te convenía, lo que convenía á todos. ¿Y dices que es cosa formal eso de?...

—Por ahora sí, señora, formal, resuelta.

—Pero antes has hablado no sé qué de familia y de que si había... De modo que... ¿aún más chicos en casa?...

—¡Toma! pues si no los giro á mis corresponsales para que se queden con ellos, no sé qué voy á hacer...

—Francamente, hijo mío, debiste haberlo pensado con mucho detenimiento, sobre todo por las consecuencias.

—Convengo en ello, madre; pero no lo hice... ¿Qué remedio tiene?

—Nada, que de la noche á la mañana nos

vamos á encontrar aquí con una señora á quien no conocemos ni de vista, con una familia nueva, con hijos, con parientes, con... ¡Oh! vamos, que no, que de ninguna manera, no le des vueltas, que no sirvo para estas cosas. Me disgusta, me disgusta extraordinariamente, lo que no puedes figurarte, este gran trastorno. ¡Dios mío, qué trastorno! Créelo, Juan José, á mí me costará la vida. Porque á cierta edad no está una para conocer caras nuevas, para novedades de esta especie, ni para tratar con gentes que no son de la familia.

—Vamos, madre, no exageremos—repuso Boronat dejando caer sus últimas palabras en el oído izquierdo de la buena señora para evitar una mala inteligencia.—Ya no somos niños. ¿Le parece á usted si voy yo á consentir que le falten á usted en lo más mínimo? Usted tendrá, como siempre, las mismas comodidades, las mismas atenciones; y encontrará usted en sus nuevos hijos el cariño y la consideración que merece la madre de Juan José Boronat.

Limpióse doña Balbina con la punta del pañuelo dos insinuantes lágrimas que humedecían sus pestañas, y se decidió á tocar otra tecla, de la cual no se había hecho mención ni siquiera por incidencia:—¿Y tu prima?... ¿y la pobre Manuela?... ¿qué va á decir?...

¡Ay! Juan José, Juan José, si lo hubieras pensado mejor otro pelo luciría á tu madre. No creas, tu prima no resiste este golpe; tu prima se marcha de casa...

—¿Quién ha dicho eso? ¿lo ha dicho ella? —preguntó con viveza nuestro banquero, que sintió agolpársele la sangre al rostro al oir aquella encubierta amenaza.—¡Vaya una salida de tono! ¿Y á asunto de qué viene anunciarlo con tanta anticipación? ¿Tan mal se encuentra ella entre nosotros? ¿Se le va á romper alguna costilla porque las cosas sigan el camino que deben seguir?...

—No sé, no sé... no me preguntes nada... ¡Yo no sé lo que va á pasar aquí!

—Y en último resultado, si se empeña en ello, que haga su santa voluntad. ¿Á nosotros, qué?... Se le dará su dinero y... que se marche enhorabuena.

Al decir esto Boronat, se abrió violentamente la puerta del gabinete, y oyóse la voz clara y vibrante de la señorita Manuela que contestaba:—Mañana mismo.

Acaso habría estado escuchando detrás de la puerta la conversación anterior, y esta idea cruzó también por la imaginación de su primo, dejándole entre confuso y asombrado. La vió avanzar con la decisión y la soberanía de una reina para repetir aquélla tan cortada y con-

cisa frase «Mañana mismo,» y se le figuró que no era su prima, sino otra mujer más alta, de ojos más llameantes y vivos y de mayor empuje. Desvanecida algún tanto esta primera impresión, se encaró con ella y repuso en tono de amigable componedor:

—Si fuera una determinación razonable la tuya, una determinación motivada por justa causa, no creas que mi madre ni yo nos opondríamos.

—Pues ahora es la ocasión. Precisamente por eso: antes de que venga ese motivo gordo que me ha de echar, yo le tomo la delantera y me voy, ¿no te parece? Sí, hombre, sí, desengáñate: si es lo mejor del mundo tomar la delantera á las cosas. Lo que sí convenía es que me lo hubieras advertido con anticipación. Me habría ahorrado la molestia de venir á tu casa, de perder el tiempo y de pasar malos ratos.

—Perfectamente; pero á todo esto... no veo ese motivo gordo que tanto temes.

—¡Ah, no lo ves! pues es lástima, porque tú nunca has tenido la vista corta.

—Acabemos.

—Sí, acabemos. Te equivocas de medio á medio si crees que voy yo á ponerme á las órdenes de cualquiera de esas señoras... improvisadas.

Al oir este calificativo, Boronat no pudo ya contenerse, y plantándose delante de su prima, colérico, descompuesto, con los puños en alto y la mirada fija, le gritó por dos y tres veces:

—¡Calla, calla! ó no respondo de mí. Hace ya rato que te estoy oyendo con toda la santa cachaza de que es capaz un hombre. He tolerado que me insultes, que me eches en cara el tiempo que has perdido en mi casa, que te quejes sin razón ó con ella... Lo que no tolero es que mezcles con estas tonterías el nombre de una persona que tú no conoces. Ni siquiera que le aludas. Eso es lo que no consentiré.

—¡Ya se ve... una señora de tantísimo respeto!

La sorna y el retintín con que fué pronunciada esta frase acabó de arrebatar á Boronat, que se volvió hacia su madre con la celeridad del rayo, y le dijo señalando á la señorita Manuela:—¿Usted ha oído? ¿usted cree que es la misma? Imposible, esa no es la misma. Y, por lo tanto, no quiero verla, ni oirla, ni nada absolutamente que tenga relación con ella. ¿No se empeña en marcharse? pues que se marche y hemos terminado.

Oyendo doña Balbina estas voces y observando las fisonomías, inflamadas y coléricas,

de uno y otro, inclinó la cabeza y llevóse ambas manos á la frente, como para indicar el inmenso peso con que se le abrumaba al iniciarse aquella magna cuestión en la familia:—¡Por Dios, Juan José, no empecemos, no empecemos!...—pero cuando ella dió comienzo á sus lamentaciones, ya su señor hijo había tomado furiosamente la puerta. Acercósele entonces la sobrina, y en el modo de sentarse á su lado, de contemplarla en silencio y de suspirar á duo, podía sospecharse que hubiera una secreta alianza entre las dos mujeres. Y, sin embargo, por parte de doña Balbina no había más interés ni otra secreta mira que ese profundo egoísmo de la edad, que nos obliga á mirar con calculada repugnancia todo lo que perturbe ó cambie nuestros hábitos. Ante este nuevo estado de cosas que se presentaba en lontananza, la atribulada señora derramó algunas lágrimas que salpicaron la mano morena y regordeta de nuestra señorita. Pero ésta no lloró, sino que se mantuvo firme y serena en los bancos de la oposición, sintiendo no ser hombre para manejar el tinglado con la audacia y la solapada cautela que las circunstancias requerían.

De todos modos, el primer paso estaba ya dado. No tardaron, pues, en reproducirse desde aquel infausto día las disputas, las quime-

ras, los rozamientos inevitables, escenas, en fin, de más ó menos color, como la que acabamos de presenciar á puerta cerrada en el gabinete de doña Balbina. Hubo luego conciliábulos, conferencias, consultas, también á puerta cerrada y en ausencia de Boronat, que por su parte tampoco perdía el tiempo, deseoso de dar cumplimiento en el plazo más breve al anunciado programa. Aconsejado por ellas, medió en este asunto don Rosendo Benavides á título de padrino, de antiguo amigo de la familia y persona de gran respetabilidad. Ya lo había supuesto el apadrinado; así es que á sus reflexiones, á sus consejos, á sus argumentos en pro de la tranquilidad y buen nombre de los señores Boronat y Velezguito, opuso éste una política hábil de buenas palabras, de deferencias y de aparente conformidad con ciertos puntos de vista. Sólo al concluir, después de dos horas y media de encierro, permitióse Boronat dirigirle esta inocente broma:

—Amigo don Rosendo, ahora caigo en que debe ser ésta la primera vez que usted actúa como enemigo del matrimonio, de este santo sacramento que usted...

—Que yo he defendido siempre. Justo, eso es, que he defendido á capa y espada. Pero note usted: siempre que el matrimonio haya servido como de lazo de unión y de concordia en-

tre dos familias respetables por más de un concepto; entre dos familias que se merecen, que se completan, que son tal para cual; entre dos familias que habían de fundirse en una con el tiempo y el mutuo afecto. En el caso contrario... ¡nunca! ¿No estamos ahora en este caso?...

—No, sí... naturalmente, en parte no digo que vaya usted descaminado... pero ¡carambis! amigo don Rosendo, usted á la suya, usted no pierde ripio...

Así, pues, nuestro famoso Benavides creyó haber ganado bastante terreno en el ánimo del banquero, y en este sentido se expresó después al hablar de esto mismo con las señoras. Pero en lo esencial... según se vió por sus resultados, en lo esencial no avanzó ni una línea. ¡Qué desengaño no tendrían tía y sobrina cuando, al cumplirse un mes, supieron por las señoritas de Cervigón, que todo lo sabían, y por el cura de la parroquia, que Boronat arreglaba los documentos necesarios con la actividad comercial de costumbre! Aquel día en la casa hubo, como era de suponer, una espantosa borrasca. Voces, gritos, sollozos, lágrimas por parte de doña Balbina y por la de la prima, la resolución de uno de los problemas planteados en los comienzos de la lucha. Se iba, se iba definitivamente de la casa, tal vez para no

volver más. Recogería los doce mil duros que había entregado á Boronat, para que se los manejase, en días de feliz bonanza, y saldría de allí con la conciencia limpia y la cabeza muy alta, como conviene á las majestades caídas y á las heróicas damas cumplidoras de su deber. Porque eso de tolerar ella la intrusión de lo irregular, de lo ordinario, de lo indecente en una familia tan honrada como la suya... eso, ni por asomo. ¡Nunca, jamás se habían dado estos funestos ejemplos en el linaje de los Díaz de Fernández y Velezguito! ¡Una campanada como aquélla... nunca! Venía, pues, realizándose, en medio de tales batallas y retiradas, el temido presagio de doña Balbina: la pérdida de la paz. ¿Cómo esperarla de aquel súbito trastorno, de aquel completo desacuerdo entre los miembros más importantes de la familia? La determinación de la valerosa señorita acabó de ennegrecer este cuadro de presentes y venideras desdichas. ¡Qué día más triste para la infeliz señora aquel viernes de Cuaresma elegido por la sobrina para llevar á cabo su propósito, es decir, para separarse de su lado después de siete años de cordialísimo y dichoso afecto. Hasta este día aún había vislumbrado alguna esperanza de arreglo, de transacción por una y otra parte; pero luego, en cuanto se vió sola, inquieta, malhumo-

rada, en presencia de los nietos que le preguntaban á todas horas por la tiita Manuela, ¿cómo ni con qué fundamento?

Celebrada la Pascua y hechas las visitas de presentación, veinte días después Boronat se avistó con su amigo Javaloyes y con don Natalio Hidalgo, que debían asistir como testigos al acto religioso. El padrinazgo se le confirió en esta ocasión á un pariente lejano, don Alejandro Escuembre, con quien hacía ya largo tiempo que no se trataban. Era un comerciante obscuro, sexagenario y lleno de manías, cortado por el patrón del difunto don Máximo en cuanto al carácter y genio comercial, aunque mucho más reparón y quisquilloso.

Reunidas, pues, estas cuatro personas á doña Balbina, que al fin se dejó convencer, pasaron una mañana, entre seis y siete, á la sacristía de Santa Cruz, donde se encontraron con Eugenia, la señora viuda de Manjón y la mujer de Javaloyes, que tuvo especial empeño en ser madrina. Por insinuación de la novia, no quiso Boronat que el acto revistiera mayor solemnidad, ni aun que saliera del reducido círculo de la familia y de dos ó tres amigos.

Llegada la hora, arrodilláronse los novios ante el cura párroco, un viejecito de tardos y pausados movimientos; oyeron la misa; echó-

les éste su bendición, y, cumplidas las demás ceremonias de rúbrica, fuéronse bonitamente á su casa para desayunarse con algún exquisito refrigerio, que no fuese lo normal y ordinario de todos los días. Algunos de los convidados esperaron en la sala, charlando y fumando, la hora de la comida; otros se despidieron para volver á las doce y celebrar, en compañía de los recién casados, aquel solemne día que inauguraba para estos últimos el período constituído, legal y pacífico, después de las borrasquillas de la época revolucionaria. Al acabar de comer, en medio de la algazara de los niños y de las risas y voces de los mayores, viéndose rodeada de tanta cara nueva, de tanta gente que le chillaba en los oídos por repetirle las bromas, los chistes ó las alusiones, recordaba doña Balbina una de las frases de la señorita Manuela, no pudiendo menos de convenir en que había estado acertadísima: «Déjelo usted, tía, porque no hemos de conseguir nada ni usted ni yo... Se ha empeñado en dar esa campanada, y la dará.»

XIII.

LA CORTE EN OÑATE.

Este período constituído de que hablamos en la anterior página, abraza desde la primavera del 67 hasta el otoño del 81, en que un grave acontecimiento marca el límite á que puede llegar la debilidad de un Gobierno, y, sobre todo, las consecuencias de las pasadas disensiones. Comienza el período con una satisfacción indecible para Eugenia, que ve por fin realizada aquella ardiente esperanza de su vida, y con un profundo disgusto para don Rosendo Benavides y la señorita Manuela, al saber por los periódicos la enfermedad del Duque de Valencia, ante la cual debía sucumbir algunas semanas después este valeroso campeón de la monarquía. Sin embargo, su disgusto venía dulcificado en lo que cabe con la noticia, grata para toda alma piadosa, de ha-

ber merecido la Reina doña Isabel II la distinción de un regalo, grandemente significativo, de manos de nuestro Santo Padre: la Rosa de oro, bendecida en la cuarta dominica de Cuaresma con especiales ceremonias.

Pero estaba de Dios que á la mayoría de nuestros personajes les había de tocar algo, porque también don Juan José Boronat fué de los agraciados: á las satisfacciones naturales de su nuevo estado, bendecido por la Iglesia y sancionado por la ley, pudo unir la de su encuentro á la salida de Bolsa con su encarnizado enemigo don Emilio Yáñez de la Mata. Á pesar de lo imprevisto del caso, en cuanto se vieron enarbolaron rápidamente los bastones y empezaron á sacudir palos á diestro y siniestro. Mas no fué lo peor que se tropezaran, sino que Boronat llevaba por casualidad un bastoncillo, regalo de un amigo, y que, como caña de poca resistencia, se partió en dos al quinto ó sexto golpe. En cambio el señor Yáñez, que iba sin duda prevenido con un fuerte bastón que parecía vara de cabo de presidio, no se cansó de dar recio y de prisa sobre los hombros, los brazos y la cabeza de su adversario. En vano se afanaba éste por sujetarle la diestra y dejarlo desarmado, pues con sólo retroceder dos pasos ya tenía el otro más campo para menudear sus golpes, con tan bue-

na suerte que, á no mediar amigos y personas de empuje, queda el primero medianamente parado. No era todavía la hora de la salida, y de aquí el que no corrieran á separarlos mayor número de compañeros. Pero al poco rato ya estaba la plazoleta donde se paran los coches inundada de gente, una inmensa turba de curiosos que se apiñaba alrededor de los contendientes y testigos, ávida de saber, de oler y saborear todo lo que sea escándalo, gresca y alboroto. Luego ya, entre las voces, los dicharachos y los comentarios contradictorios de unos y otros, era difícil averiguar lo que había originado aquella momentánea agrupación. En el centro quedaba todavía el señor Yáñez, furioso, altivo, amenazador, revelando en sus gestos y ademanes el sentimiento de no haber satisfecho del todo su encono, y apostrofando de repente al magullado banquero, de quien acababa de separarle, á fuerza mayor, una ola de carne humana. Ocho ó diez compañeros arrastraron á éste hacia la plazuela de la Leña y cruzaron por delante de Santa Cruz, que pudo recordarle lo efímero de nuestras alegrías, lo inestable de nuestro sosiego cuando la vida se reduce á una perpetua lucha de encontrados intereses ó de feroces pasiones. Aquel lance le costó, pues, á Boronat unas cuantas contusiones y un sombrero nuevo.

Así empezaba el período constituído en la primavera del 67. En el interior, su política se redujo desde los primeros días á una suma tolerancia, para no hacer desagradable ni costoso, como amigo de mudanzas, el advenimiento de la nueva dinastía en el gobierno de la casa. La amabilidad y las condescendencias de la señorita Manuela, debían haber dejado entre los servidores un buen recuerdo. Por ahora convenía conservar este recuerdo. Más adelante, ya aconsejaría á Eugenia la manera de iniciar algunas reformas, y, sobre todo, de hacerse respetar de los antiguos, es decir, del criado, de la cocinera y de la Nemesia. Respecto de esta última, no era quizás prudente mantener á su lado una persona que mereció la completa confianza de su prima, y que había continuado en el servicio por obra y gracia de ésta; pero aun conociéndolo, no se atrevió Boronat á echarla por no disgustar á doña Balbina, que estaba acostumbrada á su carácter hipócrita y mimoso. La que ganó en el cambio fué la alcarreña, la sin par Remigia, que vino á servir de niñera, dejando los guisotes, salsas y condimentos para manos más hábiles que las suyas. La gente menuda necesitaba un ministerio responsable que tuviera un poco más de malicia y de inteligencia que ellos, que Adolfito, Emilia, Eugenio y Pepita, y se les dió á

Remigia, que, en medio de la abundancia y regalo de la nueva casa, no parecía la misma por lo risueña y lo guapota que se había puesto.

Figuraba por aquel tiempo entre las relaciones de la familia una doña Elena Rodríguez de Arellano, viuda de un comandante de infantería, mujer de excelente natural y de una madurez muy aceptable, entregada en cuerpo y alma á las apacibles delicias de la devoción. Gruesa, pastosa, blanca, con esa blancura láctea de los temperamentos linfáticos, de ojos pardos y regulares facciones, poseía un singular atractivo al primer golpe de vista; pero en cuanto ella desplegaba los labios, deshacíase poco á poco la ilusión aun del más enamoradizo. Su pronunciación dificultosa, su palabra tarda, premiosa, inexpresiva, producía en todo el que la escuchaba los primeros efectos sedativos y enervantes de cualquier narcótico, aunque, por otra parte, como su belleza reflejaba visiblemente la bondad de su corazón, obligaba al observador á permanecer á su lado, imaginándose que la hermosa señora había de salir al fin de aquel pasajero estado de atonía, de frialdad y de embotamiento. Con ser, pues, una naturaleza tan opuesta á la de la señorita Manuela, ésta fué la amiga que eligió para vivir en su compañía al dejar por vo-

luntad propia la casa de sus parientes. Moraba doña Elena en un entresuelo de la calle de las Veneras, y los curiosos que venían de la de Preciados podían distinguir muy bien, detrás de los cristales, estas dos figuras tan distintas por el color y la expresión de sus fisonomías. Estuvieran ó no ocupadas en alguna labor, generalmente la señorita Manuela era la que llevaba la palabra, y se la veía gesticular y mover mucho la mano, sin que por eso dejara de atisbar á todos los que cruzaban por la acera de enfrente. Su amiga quedó convencida en estas largas sesiones de la traición de Boronat, así como de su ligereza y poca aprensión al dar su nombre á una mujer de conducta sospechosa. Porque, según la lógica del mundo, la mujer que admite en su casa á un hombre, bien podrá admitir dos, siempre que el primero deje el puesto al segundo. Son tan naturales y tan admisibles estas generalizaciones de la malicia, que, á pesar de sus buenos sentimientos, la misma doña Elena no dudó ni un instante de la verdad del axioma.

Dos meses después, á causa de una repentina concentración de tropas, vino de Valencia el hermano de nuestra señorita, capitán graduado de infantería y antiguo compañero del marido de doña Elena, amistad que explica en parte la razón de haber elegido la casa de ésta

como conocido albergue. El capitán graduado, don Atilano Díaz de Fernández, se hospedó en el entresuelo, y siendo por tiempo indeterminado, se le dispuso lo necesario en un cuarto interior, ni muy capaz ni muy abundante de luces. Aquellas sesiones de dos y tres horas de continua charla se repitieron ahora de nuevo en un rincón de la sala. Nuestra señorita se encerraba con don Atilano y allí pasaban la tarde. Doña Elena, asombrada de encontrarlos todavía en animadísima conversación, después de un largo rato, á la vuelta de una visita, entraba en cavilaciones y no cesaba de preguntarse: «¿Pero, Dios mío, qué tendrán que hablar estos buenos señores que nunca acaban?...»

Resultado inmediato y visible de sus conferencias: que don Atilano se decidió á visitar á Boronat, sin que, ni por una ni por otra parte, hubiera el menor reproche, sino todo lo contrario, satisfactoria cordialidad y buenos deseos, como los que debe haber entre parientes tan cercanos, porque, al fin, la familia... es la familia. ¿Qué cosa mejor que la familia? Á la segunda visita, don Atilano se llevó á comer á los sobrinillos, Adolfito y Emilia, para que abrazaran á su tía Manuela y saludaran á doña Elena, á quien ya conocían como amabilísima persona y hábil confeccionadora de bollitos,

dulces y compotas. No hay que decir que los chicos saltaron de gozo al escuchar tal proposición, porque realmente querían á su tía como á la persona de más intimidad y mayor confianza para ellos. Bien fuese por cálculo, bien por afecto anticipado en la que esperaba ser un día su madre, ó acaso espontáneo fruto de aquellos cinco ó seis años pasados á su lado en continuo roce y batalla diaria, es lo cierto que la señorita Manuela los había tratado siempre como hijos propios, con un cierto ten con ten, acabando por ganar completamente sus simpatías. Reanudáronse, pues, las relaciones entre los primos, y detrás de los chicos siguió la abuela, que fué un domingo á pasar la tarde en compañía de su amada sobrina. Después se presentó Boronat con el pretexto de devolver la visita á don Atilano.

Esta corriente de afectuosa cordialidad llegó en poco tiempo hasta los mismos criados, que, aprovechando los días de salida, fueron á rendir homenaje, uno tras otro, á casa de su antigua señorita: primero la Nemesia, luego el criado, y, por último, la cocinera. La más constante en esta sencilla prueba de adhesión y de respeto fué la Nemesia, que iba muchos días de fiesta á tener una hora de palique con aquélla, dándole cuenta minuciosa de todo cuanto sucedía en la calle de la Concepción

Jerónima. Como por vía de cuento ó de gacetilla, sabía, pues, nuestra señorita lo que se guisaba, lo que comían y hasta lo que pensaban. En cierta ocasión, hablando del carácter de unos y de otros, se le escapó decir «que la señorita Eugenia le había regalado un pañuelo de seda, que la señorita era de un genio envidiable por lo igual y lo pacífico, que era una malva, que á la señorita todos la estimaban y de todos se hacía querer...» Entonces la prima la miró de un modo tan particular y puso por el momento una cara tan agria, que la doncella cortó lo que quedaba de elogio y eligió otro tema más agradable, pensando para sí que hablar bien allí de la *otra* no podía ser tiempo más perdido. Y, en efecto, desde aquella tarde no volvió á pronunciar el nombre de la señorita Eugenia, sino en el solo caso de tener que criticar alguna tacañería de las muchas que empezaba á notar en ella.

Esta política de atracción, de simpatía, de aparente olvido para lo pasado, inaugurada con la venida de don Atilano, se sostuvo con feliz éxito por la señorita Manuela hasta el septiembre del 68. La revolución separó de nuevo á los hermanos; obligó á Boronat á marchar á Alicante, á donde llevó la familia, y aterró á doña Balbina, que como sorda y curiosa solía recibir dos veces las malas noticias; noticias

de sublevaciones, de motines, de batallas, de fuga precipitada de reyes, de armamentos, de juntas, de generales victoriosos, de funestos presagios; presagios de calamidades terribles, desoladoras, estupendas, no vistas nunca en España. Pero luego, cuando observaron que el desbordamiento democrático volvía á su cauce; que el Gobierno constituído era una garantía del orden; que en todas las grandes manifestaciones se invocaba la alianza de los jefes «venidos de campos diversos,» la grandeza de la patria, la soberanía de la nación coronada por la paz, ungida por el derecho, pacífica poseedora de sus destinos, muchas familias como la de Boronat creyeron que la tempestad se había disipado, reduciéndose todo el argumento del drama á un simple cambio de dinastía.

Al empezar el invierno volvió, pues, Boronat á Madrid para ponerse al frente de sus negocios, una vez desechado el espantoso miedo que causaron entre la gente de posición las primeras chispas eléctricas. Aquellas circunstancias sirvieron más para apretar que para aflojar los reanudados lazos entre las dos familias. En casa de la señorita Manuela empezó á funcionar una tertulia pequeñita, á la que asistía alguna que otra noche nuestro banquero: componíanla doña Elena; las señoras del prin-

cipal, que eran dinásticas fervientes y por ende enemigas acérrimas de la *gloriosa;* un comandante retirado que había hecho la campaña del 48 contra Cabrera y amigo de don Atilano; don Rosendo Benavides, y alguna vez Manolito Calatrava, que, como hombre montado en sólidas piernas, recorría dos ó tres tertulias en una misma noche, importando y exportando noticias frescas, por ser ésta su especialidad. Con sólo oir á cualquiera de estas personas, comprendíase al momento que la reunión debía tener un carácter marcadamente conservador y, sobre todo, monárquico. Allí se leían y se saboreaban y se comentaban, con la fruición del devoto, *El Papelito*, el nuevo *Padre Cobos*, *La Gorda*, *Los Descamisados* y otros periódicos de este jaez, que dejaban ver bajo la piel del león la oreja de sus opiniones dinásticas. La abuela llevaba allí á sus nietos, Adolfo y Emilia, para que se iniciasen, sin duda, en los misterios de la buena doctrina; para que tomasen en santo horror las consecuencias de las malas ideas, los excesos de la demagogia de levita, mil veces peor que la demagogia desenmascarada del populacho. En compañía de su marido ó de sus hijos, también Eugenia asistió algunas noches á este cónclave particular; pero siempre salía disgustada de las exageraciones, de las calumnias, de aquel lenguaje

acre y virulento empleado por todos los que allí se reunían, sin exceptuar á las señoras.

Repugnaba á su carácter y á su educación de provinciana la desnudez impúdica de los conceptos. Según ellos, los diversos hombres que habían estado al frente del Gobierno, allí se encaramaron por medios ilegítimos, torpes, deshonrosos. Detentadores de la cosa pública, administradores improvisados de una hacienda que no era suya, ¿con qué derecho entraban fraudulentamente á hacer mangas y capirotes de la nación? ¿Qué títulos traían para erigirse en tribunal supremo y en árbitros del poder, los que habían empezado por ser viles mercaderes, conculcadores de todo derecho y de toda justicia? Porque, después de todo, eso es lo que había sido la gran revolución y nada más que eso: un odioso complot, una nefanda venta llevada á cabo por los enemigos de la monarquía y por los desleales á ella. La pobre Reina se vió vendida, engañada, abandonada por los suyos, por aquéllos que le debían favores, distinciones, privilegios: el privilegio de una grandeza inmerecida. Los unos por un innoble apetito, los otros por dinero, todos juntos se habían encontrado en el mismo camino para fraguar la más indigna y cobarde de las emboscadas.

Tal era su lenguaje, traducido á un castella-

no corriente, expurgado de todos aquellos epítetos y adjetivos recargados de color y excesivamente pintorescos, que pudieran ofender los oídos de los lectores que no han concurrido á ninguna famosa reunión, parecida en poco ó en mucho á la de nuestra señorita Manuela. Creeríase, al ver lo que allí pasaba, que con toda intención, lo mismo ésta que las señoras del principal, aguzaban sus dardos y extremaban la mordacidad de sus frases las noches que asistía Eugenia. En una de las últimas tocóle oir los sabrosos comentarios á la acusación presentada en las Cortes, aquella tarde, contra el Ministerio Sagasta, por el asunto de los dos millones que la Caja de Ultramar hubo de facilitar al Gobierno. La noticia la trajo don Rosendo Benavides. Pero ¡qué gozo! al saberse entre todos los conclavistas. Hasta las blancas y pastosas mejillas de doña Elena tomaron algo de color, á manera de tornasol, debido indudablemente á la alegría insolente y portentosa con que eran acogidas las palabras de doña Cesárea Rotamero, una de las señoras del cuarto principal. Parodiando la repetida frase «esto se va,» exclamaba ella con voz de falsete:—¡Esto empieza á oler mal!

Sí, aquello indicaba que iban á sacarse á la vista todos los trapos sucios. ¡Buenas cosas saldrían á luz el día en que se acabara la come-

dia y aquello se convirtiese, como no podía menos, en una merienda de negros. ¡Una ilegalidad descubierta! miren qué gran novedad. Pues si el diablo tirara de la manta, ¿qué no se descubriría? Por lo demás, no comprendía ella la extrañeza de la gente que movía semejante alharaca al advertir que sucedía lo más natural del mundo. ¿Se esperaba acaso que hicieran algún milagro aquellos santos... padrastros de la patria? Por mucho que se les apalease, ¿qué habían de dar las encinas sino bellotas? En buenas manos andaba ahora el pandero, es decir, los intereses de la nación, para confiar en que todo fuese paz y prosperidad y libertad y progreso y manos limpias, como lo anunciaba la *patriotería*. Lo único que podía aconsejarse en tales circunstancias, es que cada cual, desde el momento en que saliese de su casa, se metiera las manos en los bolsillos para evitar cualquier desagradable sorpresa.

Boronat, que, como ya se sabe, tenía cierta inclinación á los progresistas y hacia algunos de los personajes que rodeaban á don Amadeo, no tuvo paciencia para escuchar tales y tan desatinadas picardías, y quiso poner algún blando correctivo á los excesos de doña Cesárea. Eran los sucesos de aquel tiempo extraordinarios, excepcionales, rápidos, imprevistos... ¿cómo, pues, juzgarlos por la pau-

ta y regla de las épocas normales y tranquilas? Luego repitió la frase que había oído á Federico Cortázar:

—Qué quiere usted, señora: en tiempos de revolución ciertas ideas ejercen sobre la imaginación de los hombres la influencia de los vinos viejos y los aguardientes fuertes: se les sube á la cabeza, que es lo que sucede cabalmente en algunas famosas romerías. Allí se va á celebrar el día del Santo, y ocurre con frecuencia que muchos que no pueden beberlo en su casa, se ponen como cubas en aquella santa ocasión. Y eso es natural: el vinillo es bueno y las ocasiones pocas. ¿Sabe usted, señora, lo que convendría hacer para evitar esos excesos? Pues... hallar modo y manera de que los cosecheros den buen vino y lo vendan barato. Buena administración, mucha justicia, mucha moralidad, libertad abundante, pocas leyes y bien aplicadas: ese es el vino barato de los pobres.

Á falta de buenas razones, doña Cesárea, que no se mordía la lengua para decir las cosas, contestó con un epigrama de oportunidad en aquella época:

—Ya sé, ya sé que á algunos de esos señores que usted defiende, de esos patriotas de pelo en pecho, les gusta bastante el vino. Pero me figuro que no será el barato...

Comprendiendo á quién iba dirigido, todos volvieron á reirse, y hubo, en efecto, que tomarlo á risa para que no se agriara la cuestión, lanzándose por los unos ó los otros alguna frase punzante ó de doble sentido. Después Eugenia, animada por el ejemplo de su marido y cuando doña Cesárea colgaba algún otro sambenito á los liberales, se atrevió á oponerle un argumento vulgarísimo, de los que nos sugiere un mediano criterio:—Dispénseme usted, señora; pero... ¿por fuerza han de ser todos unos? ¿todos desleales, perjuros, farsantes y bribones? ¿No habrá algunas personas honradas entre ellos, alguien que vaya de buena fe, que crea justo y legítimo lo que defiende?...

La autora de los sambenitos no lo negó, porque así como entre los apóstoles elegidos por el Salvador hubo un Judas, no tenía nada de particular que entre doscientos rabadanes se encontrara algún Sancho Panza, crédulo y admirador por conveniencia propia. De todas estas diferencias y tiquis-miquis, no fué otro el resultado que acentuar la línea divisoria que venía marcándose entre el grupo chiquito y el numeroso grupo que acaudillaba la señorita Manuela. En la conversación, en el trato familiar, en el afecto demostrado por expresiones convencionales, no es difícil que á

los ojos vulgares se les escape aquellos ligeros matices, por los cuales puede conjeturarse la inmensa distancia que separa á los individuos de una misma familia. Por ciertos indicios observados un día y otro, ya había comprendido Eugenia que algo de mala voluntad existía en aquella casa contra ella. En parte se explicaba la razón, que debía tener su origen en su matrimonio, llevado á cabo contra viento y marea y á disgusto de todos ellos. Pero lo que no se hubiera explicado es el odio profundo y secreto que le guardaba la señorita Manuela, aun antes de haberla conocido. Para sospechárselo siquiera, habría sido preciso estar en los antecedentes de su novela, y Eugenia los ignoraba por completo. Al presente, las discusiones políticas le hicieron comprender que la mala voluntad, en lugar de disiparse, se exacerbaba. Lo atribuyó á su manera de pensar, á su falta de exaltación por la causa de la Reina, á la oposición algún tanto viva y agridulce de Boronat, que condenaba en ellas la virulencia, la acritud, el veneno de tanta y tanta calumnia cuando nada les iba ni venía por semejante cambio.—¿Si se habrá metido á conspiradora mi ilustre prima?—preguntaba á su mujer en uno de esos momentos en que ella le aconsejaba la moderación, siempre que se hablase allí de política.

—Créelo, nos han cogido una inquina por eso... Hay que oirlas con muchísima paciencia... ¿No ves que si se les lleva la contraria se enrabian más y más, y luego... la pegan contra el que no tiene culpa?

—Pues mira, esa idea de la conspiración no me anda á mí por la cabeza sin su intríngulis. Se ven por ahí cada día cosas tan raras y tan... Ayer tarde iba yo por la Carrera de San Jerónimo, cuando oí un vozarrón tremendo que me llamaba desde el otro lado. Al pronto me asusté un poco, es decir, se me revolvió la bilis, porque creí que era ese bruto de don Emilio. Ya te conté, ese majadero con quien tuve que andar á bastonazos... Vuelvo al fin la cara, y me veo á don Agustín Cremades muy peripuesto y muy otro, con levita negra y sombrero de copa:—¡Calle! usted por aquí, después de tantos siglos que no sabemos si usted es vivo ó difunto ó gran personaje... ¿Cómo es eso?—Entonces me contó que había ingresado en el partido radical; que era muy amigo de Maisonave; que trataba á Ruiz Zorrilla; que se carteaba con el gobernador de Valencia, persona de gran porvenir que iba para ministro, y que sus amigos y correligionarios le obligaron á presentarse diputado. Y nada, diputado lo teníamos para todo cuanto se nos ofreciese. Pero no como cualquier otro de última fila, sino

que se había atrevido á interpelar al mismo Figuerola, al propio Ministro de Hacienda. Y en ocasión bien solemne por cierto: cuando presentó el proyecto para negociación de bonos, minas y salinas, poco antes de aquella famosa sesión de ¡Radicales, á defenderse!

—Oye, Juan, supongo que no irás á contar á la otra casa que tenemos un amigo diputado, ¡y radical por más señas!—se apresuró á advertir Eugenia, interrumpiendo á su marido.

—Desde luego que no: me excomulgaban si tal cosa supieran. Pero ¡pásmate! también don Agustín guarda en cartera su proyecto; ¿qué digo proyecto? un vastísimo plan para arreglar la Hacienda española. No le falta más que la última mano para presentarlo á la sección de presupuestos. ¿Y eso?... De todo lo que me contó el simpático don Agustín, esto fué lo que me hizo reir con más gusto.

—Y ¿por qué?

—¡Toma! porque un hombre que ha malbaratado su hacienda en negocios y empresas descabelladas, pues don Agustín era rico por su casa, pueda creerse de buena fe que va á aminorar la Deuda y á enriquecer la nación. Y todavía, cuanto más lo pienso, más me río por lo tieso y lo envalentonado que anda con su famoso plan.

Después de escuchar á su marido, sonriendo

bondadosamente, Eugenia se decidió á expresar la idea que bullía en su imaginación aun antes de empezar á hablar:

—Mira, Juan, yo iría á casa de Manuela con más frecuencia, desde luego los jueves y los domingos; pero se me ha metido en la cabeza que no me mira con buenos ojos, que voy allá á molestarles más bien que á otra cosa...

—¿Á molestarles? ¿tú?... vamos, mujer, que no se te ocurran tan malos pensamientos. Tú vas allá cuando quieras y los días que te parezcan sin temor ninguno á lo que puedan decir ellas. ¿Y qué pueden decir de tí, en último resultado? Ni de mí tampoco. Si fuéramos francmasones... ó siquiera radicales, como mi amigo don Agustín...

Con este salvoconducto, si así puede llamarse, que había obtenido de su marido, Eugenia dejó de ir á casa de la prima algunos domingos en que solían reunirse la abuela, los nietos y las personas de su intimidad. En cuanto á los nietos, después de la proclamación de la República, en aquellos años de asonadas, motines y sublevaciones, lo mismo Adolfo que Emilia dieron un buen estirón y se transformaron poco á poco en lo que habían de ser con el tiempo. Tres años por lo menos estuvo Emilia encerrada en el colegio de *El Divino Pastor*, institución francesa de bastante

nombradía que rivalizaba con la de las Ursulinas por la clase de señoritas que se educaban en él. Adolfo iba á una clase particular como preparatorio para ingresar en la Academia de Estado Mayor. Era rubio, flaco, buen mozo, con ojos claros que tiraban á verde, no exentos de viveza; la frente alta y abovedada más bien que espaciosa, como la de su madre; recta la nariz y la barba algún tanto puntiaguda, con las mandíbulas muy señaladas, cuyo conjunto le aproximaba al tipo singular del antiguo Diablo Cojuelo, y más modernamente al de Mefistófeles, que tanto ha popularizado la bellísima partitura de Gounod. En lo físico ella era la copia de su hermano, algo afeminada y un poco más simpática. Tenía los ojos azules y grandes, el rostro más ovalado y más lleno de carne, el cuello más redondo y el cabello rubio, mientras que el de Adolfo había sido rojo en sus primeros años, si bien al presente se le iba obscureciendo mucho. Lo mejor de la muchacha era su cuerpo; un cuerpo bonito, esbelto, bien formado, que constituía la base de todas las adulaciones que se le dirigían, empezando por las de las modistas. Esto vino á saberlo ella demasiado pronto, por lo cual andaba ya muy pagada de sí misma, reventando de vanidad por todos los poros de su cuerpo. Una educación incompleta, falsa, pos-

tiza, mezcla de devoción y de formas sociales, que estriban en la separación de clases, en guardar siempre las distancias; la falta de una buena madre y una tolerancia mal entendida, sirvieron para exagerar las malas cualidades de su carácter, en vez de reprimirlas y contrapesarlas con las buenas. Desde que salió del colegio ya no permitió que ninguno de los antiguos criados ni de los que entraban en la casa la tutease. ¡Oh, la señorita Emilia, la hija de un banquero, educada en el gran colegio del Divino Pastor entre baronesas y vizcondesas!... Vanidosa, envidiosa y exigente: he aquí las tres notas que había alcanzado entre los que la conocían y trataban.

Por esta parte algún parentesco moral tenía también con su hermano, á quien se le tachaba de orgulloso, vanidoso y petulante. Cuando cursaba el bachillerato en el Instituto, sin duda por verlo tan estirado, tan flaco, irritable y nerviosillo, con cierta viveza y agilidad en sus movimientos, los compañeros le pusieron de apodo *el Pájaro*. Después, andando el tiempo, el pájaro quiso remontar el vuelo, tendió las alas y vino á posarse sobre la Academia de Estado Mayor. Ya en el examen de ingreso hubo sus dificultades; pero éstas crecieron de tal modo durante el curso, que no pudo ganar año. Volvió, pues, en junio al lado de la fa-

milia, malhumorado, con mayor dosis de orgullo y de irritación, trinando contra los jefes examinadores que aprobaban á los hijos de los generales, de los ministros, de los aristócratas, y *toreaban* á Juan Particular, aunque supiera más geometría analítica que el que la inventó.

De esta primera derrota le consoló muy acertadamente su tía Manuela; con más acierto que Boronat, que, como padre rico, sentíase muy halagado de tener un hijo sobresaliente, con una carrera de las de mayor brillantez y porvenir en España. Creyó, pues, oportuno y pertinente ejercer de juez por algunos días y mostrarse con una severidad que poquísimas veces tuvo para su señor hijo. La señorita Manuela, por el contrario, le dió la razón respecto á la injusticia cometida, y le hizo la siguiente reflexión:

—Puesto que la carrera militar te gusta y tú tienes vocación, síguela, no importa. ¿Que se necesitan grandes influencias, ser hijo de general ó de duque para entrar en Estado Mayor?... pues te metes en infantería, que nunca será tan difícil. Y el resultado es igual: lo mismo medran y llegan á generales los que salen del colegio de Toledo, que los que vienen de Guadalajara. Consúltalo mañana mismo con tu tío Atilano. Escríbele, verás lo que te contesta.

Á pesar de tan excelentes consejos, el seño-

rito Adolfo volvió á insistir en un segundo examen, sufriendo la consiguiente derrota. Entonces, por mandato de su padre, se dirigió á la Academia de Infantería. Allí consumió otro año; pero ni aun presentándose con las recomendaciones de su tío y la del comandante retirado que frecuentaba la tertulia de su tía Manuela, consiguió que le aprobasen todas las asignaturas. Con tanta vocación y tanto estudio y tanta petulancia, era ya raro lo que sucedía. ¡Oh! ¡si hubiera sido hijo de Fulano ó de Zutano!... Lo atribuía, pues, á su mala suerte, á las circunstancias, á los revolucionarios que todo lo habían trastornado, volviendo lo de arriba abajo y colocando á los de su *cuerda* en los mejores puestos, valiesen ó no para ello. Así es que los Tribunales, las Academias y las Universidades, según él, estaban llenas de medianías, de ineptos, de alborotadores... gente incapaz que había salido de las primeras Juntas revolucionarias ó de una barricada, sargentos ó cabos cuyo mayor mérito consistía en haber gritado delante del batallón: ¡Que baile!

Esto no obstante, estaba decidido á luchar hasta el último término y pidió permiso á su padre para ir á Valladolid, donde por entonces tenía establecida su Academia el arma de Caballería. Miróle Boronat de un cierto modo,

y con gran melosidad de voz, que transcendía á ironía, le manifestó su parecer:—Sí, sí, desde luego, puedes marcharte cuando gustes. Tú te preparas bien, y una vez preparado, ¡adelante con la caballería! ¿Para qué menos puede estudiar un mozo de tus condiciones que para caballería?...

—Lo dices de un modo que no me gusta, papá,—repuso Adolfo con su acostumbrado desenfado.

—Lo digo como lo siento. Y basta.

Picó tanto el amor propio del señorito la frase de Boronat, que se juró á sí mismo perder setenta noches, si preciso fuera, con tal de meterse las asignaturas en la cabeza y ganar el primer semestre. Así determinado, se dió tales atracones de álgebra y de instrucción y manejo de armas y de ordenanzas militares y de geometría plana y del espacio, que aunque con muchísimo trabajo el hombre salió adelante. Aquel verano, cuando volvió á Madrid, en una de las muchas visitas que hacían los dos hermanos á su amada tía, se quejó de lo excesivo de los estudios, de la insolencia de los compañeros que no habían suprimido para él la *novatada*, del rigor de los jefes que nada perdonaban; en suma, que la Academia en cuajo era lo más insufrible y cargante que podía uno tomar á pechos. Oyéndole expresarse con tan

grande amargura, su propia hermana, que por lo general miraba los asuntos de los demás muy fría y desdeñosamente, se apresuró á decirle:—Pues, chico, no seas tonto; si no te conviene lo dejas. Para sufrir así... antes eres tú que la Academia.

—Sí, pero á papá no le gustaría.

—Por mi parte no aconsejo nada; ya tú eres un hombre...—medió la señorita Manuela con refinada hipocresía;—repito únicamente lo que os he dicho otras veces: si mi primo no hubiera hecho el disparate de casarse, no necesitabas calentarte los cascos para nada. ¿Que tenías empeño por entrar en Estado Mayor ó en cualquier otra parte? pues... habiendo monises, chico, no creo que fuera eso una obra de romanos. ¡Buenos están los tiempos y buenos están los hombres! para no conseguir cosas más difíciles que el ingreso en una Academia.

—Es claro, papá no nos quiere como antes, que nos compraba tantos juguetes y tantas cosas bonitas: ¿te acuerdas, tía?—interrogó Emilia, poniendo su blanca mano de señorita mimada y ociosa sobre la falda de la otra.—Ahora todo nos lo escatima... ¡Se ha vuelto más cicatero! Siempre que le hablo de hacerme un traje nuevo, me contesta lo mismo: «Y el del verano pasado, ¿no te sirve? ¿no puedes reformarlo? Debíais aprender de mamá, hija

mía, tú y tu dichoso hermanito, que me gastáis un Potosí en vestidos, en lujos y en tonterías.» ¡De mamá! mira qué... de mamá, que va hecha un pingo, con aquel traje obscuro de lana que parece una beata y su mantilla del año mil. Yo creo que es la misma que llevaba de soltera...

—También á mí me calentó las orejas con el ejemplo de Eugenio—repuso el hermano; —pero yo le contesté lo que nos decía Jareño, el profesor de equitación teórica: «No todos los dedos de la mano son iguales, ni todas las inteligencias calzan los mismos puntos.» Él se encierra en su cuarto, y allí pasa las horas muertas con los codos sobre el libro, como una gallina que va á sacar pollos. Qué quieres, tía, á mí no me gusta eso. Lo que no haga yo en media hora, dando una docena de vueltas por cualquier pasillo, no lo hago en un día entero. Que el chico es muy obediente, que su hermana es una perla, como dice papá... pues que les aproveche. Y aquí viene bien aquel refrán... fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te vale. Todos los tontos tienen suerte, y eso de puro sabido se calla. Además, que si tú gastas en vestidos ó en lo que sea, de lo tuyo gastas.

—Sí, señor, sí, porque gastamos de lo nuestro—afirmó Emilia volviendo á salir de su

acostumbrada frialdad;—y podemos gastarlo, y lo gastaremos y tres más. Nosotros somos sus hijos, los primeros, mientras que ellos...

—Son hermanos vuestros, hija mía: en eso no cabe duda. Ahora, que si viviera vuestra madre, que en gloria esté, ya estarías tú en Estado Mayor, y podríamos darnos mucho más tono todos los de la familia; también eso es verdad. Á mí nadie me lo quita de la cabeza. Aquélla era una mujer buenísima que sólo procuraba por los suyos. Trabajadora, económica, poco amiga de lujos y de diversiones, y eso que... buenos miles de duros le trajo en dote á mi señor primo, á vuestro querido papá. Lo peor de todo fué que muriese ella á los dos años, y que papá haya sido demasiado generoso con los extraños. ¡El dinero que se ha gastado en aquella casa, los doblones y las onzas de oro que han salido de la caja para no volver! Por mi parte, no me remuerde la conciencia de haber contribuído en poco ni en mucho á tan excesivos gastos, mientras yo estuve á su lado. Esto no debía yo decirlo, porque al fin es vuestro padre; y el día de mañana que se os escapara alguna palabra en la conversación, ¡echaos á pensar lo que sucedería! Y con una palabra bastaba para... Habría, pues, un disgusto serio entre nosotros, un nuevo rompimiento, que estoy muy lejos de desear.

—Mal nos conoces, tía, porque ya comprende uno lo que conviene y lo que no conviene —afirmó el joven alumno de la Academia de Caballería,—y saber callar es lo primero que debe aprender uno en el mundo. Esto lo decía mi amigo...

—Luego, porque tú eres la persona en quien tenemos más confianza,—añadió Emilia al propio tiempo.

Viendo esta convergencia de pareceres en los dos hermanos, aparentemente nuestra señorita, con leve sonrisa y significativa inclinación de cabeza, manifestó ceder á tales demostraciones de afecto, y continuó aquella lección de historia retrospectiva que no habían de olvidar ni el uno ni el otro. Harto sabía ella que la semilla caía en buen terreno para esto de dar fruto:

—Y podéis tenerla, eso desde luego. La misma confianza tengo yo en vosotros, aunque bien mirado aquí se habla en familia, y no se habla de bribonadas ni de cosas feas, sino de defectos. Cada persona tiene los suyos, eso ya se sabe. Pero en un hombre independiente, sin obligaciones de ningún género, el ser generoso con los extraños es un defectillo de poca monta, mientras que en un casado no es una buena cualidad que digamos.

—Oye, tía: una noche disputaban en la co-

cina la doncella y la Remigia sobre si mamá era ó no era demasiado cicatera. Íbamos á retirarnos á acostar, y yo me acerqué un momento á la puerta sin hacer ruido. Yo no soy mujer, pero soy un poco curioso. Á la doncella fué á quien le oí estas palabras, que ahora recuerdo, porque me chocaron bastante: «¿Sabes lo que te digo? que aquí nunca se ha hilado tan delgado como ahora; que la señorita nos tasa hasta el aceite... y día llegará en que nos pesará hasta el pan que hemos de comer... Pues motivos no tiene para tratar de ahorrar de ese modo, porque, hija mía, el regalo que le hizo mi señorito antes de casarse, lo hacen pocos hombres. Eso para que tú te enteres.» La otra le contestó que todo se reduciría á un par de buenos vestidos y á un aderezo de oro con muchos diamantes. «¡Eso es, justo, un aderezo de doce mil duros! ¿Conoces tú aderezos de esa clase?» repuso la doncella con cierto retintín... que también me chocó bastante.

—No hagas caso; esos son cuentos de las criadas, que han de meter su cucharada sólo por el gusto de meterla—apuntó nuestra señorita, tomando cierto aire de seriedad y de misterio que más era para excitar la curiosidad que para contenerla.—¿Qué entienden ellas de hilados, ni de aderezos, ni de?...

—No entenderán, querida tía; pero no creo

tampoco que vayan ellas á inventarlo. Á mí me parece que algo habrá de cierto en eso del regalo, cuando da que sospechar á las criadas.

—Sí, tía, dínoslo, tú que lo sabes todo— añadió Emilia, acariciando la mano regordeta de nuestra señorita.—¡Vaya si lo sabes! te lo conozco en el modo de mirarnos. Cualquier cosa apostaba yo.

—De seguro que perdías, porque todo ello no pasa de ser un cuento, una exageración. Y si vas á fiarte de las habladurías de esa gente, que oye campanas y no sabe dónde...

—Pues ahora es cuando á mí me entra la curiosidad de veras, ¡pero muy de veras!—insistió el sobrino.—Vamos, tía, sé complaciente con nosotros, que te queremos tanto... Cuéntanos eso del regalo.

—Os he dicho antes que era un cuento, porque lo poco que sé de esto lo sé por referencia, por haberlo oído á don Rosendo Benavides, que conoce al notario que intervino en este asunto. ¿Confesó el notario la verdad entera á nuestro amigo, ó sólo una parte de ella? Esto es lo que no sabemos. Reservadamente, pues, como se hablan estas cosas, se le indicó que, al poco tiempo de haber nacido Eugenio, vuestro padre había comprado una casa en nombre de la madre. Después, al año siguiente, cuando nació Pepita, sucedió tres

cuartos de lo mismo. Yo no he visto las escrituras, ni conozco al notario, ni sé el valor que puedan tener las fincas; pero tanto como á dudar del hecho... ya no me atrevería. ¿Existe algún interés en inventarlo por parte de ellos? Ninguno que yo sospeche. En cuanto á nuestro amigo Benavides, aquí lo habéis visto millares de veces, y no digo más. Yo le tengo por una persona formal, de muy buenas ideas y de muchísima conciencia.

Á estas palabras de la tía siguió un prolongado silencio. Aun contando con la malicia natural y adquirida de los sobrinos, no cabe duda que no era de fácil digestión ni de inmediata calificación y juicio aquel obscuro asunto de los regalos. Quedáronse, pues, mudos y cariacontecidos contemplando el rostro animadísimo de nuestra señorita, que declaraba con sus amplios contornos y redondeces que habiendo traspuesto su poseedora la plenitud de la edad juvenil, íbase acercando á una dulce madurez que la recompensaba anticipadamente con un moderado aumento de carnes. Quiere esto decir que la señorita Manuela había engruesado, á pesar de la turbulencia de los tiempos y de lo revuelto de nuestra política. El primero que salió de su contemplación fué el joven Adolfo, que dirigió á la expresada historiadora la siguiente pregunta:

—Y á tí qué te parece, tía, ¿estará eso bien hecho?

—¡Ay, sobrino, á buena parte vienes para consultas de esa clase! Tu tía tiene la conciencia un poco estrecha y no transige con ciertas costumbres, ó mejor dicho, con ciertas malas costumbres que van estando en boga. Eso sí que no: ni en la familia de los Velezguito, ni en la de los Boronat, ni mucho menos en la mía, que yo sepa, ha habido jamás trapisondas ni tapujos de mal género. Gracias á Dios, ninguno de nuestros parientes perdió la chabeta hasta el punto de meter en su casa á una mujer que no fuera de conducta irreprensible. Eso sí que no. De modo que, respetando lo que hagan los demás, yo me atengo en cualquier caso á mi opinión particular. Ahora vosotros sacaréis las consecuencias...

—Pero se hablaba del regalo y no nos dices lo que...—repuso nuestro alumno.

—Á mí, francamente, me parece que un padre de familia se debe ante todo á sus hijos. Es verdad que puede disponer de su fortuna, de la fortuna que ha conseguido á fuerza de trabajo ó por cualquier otro medio; pero para mí... si yo fuera madre, para mí lo primero y lo principal serían los hijos. En eso no cabe duda.

—Sí; pero á veces los hombres, como de-

cía Ramoncito Barja, se enamoran como brutos de la mujer propia. Y entonces, ya ves, es natural que se hagan algunas tonterías.

—¡Ah! de la mujer propia. Siendo de la mujer propia, santo y bueno; pero si mal no recuerdo debe haber alguna equivocación en eso de la mujer propia. Lo digo porque cuando mi primo se decidió á regalar esas casitas á mamá Eugenia, no creo que estuviese casado con ella.

—¿Que no estaba casado?...—preguntaron ambos sobrinos casi al mismo tiempo, como movidos por idéntico impulso de curiosidad y de extrañeza.

Tardó bastante á contestar la amable tía, por cuya razón pasáronse, igual que antes, unos cuantos minutos en completo silencio. Sin embargo, la pregunta parecía tan apremiante que tuvo que recurrir de nuevo á la nota grave, impregnada de una dulce y misteriosa tristeza:

—¿No veis? hago mal, muy mal, en hablar de estas particularidades, que son más bien para olvidadas que para traídas á cuento. Cierto que todo puede dispensarse en gracia de la buena intención; pero es una materia tan delicada... que no me perdonaría nunca el haber contribuído á que formáseis mal juicio de la que es hoy vuestra madre. Nunca, os lo ase-

guro, lo mismo que me llamo Manuela. Mi intención no es esa. Á no teneros afecto, á no querer á mi familia como yo la quiero... no me llegarían al alma ciertas cosas; me dejarían tan fresca y tan sin ningún cuidado.

—Pero, tía, si nosotros te lo agradecemos muchísimo,—se apresuró á afirmar Adolfo.

—Es claro—añadió la hermana;—si no tuviera interés por nosotros no nos lo contaría.

Como se oyeron pasos al llegar á este punto, y el abrir de una puerta en el cuarto inmediato á la salita donde estaban reunidos, volvió la tía la cara y señaló hacia aquella parte diciendo:—Ahí viene doña Elena... Por supuesto, nada de lo que hemos hablado saldrá de aquí... Estamos en familia, y en medio de la familia, en paz y tranquilidad, es como yo espero que se arreglen las cosas.

Tales conversaciones, repetidas luego con ligeras variantes, según las circunstancias, fueron depositando en el ánimo de los sobrinos, á manera de sedimento, ciertas sospechas, cierta mala voluntad que, sin darse ellos cuenta, debía fermentar en el día de mañana. Por otra parte, veían uno y otro, sin que nadie les explicara este fenómeno, que la confianza que tenían en su amada tía venía reforzada con la autoridad de la abuela, que pocas veces salía de su casa que dejara de subir á la de nues-

tra señorita. Habíase acostumbrado de tal modo á pedirle su parecer sobre cualquier frusle-ría, que unos cuantos azabaches ó una madeja de seda que tuviera que comprar ó dejar elegida, prefería no comprarlos á entrar sola en la tienda. Hasta en la voz de los que le hablaban había influído también el hábito. Le agradaba mucho más saber las noticias por boca de su sobrina, dichas con voz clara, sonora y bien timbrada, que por todos los demás de la casa, incluyendo entre éstos á su hijo Juan José. Estas voces chillonas, fuertes ó enronquecidas, como la de Juan José, le zumbaban en los oídos sin enterarle por completo de lo que se trataba. Así, pues, debido á muy diferentes causas, diríase que la casa de la señorita Manuela, visitada con tanta frecuencia por doña Balbina, por los sobrinos, por los amigos de la familia, por las criadas como Nemesia, se iba convirtiendo en una pequeña corte, á semejanza de aquellos principados y reinecillos alemanes en que se intrigaba solapadamente contra el Imperio. Pero no hay que buscar el ejemplo fuera de nuestra patria, pues por aquellos días, lo mismo que en época no lejana, frente á la dinastía proclamada, se levantaba otro poder como único representante de la legitimidad y de la tradición. En otro tiempo, este poder tuvo su corte en Oñate; y nos-

otros, por esa correlación de ideas que se establece aun contra la misma voluntad, hemos traído á nuestros verídicos apuntes aquel recuerdo histórico.

Porque también en la corte de la calle de las Veneras había un gran fondo de envidia, de aversión á la autoridad constituída, de extravío en la opinión de los cortesanos, agitado todo ello por un rencor permanente, instintivo, sagaz, que se engañaba, á pesar de su sagacidad, en la transcendencia que podían tener sus palabras. En cuanto á la influencia que se arrogaba fuera de su círculo, algo deberá indicarnos el siguiente caso:

Al llegar el diciembre de aquel año, formalizadas las relaciones de Nemesia, casóse por fin con un oficial de vidriero que había entrado en la casa en varias ocasiones, y que, según las trazas, debía ser un excelente muchacho. Le pasaba ella en más de cinco años; pero esto no fué obstáculo para que el novio se quedara muy contento y muy satisfecho con llevarse á su modesto cuarto de trabajador aquella habilidosa mujer que parecía una señorita por lo remilgada, por lo compuesta y por las finuras de palabra que se permitía de vez en cuando. Quedó, pues, vacante la plaza de doncella, y la joven Remigia se apresuró á hablar á su señorita en favor de una muchacha de su mismo

pueblo que estaba desacomodada y tenía lindas manos para todas las faenas del servicio. Mas ya llegaba tarde su recomendación. Habíase anticipado la señorita Manuela, que influía en el ánimo de doña Balbina, para la admisión de una tal Vicenta, hermana menor de la que les servía á ella y á su simpática amiga doña Elena. De modo que cuando Eugenia se dirigió á su marido para ponderarle las buenas cualidades de la primera, éste le contestó:

—¿Por qué no me indicaste eso mismo hace ocho días? entonces aún era tiempo; pues es el caso que mi madre, que nada sabe, tiene medio admitida á una recomendada de no sé quién de muy buenos antecedentes. En fin, si te empeñas... le diremos que había otro compromiso anterior.

Boronat entró á ver á su madre, esforzándose mucho en explicarle el apuro en que se hallaba para dar gusto á unos y á otros; pero era por desgracia de aquellos días en que doña Balbina ensordecía de una manera atroz, y no había medio de hacerle comprender claramente el quid de la dificultad. Al fin vino á entender algo, y al entenderlo, respondió que ya había cerrado trato respecto al sueldo, condiciones y demás con la susodicha Vicenta. No dejó de sentirlo, como era natural, nuestro banquero; pero se trataba de su madre, y no

era cosa de contrariarla en un asunto que no merecía la pena. Al contárselo después á Eugenia, no pudo ésta reprimir un expresivo gesto de desagrado, y dijo á su marido en voz baja:

—Ya tenemos en casa otro testigo de vista para que vaya luego con el cuento á la calle de las Veneras. Se marchó la otra y nos ponen ésta.

—Vamos, mujer, no hay que pensar mal ni levantar falsos testimonios al vecino. Si es un capricho de mi madre...

—¡De tu madre!... bien puede ser. Pero tú no sabrás que esa inmejorable Vicenta, que tanto te ponderan, es hermana de la que sirve en casa de tu prima.

—Sí, ahora recuerdo que me hablaron de eso, de que era hermana ó cuñada de no sé qué conocida. Pues bien, perfectamente: se le admite y tú la observas. En cuanto notes en ella algo que no te agrade, se le da el pasaporte y negocio acabado.

XIV.

HIJOS Y SOBRINOS.

Los domingos por la tarde solían ver los curiosos de la vecindad á una señora joven y de agradable aspecto que cruzaba la calle de la Concepción Jerónima para tomar la derecha y salir en derechura á la de Atocha. Constantemente esta señora iba acompañada de una jovencita y de un muchacho de quince á diez y seis años que debían ser sus hijos, porque bien el uno ó el otro, ó los dos á la vez, se apoyaban con dulce y cariñosa familiaridad en el brazo de su madre. Vestía sin lujo, sin exageración de lazos ni colores, con esa estudiada decencia de la que sigue la moda con timidez y desde cierta distancia. Vestía por lo común un abrigo de paño negro, algo entallado y en forma de levita, que las modistas llamaban *paletó*, sencillo, con solapas y ribete de terciopelo, y sin más

adornos que un doble pespunte y botones de azabache. La falda era de lana de color café obscuro, guarnecida con cuatro ó cinco volantes, así como la túnica ó doble falda, de la misma tela y también con volantes, por haberlo prescrito la moda del año anterior y haberse vulgarizado esta hechura de vestidos entre las señoras de la clase media. El sombrero lo rechazaba su carácter y su deseo de pasar inadvertida entre las gentes, por cuya razón prefería siempre para vestir la mantilla de blonda y en algunas ocasiones la de manto, que aún seguía usándose mucho por las mañanas entre las elegantes. La niña, que era agraciadísima sin llegar á bonita, vestía un trajecito de cretona de lana azul, con delantal tableado perpendicularmente, llevando los demás paños guarnecidos de ocho volantes, unos fruncidos y otros plegados, según ordenaba el figurín de aquella temporada. Coronaba su cabecita de mujer núbil, que aún parece niña, un sombrerito ligero de terciopelo negro, con el fondo ahuecado formando bullones de seda ó de adornos, una tira de plumas azules encima y las bridas de moaré del mismo color. En cuanto al muchacho, hombre ya por la estatura, por lo recio del cuerpo y la seguridad de sus pasos, vestía como hombre pantalón azul y un sobretodo de color gris claro que hacía re-

saltar lo moreno de su rostro de un tono intenso y fino, pero algun tanto obscuro.

Á estos tres personajes se les agregaba alguna que otra tarde un caballero de cierta edad, grueso, con bigote y patillas entrecanas, que presentaba, por su empaque y lo lucido de su vestimenta, aspecto de mayor riqueza y categoría social. Llamábase este caballero Juan José Boronat y Velezguito, de lo que fácilmente se deduce que la señora debía ser Eugenia y los que le acompañaban sus hijos Eugenio y Pepita. Verdad es que las circunstancias políticas, el motín en la calle y la guerra en el campo, habían influído para que en las familias acomodadas hubiese un movimiento de concentración; pero aun sin aquellas grandes tormentas, cabe suponer que Eugenia hubiera educado á sus hijos de la misma manera, sin separarlos un momento de su lado. Desde luego no quiso que entraran como internos en ningún colegio. En los primeros años, Remigia se encargó de llevarlos y traerlos, porque su fidelidad, nunca desmentida, le hacía á propósito para guardar cualquier ganadillo de esta especie por revoltoso que fuese. Pepita se distinguía entre sus compañeras de labores por su docilidad, por la atención y el esmero que ponía en aprender. Su hermano, tratado á la ligera, superficialmente, parecía

formar algún contraste con ella: más serio y menos expresivo, hasta pasar por huraño, no despertaba por lo general tan vivas simpatías. Había que observarlo con algún detenimiento para llegar á saber que bajo aquella corteza áspera y desagradable se ocultaba un gran corazón. Lo mismo su crecimiento que el desarrollo de su inteligencia fueron lentos durante su niñez, como si pesaran todavía sobre su débil organismo las amarguras de la madre en los primeros tristes meses de su embarazo. Así es que en toda la época de los estudios elementales Eugenio figuró como soldado raso en aquellos inquietos pelotones de chicuelos que poblaban las aulas. Tres años después, al cursar la segunda enseñanza, ganóse los galones de sargento con dos excelentes notas alcanzadas en los exámenes de junio. Siempre avanzando, concluyó luego el Bachillerato como improvisado general en el mismo campo de batalla, llevando á su casa las mejores calificaciones que podían obtenerse.

Cabe, pues, suponer el profundo gozo con que lo recibiría su madre al ver que no eran semillas improductivas los cuidados de la educación, la vigilancia continua, las amonestaciones, los consejos, el cariño mil veces contenido, sino que la recompensaban con creces de los sacrificios hechos. Pepita, por su parte,

inspirada por la docilidad y la bondad de un carácter siempre igual, le había causado muy pocos disgustos. Por lo tanto, estos tres seres, tan estrechamente unidos, marchaban al mismo paso y por el mismo sendero, consultándose á cada momento en voz baja ó con la vista, como personas movidas por una sola voluntad y un solo deseo. Dentro de casa, la madre y la hija ayudaban á todos los quehaceres y trabajaban en las labores indispensables, bordando ó repasando ropa como simples compañeras de la doncella. En sus relaciones con Adolfo y Emilia, había que distinguir dos épocas: en la primera tuvieron que sufrir las chanzas pesadísimas de aquéllos que, por ser mayores, se divertían las más de las veces en hacerlos rabiar y en abusar con engaños de su infantil candidez. En la segunda, es decir, al presente, se manifestaban humildes, condescendientes, cariñosos, á imitación de su madre; pero ligeramente se iba ya delineando una cierta separación de gustos, de inclinaciones, de caracteres y hasta de conducta, aun viviendo bajo el mismo techo.

La señorita Emilia se levantaba generalmente tarde, se desayunaba, vestía el traje de mañana, llamaba á la doncella y se iba, acompañada de ésta, á oir misa á cualquiera de las iglesias más cercanas, para acabar dando una

vuelta por las tiendas ó subiendo á casa de su tía Manuela. Otras veces se pasaba la mañana encerrada en su cuarto-tocador hojeando *La Moda Elegante*, ó leyendo el periódico ó una novela prestada. En cambio, á su señor hermano, cuando estaba en Madrid, no se le veía más que á las horas de comer, y en ocasiones pretextaba un convite de amigos para entrar en sus cuarteles de invierno, como él decía, á las doce de la noche.

En la mesa, los dos levantaban la voz, discutían con su padre, hablaban de política, sabían todo cuanto ocurría en la villa y corte cumo cualquier infatigable gacetillero; en suma, disfrutaban de una gran independencia, conquistada con bien escaso trabajo. Pues es lo cierto que, ó fuese por sistema, ó por las continuas preocupaciones de los negocios, ó por el enardecimiento de ciertas ideas que volvían á inflamar su imaginación, Boronat miraba los defectos de sus hijos con excesiva tolerancia. Éstos, por su parte, conociendo las debilidades del jefe de la familia por las indiscreciones calculadas de la tía, le consideraban como á un antiguo amigo que nos ha jugado algunas malas pasadas, pero al que se debe perdonar en gracia de su talento, de la influencia de que dispone y de lo mucho que vale. Reinaba, pues, entre ellos y su padre una cierta cordia-

lidad exenta de respetos, como la que se establece entre iguales, y á este último no le desagradaba la petulancia irritante de Adolfo ni las críticas desdeñosas de Emilia. Acaso esperaba para lo porvenir algo grande y extraordinario de estos dos señoritos que se entremetían en todas las conversaciones, que de todo querían entender y fallaban sin apelación como consumados maestros, para cuyo exquisito buen gusto existían pocas cosas buenas.

Lo esperaba mucho más que de Eugenio y Pepita, que no charlaban tanto, miraban á las personas mayores con respeto, no ridiculizaban á nadie ni se atrevían á gritar como energúmenos por la menor contrariedad. Si en alguna ocasión se había suscitado el tema inagotable de los hijos en presencia de los parientes y preguntádole alguno por Pepita, casi siempre contestó lo mismo:—Muy aplicada, ayuda á su mamá, cose mucho, borda bien; pero es tan sosita la pobre chica...—De Eugenio tenía formado otro juicio, y lo expresaba de este modo delante de su padrino don Alejandro Escuembre:—Ahora le ha dado por la marina, ¿sabe usted? y este año nos trajo muy buenas notas... Estudia, estudia el muchacho; pero no lo saque usted de los libros. Hasta hace poco tiempo ni á saludar acertaba siquiera, y huía de la gente como de la peste.

En cuanto venían visitas, ya estaba mi hombre metiéndose en la cocina ó en el cuarto de plancha. Ahora es otra cosa, naturalmente; pero... tampoco, tampoco le gusta mucho la sociedad.

En el mundo acontece con frecuencia que el hombre es más apreciado por sus defectos que por sus buenas cualidades, sobre todo cuando éstas no han de juzgarse por vanas y brillantes apariencias. Boronat, pues, juzgaba como el mundo respecto al valor y calidad de sus hijos, desconociendo que lo mismo para el carácter que para la inteligencia existe cierto desarrollo gradual, más ó menos lento, según la naturaleza de la persona. Pepita había heredado de su madre la discreción, la sencillez, la laboriosidad, esa admirable inclinación al agradecimiento que palpita en el fondo de las almas sufridas y generosas. Sensible y delicada en alto grado, podían leerse en el rostro de esta niña de catorce años las menores impresiones, los más fugitivos movimientos de su corazón, como en un espejo que empaña cualquier aliento. En cuanto á su hermano Eugenio, asegurábase que se le parecía en lo de los sentimientos generosos, por haber tenido como ella esos arranques de regalar un juguete ó partir con otro una golosina, que son hermosísimos en los niños; pero bajo aquella apariencia de

muchacho retraído, obscuro, algo insociable, sin expansiones ni amistades, se ocultaba un carácter de fortísimo temple.

Ya se recordará que en las primeras semanas que siguieron á la Revolución del 68, Boronat se trasladó con la familia á Alicante. Desde aquella época, Eugenio, que pasaba largos ratos en el muelle, quedó como deslumbrado ante la vista del mar, y contrajo, si cabe expresarlo de este modo, una afición tan decidida por la vida marítima, que ya no llegó á curarse en ningún tiempo. Luego después, enterada su madre por las conversaciones de los dos hermanos, trató de quitárselo de la cabeza, pintándole la tal vida del marino como una de las más tristes y peligrosas que podía tocar en suerte á un hombre. Al llegar estos casos, Eugenio callaba y oía á su madre como si estuviera medio convencido; pero de pronto levantaba la cabeza, animábanse sus ojos, y le decía con reprimido entusiasmo:—Pero oye, mamá, eso de ver tierras nuevas debe ser muy alegre y muy distraído. Á tí no te llena; ya lo sé que no te llena, y por eso lo siento únicamente... pero si vieras con qué gusto haría yo un viaje por mar... Y no vayas á creer, te advierto que no tendría miedo.

Su padre, aunque indiferente al principio, tomaba después parte en estas discusiones fa-

miliares, opinando que debía dejársele en completa libertad, porque si era verdadera vocación él la sostendría victoriosamente en el período de prueba. Y tan bien supo sostenerla, que aquel mismo año empezó á prepararse para ingresar como aspirante en la Escuela naval, con harto dolor de Eugenia, que no hubiera querido separarse de su lado. Fué éste el primer dolor de madre que la despertaba á media noche para herirla en el corazón, sin ruido y como á mansalva. Aquellas antiguas tristezas de su viudez volvían á caer de nuevo sobre su frente, aunque en diversa forma. En ciertas ocasiones empezaba á bromear con su hijo sirviéndole de tema la carrera: aquello era un capricho, una tenacidad que no había de tener otro resultado que desistir de ella en cuanto viese de cerca los peligros. Contestábale el hijo seriamente que andaba en estas apreciaciones muy equivocada. Eugenia se reía de la gravedad y del valor imaginario del muchacho... ¡había tantos valientes como él! Éste insistía con más seriedad si cabe, y hasta prometía no volverse atrás sucediera lo que sucediera. Entonces ella le obligaba á sentarse á su lado, lo acariciaba, lo abrazaba, le suplicaba que lo mirase mucho antes de decidirse por aquello. El hijo, por su parte, se defendía dulce, pero tenazmente... Eso no, retroceder... elegir otra carrera mejor que

la de marina... no sería ya fácil. Al oir esto por centésima vez, la madre se afligía en extremo y concluía llorando, después de haber empezado con inofensivas provocaciones y con risas. Era, pues, la suya una tristeza nerviosa, desigual, entremezclada de dulces emociones y repentinas penas; la tristeza del que es vencido cien veces, pero conservando siempre una lejana esperanza de triunfo.

En aquella época, por excitaciones de los hijos mayores, Boronat, que había obtenido pingües ganancias en un negocio de maderas con una casa francesa, decidió trasladarse á una habitación más amplia y lujosa que la de la Concepción Jerónima. Adolfo seguía estudiando en la Academia; pero su hermana Emilia, amaestrada por la tía Manuela, al saber que estaba elegido y tomado el cuarto, acompañó á su padre la primera mañana que fué éste para indicar al tapicero la distribución que debería hacerse. Era un cuarto principal de muy buen aspecto, situado en la calle de Hortaleza más allá de la iglesia de Santa María Magdalena. Durante la comida se habló de esta visita, que había de repetirse dos ó tres días después, yendo todos juntos para rectificar cualquier leve error. Y en efecto, según advirtió el joven Eugenio, que se fijaba bastante, la señorita Emilia había elegido para ella sola un gabinete y un

cuarto-tocador, destinando para su hermana Pepita otro cuarto que daba al pasillo con luz escasa y poca ventilación. Una pieza mayor, con dos alcobas y balcón al patio, la preparaban para los dos hermanos Adolfo y Eugenio; de modo que componiendo una familia numerosa, con los criados y las dependencias donde estaban los escribientes, resultaba justo el número de aposentos á pesar de lo grande y espacioso de la habitación.

Parecióle, pues, á Eugenio poco razonable la distribución hecha, atendiendo á que el cuarto-tocador venía á caer al patio, casi enfrente del de los dos hermanos; tenía mejor luz, y podía servir de lindo gabinete á Pepita, que era ya una mujer. Callóse, sin embargo, la especie, y el último día dedicado á la colocación definitiva de muebles, adornos y servicios se presentó desde muy temprano en la casa, ordenando á los criados, en nombre de su padre, que todos los objetos pertenecientes á Pepita se distribuyesen en el cuarto-tocador elegido por su hermana Emilia.

Á la caída de la tarde pudo ya trasladarse la familia, yendo en coche las señoras por hallarse doña Balbina algún tanto pesada á causa de su excesiva obesidad. Al punto que la señorita Emilia, dando vuelta por la habitación, se encontró con la novedad que era de esperar,

salió al pasillo y comenzó á chillar y á llamar á las criadas destempladamente:

—¿Qué es esto? ¿quién les mandó á ustedes cambiar de ese modo las cosas?... ¿Dónde han puesto mi tocador? ¿y el espejo chico, que no lo veo? ¿y mi silloncito verde? ¡Esto es un desorden completo! completísimo...

—Pero, señorita, ¿nosotras qué culpa tenemos? Á nosotras lo que nos mandan.

—¿Y quién lo mandó?

—Dispénsame, Emilia—dijo entonces Eugenio, que había acudido al oir las destempladas voces de su hermana:—fuí yo mismo, porque me pareció que el cuarto que destinábais para Pepita era bueno únicamente para dormir la siesta; y habiendo otros de sobra...

—¿Conque tú?... ¡Pues me gusta! Es decir, que lo que yo dispongo es como si lo dispusiera el gato... Vaya, pues trabajo doble para ellas. Ya están ustedes cambiando los muebles. ¡Listo! ¡listo!

—Un favor, Emilia—suplicó el hermano mirándola con dulce y penetrante tristeza.—Quisiera que fueras más razonable cuando se trata de Pepita, de Pepita, que ya sabes que nunca se queja aunque le den lo peor.

—Papá y yo lo dispusimos así; y cuando á papá le pareció bien, no creo yo que tú vayas á...

—Papá no advertiría que esa distribución no estaba bien hecha, que no era justa... en fin, llámalo si quieres.

Pero antes de ser llamado el padre se presentó Eugenia, atraída también por las voces; y comprendiendo por el semblante de la señorita su espantosa irritación, aconsejó á su hijo que desistiera de oponerse á lo dispuesto por Boronat. Siempre, en las envidias y rivalidades de unos y otros, había seguido las inspiraciones de esta política de paz y de transacción que se apoyaba en una suma tolerancia. Ceder, ceder de su derecho, transigir de un modo ó de otro, parecía ser su constante divisa en aquellas relaciones diplomáticas que venía sosteniendo con todos los parientes de su marido.

—No, mamá, de ninguna manera—insistió Eugenio, que en ciertas ocasiones no podía reprimir su carácter;—llamaremos á papá; yo le enteraré del empeño de Emilia, y veremos lo que decide. Si me tocara á mí quedarme en un rincón, no chistaría una palabra, me resignaría como otras veces; pero ya ves que Pepita no va á tener su cuarto en el pasillo lo mismo que la doncella.

En este momento cruzó Boronat, seguido de uno de los tapiceros que iban á colocar los alambres para la campanilla que hacía falta. Volvióse al llamamiento de sus hijos, y se de-

tuvo unos cuantos minutos á oir las razones de una y otra parte; pero sin darle en apariencia ninguna importancia al asunto, contestó que sí, que mañana se cambiarían los muebles, que no merecía la pena de ser molestado, que era igual el cuarto de la derecha que el de la izquierda, etc... Sólo Eugenia comprendió el pensamiento oculto de esta solución, que iba envuelta en ciertas ambigüedades y provista de visibles dilatorias como para dar tiempo al tiempo. Á la mañana siguiente había tanta faena en toda la casa, que las criadas no pudieron atender á las repetidas órdenes de la señorita Emilia, á no descuidar lo más preciso, y lo dejaron para la noche. Llegada la noche, vino de visita la familia de Javaloyes, que era tan curiosa como inoportuna, y estuvieron recorriendo las diversas piezas, sin dejar un solo rincón donde no entraran á oler lo que en él se guisaba. En cuanto éstas levantaron anclas, pues más bien solían pecar por carta de más que de menos, Emilia se puso furiosa viendo que aún no se habían cumplido sus órdenes de desarmar la cama de Pepita, de arreglar el cuarto, de trasladar el tocador... y, en fin, que estaba empeñadísima en que lo hicieran todo en aquel preciso momento; pero sus hermanos, Eugenia, su abuelita y las tres criadas le contestaron lo mismo:

—Pero, señorita, ¡por Dios! ¿usted sabe que son las doce la noche?... ¡Vaya una hora de andar en semejantes trotes, con lo cansadas que estamos!

Diríase que el joven Eugenio había presentido la incontrastable fuerza de los hechos consumados con la misma lucidez que el insigne Cavour, porque al otro día, después de haber dormido Pepita tres noches en el gabinete destinado á cuarto-tocador, hasta el propio Boronat se opuso á que hubiese en la casa otro nuevo cambio de muebles, de camas y tocadores. Con esta contrariedad aumentó en Emilia la secreta aversión que sentía contra sus hermanos, y de seguro que si su padre coge la carta que escribió á Adolfo aquella misma tarde, le sacude dos buenos cachetes. En cuanto á su origen, ya hemos visto cómo fué alimentada aquella naciente animosidad por las indiscreciones de su tía Manuela, que á medida que transcurrían los años parecía que, estancada su bilis en el estómago, mezclábase con la sangre y subía á su cerebro para inspirarle constantemente aquellas perfidias de pensamiento y de palabra que saboreaban los sobrinos.

La instalación del primo en un piso principal de diez y seis mil reales, con más lujo y mayores comodidades, produjo en nuestra se-

ñorita hondo y amargo sentimiento, esa tristeza del bien ajeno que acompaña á las malas pasiones. «Ha entrado, por fin, en el camino de los grandes gastos, á pesar de los consejos de su mujer,» pensó ella. Conocía el temperamento de su nueva prima, y sabía sin la menor duda que, siguiendo las inclinaciones de ésta, nunca se hubieran movido del modesto cuarto de la Concepción Jerónima. La idea partió de los hijos mayores, que no cesaban de quejarse de las molestias y estrecheces en que vivían desde el aumento considerable de la familia. Calculó, pues, nuestra señorita para sí, y se dijo con dulce satisfacción: «Puesto que ha entrado en el buen camino, acompañémosle hasta el final.» Y algunos días después de la mudanza de casa, en presencia de la amable doña Elena, un domingo por la tarde, felicitaba á su sobrina de este modo:

—Vaya, vaya, señorita, ahora sí que están ustedes de enhorabuena.

—No veo por qué... Pues lo mismo que siempre.

—¿Cómo lo mismo? ¿Y esa señora berlina que va á comprar tu papá para ir á Bolsa y pasear á la abuelita?

—¡Toma! pues si no nos ha dicho nada. ¿Pero es verdad eso, tía? No, no será verdad; tú te sonríes, y es señal de que nos engañas...

—Pero vamos, francamente—repuso la tía volviendo su rostro de matrona romana hacia doña Elena,—aquí está nuestra buena amiga que es persona de gusto y opinará como yo. ¿No le parece á usted que á la altura en que se ha puesto mi primo es una ridiculez que no tengan coche? ¿qué menos que una berlina de dos asientos?

—Sí, cierto, un banquero... naturalmente,—contestó la viuda con aquella voz meliflua que rara vez se elevaba de tono. Habíase acostumbrado esta buena señora á ser siempre de la opinión de su amiga desde el primer año que la admitió en su compañía. Con tal de tener tranquilidad y no dar que murmurar á los vecinos con disputas ó escándalos, todas las opiniones del mundo le preocupaban poco, si se exceptúan las religiosas. En realidad estaba arrepentidísima de no haberlo pensado muy maduramente antes de cerrar trato, pues no le cabía duda que la señorita Manuela no era por dentro lo que representaba por fuera. Al pronto, es decir, en visita, donde se habían conocido, parecía tan amable, tan donosa, tan expansiva, tan amiga de hacer favores, y luego... ¡qué dominante y qué mal pensada y qué curiosona! Doña Elena la sorprendió una mañana registrando los cajones de su cómoda. Fué un día que por olvido dejó la llave puesta y se

marchó á misa tan campante y como si tal cosa no pasara. Pero después, al arrodillarse en la iglesia, recordó de pronto la inadvertencia y se volvió á casa aligerando un poquito el paso. Antes de entrar en su gabinete, ya le chocó bastante ese ruido particular de cerrar un cajón y dar vuelta á la llave. Sin embargo, no se atrevió á presentarse de improviso y tosió dos ó tres veces discretamente, con lo cual dió lugar para que la señorita Manuela se desvaneciese como sombra por la puerta de escape de la alcoba. Con este ligerísimo esbozo de su carácter puede formarse idea del excesivo miramiento y respeto con que la bondadosa doña Elena la miraba. Porque al igual de todas las personas de su temple dominadas por el instinto del acometimiento, ó *acometividad* en la jerga de los frenólogos, nuestra señorita le dedicaba en ocasiones ciertas frasecillas cáusticas, mordaces, intencionadas, que hieren en lo vivo; de esas que, como vulgarmente se dice, sacan sangre.

—¡Ya lo oyes!—exclamó de nuevo la tía.—¡Un banquero! pues si un banquero ha de alcanzar crédito entre la gente gorda, no creas que la berlina, y aun una carretela, estén de más. Y esto fuera de broma: á tu papá le convenía lo mismo que el comer.

—Pues bromeando un día sobre eso, me

acuerdo muy bien que me dijo: «Vamos á ver, ¿qué prefieres este año para tu santo: un traje completo de *faya*, con abrigo de moda y sombrero de terciopelo, un aderezo de brillantes para cuando te cases, ó un coche de dos caballos?...» Mi hermano y los otros, todos gritamos lo mismo: «¡El coche, el coche; cómpranos un coche!» Pero mamá Eugenia se puso un poco seria y soltó esta expresión: «Mira, Juan, no me gusta que gastes esas bromas con los chicos... si fuéramos marqueses, se comprende que...» Papá se echó á reir, dándome á mí con el codo para que volviese á la carga con lo del coche; pero desde entonces papá ya no habló más de eso.

—No importa: lo que acabas de contar me indica que mi señor primo no os dió la broma sin su cuenta y razón. Al contrario, le gustaría que volviéseis á la carga. ¿No le parece á usted lo mismo, Elena?

—Opino como usted, sí, señora... no hay más que esperar la ocasión.

—Quiá, no: ocasión como ésta ninguna... De sobremesa es cuando debéis sacar la conversación, y le dices á tu papá que las cosas no se hacen nunca á medias. Lástima que no esté ahora aquí tu hermano Adolfo, porque de seguro que entre los dos lo poníais como un guante y coche teníamos. Sin embargo, tú vuelves

á la carga, que nada se pierde por eso. ¡Ah! otra cosa: supongo que habiendo dos muchachas en la casa, y viviendo en un principal de diez y seis mil reales, y contando con una sala tan espaciosa como aquélla, daréis alguna que otra reunión... Eso también es de ene, chica.

—De eso hablamos el otro día con Manolito Calatrava. Ellos vendrían á casa con mucho gusto.

—Lo creo—afirmó la implacable tía; y en el modo de decirlo dejó comprender su deseo de repartir de paso una buena dentellada á Asunción Arriaga, su antigua amiga, que había tenido la suerte de pescar un buen novio en la persona del simpático Calatrava;—lo creo, porque esos están siempre dispuestos á ir á cualquier parte á donde los diviertan; pero ha de ser gratis. Por eso no me extraña que hagan tan buenas migas el suegro y el yerno... A quien no le gustará mucho recibirlos ni á esos ni á los otros, será á mamá Eugenia...

—A ella de seguro que no.

—«Pues amiga mía, le diría yo de buena gana, algo hemos de hacer por las muchachas: la que tiene hijas casaderas debe sacrificarse en más de una ocasión, y sacarlas á paseo y llevarlas á las reuniones, al teatro, al Retiro... porque supongo que lo mismo habrán hecho con usted; de modo que... emperejílese usted,

emperejílese usted una vez por semana ó cada quince días, y reciba usted á la gente con amabilidad, y sea usted persona de educación, y agasájelos usted con algunos dulces, pues, como dice el refrán, á nadie le amarga un dulce.» ¿No le parece á usted, señora?

—Eso ¿quién lo duda?... es la obligación de las madres.

—De las buenas madres, diría yo. Y volviendo á lo de antes, no me has contado lo que te contestó Adolfo... Le hablarías también de esto de las reuniones en la carta...

Por toda respuesta abrió Emilia un lindo porta-monedas de piel de Rusia, por entonces de mucha moda, y sacó del fondo un papelito cuadrado, que no era otra cosa que la carta de su hermano en un sinnúmero de dobleces.—La llevo aquí para que no se me pierda y luego la encuentre papá,—expresó la joven con señoril parsimonia, desdoblando el papel y echando una ojeada á doña Elena, que la observaba con cierta curiosidad. Inclinó en seguida la cabeza y empezó á leer: «Mi querida Emilia: me extraña tu tardanza en contestar á mi anterior...»—Bueno, esto lo dejaremos.—«... Cree tú que si yo hubiera estado en esa, no se habría salido con la suya nuestro *huroncito*, yo te lo aseguro. Así como también te digo otra cosa: que no debiste ceder de ninguna manera,

porque si empezamos á ceder, querrán ser ellos los primeros y los únicos que disfruten de todas las comodidades de la casa. Entiéndelo bien, porque éste es el carácter de los intrusos: comenzar con halagos y dulzuras y mucho mimo, como si fuesen un puro almíbar y nunca en su vida hubieran roto un plato, para concluir después por declararse los amos y ponernos de patitas en la calle, en el caso de que pudieran hacerlo. Por lo tanto, no hay que fiarse mucho de esas personas que parecen mosquitas muertas, ni de las otras que se lo callan todo y son buenas para jugar al moscardón: ya las irás conociendo conforme se vayan haciendo mayorcitas. También por aquí trapacea un tal Julianito Pineda que va sacando una hebra... ¡bonita hebra va sacando! y eso que al principio todos le creíamos un bendito, de esos que saben todavía á la madre, como dice el capitán Jareño. Pero lo que es si sigue como al presente de tuno y de redomado y de venenoso... no va á tener desperdicio el tal Julianito Pineda. ¿Y qué me cuentas de las reuniones? ¿ha entrado ya papá en esa feliz idea? ¿ha entrado mamá Eugenia? ¿ha entrado el *huroncito?* ¿ha entrado la *mosquita muerta?* De nuestra abuela no digo nada, porque ella no había de oponerse á que sus nietos se divirtieran todo cuanto se les antojara. ¿Qué

mal hay en ello? ¡Ea! pues, muchacha, á divertirse tocan. ¡Ay, pero qué ganas tengo de calzarme la espuela y dar una vueltecilla por cualquier ronda de por ahí! Déjate, que en cuanto yo vaya á esa ya me desquitaré, y contando contigo, ya nos desquitaremos; porque para un madrileño como yo no puedes figurarte lo soso y lo angustioso y lo gelatinoso y lo horroroso que es este ilustre pueblo.»

—Y se comprende—interrumpió la tía:—acostumbrado de siempre á la vida de Madrid, debe aburrirse un poco mi apreciable sobrino. Si tu tío Atilano conociera á algunos de los profesores de la Academia, ya se le conseguiría alguna que otra licencia para venir á vernos.

—Pues concluye diciendo que el día menos pensado nos da una sorpresa.

—Eso no, de ninguna manera: se lo adviertes cuando le escribas... eso podría costarle unos días de calabozo y quién sabe si la carrera. Nada de escapatorias. Todo lo demás de la carta me gusta mucho; pero debes también advertirle que no abuse de los calificativos. Mañana, por cualquiera coincidencia, se te extravía en casa y va á parar á manos de los criados, de los criados á los señoritos y de los señoritos al papá, como es natural. El golpe es bueno, como suyo; pero algo durillo. Aho-

ra calcula tú... considera, alma piadosa, si la cosa lleva malicia.

—Claro, les amargaría... porque las verdades amargan siempre—repuso la sobrina en agrio y desabrido tono.—Pero no hay que temer nada por ese lado, porque en cuanto llegue á casa la quemo.

—Harás bien. Ahora que debes asegurarte mucho... no vayas á confundirla con alguna del novio. Es eso tan fácil... ¿no le parece á usted lo mismo, Elena?

Sonrióse la expresada señora, y sonrióse igualmente la joven, abriendo en extremo el hociquito para formar con este ligero movimiento de labios y con el cerrar á medias los ojos, cierto inexpresivo mohín de soberana lisonjeada, que revelaba la frialdad de su carácter unida á una insufrible vanidad.

—¡Qué cosas tienes, tía!—exclamó por fin.

—Claro, como la chica es tonta, no va á distinguir de colores.

En este momento, que empezaba á obscurecer, se oyó en el pasillo la voz de la doncella que preguntaba por la señorita Emilia, y venía para acompañarla; pero ésta, buscando nuevos motivos de conversación, alargó su estancia hasta que desde su mismo asiento, al través de los cristales, por ser el piso entresuelo, vió pasar al hombre que iba encendien-

do las farolas, con su palo largo al hombro, en dirección á la plaza de Santo Domingo. Ya era, por lo tanto, de noche cuando nuestra señorita, después de los repetidos besos de despedida, cruzó la calle de las Veneras para enderezar sus pasos por la de Preciados.

Observóse en seguida que un teniente de artillería, que con dos compañeros más paseaba por la otra acera, se despidió de éstos y se puso á una conveniente distancia como para seguirle la pista. Éste debía ser el novio á que se refirió la tía Manuela, pues al llegar á la semi-obscuridad de la calle de San Jacinto, se acercó á Emilia y la saludó con desembarazada cortesía. Entraron al momento en conversación, y el mozo, que por lo visto no solía pararse en barras, le manifestó que por casualidad venían á encontrarse aquella noche, porque creyó que no estaba en casa de su tía, supuesto que no se había dignado asomarse una sola vez al balcón. Replicó ella, con no menos desenfado, que no estaba la Magdalena para tafetanes, ni el tiempo para andar dándose en espectáculo como una colegiala. ¿Iba ella á tomar un catarro por mera curiosidad? Demasiado sabía él que no faltaba sino rarísima vez á lo prometido. Con éstos y otros entretenidos piropos con que mutuamente se obsequiaron, no era de extrañar que al llegar después la hora de la

separación no fuese ésta de las más dulces y cordiales.

Subió, pues, nuestra señorita á su casa algún tanto disgustada, y en lo que menos pensó luego fué en acordarse de quemar la carta de su hermano Adolfo. Y aún se disgustó más al verlos sentados todos á la mesa, comiendo tranquilamente, y que á ella le servían de prisa los platos ya fríos, indisculpable descuido que la irritaba en extremo. Desde que los hijos mayores influían en los usos y costumbres de la familia, habíase adoptado la moda de comer á la francesa, con la sola protesta de la abuelita, que seguía con su antigua práctica á la española usanza. Acabada la comida y con los manteles puestos, por deferencia á la susodicha abuela, que cenaba muy despacio, había un largo rato de sobremesa en que todos hablaban en voz alta para que ella pudiese tomar parte en la conversación. Media hora después acostumbraban á venir algunas noches, sobre todo los domingos, las señoras de Cervigón, á las que Adolfo había bautizado con el apodo de las tres Marías, porque las tres hermanas vestían casi siempre de negro; eran las tres muy devotas, y las tres se asemejaban en lo desmirriado y flatulento, pues la mayor por viuda y las otras por haberse quedado solteras, presentaban lacrimoso as-

pecto y tenían poco que agradecer á la naturaleza y menos á la fortuna. Detrás de éstas, y á veces antes, asomaba por la puerta de la sala la incomparable pareja de don Alejandro Escuembre y su digna esposa, á los que ya conocimos años atrás; un matrimonio sin hijos que vivía con mucho método, y avanzaba hacia la vejez por sus pasos contados, sin excesos de ningún género, comiéndose los ahorrillos de treinta y cinco años de miserable comercio, y tasándose hasta las noches que entraban á tomar chocolate al café de Pombo.

Emilia, además, había hecho relaciones con la señorita del segundo piso, hija de un coronel retirado, Amelia Quiñones, que bajaba con frecuencia por las noches á recibir los aplausos de toda esta distinguida reunión. Acompañábale Emilia en el piano, y ella les regalaba, sin hacerse mucho de rogar, lo más selecto de su repertorio, cantando con voz chillona y melancólico tono piezas serias ó alegres como *Barba Azul*, *La gran Duquesa*, *Norma* ó *Sonámbula*, de lo cual resultaba para los inteligentes un cómico y delicioso contraste. Esta muchacha, rubia, de agradable trato, de buen fondo y algo sentimental, tenía la monomanía de las rifas, juegos y loterías, por cuya razón llevaba siempre dos ó tres billetes en los Asilos del Pardo, en la del Niño Jesús, un dé-

cimo en la Nacional y en otras muchas particulares. Ello es que aquel domingo, al terminar la tertulia y despedirse de su amiga, la instó para que tomara parte en una nueva rifa de no sé qué Asociación de caridad, por la que sentía grande y decidida inclinación. Unicamente por complacerla, sacó Emilia el portamonedas, á la media luz del pasillo, entre la confusión y los apretones de manos de los que se iban, y buscó unas cuantas pesetas para entregárselas, á cambio de tres billetitos con su correspondiente número.

¿Qué mano oculta guiará la pícara casualidad? No parece sino que algún invisible espíritu, en vida enemigo nuestro, está acechando de continuo la menor inadvertencia, el más pequeño descuido para armarnos una de sus diabólicas zancadillas. Ejemplo al canto: aquella misma noche, antes de acostarse, observó Pepita que le faltaba el flequito de oro esmaltado que colgaba del centro á uno de los pendientes, y salió en seguida á buscarlo á la sala y luego al pasillo. No encontró el flequito; pero pisó un papel blanco, muy reducido por sus muchos dobleces, que ella recogió del suelo y que era precisamente la carta de su hermano Adolfo. ¡Pícara casualidad! hallar lo que no se busca y perderse lo que no debiera, ¿no es una de las combinaciones más diabólicas que

ocurren á cada paso? Sin malicia ni curiosidad desdobló Pepita el papel y conoció al instante la letra de Adolfo. Mientras volvía á su cuarto con la bujía en la mano, fué pasando la vista por la carta, y así leída de prisa y á la ligera, le chocaron ciertas frases, ciertos apodos y sobrenombres, aunque no tanto como á la siguiente mañana.

En efecto, al otro día después de lavarse, recordando la particular impresión de la anterior noche, volvió á leerla más despacio con la calma y la reflexión peculiares de su carácter. El estado de su ánimo no era el mismo; así es que esta segunda vez sintió al acabar la lectura que sus mejillas ardían, quemadas por repentino sonrojo, y que se turbaba su vista, obscurecida por una rebelde lágrima que le arrancaba la humillación sufrida. El primer impulso de la pobre niña fué correr al gabinete de su madre para pedirle la aclaración de aquella injusticia, de aquella ofensa dirigida contra la generosidad y la pureza de su afecto.

Pero luego, reflexionando mejor, le pareció que acaso valía más devolver la carta á Emilia, doblada como la encontró y lo mismo que si nada hubiera visto de su contenido. ¿Lo creería ella así cuando se lo indicase con fingida naturalidad? Estando en tales y tan gra-

ves confusiones entró Eugenio á despedirse de su hermana, según la costumbre de todos los días, antes de irse á clase, y al momento leyó en su rostro la indecisión y el sentimiento que en vano procuraba ella disimular.—¿Qué tienes? ¿te has puesto mala?—fué la segunda pregunta que le dirigió. No podía ella negarlo todo, cuando tan claro se leía en su semblante; de modo que entre débiles disfraces y obscuras negativas dejó que el hermano trasluciese la verdad de lo sucedido y contemplase en sus manos la carta extraviada de Adolfo. Una vez leída, sintió mucho más que su hermana, mil veces más que su hermana, la impresión amarga, irónica y emponzoñada por la envidia que habían de producir necesariamente sus renglones, ya con prevención examinados. No, aquella mala intención no debía quedar sin correctivo. De primeras á buenas quería presentársela á su padre para que juzgara y sentenciara sin dilación; pero gracias á las lágrimas y súplicas de Pepita conformóse al pronto con que sólo lo sabría su madre.

Pasaron, pues, al gabinete de Eugenia, que en aquella hora empezaba su peinado, y cerrando cuidadosamente la puerta la pusieron al corriente de lo que llamaban ellos la mala intención de Adolfo. Con el cabello ten-

dido por la espalda y el peinador sobre los hombros, acercóse Eugenia al balcón, rodeada de sus dos hijos, que no le quitaban la vista de la cara, y por dos veces consecutivas leyó la desatinada carta. ¡Hacíasele tan difícil de creer que aquello estuviese escrito por un hijo de Boronat!... Rebosaba de tal modo la envidia y la biliosa malevolencia del hermano ausente en sus dos largas páginas, que impulsada por un súbito movimiento de ira y de desprecio intentó rasgarla en cinco mil pedazos; pero la detuvo en el momento su hijo:

—No, mamá, no la rompas... no nos quieres bien si la rompes. Esa carta la ha de ver mi padre.

—¡Imposible, imposible! Esta carta no sale ya de mi bolsillo... puesto que tienes empeño en que la conserve,—repuso Eugenia doblando de nuevo el pliego y guardándoselo con gran presteza.

—Bueno, te la guardas; pero no me importa. Me acuerdo muy bien de lo que dice para poder enterarle de todo...

—Eso no lo harás tú, hijo mío, porque sería proporcionarle un disgusto grandísimo. Tu papá necesita mucha calma y mucha tranquilidad para atender á sus negocios, y no van á ser las personas de su familia, sus propios hi-

jos, los que le perturben con niñerías y desazones que no conducen á nada.

—Yo estoy por lo que dice mamá—afirmó Pepita volviéndose hacia su hermano.—¿Qué sacamos nosotros con llevarle ese cuento?... ¿no lo comprendes?

—Y ¿quiénes son los peores, los que se conducen como nosotros ó los que escriben cartas?... ¡Ah! tú no recuerdas que nos llama los intrusos, no recuerdas las intenciones malas y egoístas que supone en tí y en nosotros... ¡Intrusos! ¿qué quiere decir con esto? ¿no somos tan hijos de su padre como puedan ser ellos? ¿no tenemos los mismos derechos? No, mamá, no debemos callar; hace ya tiempo que venimos sufriendo con ese despego suyo, con esa frialdad, con ese orgullo muy mal entendido... en fin, que somos los últimos para todo, debiendo ser tan primeros y tan iguales como ellos. ¡Que lo sepan! Acuérdate de lo que hubiera sucedido cuando dejaron para Pepita el cuarto del pasillo, si no me hubiese yo plantado. ¿Eh?... ¿qué habría sucedido? Ahora, si vamos á cederles la derecha hasta cuando no les corresponde, entonces...

Como Eugenia lo vió defender su idea con tanto calor y apasionamiento, discurrió que sería mejor dejarle que se desahogara, porque los sentimientos reprimidos con dureza son

fuerzas que se acumulan para el día menos pensado. En cuanto comprendió que la tensión iba cediendo y que su hijo repetía ya las mismas expresiones con que había empezado aquella especie de legítima protesta, se sentó á su lado teniéndole á él de pie y le miró fijamente con dulce expresión de tristeza, una expresión particular que hasta los mismos hijos, en especial Pepita, habían copiado de su madre:

—¿Te niego yo la razón para quejarte?... de ninguna manera—habló por fin esta última.—Yo soy la primera en confesar que hay sobrados motivos para ofendernos; lo mismo que cuando se trataba de ceder á Pepita el peor cuarto de la casa. Entonces se trataba de una cosa justa, y ya ves cómo tu papá no se opuso al fin y al cabo. Pero ahora es muy distinto.

—Es lo mismo.

—Es distinto, porque vas á reclamar y á quejarte de una cosa que ya no tiene remedio. El contárselo servirá para que se incomode contra tu hermano, quejándose luego de que entre unos y otros no le dejamos tranquilo ni quince días seguidos. No creas tampoco que esto va á quedar así. Al señorito Adolfo le he de poner yo una cartita diciéndole lo que hace al caso, pero muy clarito para que no se le olvide; quizás más claro y más amargo de lo

que le escribiría tu padre. No, descuida, que yo procuraré que le duela. Y ahora... que conoces mi modo de pensar y mi deseo de no disgustar á la persona que tú sabes, ¿no vas á complacer á tu madre?

—Y á tu hermana ¿no quieres complacerla tampoco?—añadió Pepita por su parte, con aquella candorosa espontaneidad que era una de sus vivas y penetrantes gracias.

Miró Eugenio á una y á otra alternativamente, y despojándose poco á poco de esta reposada gravedad que en ocasiones le convertía en un hombre hecho y derecho, empezó á sonreirse diciendo:

—Sois dos contra mí, y dos personas... las que más quiero yo. Vaya, por mucho que yo sepa, nunca sabré tanto como vosotras en estas cosas. De modo que... haz lo que gustes, mamá, y no hablemos más de eso. Y tú, Pepita, ¿estás contenta? Pues ahora me voy á clase corriendo, en un periquete, antes que se haga más tarde.—Y besando respetuosamente á su madre y luego á su hermana, mientras oprimía con calurosa demostración de afecto sus manos, salió del gabinete de aquélla para encaminarse á su cuarto á recoger los libros y los demás avíos de vestir.

Á las nueve de la mañana había ya llegado á la «Academia preparatoria para carreras es-

peciales,» que estaba instalada en un principal de la calle de Santiago. Desde los primeros días encontróse en la clase de Matemáticas con Salvador Rodruejo, un antiguo condiscípulo del Instituto, con quien hubo de simpatizar por sus raras condiciones de carácter muy semejantes á las suyas. Los dos gozaban entre los compañeros fama de aplicados y formales; los dos solían volver á casa sin amigos, y á los dos, por la índole y contextura de su imaginación corta de alas, les faltaba esa facilidad de expresión, esa abundancia admirable de frases y conceptos, que son la característica de la elocuencia. Sería difícil que ni él ni su amigo Rodruejo llegasen á despuntar en su carrera como oradores. No refulgían, pues, entre esas pléyades infantiles que empiezan brillantemente con efímeros triunfos, y acaban muchas veces por no dar luz más que de reflejo; pertenecían más bien á los temperamentos sólidos y bien equilibrados que avanzan hacia una fecunda madurez con aquella perseverancia y aquel constante esfuerzo de todos los días, único arte de que dispone la naturaleza para realizar sus obras. Con este feliz encuentro en la Academia preparatoria, reanimáronse las añejas simpatías y se hicieron grandes amigos. Eugenio subía con frecuencia á casa de los padres de Rodruejo, después de clase, invitado

por éstos, y lo mismo sucedía en la de Boronat, donde Eugenia recibía siempre con obsequioso agrado al compañero de su hijo. Procedían los padres de una distinguida familia de provincia, emparentada con la nobleza, y después de haber desempeñado algunos cargos en la Administración, siendo por espacio de tres años jefe político en la capital, don Alfonso Rodruejo de Villaba, que así se llamaba el padre, vino á ocultarse á Madrid á los pocos meses de haber estallado la Revolución de septiembre.

En la época á que al presente nos referimos vivían en la calle de Valverde, una de las más tranquilas y silenciosas del centro, en un tercer piso amueblado con sin igual lujo; pero con ese lujo pobre de tonos y de colores que recordaba la uniformidad y la severidad de ciertos salones aristocráticos de provincia, donde los sillones, las alfombras, las colgaduras, los cuadros y los espejos parecen riquísimos despojos de otros siglos. Lo mismo la ventana del comedor que la del estudio del hijo, como cuartos interiores, recibían la luz del patio, frente por frente de las de la habitación vecina cuyos huecos debían caer á la calle de Fuencarral. Una de las mañanas en que por casualidad se había asomado Eugenio, observó que, levantando disimuladamente el visillo, le mira-

ban con discreta curiosidad. Hízose el distraído y como si nada advirtiera del acecho, de forma que pudo coger in fraganti al acechador y conocer que era una linda acechadora. Luego se trocaron los papeles, como era lo lógico, y fué el muchacho el que se encargó de atisbar la aparición de la vecinita en la ventana.

Á los quince días empezó á notarse que había alguna regularidad en la conjunción geocéntrica, como dicen los astrónomos, de estos dos planetas novísimos en aquel cielo; y no extrañe el lector que hable de cielos de un tercer piso, porque la juventud posee el envidiable privilegio de abrir un cielo tan hermoso y risueño como el de Sevilla, desde el rincón más obscuro de la Finlandia. Transcurrido mes y medio, ya la regularidad hubo de transformarse en ese movimiento observado en los cuerpos celestes que se mueven por impulso de dos grandes fuerzas: una de atracción y otra de proyección. No cabe, pues, duda que se sentían atraídos, y el amigo Salvador fué uno de los primeros en maliciarse y echar de ver este singular fenómeno de astronomía. Ya indicamos, al trazar el boceto de Eugenio, que no era por naturaleza de esos caracteres expansivos, alegres, bulliciosos, que, tocando en los sentimientos de ligero, nada guardan para sí, á semejanza del hijo pródigo, sino que pecaba más

bien de muy considerado y reflexivo por no caer en ridículo por la demasía. Y, sin embargo, al tratarse de un amigo á quien estimaba y quería, le repugnó guardar como un secreto las primicias de aquel sentimiento que en él más que en otros debía florecer con todo el misterio y todas las instintivas reservas con que florece en las almas poéticas y contemplativas. Energía había en él suficiente, eso desde luego, para prescindir de cualquier apoyo y recorrer solo, como los antiguos paladines, el encantado camino; pero quiso contar voluntariamente con el de su amigo Salvador.

¿Quién era aquella jovencita trigueña, casi blanca como su madre, que tenía al parecer las timideces y la inexperiencia de una novicia? Por boca de su amigo lo supo Eugenio á los pocos días de haberse despertado su curiosidad. En aquel cuarto tercero vivía una doña Milagros que había doblado el temible cabo de la cuarentena, cuya voz sonora de contralto la oían ellos como si hablara en su propia habitación; una mujer que charlaba como cuatro y que sin duda tenía sus recelos de que la casa se le cayera encima, pues solía pasar las tardes y aun las mañanas fuera de ella. Con un ejemplo tan poco recomendable no era de extrañar que á las hijas se las tildase de algo ligeras de cabeza, sobre todo á

las dos mayores. Una de éstas consumía las tres partes del día sobre el entarimado del Museo de Pintura y Escultura copiando cuadros y haciendo imitaciones más ó menos felices de famosos maestros. Las más felices pasaban á la tienda de un conocido marchante, Jerónimo Leiva, iniciador de este comercio en años desdichados para el arte en los que el público español gastaba menos que al presente en la adquisición de buenos cuadros, y en los que Francia no conocía ni uno solo de nuestros mejores artistas empezando por el insigne Rosales. La otra hermana, llamada Concha, que había despuntado por su destreza en el manejo de la aguja y cierto buen gusto para vestir, armaba y cosía sombreros en una tienda de la calle de Preciados. Menos habilidosa ó no tan resuelta como sus hermanas, la tercera se quedaba en casa y atendía á lo indispensable, como es el cuidado de la cocina, el repaso de la ropa, la limpieza y el buen orden doméstico hasta en sus más nimios pormenores. Llamábase Luisa, y aunque las tres eran trigueñas, agraciadísimas, bien formadas, de bonitos cuerpos y hermosos ojos, se llevaba la palma esta última como simpática y donosa, y admirable conjunto de partes bien dispuestas. Si la hubiera encontrado á su paso el mágico evocador de las Vírgenes, el divino Murillo, de seguro que la

detiene para inspirarse en esta graciosa encarnación del amor, idealizándola, por supuesto, como él sabía idealizar la naturaleza. En cambio, el pincel vigoroso del omnipotente Velázquez hubiérase visto obligado á darle algo más de amplitud en las formas y mayor plasticidad y color á sus carnes para colocarla de espalda al espectador en el maravilloso cuadro de *Las Hilanderas*.

Desde niña se había acostumbrado á salir poco de casa, á hacer las faenas diarias y precisas, á ser la servidora de sus hermanas en muchos casos, ó el correveidile de doña Milagros, en el buen sentido de la palabra, cuando ésta se hallaba al frente de un estanco nacional y lujosa tercena. Viviendo el padre hubo de disfrutar la familia una lucida posición, porque algunos años después de su muerte la madre y las hijas se dieron excelente trato en una capital de provincia. Vinieron luego los apuros, y de la noche á la mañana se presentaron muy compuestas detrás del mostrador de un estanco. La revolución les quitó al poco tiempo este improvisado modo de vivir, pues según decían las gentes su colocación provenía de la influyente mano de un señorón muy dinástico y muy devoto, antiguo amigo de la familia. Fué por entonces Madrid refugio de innumerables viudas y pensionistas que en provincias no po-

día cobrar con tanta facilidad, y entre las primeras acudió doña Milagros con sus tres lindos retoños. Sin ningún inconveniente y por su gusto hubiera puesto desde luego una magnífica casa de huéspedes de primera, á donde acudirían los señores de calidad como las moscas á los panales, según decía ella, ó á los azucarillos, como decimos nosotros. Pero las niñas se opusieron con todas sus fuerzas á tan honesta industria, en consideración á que eran unas señoritas y nunca habían descendido ni descenderían á ejercer oficio de criadas y gente de poco fuste, así fuesen infantes ó príncipes herederos los amos.

Entonces doña Milagros, que parecía un jurisconsulto por lo bien que sabía defender sus pleitos, les aconsejó que sacaran sus habilidades, porque la renta era cero y las necesidades muchas, y no había que aguardar que les cayese el pan nuestro de cada día como el maná á los judíos. Por su parte también ella se aplicaría para traer una maldecida peseta á su casa, y así lo hizo, en efecto, valiéndose de las muchas y valiosas relaciones que adquirió al poco tiempo. Aquel señorón que le sacó el estanco en Uldeconda le dió al venirse á Madrid una carta de recomendación para una parienta suya, baronesa ó condesa, la cual parienta la recomendó á otras señoronas de su

clase para que, conociendo sus méritos, se sirviesen de su honradez y discreción. Ello es que doña Milagros, persona inteligente para apreciar el valor de una alhaja de mérito, lo mismo que de un rico vestido de seda de Lyón ó de una mantilla de encaje de Malinas, se encargaba de su venta, colocación, licitación privada ó empeño, según la prenda ó la mucha ó poca necesidad.

Además de su discreción y honradez, de las que la sociedad que bulle, triunfa y derrocha suele hacer poco caso, lo que más cautivaba á sus parroquianas era la muchísima labia de doña Milagros. Si no había nacido para estas delicadísimas comisiones, por lo menos podía asegurar que no le faltaban vocación ni facultades. En cuanto se echaba la mantilla sobre la cara y olía el aire de la calle, ya estaba nuestra viuda en su elemento, como si dijéramos en el pleno uso de sus facultades, dispuesta á dar conversación á cinco señoronas, aunque las cinco fuesen infantas y le preguntasen de cinco mil cosas distintas. Que era mujer de recursos oratorios, de argucias, de soflamas y de muchísima trastienda, lo sabía ella demasiado, por cuya razón en algunas ocasiones molestaba un poco, convirtiéndose su lengua en una especie de molinete que traía á los pacientes inevitables jaquecas. Mucha labia y

mucho ojo tenía, según aseguraba á sus hijas; pero el resultado, por lo que toca á las ganancias, no era tan satisfactorio como era de esperar, dado el agasajo y la buena cara con que se la recibía en todas partes.

Todas estas observaciones de crítica menuda recogida en la portería y diseminada por las malas lenguas, que nunca faltan, llegó á oídos de los criados de don Alfonso Rodruejo y luego al hijo, en el momento en que éste tuvo interés en saber á qué casta de pájaros pertenecían los susodichos vecinos. No se crea, sin embargo, que esta indagación se verificó en cuatro días, sino que fué obra de algunos meses; y cuando Eugenio, con ayuda de su amigo, logró reunir datos y antecedentes que debían tomarse en cuenta, ya estaba dulcemente turbado por los recuerdos de la última entrevista. Después de unos cuantos días de extraordinario enmudecimiento por ambas partes, las primeras palabras se cruzaron de ventana á ventana; pero esta charla debía llamar desde luego la atención de los vecinos. Eugenio recurrió, pues, como la inmensa mayoría, á los mensajes por escrito para rogarle que bajara á la portería con cualquier excusa á la hora que él solía subir á casa de los señores de Rodruejo. Buscar pretexto para salir de casa y bajar á la portería era una empresa superior á las

fuerzas de Luisa, que no había ejercitado gran cosa la propia iniciativa; por lo tanto, se hizo de rogar mucho antes de arriesgarse á pasar por tamaña vergüenza. Ya le esperaba Eugenio en el portal embozado en su capa torera de estudiante, y, sin embargo, al bajar Luisa y observar que á las primeras palabras asomaba la cabeza la portera y se sonreía, diéronle intenciones de echar á correr y no volver más al portal.

Aquella sonrisa le heló la sangre. Subiósele luego el color al rostro, no sabía qué contestar á las preguntas de Eugenio, se le pasaba el tiempo en mirar á uno y á otro lado por el temor de no ser vista ó espiada de alguno; en resumen, que la pobre muchacha prometió que sería ésta la última vez que bajase. Y fiel á la promesa, tardó bastante tiempo en hacer otra escapatoria; pero las cartitas del estudiante y el encanto de las inolvidables emociones y esa necesidad misteriosa de ser admirada que siente la mujer, la arrastraron, á pesar de su natural timidez, á una segunda entrevista. No se crea, sin embargo, que venciendo en lo más, que era trasponer el umbral de la puerta, triunfaría en lo menos, que se reducía á cierto dominio de sí misma y á una relativa tranquilidad de espíritu. Nada de eso; porque el mismo Eugenio echó de ver, á los

diez minutos de charla, que estaba allí violenta, inquieta, recelosa y con disimuladas ansias de acabar lo más pronto posible. Conocido su carácter, ¿no era esto realizar un acto de maravilloso heroísmo?

—¿A que adivino en lo que piensa usted en este momento?—le decía Eugenio, comprendiendo por instinto que Luisa era una heroína á la cual no convenía obligarla á reincidir por muchas y poderosas razones.—Pues en este momento pensaba usted en que podía venir mamá Milagros ó hermanita Concha y pescarnos juntos, ¿no es verdad? Fuera miedo, Luisa, porque no es natural que mamá vuelva cuando acaba de salir. Y Concha ¿á qué hora acude á comer á casa? A la una: ya ve usted si hay tiempo de sobra. Ahora lo que podemos hacer para vernos, es ir á oir misa á San Martín muy tempranito. ¿Le parece á usted mal? Pues si no le parece mal, ya quedaremos en la hora. Le esperaré á usted entre la última y la penúltima capilla, entrando á la derecha, al lado del confesonario.

Con gran contento de Luisa ya no tuvo que pensar más en bajar á la portería, sino en ser exacta para no faltar á la misa que debían oir los dos, á una honesta distancia. Después de misa si había ido sola, pues á veces mamá Milagros tenía el capricho de madrugar tanto

como su hija, podían hablar un buen rato mientras volvían á casa, buscando las calles retiradas para no tropezarse con personas sobrado curiosas. A nadie extrañará esta amable libertad de que usaba Luisa, igual que sus hermanas, llegado el caso de necesitarla, porque ya indicamos que en la vecindad era criticada doña Milagros por esta negligencia y excesiva tolerancia que tenía con aquéllas. Sabía por referencia de personas que la apreciaban, que las dos mayores andaban acompañadas de sus respectivos novios, y según le cogía el humor así lo tomaba: con sin igual frescura, ó alborotándose de repente y asegurando que en cuanto fuera á casa las había de poner como ropa de Pascua, y no había de parar hasta arrancarles de raíz aquella poca vergüenza con que afrentaban á la familia. Y esto lo chillaba de buena fe, porque aquel día antes de comer era segura la pelotera entre las hijas y la madre, y en alguna que otra ocasión les repartía sus correspondientes pescozones. Pero conociendo su carácter, no se enfadaban ellas por agrio y descompuesto que fuese el tono de la reprimenda, sino que lo recibían con pasmosas negativas. Doña Milagros les citaba testigos irrecusables que las habían visto pasar por tal ó cual punto, y entonces prometían la enmienda contritas y arrepenti-

das de su falta. Luego saltaba la mayor con alguna incongruencia ó graciosísima burla sobre el pantalón que vestía su acompañante, tan estrecho y apretado á la pierna que parecía un volatinero. La otra hermanita apuntaba otra especie de las alegres y picarescas, trazando la caricatura del *pollo* que se moría por sus pedazos, y la mamá, que estaba más por lo divertido y lo improvisado que por los sermones, acababa riéndose de las ocurrencias de aquellas hijas, que tenían tantísimo pesquis. Luisa asistía á este espectáculo, á juicio de éstas, como el público de las galerías á una comedia de magia; pues en lo tocante á tales picardihuelas se le consideraba limpia de todo amoroso pensamiento y tan inocentona como el primer día que la pusieron de largo. Esta opinión de la madre y hermanitas le obligaba á ser más recelosa para los riesgos y más precavida para disimular, procurando ocultar aquel primer amor con la astuta solicitud que pondría un pordiosero avaro en ocultar una bolsa repleta de oro.

Por su parte, Eugenio se sentía atraído por aquella jovencita, que á una gentil belleza, casta y tranquila por ignorar lo mucho que vale, reunía el candor y la docilidad de su hermana Pepita. Después de ver relampaguear en la obscuridad el brillo de sus lindos ojos

negros y dulces, nuestro estudiante sepultaba la cabeza en la almohada acariciado por esta idea: «Nunca me olvidará... ¡parece tan buena!» Habíale entrado la pasión con tan inusitada vehemencia, que, como todos los caracteres de su temple, pensaba haber acertado en su elección y haber elegido para siempre. Lo que Luisa le contaba de su mamá y hermanitas no le agradaba mucho á Eugenio, pues las consideraba como personas demasiado dadas á la parranda y diversión; pero ello no amenguaba en nada su afecto por la primera. En el correr de los años, dentro de algún tiempo, sería probable que las mayores se casaran; que la madre viviera algo más retirada, y entonces llegaría la suya de presentarla á su familia y poder decirles sin ningun sonrojo:—He aquí mi mujercita.

Estos grandes proyectos estuvieron á punto de morir en germen á causa del carácter particular de Luisa, que fué sorprendida un domingo por una vecina, al volver de San Martín, en compañía de Eugenio. Iba ella tan entretenida que no había reparado en la tal mujer, ni pudo sospechar, por consiguiente, que fuese tan presto con la noticia á doña Milagros. Aquella mañana precisamente volvió la mamá de mal humor, no sabemos si por aburrimiento ó por no haber hecho buen negocio;

llamó á Luisa, que estaba en la cocina, y por primer saludo le arrojó á la cara esta inesperada pregunta:

—¿Con quién iba usted hoy á las nueve de la mañana por la calle del Barco? ¿se puede saber?

Quedóse Luisa más aturdida que un ratoncillo inexperto después del primer zarpazo del gato, sin saber qué contestar ni por cuál medio decidirse, si por la negativa, como sus hermanas, ó por las atenuaciones, afirmando que era un importuno, un cualquiera que se había acercado á decirle no sé qué. Por fin se agarró á esta última idea, y explicó á su manera, con tropiezos y dificultades, el estupendo caso de haberse visto, aun contra su voluntad, acompañada de un caballerete.

—Miente usted—repuso la madre con tal fiereza y tanta fuerza de intuición, que la hija vaciló por unos instantes entre confesar la verdad ó callarse como una muerta;—si le conozco á usted en la cara que miente, ¿á qué venirse ahora con pamplinas y música fina? Antes no madrugaba usted tanto para ir á misa; y eso ¿en qué consiste, señora mía? Desde el primer domingo vendrá usted conmigo... y nada más. Y como yo la pesque á usted en cualquier renuncio, del primer pescozón la vuelvo á usted loca. Con que mucho ojo, que

la vista engaña... y ahora á ver si almorzamos hoy, porque tengo una aflicción de estómago que no puedo más.

Escurrióse Luisa del comedor y se metió en la cocina sin chistar; pero luego, al sentarse á la mesa mamá Milagros, tuvo la poca gracia de contar á las mayores el pecado de la nena. Nadie podrá imaginarse la vergüenza que volvió á pasar ésta oyendo las pullitas y bromas de sus hermanas, á quienes en ciertas ocasiones se les iba la lengua demasiado, teniendo que intervenir la madre con dulce y risueña benevolencia:—Pero, muchachas, ¿estáis locas?... no digáis disparates. ¡Jesús qué niñas tan!...—Y las dos, ya se sabía, repetían á coro y riéndose la misma frase:—¡No digamos esas cosas, que mamá se ruboriza!—Así es que la pobre Luisa se levantó de la mesa después de haber sufrido lo indecible con aquellas mortificaciones, que ora le parecían cosquillas, ora alfilerazos, con la firme resolución de romper sus relaciones con Eugenio. Porque si esto era al comienzo, ¿qué sería más adelante? Decididamente no se avenía con su carácter el tener que pasar por estas terribles pruebas, expuesta unas veces á los sermones imprevistos de su madre, y otras á las burlas y cuchufletas de las hermanas. Sufría demasiado. Por todo lo cual, á la mañana siguiente cogió un papel blanco y

escribió una carta á Eugenio dándole cuenta de lo sucedido, y que puesto que su mamá le había regañado, les convenía dejar las relaciones para mejor ocasión.

Si el aturdimiento de Luisa al ser sorprendida por su madre pudo compararse al zarpazo del gato, la estupefacción de Eugenio al leer la carta de aquélla fué igual ó poco menos á la que le produciría la explosión de un petardo á treinta pasos de distancia. Tres veces leyó la carta. ¿Sería su letra? Hasta cotejó la recibida con otra anterior, dudando de que estuviese escrita por Luisa. Pero ¿cómo dudar si la letra, el papel, la tinta y la forma eran las mismas de siempre? Dióse entonces por resentido, y á su vez tomó la pluma bajo la impresión de este resentimiento, que no era amargo más que para él, por cuya razón la carta resultaba triste, quejosa, apasionada, llena de tiernas reconvenciones y desvanecidas esperanzas, como se escribe á los diez y siete años cuando se posee un gran corazón y una buena voluntad.

Por lo común se servían del correo interior, porque á las horas que solía ir el cartero estaba Luisa sola; y aun cuando no fuera así, siempre era ella la que recibía las cartas, las entregas, los anuncios ó los recados... El caso es que no tardó muchas horas en volar la consa-

bida cartita á las blancas manos de Luisa, que la abrió á escape, á pesar de sus anteriores proposiciones, y la devoró con la vista en un credo. Pero antes de concluir ya se le habían saltado las lágrimas, porque ¡cuidado que decía cosas aquel plieguecito de papel! Decía que á ella le habían considerado siempre como mujer de nobles sentimientos, incapaz de faltar á su palabra, y menos de fingir un afecto que no sintiese; que nunca hubiesen esperado de ella que sin grave motivo se olvidase... Vamos, que esto de olvidar, cuando... ¡Dios mío, Dios mío! qué pena más grande no poder explicarle que no era el olvido precisamente lo que le había obligado á... No, señor, no, era otra la causa: lo primero el temor, después... ¿qué habría sido lo que después le impulsó á cortar las relaciones, que ella no se acordaba?

Último resultado: cuando amaneció el domingo que debía acompañar á su madre, ya no existían para ésta ni el recuerdo siquiera de las amenazas. Marchóse de casa sin prevenirle que se vistiera, ni que fuera á misa ó que dejara de ir. Al verse, pues, dueña del campo, cogió la mantilla y se plantó bonitamente en la calle, en dirección á San Martín, con alguna vacilación y no poco miedo. Por casualidad, Eugenio hubo de esperar en la iglesia oyendo

misa tras misa, con una paciencia digna de un bienaventurado. Esta paciencia no tenía otro sostén, bien mirado, que aquella voluntad fuerte y decidida que se iba solidificando y endureciendo como el armazón óseo de su cuerpo. Halláronse, por lo tanto, en el mismo umbral de la puerta, en el momento en que salía Eugenio, perdida del todo la paciencia, y entraba Luisa llevada de un cierto presentimiento. No hay que decir que la sorpresa se pintó en sus semblantes; esa sorpresa que colorea las mejillas y añade extraño brillo á los ojos, sintiéndose en todos los nervios como una tan violenta sacudida que haría desfallecer á un anciano. Ella quería oir misa; pero él se puso delante y trató de convencerla con súplicas y razones para que retrocediera y dejara por entonces la devoción, pues lo primero era lo primero. ¡Tenían tanto que hablar! Para la misa habría siempre tiempo hasta la una del día. Accedió Luisa á los deseos del estudiante, y desde este momento quedó entregada, por segunda vez, á los caprichos, á la inquietud y á los recelos de este inexplicable sentimiento, donde había encontrado emociones y encantos nunca conocidos por ella. Hechas ya las paces, y mientras daban la vuelta por la solitaria calle del Nao, resolvióse Eugenio á plantear el gran problema:

—Ya te hablé, no hace mucho tiempo, de mi afición á la marina—indicó éste con la familiaridad de su reciente tuteo.—Dentro de mes y medio voy á entrar como aspirante en la Escuela, ¿qué te parece? Nos tenemos que separar por dos años ó tres, ó no sé cuántos; nos escribiremos á menudo, siempre que podamos: yo pensaré mucho en tí. ¿Y tú en mí?

—Yo también,—contestó Luisa; pero con tal tibieza y desmayado acento, que el muchacho alzó rápidamente el rostro para mirarla. Pensaba ella en la separación, en esa nueva situación en que se iba á hallar por nunca previstas circunstancias, y no fijó la mayor atención en la pregunta.

—Me temo que no te acuerdes tanto de mí... como yo de tí.

—Vaya, ya lo creo. No me gusta que digas esas cosas, Eugenio.

—¿Cuál es la persona que más has querido en tu familia? la mejor de todas á tu parecer, porque siempre se quiere á la mejor,—preguntó él en tono tan grave y tan solemne, que hizo volver la cabeza á la muchacha.

—¿La que más he querido?... pues á la abuela... Nunca se le olvidaba guardarme alguna cosa, ó naranjas, ó dátiles, ó dulce de fruta... y lo mismo era para mi mamá... Siempre le estaba regalando lo mejorcito que

le traían del cortijo... ¡Pobre abuelita! Dos años le llevamos luto.

—Pues jura por la memoria de tu abuela que no me olvidarás, aunque falte dos años de Madrid.

Luisa le miró con algún asombro, porque aquello de jurar no parecía sonarle bien en los oídos. Entonces él, con la impaciencia de la juventud, se adelantó á darle el ejemplo, añadiendo en idéntico tono: «Yo juro por la memoria de la mía, á quien no conocí, no olvidarte jamás. Y tú, ¿no quieres complacerme?»

—Por mi parte, también lo juro—dijo ella con cierta timidez,—por la memoria de mi abuela.

—Así me gusta... No sabes cuánto te lo agradezco, Luisa mía,—repuso el enamorado con profundo apasionamiento.

Media hora después de esta entrevista, al quitarse la mantilla, recordaba Luisa la solemne promesa que acababa de hacer, y sonreía á solas, imaginando lo mucho que se habían de reir sus hermanas si hubiesen oído toda la conversación. Afortunadamente, ni ellas ni doña Milagros llegaron á traslucir lo más mínimo de aquella secreta renovación de sus relaciones.

Fueron, pues, dichosos estos dos meses que faltaban para que Eugenio, concluídos los es-

tudios preparatorios, se presentase en la Escuela Naval al examen de ingreso. No se había de borrar en mucho tiempo de su memoria aquel último día pasado en Madrid, después de los abrazos de los parientes y de las despedidas de los amigos. La imagen de su madre, que se esforzaba en aparecer serena y que le tuvo largo rato entre sus brazos, apartándose al fin de él con lágrimas en los ojos, alternaba en sus recuerdos con el apretón de manos que pudo conseguir de Luisa, al pie de la escalera, la tarde anterior á la de su marcha. Había salido á despedirse de los señores de Rodruejo, y al entrar en el cuarto de su amigo Salvador, vió á la linda muchacha en la ventana de enfrente. Dos palabras bastaron para ponerse de acuerdo. Al cuarto de hora bajó él de la casa y corrió al portal de la otra, donde esperó á su novia. Iban á verse por última vez y para muchísimo tiempo: ¿qué extraño tiene que ella acudiese á su indicación con extraordinaria prontitud, y que él le exigiese con infantil insistencia la repetición de su promesa? Al día siguiente, durante el viaje, tuviéronle inquieto y pensativo, sin gran extrañeza de su padre que le acompañaba, estas dulces imágenes, mezcladas con otros mil recuerdos y frescas impresiones.

XV.

¡TENDREMOS COCHE!

Una tarde que Boronat volvía de la Castellana en la carretela de don Alfonso Rodruejo, con quien había contraído gran amistad por lo que después diremos, vió cruzar en opuesto sentido á dos señoras guapísimas, vestidas con extraordinario lujo y recostadas en los asientos de un magnífico landó. Pasaron tan de prisa, que no pudo fijarse más que en el conjunto del equipo, en la impresión de su belleza y en la curiosidad que despertaban en los paseantes de á pie y á caballo, que volvían las cabezas como agradablemente sorprendidos. «Yo las he visto en otra parte á estas mujeres,» dijo para sí Boronat; y recordando los principales rasgos de sus fisonomías y escarbando entre sus muchos recuerdos, vino á dar al fin con dos famosos nombres largo tiempo olvidados: Trinidad y

Nieves. ¡Quién lo diría! aquellas dos señoras tan compuestas, tan elegantes, con el viso y la distinción de dos ilustres marquesas, no eran otras que las hijas del capitán Reguero después de haber cobrado sus pensiones. Boronat se quedó asombrado; pero ya hacía rato que habían cruzado rápidamente entre el ir y venir de los carruajes, cuando él cayó en esto del asombro. Grandes atrasos debían ellas haber cobrado para prosperar y subir de aquel modo. Todos medraban, hasta aquellas singulares mujeres, pensó de seguida nuestro banquero.

Aquella misma semana anunció *La Correspondencia*, con sus correspondientes golpes de bombo y platillos, que el señor Yáñez de la Mata saldría en breve para la Habana á desempeñar un elevado cargo en la Administración. Después de esta segunda sorpresa, tuvo la de verle cruzar por la Puerta del Sol en coche descubierto, á la izquierda de don Francisco de Paula Mondéjar, Consejero de Estado y persona de influencia en la situación política recientemente creada. Ya en la época de don Amadeo, leyendo los periódicos, hubo de tropezar también con su nombramiento de Gobernador civil de una provincia no lejana de Madrid. Y ahora... después de unos cuantos años de algún obscurecimiento, volvía á bri-

llar; subía, subía como la espuma, porque aquel elevado cargo que iba á desempeñar debía ser la Intendencia general de Hacienda ó cosa parecida. Todos prosperaban, no había más que ver: las de Reguero; el insufrible Yáñez de la Mata; su amigo Javaloyes, que vivía en casa propia y tenía dos coches á la puerta, carretela y berlina, como uno de los primeros accionistas del Banco, y los hermanos Hidalgos, que estaban montando una gran fábrica de paños que sería la mejor de la provincia.

¡Ah! si volvieran aquellos felices tiempos de su primer matrimonio, cuando el cuñado le instaba á entrar resueltamente en las apretadas filas de la Unión liberal... no retrocedería ahora como entonces por uno, ni por dos, ni por tres fracasos. ¡Qué niñería más grande aquel resentimiento que hubo de tomar contra los políticos, sin más razón ni fundamento que no haber salido diputado del primer empuje! Sus ideas, sus antecedentes, el marchamo político impreso por amigos y contrarios, le empujaban á las filas de los liberales; pero no eran los liberales, que estaban á cien leguas del poder, los que podían prestarle resonante significación política. ¿Qué hacer en este caso? En medio de la excelente marcha de sus negocios, sentíase á ratos mortificado por estas sor-

das y terribles luchas entre la ambición y la desinteresada fe de sus ideas. Ya en el Casino, así como en casa de don Eloy Pastor, había estado de acuerdo con las filípicas allí lanzadas contra los revolucionarios, ó mejor dicho, contra los excesos y desaciertos de aquella época. Su estrecha amistad con don Alfonso Rodruejo provenía también de estos nuevos puntos de vista. Al fin, el señor Rodruejo había sido Gobernador y pertenecido á aquellos resueltos y convencidos monárquicos que se apresuraron á levantar el trono de don Alfonso XII.

Su hijo Eugenio fué el primero que le trajo la noticia del modo de pensar en casa de su amigo Salvador, modo algo distinto del que informaba las opiniones de Boronat. ¿Personas ricas, bien relacionadas y el padre figurando con alguna notoriedad en el partido liberal-conservador?... Pues no había que cavilar mucho si llegaba la ocasión de que entablado el conocimiento le brindaran con su amistad, como así sucedió. Por idéntico motivo que le aproximaba á los personajes políticos, accedía á los caprichos de su hija Emilia en lo tocante á dar de vez en cuando bailes y reuniones de convite. Á Eugenia no le agradaban tales exhibiciones por los grandes gastos que ocasionaban desde cualquier punto de vista que se mirasen. Después de una de estas noches de

fatigosas molestias para los que no están habituados, Eugenia cogía á solas á su marido y le preguntaba con un cierto mohín que remedaba una sonrisa:

—¿Quiere decirme mi señor marido lo que vamos sacando de estas cosas? ¿Á tí te divierten mucho?... porque lo que es á mí ni chispa. Tú apenas cenaste; yo probé dos bocados: no sé como habrás dormido; yo me he levantado más rendida de lo que me acosté. Y si fuera esto sólo... menos mal; pero ¿tú sabes lo que va á subir la cuentecita de anoche?... sin poner en ésta lo que se tira y desaprovecha. Calla, hombre, si me he encontrado dulces hasta en los rincones de la casa...

—Esos son los muchachos, que se llenan los bolsillos y luego les pesa mucho...

—Y los arrojan como si fueran puntas de cigarro, ¿no es eso?

—Ha de haber de todo, mujer, siquiera para tener el gusto de hablar mal de los convidados. Mira, además, en los negocios de este mundo hay que contar siempre con el hueso, porque no todo ha de ser carne aprovechable, y no vamos mal si todos los huesos son de ese género. En fin, querida Eugenia, no creas que esto es hablar por hablar: ya te convencerás el día de mañana de que esto obedece á un cierto plan; y si la suerte me favorece como

en otras ocasiones, no darás por mal empleados los gastos extraordinarios.

Poco más ó menos, la contestación de Boronat era siempre la misma. Á revueltas de algunas expresiones felices, propias de su buen humor, venía en seguida la idea de su famoso plan velada por misterios y nebulosidades, de tal manera que la mujer no acertaba á qué pudiera reducirse, después de todo, el anunciado plan.

Por aquellos días, presentáronse una mañana en su despacho don Eloy Pastor y don Alfonso Rodruejo para hablarle reservadamente de un asunto por el que tenían especial interés. Hay que advertir anticipadamente, para comprender la fuerza de este gran interés, que por renuncia del cargo del diputado que representaba el distrito donde el señor Rodruejo poseía grandes propiedades, fué nombrado éste en su lugar haría poco más de seis meses. Boronat los pasó al momento al gabinete contiguo, amueblado con mucho más lujo que el de la Concepción Jerónima, y cerrando la puerta vino á sentarse al lado de don Eloy Pastor, que como persona de más años y de gran respetabilidad ocupaba á manera de presidente una buena parte del sofá, entre los dos amigos acomodados en los sillones. Esto no obstante, tras los preliminares de rúbrica

cedió éste la palabra al señor Rodruejo, que habló de la necesidad de que todas las personas de orden y de alguna representación social contribuyesen al sostenimiento de la monarquía, de la única monarquía que era prenda de seguridad para los grandes intereses de la nación.—Varias veces—añadió éste,—le hemos oído á usted elogiar los deseos del Rey expresados en sus discursos y en las diversas recepciones de Palacio. Como joven, y joven educado en la desgracia, nos consta que conoce mejor que cualquiera de nuestros políticos las necesidades y las aspiraciones de nuestro pueblo. Y lo que es más, amigo Boronat: se propone satisfacerlas en cuanto dependan de su mano, para ser el primero que contribuya á su engrandecimiento...

—Perfectamente, conformes en un todo, sí señor. Yo le he elogiado por lo que he leído en los periódicos, y le he oído elogiar también en el Casino á personas que han tenido el honor de escucharle... Según decían, se expresa con admirable facilidad, discurre como un estadista de experiencia, posee una viva imaginación y es un joven de muchísima iniciativa.

—Usted, que ha abogado en otros tiempos por los derechos del pueblo—repuso el señor Rodruejo con una levísima punta de ironía,

propia del antiguo conservador que nunca los tuvo en cuenta,—no podrá usted quejarse cuando conozca usted, como nosotros, los sentimientos liberales y patrióticos de nuestro joven Monarca. Descuide usted, que no habrá ahora aquello de los obstáculos tradicionales... Por supuesto, que se habla muchas veces sin fundamento de ningún género y con la más deplorable ligereza... Dígame usted si no, amigo Boronat: ¿cree usted que en punto á libertades podemos envidiar á la misma Inglaterra, á la monarquía constitucional por excelencia? Pues somos nosotros más libres; y el que ha vivido en aquel pueblo algún tiempo, votará conmigo.

—Lo que es evidente—repuso don Eloy Pastor,—es que nosotros nos tomamos unas tremendas libertades... Estando yo en el gobierno de Cáceres me vino recomendado el honorable Lord Frederick Bidwell, que había viajado por Europa; conocía cuatro ó cinco idiomas, y no hay que añadir que el español lo hablaba con bastante corrección... Al cuarto ó quinto día de su estancia en la población le pregunté la idea que había formado de España... «Son ustedes, me dijo Lord Frederick Bidwell, el pueblo más raro y más libre de toda la Europa... Y para que usted me entienda, voy á expresarlo de la manera más gráfica

y característica que he oído. En España, desde el Presidente del Consejo de Ministros hasta el último peón de albañil, aquí todo cristo hace su santísima voluntad. Me han asegurado personas muy formales, que es la nación que cuenta con mayor número de Constituciones, leyes y reglamentos, y donde menos se cumplen.»

Riéronse los dos amigos de la expresiva opinión del inglés, tan desenfadadamente formulada; y por no ser menos no quiso el señor Rodruejo quedarse con la suya en el cuerpo, añadiendo:

—Sí, efectivamente hay algo de exageración en la cosa. Pero lo que es como anomalías y rarezas no las busque usted mayores en otra parte. Por fin, hoy día para consuelo, tenemos un Gobierno sólido y estable que trata de restañar las heridas hechas á la patria y ponernos en condiciones de competir con los pueblos mejor gobernados. Para obtener este feliz resultado, es preciso que hagamos algunos sacrificios... Cree el Gobierno necesario el recurso de un empréstito que podría ir aligerando en cierto modo las enormes cargas, las grandes necesidades que pesan sobre el Estado... En este caso, que es asunto decidido á nuestro parecer, ¿podríamos contar con usted?... Nosotros respetamos las opiniones par-

ticulares, eso bien lo sabe usted, y apelamos únicamente á los sentimientos de lealtad que van unidos á los de patria en un monárquico sincero y convencido como creo que es usted.

—Cuando se trata de asuntos de tamaña importancia...—contestó el banquero después de unos instantes de vacilación,—asuntos de tanta consideración, quisiera separar desde luego la cuestión de intereses; pero esto no puede ser, como comprenderán ustedes... De modo que, pensándolo detenidamente como merece, yo mismo les llevaré la respuesta... Ustedes me dispensarán por de contado esta libertad que alguno tomaría por falta de buenos deseos; no, señor, no es eso: es que en el momento en que se cruzan de por medio, conservo la costumbre de consultarlo con la almohada... una añeja costumbre que yo no sé cuándo voy á perder.

—Respetamos las costumbres lo mismo que las opiniones, señor de Boronat,—repuso el diputado plegando sus labios descoloridos bajo la forzada expresión de una sonrisa tan fina, tan expresiva y espontánea en apariencia, que el mismo Boronat sintió cierto pesar de haber avanzado tanto en su negativa.

—Sí, señor, estoy en ello. Pero el que se ha mostrado algo irrespetuoso en las formas habré sido yo, y esto por dejarme arrastrar de

una cierta franqueza que adquirimos en la práctica de los negocios. Antes voy... porque supongo que ustedes fumarán y observo que no han encendido todavía;—y diciendo esto salió del gabinete para volver á entrar á los cinco segundos con una caja de aromáticos cigarros de la Habana, que ofreció á sus amigos.

Encendidos los cigarros, púsose don Eloy de pie al lado de Boronat, dirigiéndole las siguientes frases en un tono bastante familiar, muy distinto del usado por el señor Rodruejo:

—Pero vamos á ver, amigo Juan José, nosotros somos ya perros viejos, y no hay que venirse con camándulas: las cosas claras y el chocolate espeso, como dicen en mi tierra... ¿Se cuenta con usted?

—Ya le he contestado como amigo, y como contestaría á mi padre que se presentara.

—¡No nos jorobe usted, hombre, no nos jorobe usted! que lo que aquí se busca es que tenga usted decisión y que se porte como un caballero; que diga usted: allá voy yo, porque quiero y porque me pasa por la cabeza. Así hablan los hombres.

—Y así hablaría yo, si no me lo impidiera esa costumbre de consultar con la almohada antes de...

—¡Y dale con la costumbre! ¡Qué zorrocloco de hombre! ¿Nos va usted á jorobar más?

—No haga usted caso del amigo Eloy, señor de Boronat—terció á este punto nuestro diputado, accionando con el cigarro en la mano desde el ancho sillón de yute donde permanecía recostado,—porque estos militares son terribles. Usted debe pensarlo con detenimiento, calcular las consecuencias del acto y decidirse por lo que más le convenga. Además de esa adhesión tácita á las ideas conservadoras, existe, como usted decía muy bien, la cuestión de intereses, que no es baladí ciertamente. Pero cuente usted, señor de Boronat, que la flor de la Banca se encuentra en nuestras filas... Han reflexionado y caído en la cuenta de que es un excelente negocio apoyar un Gobierno sólido y fuerte que posee, como el actual, la confianza absoluta de la Corona... que está en condiciones de larga vida, y, por lo tanto, con medios para recompensar las virtudes, los méritos y los sacrificios que lo merezcan: ¿cómo dudarlo? Pero de esto hablaremos otro día...

—¡Qué zurra le vamos á dar á usted cualquier otro día, compañero, como usted se descuide!—exclamó don Eloy, asiendo el brazo del banquero y sacudiéndolo con tremenda y cariñosa familiaridad.

—Pues donde las dan... ya sabe usted. ¡Ah! y gracias por el aviso.

—Y puesto que estamos aquí pasaremos á

saludar á su mujer y á su señora madre, si es que se hallan visibles.

—Como ustedes gusten.

Guiados por Boronat salieron uno tras otro; pero antes de pasar á la salita donde solían recibir á los amigos, cruzaron por delante del gabinete de su hija Emilia, á quien vieron entretenida con su hermana Pepita en mirar los grabados de unas *Ilustraciones*. Al lado de las muchachas vieron casi tendido, más que recostado, en una de las butaquitas que adornaban estos cuartos, á un joven moreno, de lacia y como marchita fisonomía, que expresaba por igual la fatiga, el cansancio moral y el cansancio físico. Vestía el uniforme de teniente de artillería, y al pasar los tres por delante ni siquiera volvió el rostro, á pesar de que don Eloy se detuvo en la puerta para saludar á las muchachas con un atento:

—Felices días, señoritas... Vamos de paso.

Cuando iban á entrar en la salita, volvióse el señor Rodruejo á Boronat y le preguntó en voz baja:

—Dígame usted, ¿es ahora moda el aparentar que no se tiene una pizca de buena educación?

—No lo extrañe usted, amigo Rodruejo, ese es el novio de mi señora hija, y para explicar la anomalía, voy á permitirme otra preguntita:

¿ha llegado por el Salón de Conferencias esa palabreja de chifladura que oí anteanoche en el Casino por primera vez? Pues ahí tiene usted una persona que debe padecer de chifladura, porque, en ocasiones, parece que no oye, ni ve, ni entiende.

—Entonces... ya me lo explico, vamos; y dispense usted la curiosidad,—repuso don Alfonso con aquella finura y cortesanía que estaba en tan perfecto carácter con toda su persona, pulcra y correctísima hasta poder servir de modelo.

Al poco rato entró doña Balbina acompañada de Eugenia y de Federico Cortázar, el médico de casa, que había sido llamado en vista de cierta indisposición que privó á la buena señora de sus seis horas de sueño. En estos últimos años había engruesado de tal modo, que su cuerpo redondo, casi esférico, empezaba á tomar proporciones alarmantes... Y, sin embargo, el único padecimiento que á los setenta y cuatro años le hacía pasar algunas malas noches era un principio de asma, que ella atribuía á un enfriamiento del invierno anterior, ignorando que fuese tal dolencia la que le privaba de dormir. Por esto, Cortázar, creyendo que se hubiesen presentado los síntomas de un ataque, siempre temible, apenas recibió el aviso, se encaminó á casa de Boronat. Afor-

tunadamente no había por el momento este peligro, y al ver reunidos en la salita á nuestros dos personajes, á quienes ya conocía, acercóse á doña Balbina y le dijo con pasmosa naturalidad:

—¿Sabe usted la última que corre, señora? Que su hijo de usted se va á hacer republicano. Ahora que tantos republicanos se afilian á la monarquía, eso va á causar sorpresa, admiración... será la novedad del día.

—Lo dudo, lo dudo mucho, doctor—expresó la madre con un suave movimiento de su diestra, cuyo encorvado índice, oscilando como aguja magnética, parecía indicar su incredulidad con mayor elocuencia, si cabe, que la palabra.—A menos que Dios no le quite el juicio, no creo que á mi señor hijo le dé por ahí.

—Pues le da, señora, porque él es más liberal que yo, y un día de éstos vamos á ingresar los dos en la francmasonería. Ahora los príncipes y herederos de tronos se hacen francmasones... Desengáñese usted, es la ola democrática que nos invade por todas partes.

—¡Ave María Purísima! pero eso no puede ser cierto,—exclamó doña Balbina, que aun conociendo estas humoradas de Cortázar, vacilaba algún tanto al ver la seriedad del médico y el silencio de los otros, que, por distintas cau-

sas, se hallaban bajo la impresión de sus primeras frases.

—Lo que yo no dudo es del buen criterio de nuestro amigo Boronat—afirmó por último don Alfonso Rodruejo.—Por eso, y dispénseme el doctor que disienta de su opinión, en el caso de abrazarse á una bandera, sería á la nuestra.

—No estamos conformes. La de ustedes no se halla en muy buen uso que digamos, con tantos medios colores y remiendos como se le han puesto. La nuestra, la democrática, es más nuevecita, y en un caso de apuro, se hace usted de ella una capa que le abrigue, y ¡á vivir!

—Vaya, doctor, encomiéndese usted, encomiéndese usted á algún santo de su devoción, porque usted no debe estar bueno, pensando de ese modo,—repuso doña Balbina.

—Dirá usted á alguna santa, señora, pues son las únicas que creo puedan conseguir algo, sobre todo si fueron buenas mozas.

—No le oigo á usted, no le oigo á usted, doctor; de modo que...

Después de unas cuantas frases por el estilo que se cruzaron entre unos y otros como oportunas alusiones de buen género, despidióse Cortázar de sus amigos, y á su vez los señores de Pastor y Rodruejo de la familia de Boronat. Éste permaneció un rato de pie con un periódi-

co en la mano, sin fijarse más que en alguna que otra noticia, porque ocupaban todo su pensamiento las últimas impresiones de la visita. ¿Se decidiría por los conservadores? ¿Entraría de lleno en el agitado campo de la política para ser algo más que un afortunado hombre de negocios? Involuntariamente acudían á su imaginación las frases de Federico Cortázar, que tenían el singular privilegio de remover lo que había de doloroso y enigmático en el fondo de su pecho; de aplicar el dedo á la llaga, como vulgarmente se dice, aun sin intención decidida, que era para él lo más asombroso. ¿Quién podía recelar que hubiese escuchado la conversación de los tres amigos reunidos en el gabinete? Y, sin embargo, cualquiera deduciría de sus bromas y humoradas que estaba en el secreto de la idea que atormentaba á Boronat: aquellas opiniones liberales, defendidas en presencia de sus amigos y compañeros en tan varias y repetidas ocasiones.

Al pasar luego por delante del cuarto donde estaban Emilia y Pepita, le detuvo el joven teniente de artillería para indicarle que si era de su gusto le daría reservadamente cierto encargo de su padre. No sospechándose al pronto de lo que vendría encargado, Boronat le hizo entrar en el gabinete que ya conocemos, y le manifestó que podía explicarse con entera

libertad. Este militar, tan pagado de sí mismo y tan poco atento con el padre y parientes de su novia, merecía quizás que se le mirase con cierta antipatía: por lo que toca á Boronat, si bien le trataba con las mayores consideraciones, en el fondo de su corazón lo despreciaba. «¡Ah! si no fueras el novio de mi hija, ya te hubiera yo plantado de patitas en la calle más de doscientas veces,» pensaba para sí siempre que lo hallaba en el gabinete, tumbado en un sillón, con las piernas tendidas y la cabeza recostada indolentemente en el respaldo. Ahora, al tenerlo de frente Boronat no le indicó que tomara asiento, usando de la misma indiferente familiaridad que solía usar el teniente.

—Pues bien, señor de Boronat, el asunto es harto sencillo y claro para que nos detengamos en enojosos pormenores... Llevamos un año y tres meses de relaciones, si no miente mi cuenta, y mi padre, como persona de edad y con algunos achaques, desearía que esto tuviese un término satisfactorio para todos. Acerca de este asunto, si á usted le parecía, vendría él á hablar cualquier día de la próxima semana, un día que usted mismo señalase...

Á pesar del tono comedido con que fueron pronunciadas estas palabras, Boronat sintió una extraña emoción, ya por tratarse de un

asunto tan íntimo y complicado, ya por lo inesperado del giro que se le quería dar sin preliminares ni advertencias. Parecíale lo más natural que fuese su propia hija la encargada de preparar el terreno, de iniciar las consiguientes indicaciones, para que no sonase en los oídos del padre lo mismo que un escopetazo... Vaciló, pues, unos instantes si contestar con una mala razón, ó expresarle con igual comedimiento el natural asombro con que había de recibir semejante embajada, cuando nada sabía de este asunto.

—No extrañe usted que me haya quedado un poco sorprendido,—contestó el banquero; —ni Emilia, ni mi mujer, ni su abuela, me han hablado una sola palabra de este paso que pensaban ustedes dar, y naturalmente, estaba á cien leguas de imaginármelo. Pero está visto, hoy es día de emociones, y quién sabe si me espera otra más imprevista...

—Pues Emilia lo sabía, porque hemos hablado de esto más de dos y de tres y de cuatro veces.

—Si fuese yo algún tirano de esos que se estilan en los dramas, comprendería que mi hija temiese comunicarme sus pensamientos, quiero decir, hablarme de lo que á los dos nos interesa.

—Pido á usted mil perdones en su nombre,

señor de Boronat, porque seguro estoy y plenamente convencido de que no procede esta falta ni de temor ni de desafecto: procede de su ignorancia y poca experiencia de las formalidades usadas en estos casos. Créalo usted; y esta falta me toca también en parte, por lo cual repito que me dispense, con más motivo si cabe que á Emilia.

Creció el asombro del banquero al oir expresarse al teniente con tan fina urbanidad y comedimiento, y aunque algo receloso y poco dispuesto á su favor, le concedió la dispensación que le pedía, así como el favor de la cita para día señalado, que era en resumen lo que buscaba el novio. En el intermedio de estos diez días llegó el santo y cumpleaños de la abuela, que los nietos quisieron celebrar con un baile de convite, como se había dado en otras ocasiones y con mucho menos motivo. Por primera vez y contra su costumbre, asistirían á esta gran reunión don Alfonso Rodruejo y su señora, acompañados de su sobrina Eloisa, una preciosa criatura de diez y seis años, que había de cautivar la atención de la concurrencia por su gentileza, tanto ó más que por la prodigiosa habilidad de sus manos. Era punto menos que una artista interpretando sobre el piano la música de los grandes maestros de nuestros días. Figurarían allí también don Eloy

Pastor con su agradabilísima señora, que ya sabemos que era un dechado en esto que llamamos cortesanía, buenas formas sociales y trato de gentes. No dejaría de asistir Manolito Calatrava con su mujer Asunción y su cuñada Paquita, á pesar de su profundo y secreto desconsuelo porque algunas familias aristocráticas le habían cerrado sus puertas, y otras le recibían con una marcada frialdad que tiraba á menosprecio. Sin duda que en todas partes no debía sonar bien aquello de ser el marido de una de las hijas de la *Cañamonera*. Don Martín Javaloyes traería por su parte á la señora y á sus dos hijas casadas, puestas de veinticinco alfileres, como de costumbre, y como de costumbre cursis y exageradas. Aquella noche debía presentar también á su familia don Natalio Hidalgo, que tenía dos guapos chicos y dos pollitas muy agraciadas y habilidosas que competirían en el canto y piano con las mejores de la reunión. Á éstas se juntarían, por último, la señora viuda de Manjón y su bellísima hermana Amalia Satorres, de quien, según las apariencias, andaba enamorado el célebre actor don Carlos Cetina.

Á las nueve y media estaba ya el salón iluminado y abiertas las puertas del gabinete que se comunicaba con aquél, para mayor amplitud y desahogo de los caballeros, que eran los

que más habían de circular, de entrar y salir, y retirarse á fumar ó á charlar un rato. Pero en estos primeros momentos, cada vez que asomaba por las puertas una nueva familia, levantábanse las señoras, formábanse animados grupos, y entre éstos y los recién llegados se veía agitarse la esbelta figura de la señorita Emilia, que cualquiera hubiese tomado por la única dueña de la casa. Boronat, entretenido con sus nuevos correligionarios, se presentaba ya tarde para recibir á los invitados, y Eugenia, preocupada con la marcha y disposición del servicio, solía eclipsarse algunos ratos. Emilia estrenaba aquella noche un traje de seda, de forma princesa y color azul, con el escote cuadrado, mangas anchas guarnecidas de una banda y un tableado de *faya*, un traje, en fin, de larguísima cola que movía y arrastraba sobre la alfombra del salón con la presunción y el loco placer que lo haría en una recepción de Palacio, entre las damas de honor de la Reina y los títulos más egregios de Castilla. Ello es que por esto del estreno ó por cualquier otra causa, estaba nuestra señorita tan oronda, espetada y satisfecha que no cabía en el pellejo. En cambio, su hermana Pepita, sentada al lado de Amelia Quiñones ó de cualquier otra amiga, con la formalidad de una mujercita, complacíase en seguir la conversación si le ha-

blaban, pues no era de las más pizpiretas y animadas, de las que bullen, de las que corren de aquí para allá, de las que gritan y marean con sus voces, chillidos, risas y contorsiones.

La que inició en seguida la primera parte de la velada fué la vecina del segundo, esa misma Amelia Quiñones, á quien ya conocimos en anteriores páginas; excelente muchacha, que tenía poca suerte con los novios, y algo de esta oculta pena dejaba transparentar en la nota sentimental de sus cantos y en los gestos y actitud de su personilla al acomodarse sobre la banqueta del piano. Siguió á ésta Paquita Arriaga, que aun contando treinta y tres primaveras, parecía, por lo esbelta y donosa, una pollita de veinte: sus *melodías alemanas*, admirablemente interpretadas, obtuvieron los honores de la repetición. Después entró la señorita de la casa, la más presumida de todas, y tocó dos piezas de *Freischutz*, el rondó final de la *Sonámbula* y la sinfonía de *Semíramis*, de difícil ejecución para manos que no sepan prestarle todos los matices y delicadezas que le avaloran. Por ser quién era, y nada más, la galantería de la concurrencia la colmó de aplausos. Las hijas de don Natalio Hidalgo, dos preciosísimas morenas que parecían gemelas, se atrevieron con algunos pasajes del

Barbero de Sevilla, y supieron infundirles aquella viveza, aquella espontaneidad y aquel movimiento externo, picante y ligero que caracteriza las obras de este gran maestro. Pero la que mereció el primer premio de este certamen de belleza, de habilidad y buen gusto, fué la sobrina de los señores de Rodruejo, Eloisa Villaranda. Reunía, como por don natural, las dos condiciones esenciales de una buena artista: el dominio de la parte material y mecánica, y el sentimiento.

Á la conclusión de esta primera parte, y antes de empezar el baile, algunos de los convidados preguntaban á Eugenia la razón de que su hija Pepita no saliese á tocar alguna de las lindas piezas que sabía. Excusóla como pudo, diciendo que no se había preparado por estar delicada; pero, en realidad, debía ser por comprender que la concurrencia se hallaba ya saciada de música, y deseaba el consiguiente descanso y la precisa variedad, requisito sin el cual no existe ameno y agradable esparcimiento. Además de saber expresar delicadamente la música por su constante aplicación, había llegado á dominar el piano algo más que Emilia. He aquí, pues, la causa de que, sin merecer tomarse por ello el menor disgusto, sintiese Eugenia que no contasen con ella para esta primera parte de la velada. Observó tam-

bién Boronat este injustísimo olvido, y llamó aparte á Emilia para que sacara á su hermana á lucirse siquiera por una sola vez; pero le contestó lo que á los demás que le hicieron la misma indicación:

—¡Pero, papá, por Dios! si ya sabes lo que es Pepita... es imposible contar con ella para nada. Habría que estar pidiéndoselo de rodillas toda la noche.

Por la influencia de esta idea exageradísima, que Adolfo y Emilia lograron que se vulgarizase entre los amigos y conocidos de la familia, respecto al carácter retraído de sus hermanos, cuando empezó el baile no se atrevían algunos de los jóvenes á invitar á Pepita, imaginando que no era esto cosa de su mayor gusto. Claro es que hubo entre ellos quien la sacase á bailar varias veces; pero fúe más bien por impulso de pura galantería, y aun esto entre los que menos frecuentaban la casa.

Cuatro ó cinco horas después sonó por fin la de las despedidas. Extinguióse el rumor de las conversaciones; dejaron de oirse los pasos de los convidados buscando sus abrigos y sombreros, y en estos momentos en que nuestra imaginación parece recobrar la intensidad y el extraordinario vuelo de los momentos más felices, merced á las pasadas excitaciones, Boronat se sentía halagado por la grandeza que

podría ostentar el día en que fuese personaje político, diputado ó senador del Reino. Proyectos y esperanzas de un futuro engrandecimiento pasaban y repasaban ante su fantasía como visiones tentadoras, como cosas lejanas que se van aproximando y han de ponerse al alcance de nuestra mano.

Como contraste de lo soñado y presentido aquella noche por nuestro banquero, recibió á la mañana siguiente la visita de don Guillermo Saura de los Campos, padre del novio de Emilia. Era de mediana talla, con el bigote y el cabello blancos, rosáceo el rostro, los ojos vivos y pequeños, muy embutido en su levita, muy peripuesto, muy perfumado y muy tiesecillo, con la cabeza erguida y el aire de un general de salón ó de un diplomático jubilado. Había estado, según después se supo, empleado en la Intendencia general de la Real Casa en los felices tiempos de Isabel II, como solía él llamar á esta época. Por lo demás, todos los buenos modales, toda la finura y cortesanía que le faltaban al hijo, los tenía de sobra este señor don Guillermo. De modo que antes de entrar en lo peliagudo del problema, consumió cerca de media hora en circunloquios, advertencias y consideraciones que pintaban admirablemente al administrador minucioso y al atento cortesano. Boronat, que quería competir

con él en esto de mostrar verdadera delicadeza, empezaba ya á sudar la gota gorda, hasta que quiso por fin Dios que don Guillermo diese fondo:

—En la cuestión de intereses, si voy á ser franco, señor de Boronat, yo haría caso omiso... pero no se puede, es que no se puede de ninguna manera. Tal y como hoy se halla montada nuestra sociedad, con las necesidades que la vida de Madrid lleva consigo... sería un crimen de lesa paternidad... el hacer caso omiso, ¿no lo cree usted así?

—Opino lo mismo.

—Ahora bien: en este supuesto, usted tendría destinada para su señora hija algo de lo que representa para los demás hijos la carrera, los estudios, ese continuo dispendio que nunca nos agradecerán bastante á los padres... ¿No cuesta hoy día un sentido la educación de un hijo? ¿No es una enormidad, no ha llegado ya á lo escandaloso, señor de Boronat?

—Voy á responderle á usted con la misma franqueza—repuso tratando de llegar lo más pronto posible al nudo.—Lo que pensaba dar á Emilia, así como á los demás, el día que tomasen estado, no es ciertamente una enormidad, si se consideran las atenciones que pesan sobre un padre de familia... pero ellos empiezan á vivir, son solos... en fin, creo que

con veinte mil duros se puede empezar bien.

Grandes esfuerzos hizo por el momento nuestro empleado para disimular la mala impresión de esta dádiva, que calificó para sí de vergonzosa mezquindad... Pero aun con los esfuerzos hechos, no evitó que se transparentara su sorpresa en un gestecillo particular ó forzada mueca que avinagraba, si cabe decirlo de este modo, la perpetua sonrisa de sus labios.

—Pero, señor de Boronat, ó yo no oí bien, ó usted no ha calculado con exactitud... y dispénseme usted esta discrepancia de pareceres... Creo no haber oído bien, porque de otro modo no me explicaría que con veinte mil reales por un lado y catorce mil por otro que reunirá mi hijo, se pueda vivir en Madrid con la decencia que corresponde á su clase... Vamos, señor de Boronat, que una persona como usted no cometerá tales injusticias al tratarse de una hija... al tratarse de su primogénita...

—¿Cómo injusticias? no entiendo,—repuso el banquero, sorprendido á su vez por el tono de aquella afirmación tan categórica y tan insinuante.

—Habla usted con un caballero, aunque no era yo el que debía decirlo; con una persona incapaz de faltar á su palabra, con un padre

que sabría perder su vida antes de cometer la ligereza de referir, ni á su propia familia, los delicadísimos puntos que aquí se ventilen. Ahora, si no me engaño, podré explicarme con mayor claridad... ¿no lo cree usted así, señor de Boronat? Pues... según tengo entendido usted ha mejorado á los dos últimos hijos, y yo, que he querido á mi mujer con apasionamiento, comprendo que por ella, que por la madre se exceda á veces un hombre. Y usted quizás se haya excedido en atender con preferencia al porvenir de los unos con menoscabo de los otros... No es esto criticarlo; es la natural atenuación que yo mismo encuentro al paso, colocándome desde luego en su lugar.

Con pretexto de buscar la petaca levantóse Boronat de pronto, se tentó la ropa, se volvió hacia la mesa, miró á uno y otro lado, y por fin, dando con ella, la abrió de seguida y ofreció un cigarro á don Guillermo. Había querido disimular la sorpresa y la mediana impresión producida por las últimas palabras del viejo, que le tenía agobiado bajo su dulce mirada, sin quitarle ojo un momento. Quedándose, pues, de pie, continuó el debate:

—No ha habido tal mejoría, señor don Guillermo; podrá ser una suposición, una mala inteligencia, una superchería, lo que se quiera; pero carece por completo de fundamen-

to... Se lo asegura á usted Juan José Boronat, que no acostumbra á decir una cosa por otra.

—Lo he sabido por una persona muy allegada, casi, casi de su familia, que me merece el mayor crédito. Si no fuera así, ¿cuándo ni por dónde me había de ocurrir á mí tan peregrina idea? ¿no le parece á usted? Antes de casarse con la que es hoy su señora de usted, compró usted dos casas de algún valor, que el día de mañana pertenecerán á sus hijos, ¿no es esto cierto?

—No, señor, de ninguna manera,—contestó Boronat, mintiendo con tan singular aplomo, que al propio don Guillermo le asaltaron vagas y remotas dudas.

—Entonces... francamente, renuncio á entender á ningún cristiano.—Encendió el cigarro, por habérsele apagado momentos antes, y añadió en un tono aún más fino y persuasivo si cabe:—Concretemos el asunto: con treinta y dos mil reales al año, señor de Boronat... compréndalo usted, es imposible que vivan en paz nuestros hijos, acostumbrados á ciertas comodidades que yo llamaría necesidades... Su hija de usted, Emilia, educada en medio del lujo y de la abundancia... no, vamos, no hay que seguir... ¿quiere usted pensarlo detenidamente?

—Si no lo tuviera pensado de antemano, mi mayor gusto sería complacerle... pero...

—Muy doloroso va á ser para mí tener que aconsejar á mi hijo una resolución de tal linaje, una solución necesaria, imprescindible, por las circunstancias en que usted me coloca...

—¿Y qué le vamos á hacer?... Las circunstancias vienen por sí solas, don Guillermo, no las inventamos nosotros...

—No hablemos más, señor de Boronat, si opina usted de ese modo. No hay que discutir más, y póngame usted á los pies de su señora. Usted ya sabe que me tiene á su disposición...

—Ya había cogido el sombrero y se dirigía hacia la puerta, cuando volviéndose de pronto, con una ligereza envidiable en persona de tal edad, se encaró con el banquero para decirle:

—Piénselo usted, piénselo mucho, caballero, por la felicidad de nuestros hijos y por la tranquilidad de nuestra conciencia...

Por el tono algo enfático y un si es ó no es irónico con que declamó esta última frase, atragantósele á Boronat, y repuso con risueña familiaridad, á tiempo que el cortesano abría la puerta:

—¡Ah! la mía, señor don Guillermo, está muy tranquila...

Después de acompañarle hasta la salida, volvió Boronat al gabinete y estuvo paseando

y fumando largo rato, fija su imaginación en una sola idea: ¿quién sería aquella persona tan allegada suya y casi, casi de la familia, que le había impuesto en el secreto de la compra, olvidada de puro vieja, de las dos casas pertenecientes á Eugenia? No acertaba á dar en el blanco ni aun aproximadamente. Barajó nombres de parientes, nombres de amigos, nombres de personas extrañas que podían saber algo... trajo á su memoria infinidad de recuerdos de aquella época lejana en que frecuentaba el cuarto de la calle de la Estrella, por ver si arañando y revolviendo tropezaba con el autor ó autora sospechosos... Pero fué inútil su trabajo. Al dirigirse luego al despacho, desesperado de no hallar luz por ninguna parte, le ocurrió llamar á Eugenia y comunicarle algo de lo que pasaba, sobre todo lo referente á la obscuridad de que se veía rodeado. Acudió aquélla en seguida al llamamiento de su marido, y encerrándose los dos en el gabinete le explicó la situación especial de ánimo en que le había dejado don Guillermo con la revelación de lo que él imaginaba ser un secreto para los extraños y aun para su propia familia. Palabra tras palabra, inadvertidamente, le fué contando lo sucedido, después de lo cual Eugenia pudo sospechar mejor de dónde podría venir el golpe, según sus cálculos.

—Pero no vayas á creer... no son cálculos —añadió la mujer,—porque ¿de dónde podría yo sacar las pruebas?... Esto á mí me ha ocurrido, así, de pronto, como una corazonada. ¿No decías que Emilia ha ido siempre que ha querido á casa de su tía? ¿y que el novio iba con ella? ¿y que los padres del novio iban también, porque tu prima Manuela sabe atraerse á la gente, y eso no hay que negárselo? Pues para creer que es ella la autora del cuento, con eso me basta...

—¿Y cómo lo ha sabido?

—El cómo será difícil averiguarlo; pero ella tiene muchísima trastienda, y no nos quiere bien ni á tí ni á mí. Eso tenlo entendido. Ya ves que siempre nos recibe con la boca llena de plácemes y de enhorabuenas. «¡Ay, qué guapa la encuentro á mi querida prima! Cada día más guapa... Nadie, nadie diría que el mejor día te vamos á llamar suegra...» Estas son sus expresiones cuando nos vemos, y lo que es á tí tampoco deja de lavarte la cara siempre que viene á mano. Y, sin embargo, nos aborrece, casi lo aseguraría... Lo que es en esto... nosotras nos equivocamos pocas veces.

—¡Qué exageraciones! En punto á sospechar del prójimo, todos nos llevamos poco, eso es lo que yo creo... Pero calla, calla... tú me haces caer en la cuenta de otro mal pensa-

miento; tú me haces recordar que en cierta ocasión, después de haberme quedado obligada una persona conocida por un gran favor, y no contándolo á nadie más que á la familia, este favor se comentó al poco tiempo hasta en el mismo Casino. Lo supo aquella persona, tuvimos un disgusto, me echó en cara la ligereza de mi proceder, yo sostuve haber cumplido la palabra de no revelarlo á nadie... en fin, un verdadero conflicto. Y ahora, pensándolo bien, con eso que tú indicas de la antipatía de la otra, empiezo á ver claro y me explico la cosa: ni mi madre; ni mi tío Alejandro Escuembre y su mujer, que estaban presentes; ni los muchachos, aunque algo oyeran, iban á contarlo al vecino; de modo que la única que pudo hablar de esto fué mi prima Manuela... Vamos, vamos, lo que son las condenadas coincidencias; ¡y yo, que ni por asomo me ocurrió sospechar entonces de ella! Vamos, vamos...

—Y ahora, otra cosa—dijo Eugenia interrumpiendo á su marido:—tú no habrás prevenido á Emilia para el caso probable de...

—Tienes razón, no había caído en ello. Hay que prevenirla; y como las cosas tratadas en caliente salen mejor, ahora mismo vas á avisarle, si te parece bien.

Llamada Emilia al gabinete, y una vez en

presencia de sus padres, se le hizo sentar, previniéndole de antemano que el consejo que iban á darle carecía por el momento de importancia. Reducíase todo ello á haber sabido extraoficialmente que el caballero Arturo Saura salía de Madrid por deberes del servicio, y no sería extraño que fuese esto motivo para interrumpir sus relaciones por tiempo indefinido. ¡Interrumpir! ¿por qué? al pronto no comprendía. Era Emilia de carácter tan desigual, que no conocía más que los extremos: ó bien tomaba hasta lo de mayor interés con soberana indiferencia, ó bien se arrebataba y enfurecía, poco más ó menos como cuando tenía seis años, rompiendo caprichosamente cuanto tenía á mano. Levantóse, pues, de la butaca, y dirigiéndose á Boronat le preguntó con loca precipitación:

—¿Quién ha traído á casa esa noticia? ¿el mismo Arturo? ¿su padre? ¿algún amigo? Eso es una barbaridad, ¡imposible! Le voy á escribir, le voy á poner de oro y azul. ¡Necesito una explicación!... ¡Qué motivo es ese para!... No, no, esto es una excusa, una farsa y nada más que una farsa.

—Calma, calma, señorita—repuso el padre acercándose á Emilia con afectada gravedad,—no hay que tomar las cosas tan á pecho ni tan con poca reflexión... Tú no escribirás á Ar-

turo ni á su padre ni á nadie, porque eso sería ponerte en ridículo.

—¡Claro, eso es, y yo esperaré tan tranquila á que me den el sofión del siglo! Eso está muy bien. ¡Pues no y no, y mil veces no! Le escribiré, y no tendrá otro remedio que venir... Esto es insufrible... Después que no fuí al baile del Real con mi amiga Amelia que estaba convidada, porque él no se enfadase... ¡Buen modo de agradecerlo!

—Vamos, hija mía, un poco de reflexión—terció á su vez Eugenia:—aunque tú le escribieras y se dignara venir... no estaría bien en una señorita de tu educación que se pusiera á regañar con su novio á gritos, lo mismo que las de las plazuelas...

—Pues á una señorita no se le cae ninguna sortija del dedo porque suelte cuatro frescas á quien se lo merece, eso es.

—Mira, Emilia—repuso el padre,—no siempre conviene decir esas cuatro frescas, ni ese es el camino, para conservar uno su puesto. Lo mejor que puede hacer una mujer en ciertos casos y contra ciertas ofensas es despreciarlas.

—¿Y cómo sabrá él que lo desprecio?

—Cuando vea que lo olvidas, que no contestas á sus cartas, ó que contestas con el silencio y la indiferencia.

—¡Toma! ¿pero á asunto de qué voy yo á despreciarlo?

—Esto en el caso de que se realicen nuestros temores, de que salga cierto eso de dar por terminadas vuestras relaciones por cualquier motivo que sea. ¿Tanto interés tienes tú por ese joven? ¿Crees que una señorita de tus condiciones no va á encontrar adoradores de más valía? Nada, nada, tu papá está decidido á hacer por sus hijitas todo género de sacrificios. ¿Qué responderías tú si te dijera un día de éstos, el domingo por ejemplo: el coche espera en la puerta á mamá Eugenia y á la señorita Emilia para ir á paseo á la Castellana?

—¡Por Dios, papá, en domingo es un poco cursi! ¿Pero eso es verdad... vamos á tener coche?... ¡Tendremos coche, qué alegría! No sabes lo que te lo agradezco sólo por darle en la cabeza á ese monigote. Pero oye, papá, yo he pensado que si él me escribe como yo merezco, con muchísima finura... debo contestarle en el mismo tono...

—No: si recibes carta suya, tú me la entregas á mí; y después de enterarme si puedes leerla, contestamos los dos, es decir, le pones lo que yo dictaré, que no será ningún despropósito.

—Eso no me gusta, papá, no me gusta de ningún modo... Parece que desconfías de tu

hija... Además, yo veo que en las comedias las muchachas se guardan las cartas y nunca las entregan á sus papás, señal de que eso es lo más frecuente.

—En las comedias sucede siempre lo que los autores quieren; en el mundo, hija mía, las cosas pasan de muy distinto modo.

—Queríamos evitarte una desazón, era por eso—añadió Eugenia,—porque en todas estas complicaciones y contratiempos lo más doloroso es la sorpresa, desengáñate... Tu papá comprende demasiado á lo que te expones obrando por tí sola, y te aconseja lo mejor.

—Bueno, bueno, convenidos. Por esta vez pase; pero francamente te lo digo, papá, no me gustan los secretarios... Ya no es una tan chiquilla que no sepa contestar á una carta.

Boronat hizo como que no entendía bien, empezando á pasear á lo largo del cuarto, y únicamente Eugenia, por complacencia y bondad de carácter, tuvo que contestarle:—Bien, Emilia, como tú quieras.

XVI.

ESCARAMUZAS.

Como era de esperar, á los pocos días de la entrevista de don Guillermo con Boronat, se recibió la carta del novio en casa de este último. Curiosísimo era este documento privado, que debía ir sin duda al cesto de los papeles rotos para evitar que Emilia tropezara con él, pero cuyo contenido no han de ignorar nuestros lectores. Probábale el capitán en ella, refrescando la historia y comienzo de sus relaciones, que lo primero que había buscado era la persona; probábale que ignoraba desde luego su posición, y que aunque la supiera desde el primer día, la cuestión de intereses sería siempre secundaria para una persona de carrera, de una carrera de tanto porvenir y brillantez como la suya. Supuestos estos antecedentes, debía comprender que su retirada no obedecía á un en-

friamiento repentino de su cariño, ni mucho menos á la segunda causa, sino á un cierto puntillo de honra que no era para apuntado en una carta. Que le dispensase si tomaba esta triste y dolorosa determinación; pero que se veía obligado por fuerza mayor, por circunstancias especiales, por la voluntad de personas de su familia, que Emilia respetaría siempre, cualquiera que fuese el móvil de las citadas personas. Por último y como resumen, esperaba que le contestase si era capaz de seguir sus propias inspiraciones y obrar por sí misma, con entera libertad de acción, en el caso de ser éste el óptimo remedio para su felicidad.

Cuando Boronat leyó semejantes insinuaciones, rasgó en cien pedazos el papel, resuelto á sostener su autoridad de padre, á pesar de todas sus anteriores y funestas condescendencias. Después de comer, pasó con Emilia al gabinete, y cerrando la puerta, la hizo sentar á su lado para explicarle el motivo de aquella llamada aparte. Sí, efectivamente, había recibido la consabida carta del caballero Arturo; pero de tal modo faltaba en ésta á las nociones más elementales de buena educación, que sin poder contenerse la hizo cien mil añicos... En vista de un proceder, indigno de su anterior comportamiento, y, aún más que todo, inadmisible entre personas de buena sociedad,

debía considerar aquellas relaciones como terminadas, ó en todo caso, como suspendidas hasta la aclaración del enigma. ¿No parecía un enigma aquella salida de tono? Oyendo esto Emilia empezó á sulfurarse. «Esto no era lo convenido... Ella quería enterarse también de la carta, porque se había escrito para ella. En cuanto á romperla, no creía que su papá se hubiera propasado hasta este punto...» Boronat tuvo que llamarla al orden. ¿Qué significaban estas palabras en boca de una señorita tan distinguida y finamente educada?... Parecíale feo y ordinario que una hija tan querida como ella calificase los actos de su padre con la misma libertad con que calificaría los de cualquier sacasillas... Pero en lugar de calmarse con estas razonables advertencias, la señorita Emilia tomó un berrinche de los mayores que había tomado en su vida. Contestó muy mal, se descompuso y salió escapada del gabinete llorando y repitiendo que iba á hacer un disparate ó á morirse de pena. Boronat le alcanzó en el pasillo y allí se les unió Eugenia, que ya presumió lo que sucedería, conocido el carácter de la señorita y su voluntad virgen todavía, por falta de una madre que le sentara las costuras.

Entraron todos en el cuarto de la hija, que seguía empeñada en conocer el contenido de

la carta del novio, cosa imposible de todo punto y que costó muchísimo hacérselo comprender. Lo que decía después Eugenia hablando de esto mismo con su marido: «Vaya una idea que tiene formada la chiquilla de la veracidad de su padre.» No quería creer de ningún modo que éste hubiese roto la suspirada carta. Por último, dándose por convencida y pasados aquellos primeros momentcs de furiosa demencia, presentóse el período, no menos temible, del reconcomio. Encerróse en un hosco enmudecimiento, volviendo la cabeza á otro lado cada vez que Eugenia ó su padre le dirigían alguna pregunta, y negándose á salir de su cuarto para recibir á nadie, ni aun para cenar cuando llegó la hora de sentarse á la mesa. Al ver su puesto vacante, preguntó doña Balbina por ella, y enterándose del motivo, se acercó al cuarto y la llamó dos ó tres veces desde la puerta; pero ni por esas. Entonces se decidió á entrar para convencerla con esa cariñosa influencia de la abuelita que ha tenido tantos mimos y tantos halagos para su nieta. Por supuesto que fué inútil, porque no consiguió arrancarla de la silla donde estaba sentada.

Boronat, que aún no había perdido su antiguo buen humor, le dijo á su madre cuando salía:—¿Lo ve usted? le ha tratado á usted como trataria á su suegra.

Al otro día aún le duraba á la señorita el reconcomio y la mala cara y la singular manía de considerarse como enferma, para no moverse de su cuarto. Su padre, por cansancio y por atender á otra clase de asuntos, y Eugenia, por falta de autoridad y sobra de miramientos, consintieron que hiciese su capricho enmudeciendo ó arrinconándose por todo el tiempo que lo tuviera á bien. No obstante, al llegar la hora de comer, ó poco antes, entró Eugenia á acompañarla, de igual modo que si la considerasen en la familia como enferma. El objeto principal era darle alguna más luz sobre lo ocurrido, pues no se le ocultaba al buen sentido de la alicantina que si el primer día fué conveniente no mostrarle los resortes interiores de aquella complicada máquina, ahora sería ya peligroso cerrar todas las puertas á su curiosidad.

—Es preciso que comprendas, hija mía, que tu papá no va á tener ningún interés en desazonarte—le dijo aquélla, viendo que la señorita se dignaba escuchar algunas ligeras reflexiones que le sirvieron de preludio.—Precisamente lo que se trataba era de evitarte el arrebato que hubiera podido ocasionarte la lectura de la carta... Á tu edad, con el apasionamiento con que las muchachas tomáis estas salidas de tono, ¿no era natural que te disgus-

taras atrozmente? Créelo, Emilia, vale más precaver y dejarse guiar por las personas de experiencia, que no meterlo todo á barato y contestar á un despropósito con otro...

—Yo no hubiera contestado con un despropósito.

—Ahora no, ciertamente, que no contestarías un despropósito; pero en el primer momento... ¿quién está libre de cometer una ligereza? Fué, pues, el caso que al día siguiente del cumpleaños de la abuelita, estuvo aquí don Guillermo hablando con tu papá. Venía á tratar de tus relaciones con su hijo, y con este motivo empezó por imponer ciertas condiciones que no podían admitirse entre personas de algún criterio.

—No me habíais dicho nada de eso—repuso Emilia saliendo de aquella voluntaria inercia en que había caído.—¿Y qué condiciones imponía?

—Hablando de tí para mí, como mujeres que somos, yo no juzgo el móvil que haya tenido la familia de tu novio para dar este paso. Lo primero y principal, porque no les ha tratado con intimidad... pero según me contó tu padre, parece indicar que, para ellos, no hay otra cuestión que la cuestión de intereses... Y esto, por mucho que se dore la píldora, ya comprenderás si ofendería á tu padre, á un

padre que por cima de todos los intereses del mundo pone la persona de su hija.

—Sí, ya, comprendido; venían á saber lo que mi papá me daba de dote, ¿no es eso?

—No, mujer, no venían por la materialidad de saber el tanto, y el cuánto, y el día, y la hora en que había de entregarse, sino á calcular, á explorar el ánimo del padre, á imponer ciertas condiciones: nada, que no hubo medio de que se entendieran. Tu papá decía hoy bien: «Si esto es ahora cuando el novio y la familia deben hacerse de mieles, ¿qué será después, cuando las cosas ya no tengan remedio?» Por eso también esperábamos que mejor que escribirte, viniera el novio en persona á darte cuenta de las gestiones de su papá. Claro es que se le hubiera recibido como de costumbre, porque no quita lo cortés á lo valiente, como reza el refrán...

—Cuando vea que no le contesto, de fijo que viene.

Esperanzada con esta idea la señorita Emilia, dió muestras de haber entrado en una tranquilidad relativa de espíritu, saliendo á comer con todos, como los demás días, si bien conservando cierta tendencia al enmudecimiento, que es como el que se queda á la defensiva delante del enemigo. Boronat miró á su mujer de un modo particular dos ó tres ve-

ces durante la comida; y entendiendo ella por lo que se le dirigía aquella repetida felicitación, se sonrió disimuladamente, pues no había que confiar mucho á pesar de su triunfo. Y, en efecto, esta conformidad y sosiego de la hija duraron dos ó tres días, todo el tiempo que esperó recibir la visita del caballero Arturo Saura de los Campos. Esto pasaba en jueves; el sábado ya no había quien sufriera su mal humor, la acritud de su gesto y la rebeldía de sus nervios, que empezaban á hacer de las suyas. Desde luego se hubiera conseguido bastante empleando el sistema de las contemplaciones, de una paciencia á toda prueba, si no se hubiese complicado el asunto con la venida de Adolfo convertido en alférez.

La noticia de la venida suspendió por de pronto las hostilidades. Emilia, Boronat, Eugenia y Pepita, unidos á sus tíos doña Rosa y don Alejandro Escuembre, bajaron con gran algazara á la estación del Norte para esperar al insigne general, como le llamaba el citado señor don Alejandro cuando estaba de broma. Con doña Balbina no hubo que contar, porque no se hallaba en condiciones de molestarse para nada ni de agitarse lo más mínimo, transformada en una gran masa de carne que se iba achatando por los polos y ensanchando por ambos hemisferios. Obligábale á esta cuidado-

sa parsimonia en lo de andar, salir de casa, conmoverse ó impresionarse moralmente, los ahogos del asma iniciado hacía ya largo tiempo. Se le indicó, pues, con bastante anticipación la llegada del nieto y se habló repetidas veces de éste, fijando poco más ó menos el día; de modo que al encontrárselo delante fué como el suceso más natural del mundo. Agotado á los dos ó tres días este continuo cambio de impresiones, como ahora se dice, una noche aguardó Emilia á su hermano, le hizo entrar en su cuarto y le contó las peripecias de sus relaciones con Arturo y el desenlace tan inesperado por culpa de no se sabe quién...

—¿Has hablado de ese asunto con tía Manuela?—le preguntó en seguida Adolfo.

—Tía Manuela tuvo que salir de Madrid para acompañar á tío Atilano, que estaba enfermo en Granada. Pero ya ha vuelto.

—Entonces mañana te vienes conmigo y pasamos allí la tarde... es decir, no, mañana no puedo: nos reunimos unos cuantos amigos en el *Colmao* del señor Paco á beber unas cañitas...

—¿Y qué es eso del *Colmao?*—se apresuró á interrogar Emilia, que nunca había oído pronunciar tal vocablo.

—Pues es un cafetín ó casa de comidas, don-

de se sirve y se guisa á la andaluza. En Málaga hay muchos, según dice Quiroga; pero aquí, ni uno para un remedio. Ese nombre se lo ha puesto el amo de la casa á donde vamos nosotros, y que está en los barrios bajos; porque el amo es andaluz, tiene una manzanilla de primera, y sabe freir unas pescadillas, y preparar un gazpacho mejor que el propio Manolito Gázquez si se metiera á cocinero. De manera que pasado mañana cuenta conmigo.

No había quedado el señor alférez con mucho humor de hacer visitas después de la que corrió con sus camaradas en casa del señor Paco; pero la impaciencia de Emilia le obligó á cumplir lo prometido. Cuando ésta muy compuesta, con su traje corto de cachemir y su sombrerito de paja á la *Maintenon* y su gran sombrilla, se presentó á Boronat para indicarle que se iba á visitar á su tía Manuela, asaltóle al momento la idea sugerida por su mujer de aquella mala voluntad que les guardaba en el fondo de su pecho, y estuvo á dos dedos de negarle el permiso. Sin embargo, no se atrevió á contrariar á su hija, no teniendo á mano un pretexto que disimulase la verdadera causa de su negativa.

«Hay que pensar en esto, pero seriamente,» se dijo el banquero al ver marchar á los dos hermanos risueños y decididos como los

que van á negocio hecho. Antes de llegar á la calle del Colmillo, Adolfo se volvió á su hermana con el recelo del que perdió alguna cosa que no halla en su bolsillo, y se expresó así:

—¿Sabes de qué me acordaba ahora mismo?... De que papá se ha quedado algún tanto pensativo cuando le dijiste que nos íbamos allá. ¿Habrá sospechado la que tramamos?

Que sospechara ó no, á ella le interesaba más que á nadie el saber la verdad, y no había de pararse en escrúpulos de monja ni en ir averiguando la cara que los demás le ponían. Subiendo luego las contadas escaleras del entresuelo que habitaba su tía, vieron bajar á su excelente amiga doña Elena, cuya hermosa fisonomía era muy bastante para disipar los efectos de cualquier mal tropiezo. Alegráronse, pues, de encontrarla en dirección de la calle, porque de este modo disfrutarían de una mayor libertad para hablar de sus asuntos.

Á la amable tía la halló Adolfo en el mismo sér y estado de floreciente madurez, buen color y macizas carnes, como antes de entrar en la Academia. Sin embargo, en el fondo de su corazón sentía nuestra señorita cierto malestar motivado por diversas causas, entre las cuales pudiera contarse esta misma plenitud de vida y de robustez que debía emplearse en grandes y múltiples faenas. Á ratos, quedán-

dose sola en su cuarto, parecíale echar de menos alguna cosa, y le dominaba una cierta tristeza, muy semejante á la del prisionero que recuerda los tiempos de envidiable libertad. Otra de las causas provenía, sin duda alguna, de la escasez de medios con que contaba para hacer prosperar aquel capitalito, que en manos de Boronat hubiese crecido acaso como la espuma. Pero en las suyas, ¿cómo esperar la deseada multiplicación? gracias que se conservase incólume, que no era poco. Sus miras de grandeza, de bienestar, de comodidad eran vastas, y cabía suponer que hubiera sabido realizar estos grandes planes contando con una renta anual de siete mil duros.

Hay que mencionar otro gusanito de los que le roían interiormente su amor propio. Esto nos enseñará que no sirve poseer un alma grande ni ser descendiente de héroes como los Díaz de Vivar, Paredes y Mendozas, para no caer en ciertas miserias y pequeñeces propias de gente pusilánime. Al aproximarse á la cuarentena había notado nuestra señorita, con repentino espanto, que el vello de su labio superior crecía algo más de lo debido... Tres meses después, examinado el fenómeno con minuciosa atención, se convenció de que el vello continuaba creciendo. «Pero ¿por qué crecerá?» se preguntaba de pronto, sin encontrar contes-

tación lógica y razonable. Durante los primeros días nadie podrá formarse idea de la mortificación, del mal humor y de la rabia que experimentó la sorprendida señorita. ¿Llegaría este prodigioso crecimiento hasta el abuso, es decir, hasta que la gente viniera á confundirlo por su parecido con el bigote del hombre? Al principio esta sola idea le ponía los cabellos de punta. Pero transcurridas algunas semanas, la visión diaria del fenómeno, la poca luz del entresuelo y la buena educación de las personas que la visitaban, que nunca repararon en tal cosa, la fueron acostumbrando á las mordeduras de este invisible gusanillo.

Risueña y amable en apariencia, la señorita Manuela hizo entrar á sus sobrinos en el gabinete, y les preguntó si le traían alguna buena noticia. Hacía pocos días que había llegado de Granada y estaba deseosa de saber algo nuevo y algo que también fuese bueno. No era mucho lo que ellos traían; pero como cosa fresquita y que coleaba, aún podía aceptarse. Con esto entraron en conversación íntima y como de familia, y Emilia le contó á su tía aquel misterioso suceso de sus relaciones que hubieron de quedar cortadas por la imposición de ciertas condiciones inadmisibles, según su papá.

—No he oído hablar de eso—repuso la amable tía;—pero antes de marcharme á Granada

estuvo en casa un amigo de don Rosendo, que conoce bastante á los señores de Saura, y me los puso en las nubes como personas formales, generosas y cristianas. «Y de afición al dinerillo, ¿qué tal andamos?» le pregunté así, como de pasada, porque tengo con él alguna confianza. «No son interesados ni poco ni mucho, me consta. Y á pesar del carácter desenfadado de Arturo, sé que nunca le ha dado, como á otros jóvenes, por buscar novia rica.»

—Es verdad: cuando una persona es interesada, no sabe hablar de otra cosa que de dinero—afirmó la sobrina.

—En cuanto á las condiciones que trataba de imponer su padre, también recuerdo otra idea de ese amigo mío, que me parece de perlas. Decía este sujeto, hablando de los matrimonios del día, que son muchísimos los padres que andan equivocados. Á la altura en que nos hallamos, las exigencias y las necesidades sociales han crecido portentosamente. Hay que convenir en esto. Pues bien: algunos papás, de buena fe, se figuran que nos hallamos todavía en los tiempos de Maricastaña... y eso es una ilusión. ¿Qué dote piensan dar á sus hijitas el día que se casen?... pues cuatro vestiditos, cuatro trapitos nuevos, cuatro chucherías, unos cuantos miles de reales y un almacén de ropa blanca, como se estilaba antiguamente. Eso sí,

mucha ropa blanca, que no quepa en los baúles, armarios y cómodas de la casa. Y yo les preguntaría á estos señores: «Habiendo dinero en caja, señores míos, ¿creen ustedes que les va á faltar á los novios ropa blanca?»

—Tiene gracia la tía hablando de ropa blanca...—expresó el sobrino sonriéndose y montando una pierna sobre otra, algo aburrido en realidad de estos pormenores domésticos.

—No sé por qué se me figura que tu papá propende hacia ese modo de entender las necesidades del matrimonio. No digo que ande con miserias ni se muestre con su hija poco generoso; sospecho únicamente que lo que él juzgue como un buen regalo de boda, lo estimen los otros como tacañería, ¿comprendes?...

—En último resultado, lo que ésta debe hacer es escribirle á Arturo y pedirle explicaciones—terció Adolfo con alguna brusquedad, dirigiéndose luego á su hermana.—La excusa la tienes en haberse extraviado su carta antes de llegar á tus manos. Á tí, que eres la interesada, te conviene saber las condiciones impuestas por su padre. ¿Qué condiciones son esas? ¿Son aceptables ó no? Á ver, salgamos pronto de dudas, ¡qué diantre!

—Á papá no le gustará que yo le escriba sin ver él antes la carta.

—Papá tiene bastante con sus negocios para no entrar en cavilaciones con todos los nuestros. Además, ¿somos tan chiquillos ó tan idiotas que no sepamos distinguir, ni elegir, ni aceptar lo que nos conviene?

—Yo en eso no me atrevo á aconsejaros— intervino la amable tía, dando á sus palabras cierto tono de estudiada gravedad.—Al padre siempre hay que consultarle en estos asuntos de interés general para la familia... pero me extraña también que no te enseñara la carta de Arturo, ni te permitiera contestarle, como parecía lo natural.

—Nada, un desastre; que si no estaba *guillao*, como dice Quiroga, le faltaba muy poco.

Á este punto se oyeron los pasos lentos y suavísimos de doña Elena, que se acercaba á la puerta del gabinete, y se cambió al momento de conversación. Adolfo salió á invitarla para que entrara á donde ellos se habían reunido, si era esa su intención, como así lo hizo, en efecto, la bondadosa señora.

Al obscurecer se despidieron los dos hermanos de su tía, prometiéndole otra próxima visita, y Adolfo, después de acompañar á Emilia y comer de prisa y corriendo con la familia, se encaminó al café de Fornos. Quiroga, Cubero, el pintor Larrea y otros compañeros de Academia le esperaban para tomar café, y

hacer todos en pelotón algunas visitas domiciliarias. Aquella noche, sin embargo, se dividieron en dos grupos: el primero se dedicó á callejear; el segundo, compuesto de Quiroga, Adolfo y Larrea, siguiendo por la calle de Peligros, tomó luego la del Clavel para salir hasta el número sesenta y tantos de la de Fuencarral. Ya recordará el lector que en un modestísimo cuarto tercero vivía doña Milagros, con sus tres floridos vástagos, Ángeles, Concha y Luisa. En este cuarto precisamente se presentaron al poco rato los tres amigos Quiroga, Adolfo y Larrea. Este último, pintor que empezaba á ser conocido entre los buenos coloristas, se había encontrado varias veces con Ángeles en el Museo, y no le pareció mal á ella verse acompañada por uno del mismo arte. Concha había sido recomendada á Quiroga por un paisano suyo, un muchacho andaluz á quien solía saludar en el picadero del Arco de Santa María. Fué el tercer novio que llegaba hasta la puerta de su casa; pero Quiroga, que era el cuarto, se unió á Larrea, y consiguieron entrar en la habitación y acompañarlas al café, convidando, como era lo correcto, á mamá Milagros. Recostados en los asientos ó apoyados en las mesas, la conversación se hacía general, porque la charlatana de la madre, después de despacharse á su gusto, les

buscaba á los novios las cosquillas para pasar el rato más entretenida.

Al salir luego de la casa los tres reunidos, les decía Quiroga:

—¿Pero habéis reparado lo que habla este respetable modelo de buenas madres? Lo peor del caso es que no pertenezca al gremio de los que se duermen.

—Pero ¿cómo? si ha de gobernar el mundo, —añadía el pintor.

—Es una imaginación volcánica.

—Yo la llamaría una imaginación no muy bien alimentada: me huele á cocido de casa de huéspedes, sin principio y sin vino.

—Sin embargo, la mujer no abusa.

—No, ni abusa ni se duerme.

Luisa asistía con sus hermanas á estas ligeras refacciones tomadas en el café á primera ó á última hora, y que, por lo presente, no llegaban á cena, como había indicado Larrea con aquella expresiva frase de «la mujer no abusa.» No eran tales convites de su agrado, porque se veía objeto de atenciones que no podía rechazar ni aun mostrar completa indiferencia. Su carácter no se lo consentía, y, por otra parte, sus hermanas mayores y su propia madre parece que celebraban con indirectas y bromas esta declarada preferencia de Adolfo por ella... Se reían de su timidez, de su igno-

rancia y aturdimiento cuando en estas primeras noches de verano, al son del piano que tocaban en el piso segundo, se improvisaba un baile, con aplauso de la mamá, que debía estar loca algunas veces. Los amigos la invitaban á dar tres saltitos de polka, y ella aceptaba gustosa con tal de animar la reunión. No habían de ser todos como la sosona de Luisa, que tenían que sacarla á la fuerza ó poco menos, que enseñarle á mover las piernas, á llevar el compás y aun á sostenerla para que no se cayera después de unas cuantas vueltas de wals. Con los balcones abiertos se oía perfectamente la música de las vecinas; pero las noches que se suprimía, sacaba Quiroga las cartas y se improvisaba una banca, muy del gusto de doña Milagros, que solía ganar casi siempre. Otras veces para hacer boca, como decía el caballero teniente, se jugaba al mus ó á la brisca, poniéndose ellos de acuerdo, ó bien para hacer disimuladas trampas, ó para dejarse ganar por sus novias. Después discurrieron la moda de bajar al Prado y buscar sitios obscuros, lejos de las farolas, aunque, á decir verdad, no había que buscarlos con gran empeño, porque siempre fué este paseo de noche morada de obscuridad y tormento de los miopes.

Con todas estas bromas, bailoteos y *jugues-*

cas, ellos se divertían en grande y divertían á las muchachas, que cada vez les toleraban mayores libertades. Y tanto era así, que doña Milagros tenía que interponer su veto en determinadas ocasiones para evitar que ciertos jueguecitos de manos degeneraran en entretenimientos tan indiscretos como peligrosos. Quiroga, que era el mismísimo demonio en esto de inventar jugarretas y recordar frases de doble sentido, siempre que llegaban estos casos de apretujarse en el sofá del comedor ó por algún rincón, y ante los cuales la mamá ordenaba la inmediata separación de sexos, reponía muy serio:—Pues puede decir usted como el fraile que encargó la apoteosis de su Orden á un célebre pintor: las vírgenes á la derecha y los confesores á la izquierda, porque como todos traen faldas...

—Bien, bien, déjese usted de cuentos, y á lo que estamos.

—Señora, aquí no hay más faldas que las que gastan estas señoritas; de modo que... no veo la confusión, esa híbrida confusión que tanto crispa sus nervios.

Otras veces, según el humor, le daba por contestar á estos dichos irónicos de Quiroga con lamentaciones que no podían venir más fuera de tiempo. ¡Qué suerte más desdichada la de una pobre viuda!... No existían de fijo

en Madrid dos mujeres de peor *sombra* que la suya. La época de la abundancia y de la felicidad había pasado ya para ella. ¡Ah, en su casa, hacía diez años cabalitos, viviendo su marido, qué de reuniones y de saraos y de convites!... ¡qué de cositas buenas! ¡qué de caprichos satisfechos á pedir de boca!... ¡Ay, Virgencita de mi alma, aquello era lo que había que ver! ¡Y todo tan limpio, tan pulido, tan rebonito, lo mismo, lo mismo que un ascua de oro! ¡Qué casita la suya, qué patio y qué jardín! Á lo cual respondía Quiroga en idéntico tono:

—Sí, señora, sí. ¡Qué país, qué paisaje y qué paisanaje!

Para sus miras particulares hallaban muy en su punto las lamentaciones de la pobre señora, y le respondían con mucha seriedad que allí estaban ellos para acudir á sus cuitas y sacarla de cualquier apuro: «Señora, le decía Quiroga, yo no tengo más defecto que saber gastar bien el dinero. Pero éste es un defecto natural, porque mi padre es rico, mi hermana está casada, y yo, por naturaleza, soy generoso; á mí me dan *guita*, y naturalmente... ¿qué voy á hacer? pues lo más natural: gastarla.» Otras veces entraba en tanda Adolfo, que se explicaba por el mismo estilo: «Mi papá es banquero: excuso á usted decirle que si maña-

na necesitase alquilar un cuarto para cualquier negocio mío, no habían de faltarme veinte mil reales ni dos mil duros tampoco.»

Oyendo estas galanas cuentas, doña Milagros lanzaba un tremendo suspiro, expresivo y ruidoso, que no parecía en gran concordancia con los antecedentes aristocráticos de su progenie ni con el medio ambiente en donde se habían realizado aquellos magníficos saraos, convites y festines de que se hacían lenguas la mamá y las niñas.

—Mire usted—decía por su parte el pintor Larrea, que era algo extravagante en el vestir y tenía el tipo del poeta agreste y melenudo de la buena era romántica,—mi papaíto no es banquero, ni creo que me amanezca ningún tío rico que me apedree con onzas de oro. No aguardo nada de mis parientes, ni de los afines ni de los consanguíneos, ni de los ascendientes ni de los colaterales, y observen ustedes de paso qué bien me encuentro de numismática. Pero yo le aseguro á usted, doña Milagros, que el día que consiga tener un buen modelo, un modelo como su hija Concha, pongo por caso, ese día me hago yo de oro. Ni más ni menos. Yo sueño con una Venus moderna, púdica, risueña, que reuna la espléndida hermosura, la perfección soberana de la griega, á la exquisita gracia, á la femenina sen-

sibilidad de nuestras paisanas... ¿He dicho algo?... Y así como ahora están de moda los *cuadritos de género*, yo haré lo mismo con las Venus modernas, estas odaliscas cristianas que hablan al alma, á los sentidos, á la imaginación, á los ojos del vulgo y á la contemplación de los artistas... Para esto, señora mía, necesito tener un modelo acabado, de casta desnudez, un primor de color y de dibujo, y ver carne fresca, blanca, sonrosada. ¡Mucha carne, señora, mucha carne!

—Cállese usted, hombre de Dios, y no diga usted disparates—gritaba enojadísima doña Milagros, tratando de ahogar con sus voces sonoras de contralto las palabras de Larrea.—¡Que siempre haya usted de venir con retóricas de esta clase! Pinte usted demonios desencadenados, si quiere; pero guárdese usted sus pinturas para su uso particular.

Adolfo y Quiroga no podían contener la risa siempre que el novio de Ángeles la tomaba por este lado, comprendiendo la intención diabólica que le guiaba, y observando la cara de rabiosa inquietud y cómico arrebato de doña Milagros.

Ésta, por su parte, viendo que sus diligencias y correrías daban tan poco de sí, entraba en grandes cavilaciones... pensaba en los apuros pecuniarios que traerían estreche-

ces á que no estaban acostumbradas sus niñas; aquel antiguo color de rosa que tuvieron los cristales con que miraba las cosas de este mundo, íbase borrando paulatinamente para ser reemplazado por un triste color de humo que las ennegrecía. Por estas preocupaciones, sin duda, no echaba de ver que las distancias se estrechaban entre sus hijas y los novios, siendo cada día mayor y más temible el peligro. Acaso confiaba demasiado en la fortaleza de ellas, que sabían lo que es el mundo, después de los dos ó tres años que se iban y se venían solas por todas partes; pero una cosa es la malicia y otra la reflexión. No reflexionaban mucho las dos mayores, que aceptaban todo, lo bueno y lo malo, con tal de divertirse.

La que más sufría era Luisa, que se veía obligada á tolerar los galanteos de Adolfo. Ni se atrevía á escribir á la única persona en quien ella pensaba, ni á poner insuperable valla á las demasías y libertades del mejor amigo de la familia, según opinión de sus hermanas y de su propia madre. Aquellos diez y seis años sin ninguna experiencia de la vida, aquel hermosísimo carácter tan á propósito para ser guiado y sostenido por una experta mano, más que detener, incitaban al hombre que se cruzase en su camino con un mal pensamiento. Ley triste, inexorable, terrible, pero no menos

cierta por eso. En las aproximaciones humanas, el más fuerte siente aumentarse y crecer desmedidamente su apetito entre las zozobras, las vacilaciones y las protestas sin fuerza de su víctima. Era una batalla diaria la que debía sostener con su natural timidez y con el propósito nunca realizado de confesar la verdad y luchar contra la corriente. Hacía algunos meses que su hermana Concha le había cogido una carta de Eugenio, que Luisa recobró al momento, pero que bastó para que las hermanas y los tres caballeritos le diesen una fuerte matraca. Entonces Luisa, para evitar que las sospechas de cartearse con un hombre no se confirmaran, escribió á Eugenio suplicándole que por espacio de dos meses interrumpiese la correspondencia. Les convenía esta interrupción, según decía ella, porque sus hermanas la mortificaban con sus bromas y estaban empeñadísimas en cogerle una carta. Había jurado que no saldrían adelante con su capricho, y de aquí la idea de que no se cruzara entre ellos ni una sola. Estos caracteres tímidos suelen ser hábiles para inventar estratagemas y ardides sin transcendencia ni malicia. Prefieren envolverse en simples telas de araña, á escupir al rostro de su perseguidor una palabra amarga mezclada con algo de bilis.

Una de estas noches, al volver Adolfo á su

casa, entre doce y una, halló á su hermana Emilia que le esperaba en su gabinete, para hablar de aquel interesante asunto de sus relaciones. En cuanto estuvo dentro cerró ella la puerta y le enseñó la carta que se había recibido al mediodía, y en cuyo sobre se leía: «Señor don Adolfo Boronat.» Hubo de valerse de esta artimaña para que ni Eugenia ni papá Juan José sospecharan la procedencia de la cartita. El capitán Arturo reproducía en ésta las protestas de su desinterés, las quejas y las reticencias de la anterior, con el sentimiento de haber comprendido que no era ella tan dueña de sus acciones y pensamientos como creyó al principio. Existía, además, en la familia una cierta persona, que, á juzgar por sus presentimientos, debía oponerse secretamente á la realización de su matrimonio, á la felicidad de los dos. Si el padre no había mostrado preferencia por su primogénita, sino todo lo contrario, debíase acaso á los consejos y reclamaciones de la antedicha persona, que para su desdicha influía poderosamente en su ánimo.

—Lo que se desprende de esa carta—dijo Adolfo después de haberla oído leer á su hermana,—no es ni más ni menos que lo que murmuraban en casa de las de Arriaga de un cierto viudo comerciante y amigo de su padre.

Todo eran dificultades y tropiezos para casar á la hija, una hija única que tenía, por parte de su madre, veinticinco mil duros. ¿Y en qué consistía? Pues nada: consistía en que no le parecía bien al hombre soltar veinticinco mil duros de un golpe.

Aun dada la frialdad de su temperamento, no pudo evitar Emilia un cierto rubor que asomó á su rostro al escuchar la formidable acusación de su hermano, tan sin rebozo formulada. Además era ella la interesada, y cabía suponer que participase de la idea de aquél cuando la aprobaba con su expresivo silencio. Al pronto, pues, pareció como que se avergonzaba, y hasta quiso mirar el asunto desde otro punto de vista; pero luego empezó á tomar cuerpo el rencorcillo, la vanidad ultrajada de una señorita que se considera pospuesta á otros intereses y á otras personas, y no hizo más sino expresar una duda del momento.

—¿Y qué crees tú que debemos hacer?

—Si quieres yo hablo mañana á papá de este asunto. Tanteo el terreno, ¿sabes? le pongo en el caso de explicarse con alguna más claridad... le pinto tus deseos de que las cosas marchen en buen sentido... Nada, chica, nada, que le suelto el perro, como dice Quiroga.

Al otro día, ya eran las diez de la mañana cuando Adolfo se levantaba de la cama con el

propósito deliberado de transformarse en una avanzada, observar al enemigo y caer sobre él en el momento más oportuno para sorprenderle. Boronat lo recibió, en efecto, con cierta sorpresa cuando se vió asido del brazo por su hijo, que lo llevaba al cuarto próximo al despacho, donde se trataban los grandes negocios. Una vez dentro, explicóle el objeto de aquella conferencia, que debía ser un secreto para los dos, pues él, hermano cariñosísimo, hablaba allí por su cuenta, en interés de su pobre hermana, que algo le había indicado de lo sucedido.

—Á mi juicio, no hay un obstáculo insuperable por ninguna de las dos partes—afirmó Adolfo:—es, pues, natural que las relaciones continúen.

—Imposible de todo punto. Don Guillermo, el mismo padre, vino á casa y empezó á plantear el problema con exigencias de tal género, que fuera trabajo perdido seguir adelante.

—¿Y no podría saberse á qué especie pertenecían las exigencias de ese caballero?

—Pero, hombre, ¿te has convertido en abogado del novio? Porque, de otro modo, no acierto á comprender tu curiosidad. ¿No le bastan á Emilia las explicaciones que yo le dí? ¿No tiene confianza en la experiencia, en el afecto y en los buenos deseos de su padre?...

—Yo sólo puedo decirte una cosa—contestó el hijo plantado en medio del cuarto, con una cierta arrogancia que no cuadraba mal á su estatura y á su aspecto de militar tronera y desenfadado:—que si yo, Adolfo Boronat, ocupara el lugar de mi hermana, contaría desde luego con la experiencia, el afecto y los buenos deseos de mi padre; pero contaría, en primer lugar, con mi conveniencia y con el interés que debe tener uno mismo en acertar con lo mejor.

—Perfectamente, con tu conveniencia: ¿y la de la familia?

—Permíteme: es que cuando uno acierta para sí, acierta para todos, porque eso está en el interés general de la familia. ¿Le conviene á Emilia? pues nos conviene á todos.

—No, señor, ni á ella ni á nosotros. Si el caballero Arturo no había enseñado hasta el presente la oreja, vino su padre y la enseñó bastante. Bajo ningún concepto nos conviene estrechar las relaciones, esas relaciones que tú patrocinas, con la familia de don Guillermo. Es lo único que debo contestarte, y hemos terminado.

—No, papá; si no me equivoco, creo que es ahora cuando empezamos.

—¿Qué significan esas palabras?

—Significan que mi hermana quiere juzgar por sí misma de las exigencias y de las condi-

ciones que pretenden imponernos los señores de Saura.

—El juzgar de esas cosas me corresponde á mí únicamente, que soy el jefe de la familia, ¿estamos?

—Dispénsame que no esté conforme contigo; y para evitar cuestiones que no han de resolverse en el momento, yo me retiro.—Y girando sobre sus talones con una imperturbabilidad provocativa que constituía desde luego gravísima falta de respeto, salió del cuarto sin volver la cabeza ni añadir ni una sola palabra que pudiera atenuar el mal efecto de las últimas.

No lo vió salir Boronat sin luchar entre contrarios afectos, entre cogerlo del brazo y obligarle á permanecer en su presencia, ó promover un escándalo dejándose llevar de la ira, ó despreciar estas alharacas de la gente moza, que llena el viento de amenazas y vaticinios que no se cumplen. Comprendía, no obstante, el mísero padre, en medio de sus vacilaciones, de dónde provenía el daño: ¡les había tolerado tantas faltas de respeto, de buen sentido y de miramiento, á las que debía haber puesto oportuno correctivo! Después, con los años y la repetición, sin darse ellos mismos cuenta, arrastrados por la fatal costumbre, la demasía de la palabra los llevaba á los hechos. ¿Y qué recurso le quedaba en este caso? Aquella con-

descendencia sin límites daba ahora sus frutos, bien amargos por cierto. De pronto, como si hubiese sentido hacia la parte superior de su cabeza la corriente de un aire soplando en sentido contrario, se levantó del sillón asaltado por el recuerdo de la visita que esperaba.

Desde su entrada en el partido conservador había acariciado la idea de ser algo más que comparsa en la comedia política de que formaba parte. Si años atrás, en los comienzos de su envidiable fortuna, no alcanzó el puesto merecido y deseado, creía hallarse al presente en el caso de tomar el desquite. ¡No logró sentarse en los escaños del Congreso como diputado de la nación!... era mucha verdad y harto lo había sentido. ¡Pero qué satisfacción más grande y qué apetecible desagravio el día que consiguiera penetrar en el Palacio del Senado como uno de tantos personajes con derecho á intervenir en sus debates! Para este solo objeto, y con la idea de tomar el pulso á la opinión pública de su país, iba á visitar á una Comisión de la Diputación provincial de Alicante, acompañado de don Alfonso Rodruejo y don Eloy Pastor. Probablemente almorzarían en *Los Cisnes* ó en cualquier otra mesa redonda de nota, porque si los políticos han de mostrarse expansivos y con algunos menos disfraces y veladuras, debe ser á la hora de las ex-

celentes comidas, ó más bien, de las buenas digestiones.

Se levantó, pues, del sillón más animado, procurando olvidar con la fiebre de estos halagüeños proyectos la inquietud producida por las palabras inconsideradas del hijo. Desde que éste se sentaba á la mesa y tenía largas conferencias con su hermana Emilia, según Eugenia, observaba Boronat en todas las personas de su familia cierta acritud y mal humor, perceptible lo mismo en los semblantes que en la conversación. ¿Sentirían en realidad cierto descontento que no se atrevían á manifestar desembozadamente? ¿Sería quizás una aprensión suya originada por las disputas, tropiezos y dificultades de las relaciones de Emilia? De todos modos, aquel malestar indefinible se transparentaba en ocasiones de tal manera, que podría desconocerse desde luego su origen, pero no su existencia. Hasta la dulce y reflexiva Pepita, reflejando sin duda el estado de ánimo de su madre, respondía á sus hermanos con algo de sequedad.

Eugenia misma se mostraba más reservada que de ordinario, pues por evitar un disgusto á su marido, no se decidió á contarle la conversación que había oído á los hijos mayores, una de aquellas noches en que Emilia esperaba en su cuarto hasta última hora á que su

hermano se retirase. Era una acusación infundada, una espantable sospecha que hizo llorar á Eugenia, que por lo mismo que pecaba de interesada, le dolía en el alma que le atribuyeran una ambición que no sentía y una influencia sobre su marido que nunca trató de conseguir. Si Boronat se oponía á que continuasen las relaciones de Emilia; si acaso escatimaba el más y el menos de la dote, debíase al dominio absoluto que ejercía Eugenia en su espíritu. Él era generoso, espléndido, amigo de lucirse en cualquier lance ó empeño. Ella, por el contrario, cicatera, avara, miserable, sin otro afán ni deseo que el de aumentar el caudal que guardaba para sus hijos Pepita y Eugenio. Acabó él por ponerles coche, únicamente por complacerlos, y permitía que se diesen reuniones en su casa por conocer que éste era uno de sus mayores gustos. De seguir los consejos de ella, ni hubieran tenido coche, ni gastarían en vestir, ni irían al teatro, ni recibirían á sus numerosos amigos con aquel buen cumplido y agasajo correspondientes á su clase.

Esta opinión absurda y mal intencionada sorprendida por Eugenia en el silencio de la noche y en la obscuridad de una alcoba contigua al gabinete de Emilia, le arrancó lágrimas de rabioso dolor, pues de lo único que pudiera

arrepentirse es de haber sostenido y fomentado la antipatía de Boronat cuando éste le habló de las pretensiones de don Guillermo: «Hiciste muy bien, le dijo Eugenia: lo primero, por esa hambre de dinero que no supieron disimular; y lo segundo, porque tu hija no puede ser feliz con ese tipo de hombre, que es de lo más antipático y de lo más necio y orgulloso que se haya presentado en clase de novios.»

Á esto se reducía todo el trabajo de zapa y la gran influencia de que hubo de echar mano para convencer á su marido. De los demás cargos se hallaba afortunadamente bien libre, Pero á pesar de no remorderle la conciencia, sentía, como no podía menos, la amargura del golpe que la hería. La prudencia le aconsejaba el disimulo, el olvido de tanta sinrazón y tan injustificado agravio; mas era difícil que al lamentarse de esto con su hija Pepita, en cuya discreción confiaba como en la suya propia, no se enconase su herida, derramando por fuera, en frases y consideraciones, algo del veneno reconcentrado. De todo esto que se urdía, que se inventaba, que se forjaba en secreto; de todas estas falsas suposiciones y disimulados rencores, formábase una triste y pesada atmósfera que llegaba hasta Boronat, sorprendiéndole y enfriándole sin comprender la causa.

Hubo, sin embargo, una tregua en esta secreta lucha de encontrados intereses por aquellos días, en que la familia celebraba un feliz suceso. Por influencia de don Alfonso Rodruejo habíase conseguido una cosa dificilísima: que antes de embarcarse Eugenio como aspirante á guardia marina de segunda clase en el buque destinado á escuela de instrucción, se le concediesen cuatro días de licencia para quedarse en tierra como enfermo de alguna gravedad. Ya unos días antes de conseguir la licencia salió del Ferrol y vino á Madrid, sin darlo á entender á nadie, y únicamente á sus padres, que ya estaban sobre aviso. La principal motora de esta transgresión había sido Eugenia, que no se avenía á separarse de su hijo por tres, cuatro ó cinco años sin tenerlo unos días á su lado.

Llegó por fin. Era ya un hombre, algo más bajo de talla que Boronat; pero con sólo observar su cuerpo recio y proporcionado, y aquel color moreno de su rostro tostado por el sol y el aire del mar, y aquellos ojos negros y serenos, comprendíase al momento que esta sólida envoltura no debía encerrar nada que fuese enteco ó afeminado, sino un alma de temple, sencilla y prudente, como dueña de sí misma y conocedora de su fuerza. En la misma estación del Norte, después de los abrazos de sus her-

manos, mientras el criado recogía el equipaje, mirábalo Eugenia entre asombrada y orgullosa con un ardiente deseo de llegar pronto á casa y poder sentarlo á su lado y recrearse en la contemplación de aquel buen hijo que le recordaba tantas cosas insólitas, profundas, íntimas y tiernas, semejantes á la poesía en el hablar con penetrante elocuencia á sus sentimientos de madre. Pocas amarguras le había proporcionado aquel joven; pero en aquel momento las olvidaba todas para acordarse únicamente de aquella larga separación de dos años; de que iba á desaparecer muy pronto de su lado, y de que por su comportamiento había merecido el afecto de sus jefes.

En cuanto bajaron del coche, Eugenia siguió sus pasos como jovencita perdidamente enamorada, y entró en su cuarto para ayudarle á colocar los diversos objetos que traía, mientras le hablaba de multitud de cosas pasadas y presentes, por vía de preparación, para otras de mayor importancia... «Pero, mamá, por Dios, ¿á qué fatigarte ahora la cabeza con tanta cuenta atrasada? De todo eso hemos de hablar más despacio; hablaremos mañana... y pasado, y al otro día, ¿eh, no te parece?» Á estas palabras de Eugenio replicaba la madre con lo del brevísimo tiempo que estaría entre la familia... Sonreíase él cariñosamente y le decía:

«Mira, mamá, el tiempo es de las cosas que más dan de sí. Mañana, si tú quieres, en vez de dormir pasamos la noche charlando, y ya tienes ocho horas más á tu disposición.»

Al día siguiente, no ya la noche entera, pero sí la tarde, la pasaron juntos Eugenia y su hijo comunicándose sus impresiones tristes ó agradables, que aguardaban este dulce momento de expansión para fundirse en un sentimiento unánime, en un completo acuerdo de pareceres. Á la hora de comer y cuando salían del gabinete, oyeron la voz de Boronat y la voz chillona de Emilia que resonaba en su cuarto de tal modo, que Eugenia se acercó á la puerta. Abrió en este momento el padre con desusada violencia y se echó fuera, quedando dentro la señorita, que no se dignó salir á la mesa. Por prudencia y acaso por el estado particular de los ánimos, todos guardaban silencio, puesto que Boronat era el primero en dar este ejemplo... Sólo la abuela levantó la cabeza al ver que faltaba la mayor de sus nietas, y le preguntó á aquél si se había acostado.

—No, señora: ni come ni se acuesta, porque esa se ha empeñado en darme algunos disgustos... Ahora falta que quiera yo tomarlos.

Doña Balbina, que empezaba ya á acostumbrarse á estas improvisadas armonías de su familia, continuó cenando con el apetito de

costumbre y se limitó á hacer una mueca de desagrado, de las más conocidas de su repertorio. Sin embargo, en realidad le disgustaba que no se reuniese en la mesa toda la familia, que no hablasen, que no discutiesen y hubiese la natural animación entre personas jóvenes y bien avenidas, porque, según confesión de la misma, el apetito de los demás redoblaba el suyo. Distraíale esto además de los malos ratos que pasaba en la cama las noches que el asma se empeñaba en atormentarle con insistentes golpes de tos. Por todo lo cual la expresión de sus sentimientos fué más sincera que en otras ocasiones observando que Juan José callaba, y los nietos habían enmudecido, y Eugenia hablaba muy poco, siendo interrumpido únicamente este silencio por algunas frases y expresiones sueltas.

De vez en cuando levantaba la abuela la vista y miraba á todos, y en particular á Eugenio, como muy sorprendida ante el aspecto modesto y simpático del marino. Podía examinarlo á su sabor, porque la luz de la lámpara iluminaba de lleno esta cabeza enérgica de soldado, la misma cabeza de su padre; pero ennoblecida por un pensamiento más puro y elevado que abarcaba mayor horizonte que el de los intereses materiales. El cabello corto, como entonces lo llevaba, y el bigotillo negro agracian-

do en extremo su fisonomía, completaban el lejano parecido que habría encontrado fácilmente el ojo de un buen artista. Diverso del de su hermano Adolfo, que hablaba de prisa y atropelladamente, su decir era reposado, pero claro, y convincente como el de hombre que reflexiona, que tamiza ideas y palabras para que salgan pocas cosas inútiles ó supérfluas. Al principio, que pudo constituir un defecto, se lo había criticado la abuela expresando la disonancia en esta frase: «Este chico habla como un oráculo.» Pero pronto se corrigió de éste y de algunos otros á medida que fué ensanchando el círculo de sus relaciones y puliéndose con el trato de personas cultas, maestras en esto de unir la sencillez á la fuerza y energía del concepto. En este instante nuestro joven parecía estar dominado por un pensamiento fijo, más que participar del mal humor, de la seriedad y aburrimiento que obscurecía las fisonomías de su padre y de sus hermanos. «¿En qué pensará,» se preguntó la abuela después de observarle un rato con esa curiosidad y ese inexplicable enternecimiento que sienten á veces los ancianos en presencia de sus nietos.

XVII.

LA BATALLA.

Puede decirse que el primer día de su estancia en Madrid lo dedicó Eugenio á la familia, y en particular á su madre; pero al otro día se levantó temprano y cruzó por delante de la casa de Luisa, á quien saludó desde la calle. Le había escrito anticipadamente indicándole la hora precisa en que pasaría. Después de comer y charlar largo rato con Eugenia y Pepita, que se quedaron solas de sobremesa, entró en su cuarto, á vestirse. Era tal su impaciencia por salir airosamente de aquel empeño á que se había obligado en su carta á Luisa, que antes de las cinco y á pesar del calor extraordinario que se sentía, se lanzó á la calle vestido y dispuesto. Como la distancia entre su casa y la de su novia no era larga, pronto pudo llegar al conocido portal y subir pausadamente las esca-

leras y entrar en el cuarto tercero de la derecha, guiado por la propia muchacha, que no acertaba á saludarle ni á acompañarle á la salita ni á llamar á su madre. Tanta fué su turbación en estos primeros momentos. Por último, se eclipsó en la obscuridad del pasillo; y después de oir perderse el ruido de sus pisadas, sorprendió no poco á Eugenio el escuchar voces de hombres y gran algazara de risas y exclamaciones que se percibían claramente de vez en cuando, poniendo algo de atención. Debían estar reunidos en el comedor ó en cualquier otro cuarto, pues de allí salió doña Milagros para presentarse en la salita.

Venía muy repeinada, con gran cantidad de ricillos echados sobre la frente, y traía puesta una bata de color de garbanzo que debía pertenecer á alguna de sus hijas, porque al menor movimiento se abría por delante dejando ver una parte del robusto pecho de la señora. Comprendíase al momento que aquel vasto armazón de ternillas, huesos, carne y tejido adiposo no cabía cómodamente dentro de la bata, aun contando con sus formas, que eran regulares, y con lo ligera que iba de ropa, según lo requería la estación. Después de los saludos de ordenanza indicóle Eugenio el objeto de su visita, que no era otro que declararse novio de su hija Luisa, con quien tenía relaciones for-

males hacía ya dos años. Manifestábaselo así para que, concediéndole ella su venia, á no hallar algún inconveniente, pudiera entrar en la casa desde aquel momento y escribirse como antes, aunque á la vista y con el beneplácito de la familia. Le pareció á doña Milagros tan desusado y chocante todo ello, que se quedó en el primer momento sin saber qué contestar; cosa rarísima en ella, que disponía de una fácil y admirable palabra:

—Pero, cómo, ¿no le había indicado á usted nada de esto Luisa?—le preguntó el joven marino, observando la indecisión y la completa ignorancia en que se hallaba la elocuente señora.

—Nada, no, señor, ni chispa. Lo cual que me extraña mucho, porque á su madre se le escapan pocas cosas. Pero sí que nosotras, es decir, mis niñas, ya sospechaban algo por motivo de que este invierno le pescaron una carta; pero como tiene ese carácter y esa buena pasta, no creímos que el enredillo llevara malicia. Ahora, con lo que usted me cuenta... vea usted, vea usted si sabe la pobrecita. Nada, caballero, que me deja usted como pegada á la pared. Esta es la verdad. De modo que usted se llama...

—Eugenio Boronat y Fúster.

—Muy señor mío... ¡Calla! pues yo he oído

ese apellido en otra parte... ¿En dónde habré oído yo ese mismo apellido, Señor?... En fin, no le extrañe á usted que no recuerde, caballero, porque con tantas cosazas de ruido que lleva una en la cabeza y con el cuidado de las niñas... Créalo usted, caballero, como está hoy la sociedad, toda la vigilancia de una madre es poca para evitar que las jóvenes abran demasiado los ojos. Vamos, vamos, cuánto me alegro que mi pobrecilla Luisa haya tenido una elección tan acertada y tan digna, pues ella se lo merece. ¡Ah, eso sí, no le quepa á usted la menor duda: mi niña es un ángel, y luego tan hacendosita, tan arreglada, tan mañosita... ya le digo á usted... es una hormiguita para la casa, una hormiguita en toda la extensión de la palabra, sí, señor! De modo que usted tendrá una carrera, y...

—Sí, señora, soy guardia marina desde hace unos quince días...

—¿Con que marino? vamos, vamos, me alegro!... Pues, mire usted, yo tenía una amiguita, la Lola Furriales, que en gloria esté, porque la pobrecita murió hace unos siete meses, y al hijo mayor también le dió por la marina. Lo cual que á la madre le costó pasar algunos malos ratos... Naturalmente, á las madres nos duele bastante separarnos de nuestros hijos. Pero luego ya, cuando le vió hecho un señor

oficial, tan guapo él y tan simpático... porque, eso sí, como simpático no hay que quitarle nada, la pobrecita se conformó, ¿qué había de hacer?...

Al pronunciar esta frase nuestra famosa corredora, se oyó la voz de un caballero que la llamaba desde el comedor: «¡Doña Milagros!» Como no respondió ni aun á la segunda llamada, la voz añadió: «¿Está usted ocupada?... ¿no puede usted venir?...» En cuanto Eugenio oyó la voz, se levantó de la butaca y se dirigió á la puerta de la sala; luego volvió pasos atrás y le preguntó á doña Milagros:

—Dispense usted mi curiosidad, señora: ese caballero que acaba de hablar con usted, ¿no se llama Adolfo?—Ante la afirmación de aquélla, el joven continuó preguntando:—¿No es alto, rubio, descolorido, con la nariz aguileña, los pómulos algo salientes, y la barba con perilla, acabando en punta?... Además, ¿ese caballero es alférez de caballería?

Con toda su diplomacia y su inagotable facundia, quedóse la buena señora algún tanto perpleja, no sabiendo si negarlo rotundamente ó confirmar la verdad de tales sospechas, puesto que habían de aclararse tarde ó temprano:

—Adolfo creo que se llama, y es rubio y buen mozo, sí, señor; pero yo no sé si es alfé-

rez ó capitán ó comandante, porque antes con las charreteras y los galones estaba yo un poco más enterada de lo que era un militar.

—¿Quiere usted hacerme el obsequio de decirle que está aquí su hermano?...

Aunque de malísima gana, levantóse del sillón doña Milagros y se dirigió por el pasillo hacia el punto de donde salía incesantemente un cierto runrún, que no había hecho más que bajar de tono: «Mire usted, señor don Adolfo, ahí fuera está su hermano que desea hablar con usted,» murmuró aquélla casi en el oído del alférez en cuanto entró en el comedor. Amiga de dar largas al asunto y salir por cualquier lado mientras imaginaba otro mejor arreglo, no quiso entrar en más pormenores por el momento. Pero Adolfo, que estaba á cien leguas de pensar en su hermano ni de que tal persona pudiera presentarse en aquella casa, dejó la copa de licor que tenía en la mano y exclamó en alta voz:

—¡Mi hermano, que desea hablar conmigo!... ¿pero está usted segura de que no sea una equivocación? ¡Qué diablos puede querer mi hermano, ni menos aquí! Vamos á ver qué trae de nuevo ese señor hermano. Y usted por delante, mi señora doña Milagros; usted es la que me guía en este proceloso mar de confusiones.

No parecía muy dispuesta á presentarse de nuevo en la salita; pero tuvo que ceder ante las reiteradas instancias del alférez. Sorprendido éste muy de veras de encontrarse allí con Eugenio, le saludó sonriendo y le hizo sentarse al momento, porque había de usar de la misma franqueza que si estuviera en su casa.

—Le he rogado á esta señora que te avisase—se apresuró á decir Eugenio,—y me dispensará tal libertad, porque presentándome yo como desconocido para ella, podía caberle algún recelo... Ahora, que ha dado esa coincidencia de hallarse mi hermano en su casa de usted, espero que vea usted confirmadas por él todas mis palabras.

—En resumidas cuentas, ¿tú venías á visitar á esta señora, ó me buscabas á mí?—repuso Adolfo,—porque todavía no veo claro.

—Venía á visitar á esta señora en primer lugar; y habiendo conocido tu voz, me ha parecido conveniente llamarte como testigo, como hermano, como fiador.

—¿Como fiador de qué?

—¡Toma! de mi persona, ¿de qué ha de ser? Yo me presento á esta señora como novio de su hija Luisa; esta señora no me conoce sino por lo que su hija debió indicarle... aquí se halla una persona que nos conoce á uno y á otro: luego la consecuencia es clara.

Pronunciadas estas palabras, tocóle al caballero Adolfo el quedarse perplejo contemplando, ya el rostro simpático y tranquilo de su hermano, ya la fisonomía augusta y enigmática en aquel momento de doña Milagros, que hacía rato que tragaba saliva, presumiendo lo que se les venía encima.

De repente se levantó Adolfo de uno de los sillones donde se había como sepultado, y encarándose con ésta le dijo en un tono agridulce, pero que por la fuerza de la expresión y por lo destemplado de la voz parecía más bien agresivo:

—Mi señora doña Milagros, ¿qué es esto que estoy oyendo? Usted me ha tomado sin duda por monigote... Vaya, hombre, pues estamos aviados, por no decir otra cosa peor. De modo que ahora salimos con que la señorita Luisa, esa cándida paloma, ese dechado de virtudes caseras para uso de familias económicas, se guardaba su alma en su almario como cada hija de Eva; tenía su correspondiente novio... y yo, nada, tan fresco, y usted idem de lienzo... tan desahogada. Vaya, pues, señora, muchas gracias; porque si usted lo sabía, ¡qué papel más bonito! y si usted lo ignoraba, ¡ayúdeme usted á sentir!...

—Dispénseme usted, amigo don Adolfo—expresó la madre, recurriendo al estilo algún

tanto declamatorio de que usaba y abusaba en ciertas circunstancias;—pero mediando lo que media entre nosotros y conociendo mis honrados sentimientos, no puede usted pensar que yo le ocultase la verdad. Eso no puede usted pensarlo... de ninguna manera. Si la niña ha hecho un secreto de lo que no debía, eso será de su cuenta, sí, señor; pero no crea usted que yo tenga en ello arte ni parte... Primero había de faltar la luz que la palabra de esta señora que está hablando con usted.

—¿Conque secretitos tenemos? bueno, hombre, bueno... cuando le digo á usted que esto va á ser muy divertido...

—Fuera bromas, don Adolfo. Yo nada sabía de estas relaciones, téngalo usted entendido.

—¿Y tú, qué opinas de esto?—preguntó el alférez, volviéndose hacia su hermano con brusco desenfado.

—Precisamente estaba esperando que ustedes se entendieran para dar yo mi opinión. Á mí me parece que soy aquí una de las personas más interesadas, puesto que hace dos años y meses que conozco á Luisa...

—¡Caramba, qué precocidad! Dos años y meses... pues empezaríais á escribiros al poco tiempo de pasar de la cartilla.

—Empezamos cuando lo creímos conveniente—repuso Eugenio, sosteniendo con firmeza

la mirada que le dirigió el hermano.—Si esto es para tí asunto de broma, para mí no puede ser más serio.

—Oiga usted, oiga usted, joven: pues si ahora empezamos á tomar estas cosas en serio, ¿qué nos va á quedar para cuando seamos ancianos respetables?

—Sí, eso depende de la mayor ó menor cantidad de grasa fosforada ó substancia cerebral con que una persona cuenta. Quizás este criterio te parezca un poco materialista; pero hoy por hoy no me ocurre otra fórmula más exacta para expresarte mi idea.

—¡Ay, ay! con que criterio, y grasa, y substancia cerebral... Lo digo como lo siento: usted no está bueno, joven;—y tras estas exclamaciones en tono de zumba, que eran, por lo común, la expresión más elevada de su buen humor, se volvió á doña Milagros y añadió:—Dispense usted, amable señora: ya lo ve usted, mi hermano no está bien y me le llevo á tomar el aire. Los pastelillos y lo demás corren por mi cuenta, ya lo saben esos caballeros. Esta noche me pasaré por *La Suiza*. Abur.

Salieron los dos hermanos de la casa; y en cuanto llegaron á la calle de San Onofre, Adolfo, que había permanecido callado, se dirigió en tono natural al marino para preguntarle:

—Pero ¿es verdad eso del noviazgo? ¿Habías tomado en serio lo de presentarte á la madre de la chiquilla? Vaya, que parece mentira que á un señor marino como tú se le dé la *castaña* de ese modo... Por supuesto que no me extraña, porque para conocer á esta gente hay que correrla un poco... Sí, corriéndola como nosotros es la manera de distinguir el género averiado...

—De esa familia tengo algunos antecedentes, y, sobre todo, conozco bien á Luisa. ¡Qué! ¿fabrican moneda falsa ó son descendientes de algún bandido?...

—¡Bah! Lo de la moneda falsa sería lo de menos, si sabían hacerla bien... Lo otro es lo peor... Creo que te habrán bastado mis anteriores indicaciones para comprender á lo que me refiero.

—Tengo la fatalidad, según tú dices, de no haberla corrido, y me veo en la precisión de pedir más luz. Habla claro: ¿qué es ahí lo peor?

—Pues... ya te habrás fijado en el tipo de la madre. Tiene todo el aire de esas madres postizas que acompañan á las coristas al teatro... Á esta señora lo que le caracteriza es la manga ancha. En sus buenos años, si no miente la muestra bastante aceptable que le queda, debió ser un buen bocado. Ahora bien: sus niñas, co-

mo ella dice, habrán visto á la mamá, y naturalmente... algo se les ha debido pegar. Lo que es ahora se pasan de listas y saben, saben distinguir de *primos*. La mayor, que es pintora, se pasea al presente con el amigo Larrea, después de haberse paseado con otros muchos. La segunda, que es una distinguida oficiala, ha elegido al teniente Quiroga por compañero de armas y fatigas, y la tercera... de la tercera no quiero decir ni una palabra, porque, como persona interesada, no habrías de creer nada de ella...

—Precisamente por eso, por estar interesado tu hermano, es por lo que debías proporcionarme todos los antecedentes que hayas recogido. Sin embargo, debo hacerte una advertencia: te agradezco en el alma esos buenos consejos y lo bien que has tratado de iluminarme en este asunto; pero hasta el presente no veo razón bastante ni motivo fundado que me haga desistir de mi empeño... Yo pido hechos concretos, y tú me das consejos...

—Sí, tú dirás como aquel sobrino que escribió á su tío: «Usted me envía buenos consejos, y lo que yo necesito es dinero.» Pues, amigo mío, el dinero es lo que más escasea. Creo haberte dicho lo preciso con aconsejarte que no se te ocurra tomar en serio á esa familia. Lo que buscan todas ellas es divertirse, lo mismo

la mamá que las niñas... pues déjalas que se diviertan y que todos nos divirtamos.

—En concreto: tú supones que una familia viciosa, con poco juicio la madre y mucho menos las hijas, no puede tener buen fin. Y, sin embargo, tú pareces dispuesto á ayudarlas en esa pésima tarea de buscar su envilecimiento.

—No, señor; yo digo como el francés: «Ni quito ni pongo rey.» Y á mí ¿qué?—exclamó el caballero Adolfo parándose un momento en la calle para cruzarse de brazos y mirar á su hermano con el habitual desenfado del tronera: —¿Qué me va ni qué me viene? ¿Lo quieren ellas? pues allá se lo encontrarán... ¿Me voy yo á meter á consejero áulico de niñas extraviadas?

—No, hombre, no, qué te has de meter... Sería lo mismo que meterse en libros de caballerías. Tienes razón que te sobra: no hablemos más de eso. Sé lo bastante para formar mi composición de lugar, cosa que no debe preocuparte. ¿Tú continúas?—añadió Eugenio al llegar á la Red de San Luis.—Yo tuerzo á la derecha.

—Pues yo á la izquierda. Voy directamente á *La Suiza*.

Mientras el alférez de Caballería se dirigía á la calle del Caballero de Gracia, su hermano se

quedó un momento parado delante de la fuente que aún existía por entonces. Se hallaba indeciso acerca de la determinación que venía pensando. De pronto volvió pasos atrás y se encaminó derechamente por la de Fuencarral arriba, al punto de donde acababa de venir. Iba tan preocupado, que pasó de largo por delante del portal de doña Milagros, y tuvo que desandar el camino para entrar en él. Sin embargo, al llegar al cuarto tercero ya puso especial cuidado en no tirar demasiado fuerte de la campanilla para no llamar la atención de la dueña, por si se realizaba su deseo. Y realizóse en efecto, porque, como él esperaba, corrió á abrirle Luisita en persona. Haciéndole señas de que no hablara alto, le asió Eugenio del brazo y la arrastró dulcemente á la salita. Á pesar de que la luz empezaba á decrecer, llamóle á ella la atención su fisonomía profundamente grave, donde parecía haberse difundido, como el reflejo de una luna opaca, la tristeza de la horrible inquietud que luchaba dentro de su conciencia. «Me vas á decir la verdad, Luisa,» fueron sus primeras palabras. En seguida le preguntó el tiempo que haría, sobre poco más ó menos, que su hermano Adolfo entraba en aquella casa; los motivos que le habían impulsado; el carácter de los otros amigos; en fin, la historia detalla-

da de aquel triste episodio que él ignoraba totalmente, aunque sin saber por qué. Luisa empezó á confesarle la verdad; pero á los pocos instantes se vió interrumpida por su madre que, al echarle en falta, venía buscándola por todas partes.

—Dispénseme usted, señora—le dijo Eugenio saliéndole al encuentro y respondiendo á su natural sorpresa.—Me he tomado la libertad de subir á su casa y hablar á solas con esta señorita, porque quería saber la verdad de su misma boca. No creo que pueda mancharse con una sola mentira, sobre todo cuando se trata de su interés, del mío, del interés de todos ustedes. Señora, mi hermano me ha hecho comprender con muy pocas palabras... No, no puede ser... aquí debe haber una mala intención... Señora... ¿pero qué iba á decir yo? ¿Estaré loco? y delante de Luisa... No acierto á explicarme, señora. Dispénsame, Luisa... ¿quieres dejarnos solos por unos cuantos minutos?—En cuanto salió la joven de la sala, volvió Eugenio al lado de doña Milagros y continuó diciendo:—Es extraño lo que pasa en este momento por mi interior. Quisiera que nos hubiéramos conocido hace muchísimos años; que fuéramos amigos, parientes, personas entre quienes la buena amistad hubiese establecido corrientes de poderosa simpatía...

De otro modo, señora, sin conocernos, sin haber estrechado una vez nuestras manos, sin habernos lamentado juntos de algo que llegase al alma, ¿cómo me voy á atrever?... Usted se reiría... sí, se reiría usted de ver que un joven que empieza á vivir se atreve á aconsejar á una señora llena de experiencia y de conocimiento en las cosas del mundo. Es la primera vez en mi vida que me atrevo á tanto...

—Diga usted lo que quiera... caballero, sin inconveniente ninguno. Ya me ha hecho usted entrar en cierta curiosidad; de manera que...— repuso doña Milagros al mismo tiempo que, fijándose en los ojos de Eugenio, pensaba para sí: «Es simpático este muchacho; pero casi da miedo ese modo de mirar que tiene...»

—De las pocas palabras que he cruzado con mi hermano, vine á deducir que lo mismo él que los demás amigos entran en esta casa á divertirse, igual que se puede entrar en un billar á jugar dos partidas. ¿Usted acepta esa intención sin objeto serio ni formal que la guíe? Entonces, si no la acepta, ¿por qué los recibe?

—Hombre, los recibo porque son amigos, son los novios de las niñas... no creo que esto tenga nada de particular... Siempre que ellos vienen estoy yo en casa, y nunca se han propasado...

—Sí, señora, lo comprendo, y le pido á us-

ted mil perdones por esta impertinencia mía... Pero ahora querría alcanzar de usted un favor, un solo favor que colmaría todos mis deseos. Cuando vuelva mi hermano, aconséjele usted que desista de sus pretensiones... Compréndalo usted: en este asunto yo no puedo caminar de frente; me tropezaría con él, y qué triste y doloroso no es tropezarse bruscamente con un hermano...

—Vamos, vamos, habla usted como un Santo Padre, caballero; pero ¿y si se empeña en venir á pesar de mis advertencias?

—Se le cierra la puerta.

—¡Válgame el Señor! pues no pide usted poco... así como así no se le cierra á un caballero la puerta.

—Señora... era un favor lo que le pedía... ya veo que ese favor es superior á sus fuerzas: debí presumirlo... Señora, yo...—Eugenio suspendió la frase, una frase irrespetuosa que iba á salir de sus labios, y dando media vuelta se puso á pasear por la salita. Doña Milagros lo miraba con receloso asombro, no explicándose satisfactoriamente lo que pasaba por aquel joven, que á ratos parecía un temerario y á ratos un hombre atento y complaciente. De pronto observó que se acercaba á la puerta y llamaba á Luisa en alta voz, todo lo cual le sugirió á la buena señora este inofensivo pen-

samiento: «¿Habrase visto? este hombre manda aquí como si estuviera en su casa.» Lo más extraño es que cuando se oyeron los pasos de Luisa que venía, salió el joven al pasillo y le habló unos dos ó tres minutos en voz baja, de tal manera que la madre no alcanzó á enterarse de nada. «Vaya, vaya, esto ya es demasiado,» díjose ella levantándose del asiento y dirigiéndose al pasillo con intención de poner término al chistoso secreteo. Pero ya habían acabado de decirse lo más esencial, porque Eugenio se volvió hacia doña Milagros para despedirse con semblante tan grave y entero, que no se atrevió á soltarle la menor indirecta.

Al siguiente día por la tarde se le presentó Adolfo para hablarle reservadamente de asuntos que le interesaban mucho. También cayó en la cuenta de lo que podía ser, por cuya razón le costó bastante contener cierta sonrisilla ante la idea de que el otro hermano había madrugado algo más que éste. Pasaron, por lo tanto, á la salita, y después de un breve exordio acerca de las miras desinteresadas que le llevaban á aquella casa, nuestro desenfadado alférez le aconsejó que no hiciera caso de lo sucedido en la anterior tarde. Su hermano Eugenio era un niño, que no haría otra cosa que tonterías; que aquel arrechucho amoroso se le pasaría muy pronto, y que, en el caso de que

volviese á subir, le contestara que no estaban las niñas en casa... ¿Qué cosa más fácil que esto? «Aquí tenemos otro que todo lo encuentra fácil,» pensó para sí doña Milagros... Ya iba ésta á enderezarle otro discurso de los suyos como contestación á las suposiciones no muy bien fundadas que habían salido de sus labios, cuando, poniéndose de pie nuestro militar, dió por terminada la conferencia:—Quedamos en eso, ¿eh? Nada, nada, á los chicos hay que tratarlos de ese modo... Por lo demás, mi queridísima amiga doña Milagros, ya sabe usted que se le aprecia de verdad. Aquí no hay falsificación que valga... género de primera sin mezcla ni pizca de algodón.

—Pero oiga usted, don Adolfo, me van ustedes á poner en un aprieto.

—Venga esa mano, señora; choque usted fuerte, más fuerte, así... Y ahora cuente usted conmigo y suelte usted sin inconveniente ese *canguelo* que se le ha metido en el cuerpo. Nada, nada, adelante con los faroles, y á divertirse y vengan penitas, como dice la gente de su tierra.

Estaba aquella tarde de tan buen humor el señor alférez, que casi, casi se lo comunicó á la azorada señora, que no las tenía todas consigo ni lo veía todo de color de rosa, á pesar de que era mujer imaginativa y algo propensa,

como el ilustre manchego, á tomar las ventas por castillos si le daba por ahí. Entraron en el comedor, donde los esperaba el famoso Quiroga, baraja en mano, dispuesto á distraerlos con algún nuevo juego de prestidigitación, después de haberse echado al coleto unas cuantas copas de ginebra. Ángeles y Concha, acompañadas de Larrea, vinieron al poco rato de buscar otro obrador de sombreros para esta última, por haber regañado con su antigua maestra, una señora con más orgullo que don Rodrigo en la horca. La que no parecía era Luisa, ocupada sin duda en las interminables faenas de la cocina, en vista de lo cual el mismo Adolfo salió comisionado por todos ellos para invitarla á una sesión de magia blanca. Había traído el teniente Quiroga algunos chirimbolos propios de su arte, y no era cosa de perder esta ocasión de verle funcionar vestido de levita y con la gracia del mundo.

Después de la sesión, quedaron convidadas las niñas y la mamá para asistir á los Jardines del Retiro, que acababan de abrirse por aquellos días. Así es que cuando Adolfo vino á retirarse serían las dos de la madrugada, hora en que no creyó encontrar levantado á nadie de la casa, si se exceptúa al criado. Le sorprendió, pues, no poco el tropezarse en la puerta de su cuarto con Emilia, que traía la idea de

consultarle alguna duda. «¡Ay, hijita, bueno vengo yo ahora para consultas! Hemos tenido en los Jardines una *agarrada* con unos señoritos un poco *ajumados*, y en poco estuvo que no fuéramos todos á dormir á la Prevención. ¡Con que figúrate!... yo estoy descuajaringao... ¿No sería mejor dejarlo para mañana?»

Ante estas lamentaciones, no tuvo otro remedio la señorita Emilia que renunciar á la consulta, si bien pensando, algún tanto resentida, que su hermano no era el mismo de antes en lo tocante á su afecto; y en cuanto á lo demás, había reparado que en ocasiones traía de la calle cierto aspecto y cierto lenguaje y una desenvoltura muy poco recomendables en un caballero de sus circunstancias.

Á la mañana siguiente, á eso de los once y media, Emilia quiso entrar á despertar á su hermano; pero no se logró su capricho, porque había adquirido la costumbre de correr el cerrojo de la puerta, aun después de levantarse Eugenio, para que nadie le molestara. Hay que recordar que uno y otro dormían en el mismo aposento, amplio y desahogado como una sala, que tenía dos alcobas separadas por un solo tabique. Ello es que la hermana se vió obligada á esperar la hora del almuerzo para conocer si el señor alférez presentaba buen cáriz de consulta ó todo lo contrario. General-

mente se levantaba con cara de pocos amigos: un rostro avinagrado en donde podían leerse los terribles efectos de esa media hora de mal humor, de contrariedad y de biliosa displicencia que acompañaba á su diario despertar. Aquella mañana, ni aun á la hora del almuerzo se presentó en la mesa con toda la familia, porque, según el recado que trajo la doncella, el señorito Adolfo almorzaría después, cuando recobrara el apetito.

Servido ya el café, Boronat sacó del bolsillo un periódico de la mañana, y les leyó un suelto bastante largo, donde se refería en estilo zumbón y malicioso el incidente ocurrido á última hora en los Jardines del Buen Retiro. Cierto correligionario oficioso, pues ya los tenía de todas clases desde su entrada en el partido conservador, le había llevado el periódico y hecho notar la coincidencia de las iniciales de uno de los que figuraban en el incidente con las de su hijo Adolfo. Sentía Boronat que éste no se hubiese levantado todavía para salir de dudas; pero de todos modos el suelto merecía la pena de leerse:

«Anoche, en el café de los Jardines, acaeció un lance que pudo haber tenido serias consecuencias. Parece ser que entraron á cenar tres jóvenes alegres acompañadas de su mamá y de otros tres caballeros, también alegres, por

lo que después diremos. Al lado de la mesa donde se acomodaron, había dos señoritos con dos señoras excesivamente nerviosas, porque una de éstas, levantándose de pronto, se dirigió al caballero don A. B., alférez por más señas, con el empeño de que se sentase á su mesa. Rehusó el citado A. B. el convite, contestando con expresiones y gracias chulescas que no debieron caer en la idem á los susodichos señoritos. Empezaron á cenar y á beber los primeros, acompañando al militar en la faena de *guasearse* de las individuas, con tal desenfado y tanta pesadez, que una de éstas cogió el bastón de su compañero y lo rompió sobre la cabeza del guasón señor A. B. Levantó éste la mano con intención de llenarle la cara de dedos, según la expresión popular; pero recibió el golpe el más joven de los señoritos, que se había apresurado á intervenir en favor de su amenazada dama. Armóse con tal motivo una de bastonazos que no había más que pedir, si no fuera por la pareja, que acudió al sitio del lance con la oportunidad de costumbre. Unos y otros debían haber ido á la Prevención á dar cuenta del escándalo producido; pero la presencia de un señor coronel que conocía al promovedor, hizo que la cosa no pasara de una severa amonestación.»

—La broma no pudo ser de peor gusto, y

las señas son mortales—expresó Boronat acabando la lectura y arrojando el periódico sobre la mesa con repentino enojo.—Eso es tonto; no me gusta, vamos. Me carga soberanamente que vean á mis hijos codeándose en público con esa clase de gente...

—Pero, papá, esas iniciales que trae el periódico lo mismo pueden convenir á Adolfo que á cualquier otro,—indicó Pepita inspirada por aquel buen sentido que se apoyaba casi siempre en un noble sentimiento.

Emilia, que no reflexionaba tanto, se acordó únicamente de la frialdad de aquél en la anterior noche, tomada por ella como desaire, y se apresuró á confirmar la presunción de su padre:

—Á mí me dijo por la tarde que tenía compromiso con unos compañeros de ir á los Jardines del Retiro. Creo que había un gran concierto.

—¿Lo veis? Quiá, si las señas no podían mentir... ¿Conoceré yo bien á ese caballerito?...

Asomó á esta sazón el aludido por la puerta del comedor, y cambiando un poco de tono Boronat, le dirigió esta suavísima indirecta:

—Apostaba yo ahora mismo con vosotros lo que quisiérais, á que anoche estuvo Adolfo en los Jardines del Retiro.

Á pesar de aquella cara larga de galgo viejo que había sacado del cuarto, no pudo menos de sonreirse viendo que todos los de la mesa se sonreían; pero se sentó sin decir nada, y se restregó las manos, como si se le quedaran frías, según tenía por hábito.—Apostaba también algo bueno á que el caballero Adolfo estuvo á punto de ir á dormir á la Prevención,—insistió el padre.

—Carambita, carambita, y cómo corren las noticias—exclamó entonces el taciturno joven levantando la cabeza y cambiando, como por ensalmo, de semblante, ahora risueño y animado,—y la gente madruga para darlas que es un prodigio.

—¿De modo que sale verdad lo que me sospechaba?—preguntó Boronat en tono algo más serio.

—Según como lo cuenten, señor, será ó no será verdad... Al fin y al cabo una broma, ¡mire usted qué gran acontecimiento! una broma que acabó con unos cuantos bastonazos. Pues iba yo acompañando á esas señoritas de la calle de Fuencarral, que ya tú conoces también —añadió volviéndose á Eugenio;—quisieron tomar un refresco, entramos en un café, nos sentamos, y unos señoritos medio borrachos se sentaron enfrente. Empezaron luego las sonrisitas, la guasa, lo de hablar alto, lo de aludir

con sandeces; en fin, que había que reventar... Era ya mucha música para tan poco rato.

—Pues fueran ellos ó fuérais vosotros los que empezásteis con ese exceso de música, lo mejor de todo es no buscar ruido en ninguna parte.

—Vaya, papá, tú estás hoy de mal humor y la vienes á pegar conmigo... Nada, nada, mientras no traiga la cabeza rota ó veas que me metan en chirona, déjalo correr. Ya sabes que nunca me han gustado los sermones, porque todo lo que me puedes decir me lo sé de memoria...

Boronat, en efecto, estaba disgustadísimo con la terquedad de Emilia, que debía cartearse con su novio, aunque no la había vuelto á sorprender con las manos en la masa, por más que él le seguía los pasos. Hija y padre se observaban en la mesa recelosamente, como personas que tratan de leerse en el rostro las sospechas que cruzan por su imaginación. Por fuerza tenía que distraerle de otras atenciones particulares, relacionadas con su ambición política, este singular estado de desconfianza, en el cual se hallaba interesada su autoridad de padre junto con aquella profunda antipatía que había tomado á la familia de don Guillermo Saura. Se levantó, pues, de la mesa sin contestar á Adolfo ni mirar á Emilia, tradu-

ciendo en la viveza de ciertos movimientos esta constante irritación, alimentada con repetidos choques y contraria á su temperamento. Sentado á la mesa, callado y meditabundo, quedaba otro de su familia que le superaba en estas grandes condiciones de carácter. Nos referimos á Eugenio, que esperó con toda calma que su hermano picara algo de los diversos platos que se habían servido y que se levantase, una vez satisfecho, para entrar detrás de él en el cuarto:

—No habrá sido por disculpa eso que dijiste á papá de haber ido acompañando á las hijas de doña Milagros...—le preguntó en cuanto estuvieron dentro con aquella gravedad, humilde si se quiere, que había engañado á tantos observadores superficiales. — Realmente fuiste con ellas á los Jardines del Retiro, ¿no es verdad? ¡Ah! una última pregunta y dispensa la curiosidad: ¿fué también Luisa con vosotros?...

—¡Toma! pues claro está... Siempre ha venido con nosotros á todas partes... Y eso es natural: se convida á las tres chicas lo mismo que á la mamá.

—Pues si la madre estimara á sus hijas tanto como me ponderó que las quería, no consentiría que entrasen en ciertos sitios. En esos sitios, una señorita puede tropezarse con mu-

jeres públicas y presenciar escándalos como el de anoche. No creo que á tu hermana la llevaras allí.

—Aquí tenemos otro predicador — repuso Adolfo arrojando medio cigarrillo de papel apagado al suelo y encendiendo otro nuevo.— Lo primero, haz el favor de no mezclar á mi hermana en ninguna de estas cuestiones; lo segundo, debes reservarte las lecciones para las personas que las necesiten; y lo tercero, que si has de conquistar á las mujeres, te aconsejo que respetes muchos de sus caprichos, pero muchos.

—Consejo por consejo, querido Adolfo— repuso el menor con la misma tranquilidad de antes, pero cuya voz opaca y ligeramente trémula dejaba traslucir, aunque muy de confuso modo, el vivo y profundo sentimiento que le embargaba.—Doña Milagros, como madre y dueña de sus acciones, podrá permitir que sus hijas vayan á donde quieran. Eso es también muy natural; pero yo te aconsejaría que no molestárais á Luisa, que la dejárais en casa. Conozco bien su carácter, y no creo salga de ella el exigir que la lleven al café.

—¡Qué engañado vives, chico, parece mentira! ¡Y qué poco conoces tú á las mujeres! Esto no es decirte que vaya yo á hacer lo que tú me aconsejas, ni mucho menos.

—No, ya lo veo.

—Por eso mismo. Pero hay gustos que merecen palos, ó como dice Quiroga: «¡Cuántos palos daría yo á veces por hacer mi gusto!» En resumidas cuentas, que tú tienes interés por esa chiquilla y yo también lo tengo. Pero tú tomas el asunto en serio, una tontería al fin y al cabo, y yo lo tomo como debe tomarse. Ya tú sabes aquello de que las cosas caen por el lado que se inclinan... de modo que no le des vueltas, ello caerá por ese lado.—Hablando así Adolfo encendió el cigarrillo, al cual acababa de cambiar el papel por otro mejor, y se volvió hacia el espejo de marco negro, de pulidas molduras, que colgaba á su derecha en el centro de la pared. Su hermano se le puso otra vez delante, y le contestó en idéntico tono de cariñosa súplica:

—Puesto que yo lo tomo en serio y es para mí asunto de vital interés, me parece que debías respetarlo. ¿No quieres hacerme ese favor?

—Nada, nada, déjalo correr... Ya te convencerás con el tiempo.

—Pensaba haber hablado á mi madre para que intercediera en eso que tú llamas una tontería. Pero, por otra parte, me sentía humillado y descontento de mí mismo al considerar que iba á recurrir á otra persona en una obra tan mía, tan personal, tan justa.

—Y has hecho muy bien en no meter á ninguno de la familia en estos líos. Hubiera sido ridículo que mamá se enterara...

—Entonces ¿qué es lo serio para tí?—preguntó Eugenio cambiando rápidamente de tono.—Cuando vengo á hablarte como el otro día apelando á tus sentimientos de caballero, cuando te lo pido como favor, cuando he pensado dirigirme á mi madre, ¿no comprendes lo que esto significa?

—Pues un capricho como otro cualquiera...

—No: un empeño decidido, un deseo constante, un afán invencible que ha de realizarse pese á quien pese, de grado ó por fuerza.—Pronunciadas estas palabras entró Eugenio en su alcoba, cogió algo que le faltaba, como la petaca ó el pañuelo, y volvió á salir á los pocos instantes para irse del cuarto.

—Oiga usted, *camará*—le dijo el mayor al verlo dirigirse á la puerta.—Por ese camino aún vas á alcanzar menos que por ninguno, te lo advierto con anticipación... Mire usted que venirse ahora con roncas, y á su hermano mayor... por fuerza que tú no me conoces.

Eugenio, que abría la puerta en aquel instante, palideció levemente, volvió el rostro para mirar á su hermano y estuvo á punto de estallar y gritarle: «Pero, necio, ¿qué camino voy á elegir si me atajas por todos?» Pero se

contuvo con admirable prudencia, temiendo que un ciego arrebato borrase entre ellos toda esperanza de una lejana y fraternal avenencia. Pasó de allí al gabinete de Pepita, y aguardó, entretenido con ésta y con su madre, á que Adolfo se marchara de casa. Al poco rato, hacia las cinco y media, se hallaba ya en la calle y en dirección de la de Fuencarral. Había determinado tener una sesión con doña Milagros, en la cual se estableciese de una vez y para siempre el derecho de cada contrincante en el promovido litigio. Subió, pues, al tercer piso, y en vez de abrirle Luisa, según costumbre, le abrió Concha. Su mamá no estaba: acababa de salir aún no haría cinco minutos. Primer contratiempo; pero no por eso se desanimó nuestro marino, sino que, sospechando por cierto no sé qué observado en la joven oficiala de sombreros que aquello fuese una *combinación* para que no se quedase, se decidió por lo mismo á llevarles la contraria:

—No importa, señorita: tarde lo que tarde su mamá de usted, esperaré en la sala.

Malos vientos corrían sin duda para él en aquellas alturas, puesto que aún le obligaron á esperar un buen espacio de tiempo, cerca de quince minutos. Conocido el carácter del joven, su efecto debía ser contraproducente, y en vez de desanimarlo, le dieron fuerzas para

persistir en su empeño. Por fin, la doña Milagros hizo la pamema de venir de fuera, muy sofocada, con la mantilla puesta, y desplomarse en el sillón como si con el calor y el cansancio no le quedaran fuerzas ni para abrir la boca: «Pues usted dirá.»

—Han llegado las cosas á tal extremo, señora, que es preciso decidirse por uno de los dos. Comprendo que sus hijas de usted vayan acompañadas de su madre á cualquier parte; pero me disuena por completo que Luisa salga con un caballero al lado, sea éste quien fuere. Usted conoce las intenciones de mi hermano lo mismo que conoce las mías. ¿Acepta usted las de mi hermano? En ese caso me resigno. ¿Le agradan más las mías? Con el mayor encarecimiento le suplico á usted que me confiese la verdad.

No se explicaba doña Milagros esta particularidad que había notado en las dos ocasiones que tuvo que habérselas con Eugenio: que para quedar bien con él sin comprometerse á nada concreto, le faltaban los grandes recursos de su oratoria, aquel vistoso tejido de sutilezas, comparaciones, recuerdos y vulgaridades, acompañado todo esto de mucha mímica, como el arquear de las cejas, menear mucho la cabeza y dar golpecitos con la diestra en el brazo del encantado oyente. Lo cierto es que

la elocuente señora se hallaba como cohibida y con algo de frialdad en su numen en presencia de aquél.

Después de la arenga del joven, hizo, sin embargo, un esfuerzo supremo, y trató de escaparse por la tangente, contándole, aunque muy desfigurado, lo que le dijo la tarde anterior su hermano Adolfo. Eso no le interesaba ni poco ni mucho, por lo cual insistía en su pregunta. ¿Aceptaba de buen grado las intenciones del otro? ¿Rechazaba las suyas? Nada de ambajes ni de veladuras: no le exigía más que la verdad.

—Eso debía reflexionarse despacio, caballero: una madre...

—Puede usted pensarlo una hora, dos, tres, todas las que usted quiera, señora; pero de aquí no me levanto sin saber á qué atenerme.

Torció el hocico doña Milagros al oir esto, y se acarició la barbilla con aquella mano diestra, tan expresiva en otras ocasiones, pensando para sí: «¡Ay, Dios, qué hombre éste! no he visto otro igual.» Y pensando de esta suerte le venían ganas de enviarlo á paseo con un no redondo y grandísimo que lo dejase anonadado; pero al propio tiempo recordaba la proporción que perdía su hijita si aquello resultaba cierto, y lo bueno que sería poder contentar á los dos hermanos realizando el principal

objetivo de su política. Ahora las dificultades aumentaban; ¿cómo salir del apuro? Fué tanta el ansia de paz y de conciliación que volvió á sentir, que encarándose de nuevo con el joven le propuso la misma idea, aunque en distinta forma:

—Mire usted, caballero, con tres días me bastaba para pensarlo, digo mal, para arreglar las cosas de manera que no tuviéramos ninguna jaqueca ni usted ni yo. Tres días cabalitos, no pido más, porque, desengáñese usted, hablando es como se entienden las personas.

Eugenio se levantó del sillón de enfrente, porque la impaciencia le asaeteaba y le mordía por todas partes, precisándole á ponerse de pie y á acercarse á doña Milagros.

—La oigo á usted, señora, y no lo creo. Pero ¿usted vacila entre dos términos tan opuestos? ¿Usted puede dudar ni un solo momento? ¿Usted es madre?

—No, no, permítame usted: si no es que vacile, ni dude, ni escoja entre lo bueno y lo malo; no, señor, nada de eso. Es que deseo evitar á todos ustedes una desazón; es que me propongo que las cosas vayan por sus términos regulares...

—Siendo así, puedo contar desde luego con el apoyo de usted, ¿no es verdad?—Vió Euge-

nio que inclinaba ella la cabeza en señal de asentimiento, y no quiso escuchar más razones.—Gracias, señora, no se moleste usted más, con eso me basta. Ahora, si usted lo permite, entraré á saludar á Luisa un momento. Ya es tarde y llevo prisa.

Cuando fué á contestar doña Milagros, ya estaba el joven en el comedor preguntando á la señorita Ángeles por su linda hermana. Y por idéntico motivo que antes, le vino á los labios la frase que había tenido en su mente: «¡Demonio con el hombre, y qué expeditivo que es!» Eugenio pudo hablar un momento á solas con su novia, que es lo que entró buscando; pero aun con todo y con eso no se marchó tranquilo por haber conocido en esta última sesión el escaso fundamento de la madre, y lo incomprensible y raro de su carácter.

Era domingo al día siguiente, y había quedado con Luisa en acompañarlas á paseo por la tarde. Aconteció, sin embargo, aquella mañana que su padre recibió una carta de Emilia, que bastó para dar al traste con su proyecto. La señorita Emilia había salido á misa acompañada de la doncella, y en la misma iglesia se hubo de confundir entre la gente, de tal modo que la perdió de vista, no dió con ella por ninguna parte y se volvió á casa sola. Boronat al oirlo lanzó un terno, aturdió á gri-

tos á la doncella haciéndola salir inmediatamente del gabinete de Eugenia, y cogiendo el sombrero se dirigió á toda prisa á la iglesia. No fué más feliz en sus pesquisas que la sermoneada joven, porque á pesar de haber preguntado en la sacristía, y después á dos señoras conocidas que halló en una capilla, y de haber recorrido todos los puntos donde podía estar recogida, no consiguió averiguar su paradero.

Al volver luego á casa con la ansiedad y la zozobra del que ignora lo sucedido, subieron de pronto sus temores cuando Eugenio le entregó una carta traída por un muchacho. La letra del sobre era de su hija, y esto fué lo que más le sobrecogió. Abrióla en seguida, y leyó de corrido lo siguiente:

«Querido papá: Desearía que me dispensaras por haber tomado esta determinación tan extrema; pero á ello me obliga la conveniencia propia y el afecto que profeso á una cierta persona, mucho más fuerte y sincero de lo que creen sus enemigos. Por lo tanto, y como he sabido los motivos que pudieron mediar en el rompimiento de nuestras relaciones, me creo justificada en esta conducta mía de acogerme á las personas de mi mayor estimación y cariño. Ellas me aconsejarán lo que debo hacer en esta situación, aunque no pienso volver á

tu lado, con harto dolor y sentimiento mío, sin que antes me des palabra de arreglar con el papá de Arturo las diferencias que fueron causa del rompimiento; que no es bien que la hija mayor sea considerada como una extraña cuando se trata de su felicidad y del buen nombre de la familia de que ella forma parte. Te suplico, querido papá, que me dispenses por esta vez, y no te olvides ahora ni nunca de tu hija que te quiere y te abraza, *Emilia.*»

Algo tranquilizó al padre la lectura de esta carta; pero no podía permanecer quieto ni tener sosiego mientras no supiera á dónde había ido á meterse con su locura aquella desdichada hija. Envió, pues, á Eugenia á casa de su tío don Alejandro Escuembre, y al joven marino á la de Javaloyes; y si no estaba allí su hermana, que fuera á escape á la del señor Benavides, ó preguntara antes en la de Arriaga, que le venía al paso. Él iría á casa de su prima, la señorita Manuela, por ser uno de los refugios donde con más probabilidad habría de encontrarse. Mandó enganchar la berlina, dando alguna tregua á su natural impaciencia con la idea de recorrer él mismo los puntos designados anteriormente y llegar acaso mucho antes que su mujer ó que su hijo Eugenio. «Calle de las Veneras, ya sabe usted y de pri-

sa,» dijo al lacayo al entrar en el coche. Con esta consigna, y como la distancia no era larga, pronto se vió Boronat ante la puertecilla de aquel entresuelo, donde nunca llamaba sin experimentar cierta emoción indefinible. Lo recibió la prima en la salita con la sonrisa en los labios y el abanico en la mano, chanceándose sobre si á un presunto senador sería ó no de buen tono el hacerlo entrar en cualquier parte; pero él, que no parecía de tan gentil humor, le preguntó en seguida:

—Ante todo, ¿no está aquí Emilia?

Nuestra señorita, sin parar gran atención en el tono de la pregunta ni en la fisonomía particular de su primo, le obligó á sentarse y á que contara en brevísimas palabras lo sucedido.

—Hace ya tiempo que lo veía yo venir—afirmó ella con gracioso desenfado.—No queréis desengañaros ni tú ni tu mujer de que los tiempos son muy distintos, de que no estamos en el año cincuenta, de que las muchachas ya no se casan por su linda cara, de que los chicos saben mucho...

—Vamos despacio—expresó el banquero interrumpiendo á su prima:—¿estás tú enterada de lo que pasó con la familia de Saura? Por fuerza que debes saber algo cuando hablas de ese modo...

—Conozco á los señores de Saura; los he

tratado en casa de una amiga de doña Elena; me hablaron del paso que iban á dar con gran sentimiento suyo, porque suponían lo que había de suceder, y después, naturalmente, como persona de la familia, han tenido conmigo confianzas que nunca agradeceré bastante. Ellos creyeron sin duda, y esto lo pienso ahora para mí, que yo podría influir en vosotros y hasta aconsejaros en este asunto... Luego, es claro, comprendieron que cuando yo ignoraba ciertos pormenores, no había de ser un gran oráculo en vuestra casa.

Boronat, que acababa de sentarse en un sillón, se levantó de pronto oyendo las anteriores palabras, y repuso muy seriamente:

—No digas más: perfectamente. Ya veo que todo el enredo es cosa vuestra.

—Poco á poco, ¿cómo que es cosa nuestra?

Contra su costumbre, la prima se mostró un poco enojada de que, ni aun en sueños, se supusieran obras ó pensamientos que empañaran la rectitud de sus intenciones y aquel acendrado afecto que profesaba á la familia. Lo único que se permitía era aconsejarle que lo reflexionase mucho antes de colocar á Emilia en el extremo de cometer un disparate...

—Entonces debe estar aquí esa... maldita, ¡que me ha hecho pasar un rato!—afirmó Boronat volviendo á interrumpir á su prima.

—No sé dónde está, no me marees... Pero ten entendido que no la verás á tu lado mientras persistas en tu negativa... Esto es lo que yo presumo: no vayas á creer ahora que yo tenga vela en este entierro ni me meta á consejera de nadie. ¡Dios me libre de caer en semejante tentación!

—Manuela... ¡por los clavos de Cristo!—gritó el banquero.—Estoy leyendo en tu cara que todo eso es un embuste. Tú sabes dónde está Emilia.

Echóse á reir nuestra señorita, cubriéndose con el abanico abierto la parte inferior del rostro; movimiento habitual en ella desde que al labio superior le dió la pícara manía de cubrirse de un vello demasiado visible. Luego repuso:

—Vamos, carísimo primo, no hay que sulfurarse... Si lo supiera, te lo habría dicho desde el primer momento, en cuanto pisaste mi casa. ¿No comprendes que hubiera sido una crueldad inútil tenerte tanto rato en esa horrible duda?

—Lo veré por mis ojos. Voy á registrar todos los rincones de tu casa.

—Entra y mira por donde gustes. Aquí no ocultamos matute.

Dijo ella esta frase con tanta tranquilidad, y rebosaba la interna satisfacción de tal manera

en su semblante; reían tan claramente sus ojos echando de sí luces y chispillas, que el primo desistió de su propósito, entrando su ánimo en un período de exasperados recelos y vivos resentimientos. Contemplando aquel rostro lustroso de mujer madura, sereno y sonriente en medio de la inquietud que apenaba su corazón, y de la que ella no parecía participar lo más mínimo, confirmóse en las sospechas comunicadas por Eugenia, y pensó para sí: «Ésta no dice la verdad, ésta oculta algo, ésta es una víbora.» Y con tal fuerza de convicción le asaltó este pensamiento, que estuvo á punto de echarle mano al cuello y gritarle: «¡Ah, víbora, que te he conocido!» Sostuvo ella su mirada con pasmosa serenidad, y de seguro que si Boronat le levanta la mano, hubiera sido muy capaz de luchar con él á brazo partido y defenderse de la acometida con la bravura de una leona. De pronto se puso el sombrero, miró hacia la puerta, y el resentimiento le inspiró estas amargas frases que su corazón de padre estaba muy lejos de sustentar por mucho tiempo:

—No quiero entrar; pero me voy con el convencimiento de que sabes el sitio donde se ha ocultado Emilia. Ya no me importa, y te aseguro que no vuelvo. Yo vengo á buscarla: ¿no acude á mi llamamiento? ¿no respeta mi auto-

ridad? ¿se rebela neciamente y sin motivo fundado á la menor contrariedad con que tropiezan sus caprichos? pues cuando ella quiera arrepentirse ya no será tiempo. Sabré que está aquí; pero te aseguro que no vuelvo.

Levantóse entonces nuestra señorita radiante y como vencedora, aunque procurando disimular aquellas sabrosas primicias del triunfo que esperaba conseguir sobre el padre, después de haberle hecho experimentar nuevas y angustiosas dudas, y se expresó así con aparente humildad:

—Sí, Juan José, tienes razón. Una vez cometida la falta, ¿á dónde podía dirigirse la pobrecilla mejor que á mi casa?... Está, sí, en mi gabinete; pero está acostada, enferma, con muchísima fiebre, á ratos llorando y empeñadísima en que tú no la quieres ni pizca... Es una niña, ya lo ves.

Miró Boronat á su prima con alguna severidad, se cruzó de brazos, y dando expresivos movimientos á su cabeza, ya respetable y entrecana, repuso á seguida:

—¡Enferma, muy enferma! Siempre que la señorita se ha empeñado en salirse con la suya, ha tocado ese registro. De modo que no me coge de nuevas. Conozco esa clase de enfermedades, que no duran más allá de veinticuatro horas. ¡Que es una niña! Tú debías ser la pri-

mera en aconsejarle que se condujera como una mujer...

Como se ve, la reacción en el corazón del padre no vino con la impetuosidad y el afán de perdonar que la prima esperaba. No era un sentimiento sólo el que le dominaba en aquel instante, sino que la lucha disimulada había removido los gérmenes de otros muy distintos que dormían en el fondo de su conciencia. Boronat aparecía, pues, irritado, indignado, nervioso, inquieto, más bien que conmovido y dispuesto á transigir con las penas amorosas de su hija. Sin duda que algo comprendió de esto la señorita Manuela, pues en vez de enojarse con las palabras de justo reproche que le dirigió, volvió á sonreirse como dulce y compasiva mediadora, contestando:

—¡También tú tienes unas cosas! ¿pues qué quieres? ¿que lo reflexione y lo mida y lo calcule todo como una señora de cincuenta años?... Eso no puede ser, hombre, compréndelo: sería pedir peras al olmo. ¡Pobre muchacha!—Y observando en el primo cierto movimiento como del que se decide por algo, añadió:—No, tú puedes entrar si gustas. Entra y convéncete por tí mismo; pero no vayas á echarle un sermón por la tremenda ni á apurarla con amenazas, que eso podía dar peor resultado...

Precedido por su prima entró, en efecto, el

padre en la alcoba del gabinete donde se hallaba acostada Emilia, con el rostro vuelto á la pared, los ojos húmedos y rojizos y un pañuelo fino de batista en la mano, hecho una pelota, que se entretenía en morder por todos los lados. Aun cuando los oyó entrar, la señorita Emilia no tuvo á bien cambiar de postura, sino que continuó en la misma dando la espalda á Boronat y á la tía. Éste, por su parte, se mantuvo serio y empezó á afearle aquella conducta que había observado con sus padres. ¿Era de ese modo como se ganaba su afecto? ¿Se había empeñado en llevar su capricho adelante contra viento y marea? Oyendo el comienzo del sermón, removióse Emilia entre las sábanas, y vino á decir, entre refunfuños y quejas á media voz, que Boronat no la quería ni su mamá tampoco y menos sus hermanos.

—Pero ¿por qué razón? ¿en qué te fundas para creer ese dislate?—le preguntó el padre, que no conseguía sacarle ni una sola palabra que tuviera viso de razonamiento.

—¡No, señor, y no, señor!... no me queréis ninguno: si me quisiérais, otra cosa sería... no me encontraría yo en esta cama; sí, señor, otra cosa sería.

—Si entiendes por cariño el consentir que una hija de familia haga su santa voluntad,

entonces serán muy contados los hijos que se tengan por queridos de sus padres.

—No, señor, no es eso,—refunfuñó la señorita rezando por lo bajo y entre dientes ciertas expresiones que sonaban como á amenaza, y por las cuales dedujo Boronat el pensamiento capital que sustentaba todo aquel estado permanente de guerra.

—¡Qué poco talento tienes, hija mía!—exclamó, por fin, el padre en un tono que parecía dolorido y era más bien irónico, como el del que da con la clave que deja indefenso al enemigo, sin que éste se percate.—Por la ligereza tuya de esta mañana y por lo que dices ahora, presumo toda la extensión de la niñería que tenías fraguada... Tú creías que en saliendo de casa de tus padres, y pidiendo protección á la ley, vendría en seguidita el señor Juez, quedarías depositada aquí mismo, y á los tres meses justos cátate á Periquito hecho fraile. ¡Admirable! ¡muy bien! ¡conseguido mi capricho y burlados mis papás! ¿eh, no era ese tu plan? Pues, hija mía, contabas sin la huéspeda. Para esos triunfos se requiere haber cumplido la mayor edad, y tú no has llegado todavía. De modo que la ley me concede el derecho de cogerte de un brazo y llevarte á casa de grado ó por fuerza. Pero descuida, no abusaré de mi legítimo derecho. Ya que el flujo

democrático de estos tiempos nos arrastra á la igualdad y á que no exista autoridad indiscutible ni aun en la familia, habremos de transigir con algo: te quedas, pues, en la cama; te curas de la fiebre, y cuando te encuentres bien vuelves á casa. De lo demás no hay que hablar... á los arrepentidos quiere Dios... ¡Figúrate si nosotros, los padres, que somos tan blandos de corazón, los querremos!

Después de estas graves palabras, entreveradas de alguna que otra cáustica reflexión, ni la señorita Emilia ni la amable tía adujeron cosa que viniera á contradecirlas. Salió, pues, Boronat con algo más de tranquilidad; pero con un fondo de amargura y de tristes presentimientos, que nunca habían pesado tanto en su ánimo. Y esto era el principio de la lucha, porque ¡quién sabe la que se desataría después, el día en que no fuese Emilia sola la que se colocara enfrente de su autoridad! Y esto sucedía precisamente cuando los negocios de la casa y la comedia política reclamaban la mayor suma de trabajo y de tiempo, la aplicación de todas sus aptitudes para atender á sus cartas y al juego del contrario. Sentíase desalentado, sin fuerzas, disgustadísimo y como si desconfiara por completo de su buena fortuna.

Al llegar el coche á la Escuela Pía, sacó Bo-

ronat la cabeza por la ventanilla y vió en la puerta de su casa á Eugenia, á Adolfo y á su hermano que acababan de volver de sus exploraciones. Eran las dos y media de la tarde, y excepto la abuela, ninguno de ellos se había sentado á tomar un bocado y menos á almorzar, inquieto y sorprendido por los tristes sucesos de la mañana. Antes de sentarse á la mesa, en un instante que quedaron solos en el gabinete de Eugenia, dijo ésta á su marido:—Me lo había sospechado que Emilia estuviera allí, mejor que en otra parte; pero porque no me tacharas de mal pensada y de... me callé la boca.

Por todas estas peripecias y por los comentarios que les siguieron, el joven Eugenio no pudo salir temprano de casa para acompañar á Luisa á paseo, como le había prometido la anterior tarde. Entre ocho y nueve de la noche, en cuanto se halló libre y desembarazado corrió, pues, á la calle de Fuencarral, con el creciente anhelo del que acude á una cita detenido largas horas por inevitables atenciones. Dió la fatal coincidencia de que en el momento de salir las tres hermanas acompañadas de sus tres galanes, se presentase en el portal Eugenio. Sin reparar en éstos ni en doña Milagros, que también iba en la ronda, se dirigió á Luisa para manifestarle que, en el caso de

que fuese á los Jardines, le agradecería que desistiera de su propósito y volviera á subir á la habitación.

Quedóse la pobre niña inmóvil y como encantada, mirando á unos y á otros, sin saber qué hacer ni qué contestar ante lo imprevisto del ruego y de las circunstancias.

—Pero, caballero, amigo don...—la madre en el conflicto no recordaba el nombre del joven;—repare usted que va conmigo, que vamos todos allá, que es un compromiso con estos señores que son tan galantes...

—No importa: recuerde usted lo que sucedió la otra noche, y hallará usted justificado este buen consejo.

—No ha de suceder siempre lo peor, señor, considérelo usted bien, y estando ya advertidas. ¿Por qué no se viene usted con nosotras?

Hizo un vivo movimiento de impaciencia nuestro joven, acompañado de un chasquido particular de la lengua, y se acercó de repente á la muchacha como el que recurre á un último extremo:

—Dos días me quedan de estar á tu lado, Luisa... Me darías, pues, una prueba de cariño, que yo agradecería en el alma, si, accediendo á mi súplica, prefirieras retirarte ahora mismo, á salir acompañada de estos caballeros.

Sin vacilación de ningún género entregó ella á doña Milagros la llave del portal que llevaba envuelta en un pañuelo, por ser bastante grande, y se dirigió callandito á la escalera.

—Pues no deja de ser una impertinencia,— murmuró en voz baja el pintor Larrea mientras Luisa subía á la habitación con gran sorpresa de todos.

Volvióse de repente Eugenio, y con la voz un tanto alterada y demudado el rostro, se acercó al grupo y le preguntó por dos veces al pintor:—¿Decía usted... qué es lo que dijo usted?

—Nada, que no tengo vela en este entierro, y que ahí está doña Milagros que verá lo que dispone.

—Id vosotras... que yo me quedo. Estoy segura que no me había de distraer, ni aun siquiera estar tranquila; de modo que...—dijo esta última en un tono entre burlesco y desdeñoso.

—Entonces yo tampoco voy á los Jardines, —expresó Conchita con el apresuramiento y enojo del despecho.

—¿Ha visto usted qué chiquillas?—preguntó á su vez la que manejaba los pinceles, señorita Ángeles, dirigiéndose al teniente Quiroga, en son de tomar á broma la salida de sus her-

manas:—merecíais que estos caballeros no se acordasen ya en su vida ni del santo de vuestro nombre. ¿Es decir, que me dejáis sola? ¡Qué risa! ¿Y á dónde voy yo sola con tanto hombre? Vaya, ¿sabéis que la cosa tiene gracia?...

—Yo no puedo acompañaros, hijas mías, no me considero con fuerzas para tanto; pero Concha irá contigo... Anda, hijita, ve con tu hermana... Hazlo por mamá.

Pero la muchacha, tan complaciente como siempre, volvió la espalda á su madre y se acercó despacio, y mordiendo un extremo del abanico, al primer tramo de la escalera. Entonces Ángeles, la más contrariada de todas, al ver que también Concha la dejaba sola, volvióse de muy mal humor al grupo de los hombres y les dijo:—Dispensen ustedes, señores: con gente tan tonta y tan estúpida como ésta, ¿á dónde va una á divertirse? Lo mejor será acostarse.

En el intermedio de este último incidente entre las dos hermanas, y como nadie le dirigía la palabra ni se metía con él, Eugenio cruzó despacio el portal, pasó á la acera de enfrente y se alejó con la mayor tranquilidad, aunque sin perder de vista á los del grupo. En cuanto se fueron las muchachas, una tras otra, Adolfo, que por prudencia, respeto á su hermano ó consideraciones particulares no había

desplegado los labios, se cruzó de brazos, y encarándose con sus compañeros les preguntó:

—Vosotros habéis sido testigos: ¿ahora qué hago yo con este hombre?

—¡Toma! pues dejarlo estar. ¡Vaya una pregunta!—contestó Quiroga con su habitual desenfado.—¿Qué ibas á hacer? ¿reventarlo? porque con tipos como tu hermano no queda otro recurso... Déjalo, déjalo, cada loco con su tema; él se marcha y tú te quedas hasta nuevas órdenes cuando menos, hasta que el regimiento... En fin, puesto que estamos libres, ¿no podíamos ir á casa de Flora esta noche? Buena idea ¿eh? tres botellas de manzanilla, tres puritos de lo superior y lo demás... ¿qué os parece mi martingala? de primera. Si vosotros no tenéis correa, ni Cristo que lo fundó, porque en seguida os achicáis, y os amilanáis, y os *amelonáis*, y no es eso lo que se busca. ¿Con que vamos, ó no vamos?

Fueron, en efecto, á la citada casa guiados por el teniente Quiroga, que aquella noche se sentía en disposición de improvisar aunque fuera un sainete de lo más chispeante y verdecito que se hubiese visto.

Mientras los otros dos le seguían como corderos atraídos por aquella regocijada explosión de espontáneo y genial desenfado, daba Eugenio la vuelta por la otra acera, y entraba pacífica-

mente en la casa para pasar el resto de la noche en compañía de Luisa y de doña Milagros, que dormitaba enfrente de ellos, en el sofá de paja del comedor.

Algunas horas después, cuando ya todos los de la familia de Boronat descansaban, uno de los criados á quien le tocó quedarse en vela abría la puerta al señorito Adolfo. Como subieran con él otras dos personas, no dejó de chocarle al mozo esta circunstancia; pero apenas le vió la cara, y los ojillos, y el cuerpo no muy derecho, y percibió su aliento, comprendió la razón de venir tan acompañado y la necesidad de tener que convertirse él mismo en discreto puntal de aquel humano edificio. Su aspecto, sin embargo, no convidaba á tomar la cosa á broma, pues por lo tétrico y taciturno más parecía un desertor del ejército, hambriento y rendido, que el hombre que sale de una francachela algo perturbado, pero risueño y satisfecho. Después de acompañarlo á su cuarto y dejarlo sentado en una silla, con la cabeza baja y las piernas cruzadas en estado de filosófica meditación, el criado pensó para sí: «Es un vino triste.»

Al día siguiente, ya había salido Eugenio de casa cuando su hermano se presentó en el comedor, aunque con poquísima gana de dar trabajo á las mandíbulas. Si algo pudo saborear,

fué la parte líquida y refrescante del almuerzo. Vistióse luego despacio, y como se sentía aún cansado, se encaminó directamente á casa de doña Milagros.

Allí, por no faltar á la costumbre, ni la mamá ni las dos niñas mayores habían de pasar la tarde en casa. Concha no había hallado todavía un obrador de sombreros de lujo que apreciasen su mérito; Doña Milagros no tenía que buscar obrador: le bastaba con su afán de verlo y olerlo todo. Angeles estaría probablemente con los pinceles en la mano, y la única á quien vió Adolfo en el comedor repasando la ropa blanca, fué á la joven Luisa. Hacía poco tiempo que habían tomado una chiquita de doce á trece años, como ayudanta de esta última, y más que todo, para poder decir en todas partes: «La sirvienta de casa...»

Sentóse nuestro alférez al lado de Luisa con gran familiaridad, y contemplándola de cerca y con mucha fijeza, empezó á echarle piropos. Con haber visto tantas chicas bonitas en este mundo, nunca había tropezado con una que reuniese como ella tal número de perfecciones. Sus manos eran blancas, sus ojos negros, su barbita encantadora, los hoyuelos monísimos, los pies menudos y altos de empeine; pero tan bonitos que era una picardía que los llevase cubiertos con aquellas largas faldas

que les imponía la moda. Él quería adorarlos; y para adorarlos, verlos. Separó Adolfo la silla y se inclinó hacia adelante, con el objeto de descubrir por sí mismo aquellos adorables piececitos. Hizo la joven idéntico movimiento para evitar que el otro se propasara á tanto; juntáronse sus cabezas por un instante, y entonces él, aprovechando esta aproximación, le besó ligeramente en la mejilla. Levantóse ella de pronto y se dirigió á la puerta, pudiendo apenas balbucir las palabras que apresuradamente acudían á sus labios en medio del enojo, del aturdimiento y de la vergüenza.

—¿Para eso ha venido usted á esta hora? pues ya puede usted tomar la puerta... Yo no vuelvo á sentarme, no, señor, mientras usted no se marche...

—Vamos, Luisita, por una sola vez... dispénseme usted: ¿no me va usted á perdonar, usted que es tan buena?... Le juro á usted que no vuelvo ni á mirarla siquiera. No, palabra, siéntese usted.

Tanto le rogó y tantas promesas hizo de no faltar á las consideraciones debidas, que al fin la simpática muchacha, escasa de experiencia y no sobrada de malicia, tornó á ocupar su asiento y á coger la labor.

Al poco rato continuó él con el mismo tema, quejándose de su irreflexiva esquivez, cuando

si fuera posible sacarse uno el corazón del pecho y mostrárselo, había de ver cómo lo tenía de lacio y pequeñito por su culpa. ¡Un corazoncito que sólo palpitaba por ella! Además, él no era como los otros novios y apasionados suyos, que la abandonarían, tarde ó temprano, y se contentaban con ensartar palabras y promesas. Á ella le agradarían mucho más los hechos, hechos positivos y claras demostraciones de cariño. Hablando de esta suerte, fuese aproximando á la joven, que no levantaba la vista de la labor y le oía con cierta confusión y sobresalto, aunque confiando en su palabra y en la venida de doña Milagros, que había prometido volver al cuartito de hora. Pero llegó un momento en que, molestada por el aliento del inoportuno que lo tenía como cosido á su lado, reclinó el cuerpo en la silla para enderezarse y apartarse un poco. Entonces él la cogió por la cintura, echándole los brazos de un cierto modo, con intención sin duda de levantarla en peso; pero ella, que comprendió el peligro, empezó á llamar á la criadita y á revolverse como un pájaro en las manos de un niño contra aquellos ardorosos apretujones. El asomarse esta última á la puerta del comedor no impidió que continuara el alférez en su brutal faena de coger á Luisa en brazos para llevarla á sitio determinado, si

bien fué causa de que, distrayéndose un momento por volver la cara, hiciera ella un supremo esfuerzo y lograra agarrarse á la mesa. Ya tenía algo más de defensa en esta posición. No obstante, lo que acabó de salvarla fué la campanilla de la puerta, que sonó inesperadamente.

Adolfo la dejó libre en seguida, y alcanzando á la criadita que iba á abrir, le advirtió que viniera quien quisiera de la casa tuviera mucho cuidado con decir una palabra de lo ocurrido.

Después de enjugarse las lágrimas que la violencia de la lucha había hecho brotar en sus ojos, salió Luisa al pasillo, imaginando que fuese su madre ó su hermana Concha la que llamaba. Por esto no pudo ser mayor su asombro cuando se vió delante la simpática figura de Eugenio, realzada, si cabe, con su elegante traje azul obscuro de americana y pantalón ancho, que imitaba al de guardia marina. Entraron en el comedor, y á la luz clara de la tarde echó de ver Eugenio el rostro arrebatado y entristecido de Luisa. Luego se volvió á su hermano para saludarle, y le sorprendió igualmente la cara particular que puso en el momento de encontrarse sus miradas. Algo llegó á recelarse; pero, como una vez empezada la conversación ellos siguieron

hablando con gran naturalidad, no creyó que lo observado tuviera mayor importancia. La que allí sacaba fuerzas de flaquezas para disimular las consecuencias de la emoción pasada, para contener las ganas de llorar que le venían, era la pobre niña, que al fin no pudo más y se marchó al cuarto de su madre sin decir una palabra. Al pronto, ninguno de los dos hermanos hizo alto. Transcurrió, sin embargo, un buen rato, y como ella no volvía, levantóse Eugenio, aguijoneado por nuevas sospechas, y se dirigió á la cocina. No estando allí Luisa, la criadita le acompañó por diversos cuartos hasta que dieron con ella. Al oir que entraban se levantó de prisa y fingió que buscaba unos trapos de hilo en el último cajón de la cómoda; pero él la acercó al balcón, le observó el semblante, recogió del suelo el pañuelo blanco, húmedo todavía, y le dijo:

—¿Qué es esto? ¿qué te sucede? ¿qué significa eso de venirte á este cuarto y dejarnos solos en el comedor? Algo ha debido pasar, Luisa... Me lo sospecho... casi lo adivinaría... pero no, vamos, habla...

—Nada: no tienes que sospechar, porque nada ha pasado. Había venido acordándome de un encargo de mamá...

Eugenio se encaró en seguida con la muchachuela, que los miraba en silencio desde la

entrada, habiendo reclinado el cuerpo contra la puerta, y le dijo de repente:

—Tú debes saberlo.

Turbóse ésta no poco ante semejante afirmación y empezó á tartamudear, manifestando á medias palabras que nada sabía ni había visto, al mismo tiempo que buscaba en los ojos de Luisa la aprobación de tan descomunal mentira. Sorprendiendo Eugenio esta mirada de inteligencia entre las dos jovencitas, asió á la primera del brazo y la hizo salir á la cocina. Costóle mucho sacarle algo de lo que allí había ocurrido, aun poniéndole una peseta en la mano y prometiéndole no decir nada á la señorita; pero fué lo bastante para que nuestro joven viniera en sospecha de lo demás. Volvió, pues, al comedor, y rogó á su hermano que le acompañase á la calle, puesto que doña Milagros tardaría en dejarse ver por casa. A pesar de la naturalidad con que trató de revestir sus palabras, Adolfo debió comprender por el tono que si su hermano no estaba enterado de lo sucedido, cuando menos se lo sospechaba. Salieron, pues, juntos á la calle, y por igual impulso se encaminaron, sin darse de ello cuenta, hacia su casa. Antes de llegar, quiso Eugenio hacer algunas reflexiones al otro; y conteniendo á duras penas el vivo sentimiento de que se sentía poseído, le habló con

aquella clara y persuasiva manera de expresarse que había adquirido en sus estudios y con el trato de diversas gentes:

—Mira, Adolfo, ciertas cosas vale más no saberlas... Ignoro, pues, lo que habrá pasado en casa de doña Milagros... pero es muy doloroso y muy triste tener que sospechar en un hermano una mala intención. Te he dicho diferentes veces que sentía un interés particular por Luisa, y que así como yo la respeto quiero también verla respetada, principalmente por tí. Tú sabes esto, y, sin embargo, insistes en llevarme la contraria. Si eso es un capricho, harto comprendes que los caprichos deben posponerse ante sentimientos más puros y elevados... Como todavía vuelves, á pesar de lo ocurrido la otra noche, debo suponer forzosamente en tí una mala intención, un verdadero empeño en disgustarme...

—Te oigo y no lo creo... Vamos, eres un niño en toda la extensión de la palabra—afirmó el mayor procurando dar un tinte irónico y risueño á sus palabras;—pero ¿es de veras eso del interés particular, y de los sentimientos puros, y de toda esa música, que á mí me suena como música celestial?...

—Veinte mil veces te lo he repetido. Sea ésta la veinte y un mil, y Dios premie mi paciencia.

—¿Pero hasta el punto de formalizar las relaciones y llevar adelante la cosa?

—Hasta ese punto.

—¿Y tú sabes lo que se ha dicho de la madre por las personas bien informadas, y lo que hoy se murmura de las hermanitas, que andan por ahí tan sueltas que es una bendición de Dios?

—Lo sé.

Fué un «lo sé» tan seco y tan rotundo, que Adolfo se quedó mirando un rato á su hermano, no ya con expresión de forzada gracia como antes, sino con la sombría contracción que precede en ocasiones al arrebato. Contúvose por el momento, porque habían llegado al portal de la casa y empezaban á subir las escaleras. Entró primero Eugenio, dirigiéndose directamente á su cuarto. El otro, que venía tres pasos detrás, cruzó también el pasillo y siguió á su hermano, pues ya se recordará que tenían para los dos uno de los mejores cuartos del interior. Apenas entraron, se quitaron las gorras, se aflojaron uno el traje y el otro el vistoso uniforme de azul claro; Adolfo se quitó también el cinturón para colgarlo, como de costumbre, en el perchero de la alcoba, que era ancha y espaciosa. Luego se volvió á su hermano y le interrogó con la misma expresión de zumba y de ironía con que había recibido al principio sus comedidas razones.

—Con que vamos á ver, porque todavía no he vuelto de mi asombro... ¿Y aun conociendo todas las lindezas atribuídas á la mamá, transiges y persistes en tomarlo por lo serio?

—¡Transijo!

—No me queda más que oir, chico. ¡Qué barbaridad! ¡pero qué barbaridad! Y aún dices tú... Ya ves, ya ves si está justificado mi empeño en quitarte tal disparate de la cabeza.

Eugenio, que se había sentado en una silla apoyando el respaldo en la pared, se levantó con tal viveza, que estuvo á punto de que se resbalaran los dos pies y cayese de espaldas. Una vez recobrado el equilibrio, se llevó la mano á la frente, luego elevó los dos brazos, y, por último, se dirigió á su hermano dando á sus expresiones un vigor y una fuerza inusitados:

—¡Mire usted que es tenacidad! No he visto otra cosa igual. Te he dicho que transijo, que persisto, que lo tomo en serio, ¡todo lo serio que pueda tomarlo un hombre! ¿Es una barbaridad? Pues bien, acabemos de una vez: estoy dispuesto á cometer esa barbaridad.

—Estás hablando con tu hermano mayor, ¿lo sabes?

—Más que fueras mi tatarabuelo.

—Y en cuanto á hacer tu santa voluntad, eso lo veremos.

—Pues lo veremos. ¿Qué te has figurado, que voy á estar yo sufriendo toda la vida como mamá y como Pepita vuestras impertinencias? ¿que no hay más voluntad que la vuestra? Pues andas muy equivocado. Hace tiempo que venimos tascando el freno... y basta de humillaciones. Si mi padre no fuera tan condescendiente y tan bondadoso, yo le diría: «Haga usted justicia seca, y palo al que lo merezca.»

—En eso, en eso precisamente está el mal—repuso Adolfo con no menos ímpetu, envenenando la disputa por querer intimidar á su hermano y no conocer á fondo su carácter:—si papá no hubiera tenido la debilidad que tuvo, otro pelo nos luciría á la familia. Sí, señor, lo digo y lo sostengo.

—¿Y qué debilidad es esa, si puede saberse?...

—Mi hermana estaría casada con un título, quizás con un alto personaje, porque no se le hubiera regateado la dote. Yo sería alférez de Estado Mayor en vez de serlo de Caballería, porque á papá no le hubiera dolido tirar dos ó tres mil duros con tal de que me aprobasen el examen de ingreso. Con el dinero todo se consigue.

—¿Pero cuánto desatino estás ensartando? En fin, acaba: y la culpa de eso...

—¡La culpa... la culpa de eso la tiene quien yo me sé! No ha faltado quien aconsejara á papá que mirara algo más por su bolsillo que por el porvenir de Emilia y por la carrera de su hijo.

—Mientes, si lo dices por mi madre. Mi madre no es capaz de torcer la voluntad de su marido, y menos con perjuicio de ninguno de la familia. Mi madre es una santa—y afirmando esto con cierta exaltación, corrió á la alcoba, abrió una cartera de viaje ó baúl ó algo que tuviera llave, y volvió á salir al instante con una carta en la mano.—Mira, si no fuera ella una santa, no estaría esta carta en mi poder: la tendría mi padre para hacer la debida justicia. Esta es la que perdió Emilia una noche; ésta es la que tú escribiste desde la Academia, ¿recuerdas? Con estas desvergonzadas indirectas que pusiste aquí, hiciste llorar á mi madre... De los apodos que nos dedicaste no hago caso; pero eso de atribuir á una persona sentimientos tan bajos, ¡eso es una infamia!

—¿Sabes lo que estás diciendo, hijo de mala sangre?—gritó el mayor con repentina furia, acompañando esta pregunta de expresiones soeces, de tacos y juramentos, siempre con la idea de intimidar á Eugenio.—Bravucón del demonio, ahora mismo vas á devolver esa carta á mi hermana.

—Quiá, hombre: se acabaron ya los tiempos del ordeno y mando.

—Y esa carta la habréis encontrado vosotros sin que la otra la perdiera.

—Mientes si tal supones.

—Dos veces me has desmentido... ¡maldita sea tu alma! y te voy á señalar...—dijo el alférez asiendo con violencia del brazo de su hermano; pero éste lo rechazó de sí con tal fuerza, que le obligó á retroceder dos ó tres pasos, punto menos que tambaleándose. En cuanto se rehizo, volvió á caer sobre aquél con mayor violencia, cogiéndole las muñecas y sacudiéndoselas al mismo tiempo que lanzaba estas palabras, entrecortadas por la rabia y el repetido empuje: —¿Conque esas tenemos?... volverse contra su hermano mayor... Bicho venenoso, te voy á señalar... Tú no sabes quién soy yo.

—Á mi padre se lo consentiría; pero á tí... pero á tí...—No pudo Eugenio concluir la frase porque había empezado la lucha cuerpo á cuerpo, defendiendo este último la libertad de sus movimientos contra el otro, que trataba de sujetarle y agarrotarle las manos. Por fin aquél dió una sacudida tan vigorosa y tan inesperada, que Adolfo vino á tierra y tuvo que dar una vuelta para levantarse. Por esa especie de ley ó determinismo á que obedecen tan-

tas cosas en la vida, en el choque de estas dos naturalezas, la más sana y enérgica conservó desde sus comienzos la facultad de repeler la fuerza con la fuerza sin que le cegara el rencor. Por el contrario, en la naturaleza viciosa, gastada y empobrecida por los excesos, germinó al momento aquel odio secreto, mezcla de envidia y resentimiento, alimentado años atrás por su tía Manuela contra la antigua querida de su primo. Se irguió, pues, Adolfo, rabioso y colérico, sin que le ocurriera desistir de su empeño por comprender la superioridad de su hermano; antes bien la destilada ponzoña regurgitó en sus labios, y se la escupió al rostro en atropelladas frases:

—¡Este bravucón del demonio!... si no puedes desmentir la mala sangre... sangre judía, porque tu madre desciende de judíos... ¿no lo sabías? Pero déjate, que yo te enseñaré á no faltarme.—Y esto diciendo, cogió uno de los bastones más gruesos que había en el rincón de la derecha y se dirigió á su hermano.

—¡Adolfo, Adolfo, mira bien lo que dices!—gritó este último sin descomponerse, pero pálido, nervioso, con la mirada inquieta y trémulos los labios:—¡eso de insultar á mi madre no lo consentiré nunca! ¿lo entiendes bien? ¡nunca! Á mi madre se le ha de respetar lo mismo que á la Reina.

—Lo mismo que á la Reina ¿eh? Pues no me pasa por la cabeza el respetarla... Y te voy á señalar.—Y uniendo la acción á la amenaza, descargó sobre el hombro izquierdo de Eugenio un fuerte bastonazo. Fué á repetir el golpe; pero aun á riesgo de ser herido en el rostro ó en la cabeza, se abalanzó aquél al agresor y le sujetó el brazo, entablándose de nuevo la lucha para ver cuál de los dos quedaba dueño absoluto del bastón. De pronto lo soltó el mayor, llevándose la mano á la muñeca izquierda por haber sentido inesperadamente el dolor de una torcedura ó el entorpecimiento particular de la luxación.

—¡Maldita sea tu sangre!... ¿Sabes lo que has hecho?... ¡me has roto la muñeca!... ¡Este dolor... este dolor te va á costar caro!... ¡Permita Dios que!... —Y después de soltar otra maldición, se metió en la alcoba, abrió el cajón de la mesilla de noche, cogió el revólver de bolsillo que acostumbraba llevar en sus correrías nocturnas por los barrios bajos, y volvió á salir, apuntando ya á su hermano y gritándole:—¿Sabes lo que has hecho?

A pesar de la inmensa rapidez con que fueron ejecutados todos estos movimientos, Eugenio, que se temió otra nueva locura, lo esperaba ya á pie firme en medio del cuarto. De modo que, en cuanto lo tuvo de frente, se le

echó encima, pudiendo sujetarle el brazo con mayor facilidad que antes, y porque afortunadamente el caer el gatillo y no estallar la cápsula, le dió tiempo para lograr su objeto. Lo desarmó en seguida y se quedó con el revólver en la mano, después de unos cuantos minutos de porfiada resistencia. Cuando Adolfo se vió desarmado se revolvió como una fiera, le dió un fuerte empujón y tornó á meterse en la alcoba, ciego de cólera, tembloroso y con el vértigo de las malas pasiones en la cabeza. Su prudente hermano lo vió aparecer repentinamente con un estoque largo en la mano, un hermosísimo estoque que parecía un florete. Y ante su airado continente, su rostro y su mirada vívida y llameante, lo temió todo, y, por instinto de conservación, retrocedió dos pasos, empuñó el revólver, y, amenazándole con él, gritó:

—¡No te muevas de ahí, Adolfo! ¡no me toques! ¡mira que no respondo de mí!... ¡Adolfo! ¡Adolfo!

Pero éste, más ciego que nunca, avanzó hacia su hermano con tan declarada intención de herirle, que Eugenio se fué retirando hasta la pared. Fué un momento supremo y doloroso. Al verlo venir, apretó convulsivamente los dedos, cayó el gatillo, y esta vez salió el tiro. Lo imprevisto y lo crítico de la situación no le

dió tiempo para apuntarle, y, sin embargo, por malhadado acierto, providencialmente ó por fatalidad, la bala le penetró en el pecho. Cayó el estoque de su mano, levantó los brazos, dió una vuelta, y vino á tierra como si fuera de plomo.

Momentos antes la cocinera y la doncella, que habían oído las voces de uno y otro hermano, se aproximaron á la puerta y comprendieron que era una reyerta acaloradísima, por cuya razón se dirigieron al gabinete de doña Balbina. Llegaron á esta sazón de la calle Eugenia y Pepita, y al entrar á ver á la buena señora, que no se sentía bien, se encontraron con las criadas, temerosas y asustadas por lo que habían oído. Sin quitarse los sombreros corrieron madre é hija al pasillo; pero antes de llegar á la puerta del cuarto les sorprendió la detonación del disparo. Quedáronse al pronto heladas, trémulas, sin aliento y sin fuerzas para dar un paso. Por fin, Eugenia, asaltada súbitamente de una idea, se lanzó á la puerta, abrió y entró sin distinguir con claridad en el primer momento, ya porque la luz empezaba á extinguirse, ya por la turbación natural producida por el ruido, la espantosa sospecha, el olor y el humo de la pólvora. Lo primero que vió fué el semblante pálido y descompuesto de su hijo, que aún conservaba el revólver en la ma-

no. Luego giró la vista hacia la derecha, y descubrió el cuerpo de Adolfo inmóvil y tendido, con el rostro algo vuelto, á pesar de lo cual llamaba la atención la palidez intensa, marmórea y asombrosa que había sustituído en él al matiz de rubio manchado y amarillento que le caracterizaba en vida. Al observar aquella inmovilidad y aquel color de muerto, y la inmensa tristeza que se desprende de todo sér humano que dejó de existir, sintió Eugenia como una punzada dolorosa en el corazón y una angustia indecible que le hizo caer desvanecida en los brazos de Eugenio. Transcurridos apenas cinco segundos, oyéronse abrir ventanas y balcones, y de seguida las voces confusas de los vecinos cuyas viviendas caían al patio. Arremolináronse en la misma puerta del cuarto los criados y criadas de la casa, acudió la abuela, y en estos primeros momentos de confusión es cuando entró Boronat, bastón en mano y el sombrero puesto, con cierto aire de cansancio y un sello de triste curiosidad en su semblante. Acababa de subir, nada sabía.

—¿Qué es esto? ¿qué ha pasado aquí?—preguntó con voz algún tanto trémula. La abuela; algunas criadas; su mujer, pálida y desfallecida; Pepita llorando, y Eugenio en el centro sosteniendo á su madre como puede hacer-

lo un autómata, sin expresión ni voz, formaban el primer grupo que vió al entrar el banquero. Otro segundo grupo de la cocinera, el ordenanza y el cochero, rodeaban y tentaban el cuerpo de una persona tendida en el suelo, que al primer golpe de vista no pudo reconocer. Uno de los criados, viendo acercarse á Boronat, dijo á los otros:

—Hay que avisar al médico á escape.

Entre los tres lo levantaron rápidamente del suelo y lo trasladaron á su misma cama. Entonces el padre, echándose casi encima, le puso la mano en la frente, en el pecho, en el costado, y presintiendo por la impresión y por su inmovilidad la trágica realidad de la desdicha, exclamó entre anonadado y sorprendido:

—¡Pero, Dios mío! ¿qué es esto? Mi hijo... si parece que... ¡Adolfo! ¡Adolfo!

En este momento entraron en el cuarto don Alfonso Rodruejo y su hijo Salvador, que acababan de separarse de Boronat hacía unos diez minutos; pero que alcanzados por uno de los sirvientes al ir en busca del médico, les enteró de lo sucedido. Don Alfonso cogió del brazo á su amigo y le obligó á salir de la alcoba á viva fuerza, ayudado de su hijo. Los sollozos de Eugenia, que había vuelto en sí, le hicieron volver la cabeza cuando aún luchaba con és-

tos, y fijarse de nuevo en el semblante de Eugenio, pálido y blanco lo mismo que el de un muerto. Dolorosas sospechas y crueles temores despertaron á este punto las energías del hombre activo, y dirigiéndose á su mujer y al hijo les gritó:—Venid, venid conmigo. Quiero saberlo todo. Vosotros...—A pesar de esto, sus ojos se llenaron de lágrimas, y tuvo que hacer un esfuerzo para no romper en sollozos. Entraron los tres en el gabinete de Eugenia y se cerraron por dentro. Oyendo la voz de Federico Cortázar en la puerta de la habitación, salióle al encuentro don Alfonso y le acompañó á la alcoba de Adolfo. Hubo que encender dos bujías para poder verificar el primer reconocimiento, porque comenzaba á anochecer apresuradamente. En cuanto vió y examinó la herida, volvióse el doctor al señor Rodruejo y le dijo en voz baja:—Una fatalidad... ha debido morir en el acto... Le ha dado en el mismo corazón, tal vez en los ventrículos.

—Yo lo conocí al momento, en cuanto le ví la cara, que no había ya en él ni un soplo de vida. Por eso me llevé al pobre Boronat de aquí, aunque creo que...

—Pero ¿han dado parte, sabe usted?—preguntó Cortázar, interrumpiendo de pronto al respetable político.—Hay que avisar inmediamente al Juzgado.

*

—Tengo entendido que fué hace poco el portero, y mi hijo Salvador ha ido á avisar también á la demás familia. Su hermana Emilia, es decir, la hija mayor, tampoco sabrá nada de esto, porque estaba en compañía de su tía. Otro gran disgusto, según me contó Salvador, por cuestión del noviazgo. ¡Y esta es la vida!

—¡Una horrible lucha! y al fin somos vencidos.

Hablando esto, oyeron voces y rumor de gente que andaba por los pasillos. Era el Juzgado, que venía á reconocer el cadáver y á tomar las imprescindibles declaraciones. Como no había testigos que hubieran presenciado el hecho, lo mismo la familia que los criados estuvieron acordes en atribuirlo á un desgraciado incidente, en el cual no cabía la menor culpa al hermano menor, ni siquiera la de imprudencia temeraria. Acabadas al poco rato estas formalidades, don Alfonso Rodruejo salió acompañando al Juez á la calle, y anduvieron juntos, hablando en voz baja, un largo trecho. Se encaminó después á la redacción de *El Diario Español*, cuyo director era antiguo amigo, además de correligionario, y allí le esperó en el mismo despacho hasta que vino. Al día siguiente, lo mismo en este periódico que en algunos otros de matiz conservador como *La*

Epoca, los habituales lectores encontraron en la Sección local ó Notas de última hora, el siguiente suelto:

«Ayer, entre seis y siete de la tarde, ocurrió un lamentable suceso en casa del conocido y opulento banquero don Juan José Boronat. Parece ser que cargando y descargando un revólver de fábrica norte-americana, disparósele por descuido al hijo menor, quedando herido mortalmente el otro hermano, que le acompañaba en esta peligrosa tarea. Lamentamos profundamente tamaña desgracia, y enviamos al desconsolado padre, lo mismo que á su distinguida familia, nuestro más sentido pésame.»

Por la mañana, en cuanto circuló la noticia, la casa se llenó de gente. Los primeros que acudieron fueron los de Javaloyes, los señores de Pastor, la familia de don Natalio Hidalgo, los de Arriaga, los de Manjón, y poco después subieron otros amigos, más sorprendidos por aquel inesperado suceso, cuanto menos antecedentes tenían sobre la familia de Boronat. A Eugenia la hallaron aún en cama los que fueron el segundo día, y este hecho fué muy comentado por los que sabían que no era realmente su madre, viniendo con esto á sospecharse que no hubiese algo de comedia en tanto sentimiento. Levantóse por la tarde aquel mis-

mo día; pero se encontró con tan pocas fuerzas, que se vió en la necesidad de volverse á acostar al poco rato. Esta gran debilidad y las opresiones que solía sentir en el costado izquierdo llamaron la atención de Federico Cortázar, que se decidió á reconocerla detenidamente y á practicar algunas auscultaciones. Observando, sin duda, algún ruido anormal y significativo, preguntóle aparte á Boronat si recordaba que su señora hubiese padecido años atrás del corazón. Alarmado este último con semejantes temores, creyó lo más prudente confesarle la verdad de lo ocurrido, y la misma enferma explicó en pocas palabras la dolorosa impresión por la que había pasado. Abrir atemorizada la puerta; sorprender á su hijo, pálido y temblo-roso, con el revólver en la mano; ver al muerto en tierra; adivinar el drama; sentirse madre desdichada de aquel noble hijo tan ciegamente adorado, de aquel hijo que había sido su orgullo, que era su felicidad y que iba á ser la gloria y la esperanza de su ancianidad... ¿podía haber impresión más punzante y dolorosa? Y ¡aquel hijo, á quien estimaba como el mejor de los hombres, se había convertido, sin comprender cómo, en matador de su hermano! Después, en la confesión sincera de su arrebato, de la parte de culpa que le tocaba, claro es que pudo y alcanzó á explicárselo; pero la luz, y

la atenuación, y la razón suprema, llegaban ya tarde.

Oyendo este relato de sus impresiones de los mismos labios de Eugenia, Federico Cortázar se sintió conmovido porque creía escuchar, al través de sus frases, el palpitar de este gran corazón de madre enamorada de un buen hijo. Á la salida del reconocimiento hizo seña á Boronat de que le siguiera, y entrando en el cuarto contiguo al despacho, le habló seriamente del estado particular de la enferma. En una naturaleza como la suya, nerviosa, delicadísima, trabajada por dolencias así físicas como morales, la impresión pudiera traer más graves consecuencias. Desde luego quedaría afectada de una excesiva sensibilidad; quién sabe si sobrevendrían las palpitaciones del corazón á la menor emoción ó fatiga, ó se determinaría una hipertrofia en tiempo no lejano. Debía, pues, tomarse en consideración el más pequeño síntoma que se presentara, y además de imponerle cierto tratamiento, les aconsejaba que le evitasen la menor impresión, en cualquier sentido que fuese.

—Mañana mismo vuelve Eugenio al Ferrol... ¿No ve usted qué triste fatalidad la nuestra?—interrogó Boronat alzando el rostro, que tenía inclinado, y echando al médico una mirada de profundo desaliento.

—Que no se despida de su madre, que no le hable de su viaje... Si ella no advirtiera nada de los preparativos, sería mucho mejor. Su hijo de usted es hombre de corazón, lo conozco muy bien, y aceptaría cualquier sacrificio por doloroso que fuese. Pero ella... ¡está tan débil, se encuentra con tan pocas fuerzas...!

Boronat no contestó. Quedóse pensativo y salió luego detrás de Federico Cortázar tan impresionado y abatido, que tardó largo rato en volver á la alcoba de Eugenia por el temor de que ésta no se lo conociera en el semblante.

Aquella misma semana, después de la marcha de Eugenio, abandonó por completo los negocios; los amigos le veían salir poco de casa, pero siempre acompañado de sus hijas.

También á la familia de doña Milagros llegaron por aquellos días las consecuencias del inesperado drama. Como Eugenio hubo de confesar la verdad por entero, sin ocultar el menor antecedente, sus padres le adelantaron los medios de poder obrar en conformidad con los proyectos que tenía pensados. Transcurridos dos meses, aquella singular familia se trasladó á Cádiz, en donde les quedaban algunos parientes del padre, y, protegidas por éstos y por Eugenio, podían presentarse en todas partes con el decoro propio de su clase y del honrado linaje de quien descendían. Eugenio les

escribía con frecuencia, y esperaba muy confiado, con la fe de la juventud sostenida por una poderosa fuerza de voluntad, alcanzar el grado de guardia marina de primera clase, distinguirse con algún hecho y volver, después de algunos viajes, á continuar sus estudios de matemáticas y mecánica aplicada, para los cuales se sentía con verdadera vocación. Algunos días sus compañeros le veían triste y como dolorosamente preocupado. Acordábase, sin duda, de su madre postrada todavía en el lecho, enferma ya crónica, y de la única mujer que debía compartir con él las tristezas y las alegrías de la vida.

Febrero, 1889.

ÍNDICE.

Páginas.

X.....—Declaración de guerra..... 5
XI....—Continua la lucha..... 49
XII...—La campanada..... 93
XIII...—La corte en Oñate..... 125
XIV...—Hijos y sobrinos..... 165
XV...—¡Tendremos coche!..... 223
XVI...—Escaramuzas..... 261
XVII..—La batalla..... 301

B. P. L.

JAQUE

Á LA REINA

5493